

BOLSKAN

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA OSCENSE

11



INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

DIPUTACIÓN DE HUESCA

BOLSKAN

BOLSKAN

Revista de Arqueología del Instituto de Estudios Altoaragoneses



Núm. 11

HUESCA

MCMXCIV

Edita: INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

Director: Vicente Baldellou Martínez

Secretario: Carlos Esco Sampérez

Consejo de Redacción: M.^a José Calvo Ciria, Adolfo Castán Sarasa,
Lourdes Montes Ramírez y Pilar Utrilla Miranda

Redacción y Administración: Instituto de Estudios Altoaragoneses
C/ del Parque, 10. Teléfono (974) 24 01 80
22002 HUESCA

Imprime: COMETA, S. A. - Ctra. Castellón, Km. 3,400 - Zaragoza

Depósito Legal: HU. 242-1984

ISSN: 0214-4999

ÍNDICE

<i>Comentarios sobre el sector septentrional del Arte Levantino</i> , por Anna Alonso Tejada y Alexandre Grimal	9
<i>Algunos comentarios sobre el Neolítico en Aragón</i> , por V. Baldellou	33
<i>El poblamiento prehistórico del valle del río Ésera (Ribagorza, Huesca)</i> , por Pilar Utrilla y Carlos Mazo	53
<i>Pinturas rupestres en el barranco de Mascún (Rodellar-Huesca)</i> , por A. Painaud, P. Ayuso, M. ^a J. Calvo y V. Baldellou	69
<i>Labitolosa (Cerro del Calvario, La Puebla de Castro, Huesca)</i> , por Á. Magallón y P. Sillières	89
<i>Excavaciones en el solar del Círculo Católico (Huesca): un fragmento de la ciudad sertoriana</i> , por M. ^a Nieves Juste Arruga	133
<i>El comercio de la nieve en Huesca durante los siglos XV a XIX</i> , por A. Painaud y P. Ayuso	173

Comentarios sobre el sector septentrional del Arte Levantino

Anna Alonso Tejada - Alexandre Grimal.

I. INTRODUCCIÓN

El estudio morfológico que en estos últimos años venimos realizando de los elementos esenciales de la iconografía del Arte Levantino nos ha permitido agrupar las representaciones humanas en un número limitado de estructuras que hemos denominado Conceptos (ALONSO, 1993; ALONSO y GRIMAL, e.p., f). Entre éstos, hay uno en particular, el Concepto I —integrado por dos ejes, el más prolongado define las dos piernas y es de tendencia horizontal, insertándose en él el correspondiente a la cabeza-tórax, que puede presentar una disposición vertical u oblicua—, cuya configuración es especialmente interesante ya que presenta una distribución geográfica muy determinada. Coincide, a grandes rasgos, con el dominio territorial conocido como el Maestrazgo y zonas aledañas y que estaría delimitado por el norte por las estaciones turolenses de Los Chaparros (Albalate del Arzobispo), Els Gascons (Cretas) y las estaciones tarraconenses de Vandellòs y, especialmente, Cabra Feixet (Perelló). Dicha área artística origina una diferenciación entre sus yacimientos y los que conforman el sector más septentrional del Arte Levantino y que corresponde a las estaciones de Tarragona Norte, Lérida y Huesca.

De ese amplio territorio, han sido, sin la menor duda, los enclaves oscenses los que han conseguido mantener un interés más vivo entre la investigación. Inicialmente porque los hallazgos de varios grupos de estaciones con motivos levantinos ampliaban considerablemente el área de extensión de dicho arte —en cierto modo insinuada sutilmente por el hallazgo en la década de los setenta de la Cova dels Vilasos

(Os de Balaguer, Lérida)— pero, fundamentalmente, porque a la presencia muy notoria de elementos de la Pintura Esquemática se incorporaba la identificación de otro de los artes postpaleolíticos determinados en los últimos decenios; nos referimos al Arte Lineal-geométrico (FORTEA, 1974; 1975; 1976) representado por la estación de Labarta (Adahuesca), en la que los motivos geométricos se infraponían a dos cuadrúpedos levantinos (BALDELLOU, PAINAUD y CALVO, 1986), panel pintado que A. Beltrán incorporaba en el que él denomina bajo el nombre de Prelevantino.

Por otra parte, los yacimientos en torno al río Vero adquirirían, según sus estudiosos, una particular importancia al poderse convertir en paradigmas del proceso evolutivo que se producía del Levantino al Esquemático, al existir en varios de ellos un tipo de figuras denominadas «subesquemáticas» (BALDELLOU, 1987, 120).

La revisión que, al parecer, se ha realizado recientemente del mencionado abrigo de Labarta por M.^a José Calvo, con motivo de su tesis doctoral, que ha sido referenciada en uno de los trabajos de M. HERNÁNDEZ (1995, 94), ofrece unos datos ciertamente distintos a los mantenidos hasta ahora. Todo parece indicar que los motivos geométricos se hallan dispuestos sobre los cuadrúpedos levantinos.

Para nosotros, los nuevos datos no hacen más que ratificar la opinión que venimos manteniendo de la inexistencia de arte parietal Lineal-geométrico, que imponía un límite cronológico al Levantino (ALONSO, 1993; ALONSO y GRIMAL, 1994, 57-58). En efecto, de los escasos paneles pintados que conformaban aquel horizonte se ha debido excluir la estación alicantina de La Sarga (Alcoy), ya que se inte-

graría en el Arte Macroesquemático (HERNÁNDEZ, FERRER y CATALÀ, 1988); no puede seguir aceptándose —por falta de elementos objetivos— la infraposición de los zigzags al ciervo de las Cuevas de la Araña (Bicorp, Valencia); debe, igualmente, excluirse el caso de Cantos de la Visera II (Yecla, Murcia) porque la retícula no precede temporalmente a los primeros motivos levantinos del panel, constituidos, en realidad, por animales de pequeño tamaño. Tampoco pueden aceptarse las pinturas de la Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia) como representantes de aquel horizonte ya que su revisión concluye que se trata de motivos levantinos (ALONSO, 1993; GRIMAL, 1993).

De manera que con la exclusión del yacimiento de Labarta parece quedar zanjada definitivamente la inexistencia de aquella modalidad artística, que, todo hay que decirlo, en los 20 años desde su enunciado, a pesar de los centenares de yacimientos descubiertos, sólo había incorporado el panel oscense.

Durante muchas décadas se ha propuesto como hipótesis de trabajo para las artes postpaleolíticas un proceso evolutivo de las formas, al que ya hemos hecho referencia, según el cual las imágenes naturalistas (Arte Levantino) se irían transformando progresivamente hacia morfologías esquemáticas y abstractas (Pintura Esquemática) (HERNÁNDEZ PACHECO, 1918; 1924; ALMAGRO, 1952; RIPOLL, 1960; BELTRÁN, 1968...). Esta teoría, sin embargo, presentaba no pocas zonas oscuras, ya que no llegaban a abordar en profundidad algo que parece fundamental en todas y cada una de las modalidades artísticas como es la definición de los procesos técnicos, los conceptos estructurales, en definitiva, los principios que rigen cualquier arte. Y prueba de ello es el confusiónismo por el que se ha pasado a la hora de calificar buena parte de los motivos pintados, lo que ha originado términos tan subjetivos e imprecisos como «infraesquemático», «infranaturalista», «seminaturalista»; «subesquemático», etc. Con todo, la cuestión de fondo es que hoy por hoy no sólo carecemos de elementos fundamentados en que mantener aquel proceso evolutivo sino que, bien al contrario, cada vez con más evidencia se dispone de pruebas que invalidan ese proceso y que separan definitivamente las dos grandes modalidades pictóricas postpaleolíticas. Volveremos a referirnos a esta cuestión en el apartado correspondiente a las técnicas.

Una vez realizadas las oportunas precisiones, los enclaves oscenses y catalanes parecen estar mucho más próximos, al disponer únicamente del Arte Levantino y Esquemático. El objetivo de estas

líneas trata de perfilar la manera en que los territorios, aparentemente periféricos, participan de la cultura artística levantina y, a la vez, intentar determinar si existe una vinculación entre todos ellos en orden a determinar la posible definición de un área pictórica con personalidad propia.

II. ANÁLISIS MORFOSOMÁTICO DE LOS ELEMENTOS IDENTIFICATIVOS

Las representaciones faunísticas, que son uno de los elementos iconográficos básicos en el muestrario levantino, están presentes en el área geográfica analizada de forma notoria, aunque bien es verdad que la distribución de las especies en los distintos yacimientos no es homogénea. Por otra parte, como suele ser lamentablemente habitual en los paneles pintados, la conservación deficiente de muchas de las figuras sólo permite advertir que estamos en presencia de cuadrúpedos sin que puedan llevarse más allá los reconocimientos. Este contratiempo imponderable es especialmente significativo en los conjuntos oscenses, sin que sean ajenos alguno de los catalanes como la Cova dels Vilasos.

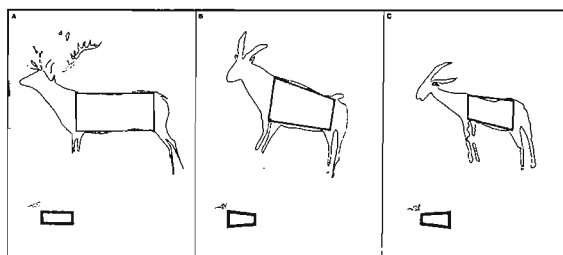


Fig. 1. Estructuras morfosomáticas de los zoomorfos:
A, Estructura I; B, Estructura II; C, Estructura III.

El número total de ejemplares identificados se aproxima al medio centenar y corresponde mayoritariamente a herbívoros, a los que hay que añadir 14 elementos considerados como posibles aves o insectos y que trataremos aparte por su peculiaridad.

El grupo más representado es el de los *cervinos* —unos 17—, que están especialmente presentes en los yacimientos oscenses puesto que se identifican en 5 de los 6 conjuntos que valoramos, mientras que en los catalanes son más bien escasos, ya que, aparte de algún ejemplar posible en la Cova dels Vilasos y, más dudoso, en Cova Roja, es prácticamente Cogul quien

agrupa los únicos perfectamente identificables, siendo prioritariamente ciervos machos.

Buena parte de los ejemplares oscenses nos han llegado muy incompletos, de manera que no es posible aplicar nuestro análisis de las estructuras, por el cual, sea cual fuere la especie animal, todos se someten a tres estructuras corporales bien determinadas (ALONSO, 1993; ALONSO y GRIMAL, e.p., f). Únicamente es posible aceptar algún caso —Chimiachas—, lo que resulta del todo insuficiente para establecer comparaciones con las que presentan los ejemplares catalanes, en los que, dicho sea de paso, dominan las Estructuras I y II.

En la medida de lo posible, se percibe en los individuos un tratamiento depurado y detallista (presencia de orejas, colas, cornamentas muy completas...) que caracteriza el diseño de esta especie por parte de los artistas levantinos. En lo que afecta al tratamiento dimensional, cabe señalar la divergencia entre los oscenses y los catalanes, al presentar buena parte de aquéllos longitudes superiores a los 30 cm, mientras que los segundos oscilan entre 9 y 19 cm, con una única excepción en la posible cierva de la Cova dels Vilasos.

Hemos comentado en varias ocasiones que el Levantino es un arte de la «miniatura» porque es en las proporciones pequeñas en las que los artistas se encuentran más cómodos. Pero también es cierto que no resultan extrañas las representaciones faunísticas con proporciones semejantes a las comentadas para los ciervos de Huesca e, incluso, algo superiores; con todo, hay que indicar que dichos tamaños únicamente son adscribibles a dos especies: los cervinos y los bovinos, siendo entre estos últimos en los que, probablemente, encontramos las imágenes levantinas de mayor tamaño. Recordemos el toro de las Cuevas de la Araña (Bicorp, Valencia) o el del Abrigo VI del Torcal de las Bojadillas (Nerpio, Albacete).

Los *caprinos*, que son porcentualmente la especie más representada en esta modalidad pictórica, encuentran escasa presencia en los paneles oscenses, pues los 7 posibles ejemplares se concretan, todos ellos, en el Abrigo de Regacens. En cambio, tanto en los conjuntos del entorno de Cogul como en los de Montblanc, sin olvidar el de la provincia de Barcelona, se identifican varios ejemplares, bien es cierto que en número limitado. Todos aquellos que se conservan aceptablemente fueron diseñados bajo la Estructura morfosomática I, quizá con la excepción del individuo de color más claro de Cogul, que se incluiría en la II. No puede constatarse en este grupo el tratamiento menos preciso (o menos insistido) con

que habitualmente se diseñan los distintos detalles corporales de esta especie (siempre respecto a la precedente) y la variabilidad que se aplica a alguno de ellos —por ejemplo, las colas—, porque, a excepción de la pareja de Cogul, se hallan demasiado alterados. Es perceptible, en lo que respecta a los tamaños, su inclusión en la banda habitual, que en los ejemplares estudiados oscila entre 9 y 18,5 cm. Parece oportuno indicar que no conocemos en el Arte Levantino cápridos que superen los 35 cm, lo que demuestra que cada una de las especies representadas tiene, también, una categoría dimensional.

A tenor de lo que actualmente conocemos, los *toros* son totalmente inexistentes en los abrigos más septentrionales y, en cambio, tienen una aceptable representación en el resto de las estaciones analizadas; Cogul y Mas d'en Ramon acogen varios ejemplares menos completos de lo que sería de desear. Los del primer conjunto fueron diseñados bajo la Estructura I, mientras que el del segundo podría incluirse, con todas las reservas, en la II. Los tamaños considerables de los más completos oscilan entre los 36 y 46 cm y, si se nos permite la hipótesis, de hallarse completo el ejemplar de Montblanc se acercaría a los 50 cm, lo que estaría en sintonía con el resto del grupo. Digamos, para finalizar, que este animal tiene en el bestiario levantino una categoría parangonable a la del ciervo y, desde luego, bien distinta a la de las restantes especies que lo conforman.

Pocas consideraciones podemos extraer de un tipo de animal como el *jabalí*, ya que es totalmente desconocido en las estaciones oscenses y tan sólo está representado en el yacimiento de Cogul. En efecto, identificamos en ese abrigo dos cuadrúpedos cuyas características morfológicas deben incluirse en dicha especie —bastante incuestionable uno de ellos—; no obstante, hay que calificar esta presencia como una circunstancia verdaderamente excepcional porque a partir del estudio que hemos elaborado de este cuadrúpedo sabemos que tiene un área de ocupación pictórica amplia pero, desde luego, limitada. Dicho con otras palabras, no es una especie animal que fuera significativa para todas las colectividades de pintores (entiéndase grupos humanos a quienes iban dirigidas las acciones pictóricas). Prueba de ello es que resulta totalmente inexistente en los sectores sureños, es decir, en los territorios más allá de Valencia: Alicante, Murcia, Albacete y Jaén. Tampoco se conoce ningún ejemplar en el núcleo de Albarracín y, desde luego, será raro que aparezcan más ejemplares en las sierras conquenses aparte del que se identifica en la Peña del Escrito I (ALONSO,

1985), que hemos de admitir resulta, por muchas razones, un animal un tanto peculiar. Por todo ello calificábamos de particulares los jabalíes de Cogul, que, actualmente, siguen constituyendo los únicos identificados en la zona septentrional e, igualmente, en todo el territorio catalán, lo que, en definitiva, ratifica la circunscripción específica que le atribuimos.

Como verdaderamente raras y, por ello, con un papel en el bestiario levantino que está todavía por precisar en profundidad deben calificarse las representaciones de *rebecos* o sarríos identificados en Muriecho (BALDELLOU, 1991, 46). De su excepcionalidad puede dar idea el hecho de que sólo podemos mostrar una total seguridad en la identificación del ejemplar de gamuza del Prado del Tomero (Nerpio, Albacete), cuyo detallismo y minuciosidad en los cuernos no deja lugar a dudas. Pero cualquier otro ejemplar identificado —como, por ejemplo, el de la Cueva de la Tortosilla (Ayora, Valencia)—, además de que hace ya muchos años que se halla destruido en ese punto capital, siempre ha suscitado serias dudas. Señalemos, cuando menos, a la espera de un número más significativo y útil de individuos para un análisis morfológico, la coincidencia que representa que estos animales hayan aparecido pintados en estaciones de las zonas más extremas de la geografía del Arte Levantino en unos territorios que tal vez tengan, en el aspecto geomorfológico, ciertas afinidades.

En este sector norteño del Arte Levantino, se dan en dos estaciones un tipo de motivos ciertamente particulares porque hay que reconocer que, en principio, se separan notablemente del concepto figurativo en que se sustenta esta manifestación. Desde los primeros estudios, dichos elementos fueron incorporados a ese arte sin ninguna vacilación, asociándose siempre con *animales voladores*, ya fuesen pájaros o insectos, lo que resultaba ciertamente sorprendente porque esas formas carecen de detalles suficientemente elocuentes para asociarlos con tales animales. La identificación de la famosa escena de recolección de las Cuevas de la Araña (HERNÁNDEZ PACHECO, 1924) seguramente tuvo un peso específico muy importante en aquellas valoraciones. Actualmente, teniendo en cuenta el número tan importante de estaciones descubiertas en los últimos decenios, estamos en disposición de asegurar que la escena del abrigo valenciano es la única en la que queda verdaderamente explicitada una acción de recolección. Bien es cierto que individuos trepando por supuestas escalas, árboles (?), hipotéticas paredes, etc. están representados en varias estaciones de dispersión territorial notable, pero ninguno de ellos

demuestra palmariamente que se esté realizando una acción semejante a la aludida. Más habitual es la presencia de pequeños motivos cruciformes y de otros apuntados, como el extremo de una flecha, que al aparecer en colectividad se asocian ineludiblemente con aquellos de la famosa estación valenciana del municipio de Bicorp. Con todo el riesgo que ello implica —admitiendo el hecho de que carecemos de elementos objetivos para una identificación precisa— no sería un total desatino aprobar las interpretaciones que tradicionalmente se les vienen concediendo. Y, en cambio, nos resulta mucho más difícil reconocer que pueda tratarse de objetos o de fragmentos de éstos —como puntas de flechas—, tal como se ha propuesto por parte de algún investigador, porque con estos útiles sí que la iconografía levantina es muy estricta y mantiene un orden de cómo han de aparecer, con quién y con qué se relacionan.

Aceptando, pues, la identificación clásica, si se observan los elementos voladores de la Cueva de Arpán y los de Mas d'en Ramon se advierte que existen ciertas diferencias estructurales, lo que no debe afectar a la interpretación final que de todos ellos hemos de hacer. Comentaremos al respecto que en las citadas Cuevas de la Araña, que tomamos como paradigma, los motivos voladores que en número de 15 se contabilizan actualmente muestran por lo menos dos tipologías diferenciadas. Todo parece indicar que no existió por parte de los artistas levantinos —y contra lo que es habitual en esta modalidad— una imagen fija y precisa para diseñar este tipo de animales o bien —esto nos parece más verosímil— que se rechaza el detalle y la precisión en la forma individual de los animales en favor de la imagen colectiva que forma un grupo de aquellos. De manera que lo que se quiso representar, en realidad, fueron «bandadas» de aves o «enjambres» de insectos y ello podía hacerse mediante el diseño de unos elementos formales que admitían una cierta heterogeneidad (4 ó 5 variaciones, como máximo).

La dispersión de este tipo de motivos es, desde luego, amplia; se identifican en la Cova del Polvorín (La Pobla de Benifassà), con una especial presencia en las estaciones del entorno de Ares del Maestrat, también en Castellón, y con algún ejemplo en Alicante, en concreto en la Penya Blanca (HERNÁNDEZ, FERRER y CATALÀ, 1988, 394: 14), pero, en cualquier caso, hay que precisar que nos hallamos ante una temática ciertamente minoritaria y, presumiblemente, con carácter secundario si atendemos a que el número de yacimientos en que están presentes no rebasa la veintena (ALONSO y GRIMAL, e.p., g).



Fig. 2. Insectos o aves de Arpán (según BALDELLOU *et alii*) y de Mas d'en Ramon (según ALONSO y GRIMAL).

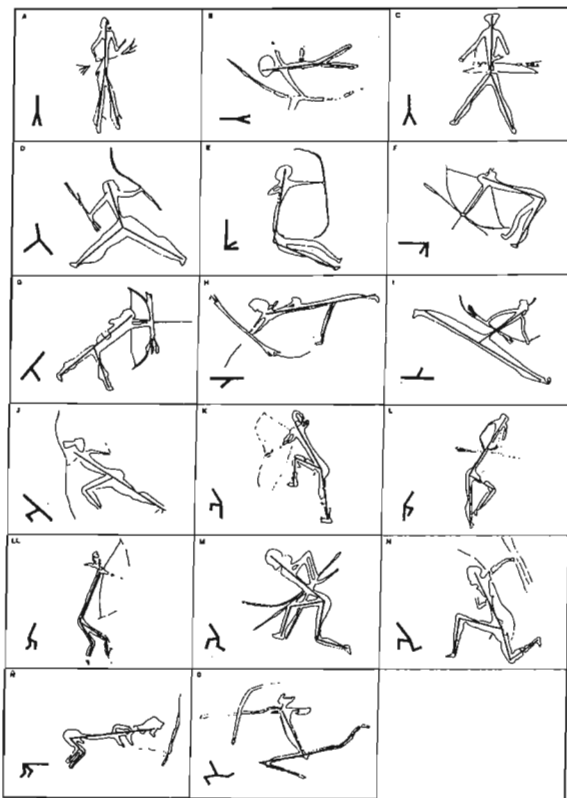


Fig. 3. Cuadro de los Conceptos de la figura humana masculina y asexuada.

La imagen humana masculina y la figura asexuada está relativamente bien representada en estos enclaves. En la mitad de las estaciones oscenses se constata su presencia —aunque es cierto que Muriecho es especialmente relevante al concentrar más del 80%— y fueron diseñadas en 4 de las 6 estaciones catalanas que incluimos en la zona de estudio. Aunque lo habitual es que este grupo esté constituido por individuos masculinos que llevan como objeto característico el arco y en ocasiones las flechas, el yacimiento mencionado altera porcentualmente esa norma, pues en la mayor parte de los componentes de aquel colectivo humano no se advierte el mencionado útil ni parece existir una especial designación del carácter sexual masculino específico. Pese a ello, no parece haber duda de que se trataría de hombres, pues la imagen de la mujer está perfectamente establecida gráficamente (ALONSO y GRIMAL, 1994; 1995), de manera que cabe incluirlos en ese grupo que denominamos asexuados, pues resulta evidente que los pintores no quisieron explicitar su masculinidad por medio de los elementos habituales.

Contrariamente al hombre, la mujer está ausente en prácticamente toda el área con la excepción bien conocida de Cogul, que, con sus 10 féminas, se constituye no sólo en el más importante cuantitativamente del cuadrante nordoriental sino, también, en uno de los más significativos de toda el área de extensión de esta modalidad pictórica.

Una aplicación inicial de nuestro sistema de análisis morfológico para la representación humana masculina y asexuada (ALONSO, 1993; ALONSO y GRIMAL, e.p., f), basado en la relación existente entre dos ejes principales (cabeza-tórax y caderas-piernas) y que determina la existencia de unas fórmulas concretas y limitadas que llamamos Conceptos, apunta hacia la presencia mayoritaria de individuos que se incluyen en media docena de éstos, aunque, como veremos, su distribución no es uniforme. La aplicación a las figuras humanas de dos niveles más de análisis —el que determina las proporciones existentes entre los ejes más importantes (Proporción I, II y III) y el tratamiento anatómico que se aplica a las distintas partes corporales— nos permite aportar algunos datos dignos de consideración.

Concepto A. Integraría a aquellos individuos que se hallan en posición erguida formados por dos ejes: el que configura cabeza-tórax, de tendencia vertical, y los correspondientes a las piernas, que formarían ángulo agudo. Bajo esta opción se han diseñado la mayor parte de los individuos de Muriecho, varios de Cogul y alguno de Mas d'en Ramon, aunque al aplicar los siguientes análisis dicha cifra se reduzca considerablemente por la defectuosa conservación de los individuos.

Concepto A.I.1. Corresponde a un solo personaje de Cogul, en concreto al que se halla en relación escénica con un posible jabalí. Presenta el eje cabeza-tórax mayor que el que configura las caderas-piernas y el tronco parece indicar cierta referencia anatómica al presentar una tendencia triangular mientras que en las piernas se insinúan las masas musculares.

Concepto A.I.2. Como el precedente, reconocemos un único personaje, también en el mencionado yacimiento. Corresponde al que se ubica entre el grupo de mujeres, en el que es muy evidente la mayor longitud del eje cabeza-tórax sobre el que define las piernas, de la misma manera que se insinúa cierta mimesis de la realidad en el tórax y, por el contrario, las extremidades son totalmente rectas.

Concepto A.I.3. Corresponde a una decena de personajes, todos ellos de Muriecho, en actitud erguida y en los que el eje cabeza-tórax es mayor que el que define caderas-piernas y el tronco es de tenden-

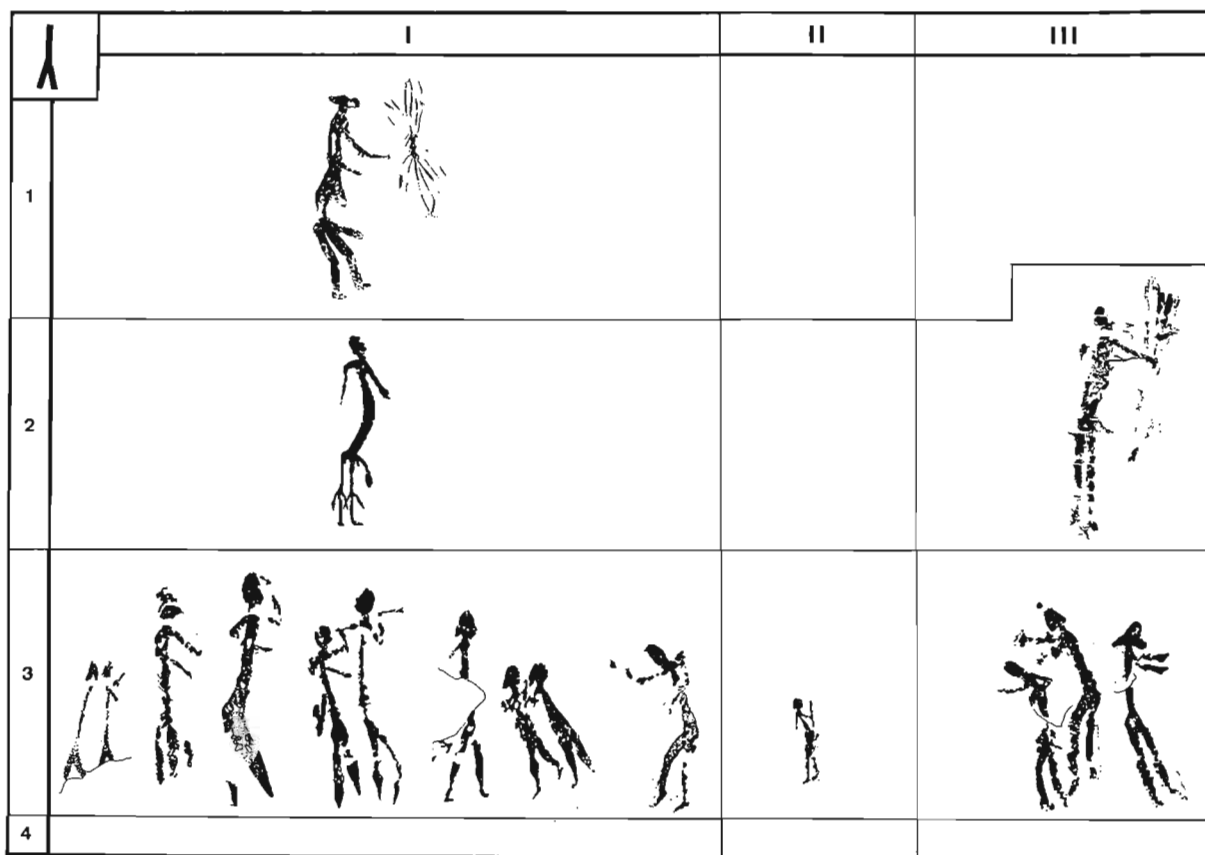


Fig. 4. Cuadro de los motivos pertenecientes al Concepto A.

cia vertical, mientras que las piernas reflejan ciertas formas anatómicas, estando particularmente insinuadas las pantorrillas.

Concepto A.II.3. Identificamos un único individuo bajo esta fórmula en el yacimiento de Muriecho, el cual presenta el eje cabeza-tronco menor que el que determina las caderas-piernas y, como en el anterior grupo, sólo se refleja cierto realismo en las piernas, mientras que el tórax es de formas rectas.

Concepto A.III.2. Incluimos en este grupo el arquero de Mas d'en Ramon, cuyos ejes principales presentan longitudes muy equilibradas y en el que el tórax indica ciertas formas realistas mientras que las extremidades son de tendencias rectilíneas.

Concepto A.III.3. Pertenecen a esta fórmula tres hombres de Muriecho, cuyos ejes principales se mantienen equilibrados. En las piernas se advierte una indicación de las masas musculares, mientras que el tronco es de silueta rectilínea.

Concepto C. Corresponde a individuos de disposición erguida formados por tres ejes: el que configura la cabeza y el tronco, de tendencia vertical, y

los correspondientes a las piernas, que forman un ángulo agudo mayor que los del Concepto A (por ofrecer una referencia diríamos que sería superior a los 30°).

De los personajes diseñados bajo este concepto debemos desestimar para los siguientes niveles de análisis el del Abrigo de Arpán de la Zona B, sector 1 (BALDELLOU *et alii*, 1994, 46), por hallarse incompleto.

Concepto C.I.4. Con ciertas reservas incluiríamos en este grupo el individuo de Cogul que se halla cerca de la cornamenta de uno de los bóvidos. Muestra el eje cabeza-tronco notablemente mayor que el que configura las caderas-piernas y su tratamiento corporal es de perfiles totalmente rectos, al igual que el de las piernas.

Concepto C.III.1. Vuelve a ser el conjunto de Muriecho el que aporta un ejemplo de este grupo en el individuo provisto de un arco y un posible lazo que se dirige hacia la izquierda. Presenta un cierto equilibrio entre los ejes principales y parece insinuar ciertas referencias en el tórax y en las piernas, que finalizan indicando los pies.






		I	II	III
				
1				
2				
3				
4				

Fig. 5. Cuadro de los motivos pertenecientes al Concepto C.

Concepto C.III.2. También de este grupo tenemos un único representante en el conjunto de Cogul en la figura del individuo relacionado con un pequeño cuadrúpedo, una cierva, ubicados sobre uno de los bóvidos. De ejes corporales equilibrados, muestra un tórax triangular y, en cambio, las piernas son de perfiles rectilíneos.

Concepto C.III.3. No sin una prudente reserva, identificamos en este grupo un individuo del sector derecho del colectivo de Muriecho, que muestra los ejes principales bastante equilibrados en sus longitudes y que parecen reflejar en las piernas ciertos caracteres anatómicos, mientras que el tórax parece de perfiles rectos.

Concepto D. Definimos este concepto como el integrado por tres ejes principales en cuya idea global se mantiene la verticalidad, mientras los ejes que definen las piernas forman un ángulo recto (o superior).

Dos únicas figuras se pueden incluir en este grupo: una en Muriecho —la que se halla sobre el ciervo— y otra en Arpán, en la Zona D, sector 3 (siguiendo la numeración de BALDELLOU *et alii*, 1994, 71), aunque esta última no puede someterse a los siguientes niveles de análisis.



		I	II	III
				
1				
2				
3				
4				

Fig. 6. Cuadro de los motivos pertenecientes al Concepto D.

Concepto D.I.3. Corresponde, como hemos indicado, a un personaje de Muriecho que presenta el eje cabeza-tronco algo mayor que el de las caderas-piernas. El tronco es de perfiles rectos, mientras que en las piernas parecen percibirse las masas musculares con detalles tales como los pies e, incluso, el sexo que ya hemos dicho no resulta habitual en este colectivo de individuos.

Concepto F. Este concepto agrupa a los individuos de tres ejes fundamentales: el que define cabeza-tronco, que se dispone horizontalmente y se inserta oblicuamente a los que definen las piernas.



		I	II	III
				
1				
2				
3				
4				

Fig. 7. Cuadro de los motivos pertenecientes al Concepto F.

Concepto F.III.4. Con ciertas reservas, dada su conservación, podría incluirse en este grupo el personaje de la Cova dels Vilasos en el que se mantiene una proporción bastante equilibrada entre cabeza-tronco y caderas-piernas sin que en ninguna de esas partes corporales se insinúen de manera evidente las masas musculares o ciertos reflejos anatómicos.

Concepto L. Es un concepto que agrupa imágenes con cuatro ejes en el que el eje que configura cabeza-tronco se inserta en una de las piernas, de tendencia vertical. Los dos ejes de la otra pierna —por tanto se halla flexionada— presentan tendencia a formar un triángulo con el de la primera.


	I	II	III
1			
2			
3			
4			

Fig. 8. Cuadro de los motivos pertenecientes al Concepto L.

Sólo una imagen es verdaderamente incluíble en este grupo aunque, también, podría originariamente haberse diseñado bajo él el individuo que se asocia a una escalera o escala de Arpán. Con todo, la pérdida casi total de una de las piernas no nos permite asegurar aquel extremo, pues podría igualmente corresponder a otros conceptos, en concreto al LL o al M.

Concepto L.II.2. Se puede incorporar en éste a uno de los arqueros de la estación de Mas d'en Ramon que se sitúa frente a los bóvidos y que muestra el eje cabeza-tórax de menor proporción que el de las caderas-piernas, el tronco de tendencia triangular y las piernas de perfiles perfectamente rectos.

Tratando de sintetizar los datos referidos a la figura humana podemos afirmar que en este grupo de estaciones los Conceptos más iterados corresponden claramente al A y el C, si bien el primero presenta una dis-

persión mayor en los conjuntos catalanes y el segundo, en los oscenses. Por su parte el Concepto D, bien representado en Muriecho y Arpán, está totalmente ausente en las estaciones de Lérica y Tarragona seleccionadas, que optaron por el F y el L aunque fuese en una única ocasión (Cova dels Vilasos y Mas d'en Ramon).

En lo que afecta a las proporciones mantenidas entre los ejes principales se atisba una cierta tendencia generalizada, pues existe un criterio dominante en optar por la Proporción I y III mientras que la II resulta muy poco significativa, con un representante en Muriecho y otro en Mas d'en Ramon.

En lo que se refiere al tratamiento dado a las distintas partes corporales las divergencias entre los yacimientos oscenses y catalanes son claras. En los primeros, existe una dominancia evidente de las figuras humanas en detallar con referencias anatómicas únicamente las caderas y las piernas; por el contrario, en los segundos dicha opción es prácticamente desconocida pues se prefieren, mayoritariamente, los cuerpos triangulares y las piernas rectas y, en menor porcentaje, los cuerpos y piernas rectos. De manera que, en este aspecto, también hay que admitir discrepancias manifiestas.

La presencia de personajes femeninos únicamente está constatada en la estación de Cogul, de manera que su estudio no nos permitiría extraer datos significativos para toda el área. Por otra parte, el reciente trabajo que hemos realizado sobre este elemento fundamental del Arte Levantino nos exime de extendernos sobre la cuestión (ALONSO y GRIMAL, 1994; 1995).

III. CONSIDERACIONES SOBRE LAS TÉCNICAS PICTÓRICAS Y GRÁFICAS

Como venimos insistiendo hace algún tiempo, el Arte Levantino es una manifestación artística plena al igual que cualquier otro de los estilos que se han sucedido en la Historia del Arte. Posee una técnica de ejecución específica y muy singular que se realiza exclusivamente a través de un instrumento —la pluma— y que consigue el que hemos denominado en alguna ocasión «trazo de pluma levantino» (ALONSO y GRIMAL, 1989; 1990; GRIMAL, e.p.). Este proceso, unido a la concepción plana de la imagen, la cual se reduce a una mera silueta pero siempre extraída de la realidad, utilizando, además, la simplicidad y la economía de la forma y, en lo que se refiere al tratamiento del espacio, la oblicuidad y la profundidad, forman todos ellos los principios esenciales en que se sustenta esta modalidad pictórica prehistórica.



Fig. 9. Distintas fórmulas de relleno de los cuadrúpedos del Mas d'en Llorc (según ALONSO y GRIMAL).

No hay duda de que aquellos fundamentos rigieron la obra levantina; ahora bien, hay que aceptar el imponderable netamente humano de que no todos los artistas poseyeron igual capacidad en su aplicación y, por ello, aparecen imágenes no exentas de cierta tosquedad que puede plantear en principio y para alguien que no está muy avezado no pocas dudas. De ahí que se haga absolutamente imprescindible tener en cuenta y considerar todos y cada uno de los elementos técnico-gráficos que configuran el estilo levantino, que, obviamente, va mucho más allá de la mera valoración del mayor o menor grado de figuración. Por otro lado, hay que admitir rotundamente que ciertas opciones formales prevalecieron sobre otras poniendo de manifiesto la existencia de un concepto estético y cultural, perfilando, con ello, un territorio determinado distinto de otros; en definitiva, las llamadas «comarcas», «regiones» o «escuelas» de las que no pocas veces se ha hablado (BELTRÁN, 1968, 36; 1982, 28; BELTRÁN y ROYO, 1994, 5; ALMAGRO, 1970, 377) pero sin que exista una definición mínimamente precisa.

En la ejecución de las imágenes más septentrionales del Arte Levantino hay una tendencia manifiesta a completar totalmente el espacio interior, de manera que con ese uso se pierde prácticamente la posibilidad de apreciar los trazos diseñados por la pluma. No obstante, la consecuencia de utilizar este tipo de instrumento, con sus particulares propiedades de trazo fino, hace inevitable su percepción en algunos sectores de los distintos motivos, tanto de los cuadrúpedos como de las representaciones humanas. Uno de los elementos en los que de forma más palmaria se aprecia el trazo de pluma levantino es en el grupo de flechas inmediatas a uno de los arqueros de la Cueva de Arpán (BALDELLOU *et alii*, 1994, fig. 27). En ellos se comprueba una mayor descarga en el primer contacto de la pluma con el soporte al iniciar el trazo —parte superior de cada una de las flechas— y un posterior y progresivo adelgazamiento de éste a medida que se continúa en la ejecución, seguido del natural resecamiento por falta de pintura —extremo inferior de las saetas—. Cada uno de los trazos presenta un grosor alrededor de los 3 mm, medida que es habitual y característica, lograda, por ejemplo, con una pluma de torcaz tal como hemos comprobado en nuestras experiencias. Ese mismo calibre aparece, igualmente, en los arcos del cazador al que pertenece el grupo de flechas y de otro de ese mismo conjunto y de la flecha que se inserta en el abdomen de una de las cabras de Regacens (*ibidem*, fig. 7:2 y 6).

Por su parte, en el panel de Muriecho tanto los arcos como ciertas partes corporales de los individuos fueron diseñados con un trazo prácticamente idéntico al de los precedentes que, en definitiva, evidencia el uso de un mismo tipo de instrumento.

Las imágenes de los cuadrúpedos no son ajenas a estas apreciaciones, de manera que cornamentas, pezuñas y extremidades de algún cérvido de Arpán y ciertos fragmentos del perfil corporal de los cuadrúpedos de Labarta presentan claramente las huellas de ese particular «pincel».

Quisiéramos, con todo, detenernos de manera más concreta en el análisis del panel de Muriecho porque es en él en el que de una forma más evidente ha quedado de manifiesto el máximo aprovechamiento de las cualidades del útil pictórico. Hay que prestar especial atención a la presencia reiterada de perfiles curvos —caderas o glúteos, cabeza, codos...—, que, combinados con el principio de la oblicuidad, al que nos referiremos más extensamente a continuación, consiguen imágenes de una característica especial, ejecutadas con soltura y que son facilitadas, en buena medida, por el propio instrumento;



Fig. 10. Detalle de la cabeza y cornamenta del ciervo de Chimiachas (según GRIMAL y ALONSO).

en definitiva, parece que el artista se «deje llevar» por aquél. Es ésta una particularísima interpretación plástica —por lo demás muy pictórica— que los artistas de este panel oscense desarrollaron y que nos parece inexistente en la zona que tratamos.

Otra estación que merece un comentario es la de Chimiachas, en la que a través de su única imagen podemos atrevernos a plantear hipótesis sobre cuál sería el proceso seguido en su diseño. Digamos de antemano que ejecutar una figura mediante un silueteado y un relleno interior desigual no representa una novedad entre las fórmulas levantinas; ahora bien, sí hay que reconocer que en una figura de estas proporciones —estaría dentro del grupo de las grandes— su perfilado excesivamente grueso y, desde luego, muy compacto consigue una apariencia, insistimos, bastante inhabitual. Una de las razones que podríamos argumentar para explicarla sería la de una cierta impericia por parte del ejecutante, que le ha obligado a insistir excesivamente sobre el perfil realizando una y otra vez trazos que se van solapando —probablemente con una pintura muy diluida— y que actualmente aparecen como una auténtica franja de grosor desigual. Es como si el artista, ante un silueteado inicial no del todo logrado, va corrigiéndolo hasta encontrar la forma deseada. Una vez hallado el equilibrio corporal procedió, ya de una forma más airosa y segura, a diseñar los candiles. Y creemos que esta parte fue la última porque la pintura utilizada fue notoriamente más densa; es posible percibir la solapación del color oscuro sobre el más transparente de la cabeza. Los trazos que componen la cornamenta son de un carácter sin duda levantino, tal vez algo más grueso de lo que es habitual, pero, en todo caso, el proceso de ejecución no deja lugar a dudas. Se observa que todas las puntas de la cuerna concentran mayor cantidad de pintura, que se va perdiendo a medida que aquéllas se insertan en la percha. Esto nos está indicando que el trazo que configura cada uno de los candiles fue ejecutado en una sola acción y, por ello, hay mayor carga de pintura en la pluma en el primer contacto con el soporte, que, lógicamente, se irá perdiendo progresivamente.

En los conjuntos catalanes, la presencia del trazo fino de pluma se hace quizás más patente que en los oscenses, probablemente por la opción más iterada de recurrir a la fórmula del silueteado y relleno posterior (o no) de las figuras. De todas maneras, sigue siendo en la configuración de los arcos y flechas de Cogul y de Mas d'en Llort y, muy especialmente, en los cuatro arqueros que se han conservado de Mas d'en Ramon, además de las saetas insertadas

en el bóvido de este último yacimiento, en los que se aprecia de forma más evidente.

En las féminas de Cogul el trazo de pluma es más que explícito. A veces, porque la anatomía se diseña mediante un exclusivo perfilado; en otras ocasiones, porque los adornos colgantes en los brazos y los propios detalles de la vestimenta, además del tratamiento de ciertas partes como pies y brazos, únicamente pueden haberse logrado con el instrumento que proponemos. En algunos de los animales de este mismo conjunto, al haberse diseñado mediante un silueteado y completarse el interior con trazos —como sucede con algún bóvido y alguna cierva—, el uso del trazo fino queda ciertamente puesto de relieve. Y algo similar sucede con alguno de los ejemplares de cápridos de Mas d'en Llort.

Todas estas apreciaciones ponen de manifiesto la plena participación de estas zonas en el proceso técnico del Levantino, que utiliza un único instrumento cuyas peculiares cualidades y prestaciones le confieren unos caracteres específicos.

A ese proceso técnico exclusivo hay que añadir una serie de principios que son, todos ellos, los que configuran la concepción de la imagen levantina. Son, en definitiva, la serie de mecanismos que le permitían lograr transmitir nítida e inequívocamente un determinado mensaje al espectador. La opción de servirse de imágenes planas en las que se elimina toda referencia al volumen o a un contenido interior, como pueden ser ojos, boca..., representa una indudable transformación de la mimesis de la realidad. Bajo este prisma, los artistas levantinos parecen optar por una economía de la forma y un principio de simplicidad por medio de los cuales hacen modificaciones tales como diseñar el cuerpo de un animal de perfil y, en cambio, sitúan las cornamentas frontalmente —tal como puede apreciarse en el ciervo de Chimiachas, las cabras de Regacens, los bóvidos de Cogul, entre otros muchos ejemplos—. Estos recursos que tratamos están especialmente acentuados en el diseño de la figura humana; en no pocas ocasiones se produce tal combinación de diferentes puntos de vista en una única imagen que, analizados, no dejan de revelar la extraordinaria capacidad artística de aquellos pintores. Esto es especialmente elocuente en las féminas de Cogul, con cabeza frontal, caderas laterales y piernas en visión oblicua, y en muchos de los personajes de Muriecho, por citar algunos casos.

Todas estas modificaciones de formas de la realidad están inevitablemente sujetas a un cierto criterio estético, prueba de lo cual es que la generalidad de las representaciones levantinas presentan una tendencia

al alargamiento acentuado que se lleva al máximo extremo cuando una imagen parece hecha con una única línea, como sucede, por ejemplo, con uno de los personajes de menor tamaño de Cogul y que resulta ser un tipo de figura que aparece disperso por toda el área de extensión de este estilo pictórico.

Probablemente, de todos los métodos utilizados por los pintores levantinos el más efectista sea el de la oblicuidad, ya que mediante su uso se consigue un efecto de dinamicidad de las imágenes que resulta, por lo demás, ciertamente característico, de lo que se han percatado todos los investigadores. El uso de la oblicuidad se aplica a los ejes imaginarios que conforman las estructuras corporales, como se puede apreciar magníficamente en los personajes de Muriecho, en varios de Arpán, en el pequeño individuo de la Cova dels Vilasos y en los que conforman el núcleo de Montblanc, pero, también, en la disposición del motivo pictórico en relación con el soporte rocoso y que está especialmente explicitado por las cabritas de Regacens, los rebecos de Muriecho, la cierva de Vilasos y el bóvido de Mas d'en Ramon.

Otro de los recursos utilizados por estos artistas fue el de la profundidad, que algunos estudiosos siguen llamando, erróneamente, perspectiva. Se trata de lograr el efecto de separación entre imagen pintada y soporte a través de facilitar al máximo el reconocimiento de aquella. No son demasiados los ejemplos que tenemos en la zona que analizamos, pero cabe mencionar a los arqueros de Mas d'en Llorç y Mas d'en Ramon y, tal vez, a algún individuo del oscense Muriecho.

Éstos son, en definitiva y según nuestro criterio, algunos de los elementos esenciales que conforman el Estilo Levantino y que nos sirven de referencia para reconocer y adscribir los motivos a este estilo, a la vez que, por extensión, nos sirven para separarlo del Arte Esquemático (en realidad, Pintura Esquemática), que posee unos principios iconográficos y técnicos propios y con el que coincide espacialmente en no pocas ocasiones. De todo ello se deduce, y así lo hemos explicitado en otras ocasiones, que ambas expresiones corresponden a culturas bien distintas y que, por tanto, no existe ningún proceso evolutivo que conduzca de uno al otro. Dado que en el territorio oscense se insiste en la presencia de un grupo de figuras que se engloba bajo el nombre convencional de Arte Subesquemático y que, lo que es más importante, parece constituir un estado intermedio entre lo naturalista (entiéndase Levantino) y lo plenamente esquemático (BALDELLOU, 1983, 115; 1987, 120; 1991, 32), resulta necesario abordar esta cuestión. Para ello,

creemos oportuno volver a insistir, grosso modo, sobre los elementos que configuran el Arte Esquemático y a los que ya nos hemos referido en alguna ocasión (GRIMAL y ALONSO, 1988; ALONSO y GRIMAL, e.p., a; e.p., b). En primer lugar, cabe puntualizar que el Arte Esquemático no toma como punto de partida la figuración sino la abstracción, creando formas nuevas. Las referencias a la figuración que aparecen en esta manifestación artística, correspondientes a una banda pequeña de su elenco iconográfico, son siempre esquemas simplificados de las estructuras figurativas, no prestando interés a detalles ni alusiones anatómicas. Consecuente con ese planteamiento, el proceso de ejecución es despreocupado y pueden utilizarse —y de hecho así se comprueba— una variedad de útiles pictóricos: elementos semejantes a brochas, muñecas a modo de tampón, dedos, etc., todos los cuales no es necesario que posean cualidades para definir trazos precisos. Los grosores de éstos habitualmente giran en torno a 1-1,5 cm pero no son totalmente extraños aquellos más reducidos aunque con una calidad siempre limitada si los comparamos, por ejemplo, con el trazo levantino.

Tras estas puntualizaciones, si atendemos a las figuras denominadas «subesquemáticas» —cuadrúpedos de Arpán, arquero y ciervo de ese mismo conjunto, ciervos de Quizans, Regacens y Lecina, especialmente— apreciamos, en primer lugar, que todos ellos son esquemas de una figuración o, lo que es lo mismo, que ninguno de ellos muestra mimetismo de una realidad; el hecho de que podamos identificar su especie —los cervinos— gracias al diseño de la cuerua no incrementa el grado de figuración. Por cierto, que las fórmulas empleadas en el diseño de aquellas son estereotipos muy insistidos y característicos de los ciervos de la Pintura Esquemática, tal como es fácil comprobar si se realiza un mínimo seguimiento de este tipo de figuras.

Respecto a la técnica de esta serie de motivos cabe comentar que los trazos que los configuran muestran todas las características propias de la Pintura Esquemática, tanto por su grosor como por su propia factura. La presencia de algún trazo más fino —similares a los que determinan la cornamenta del ciervo de Regacens— no es extraña a este arte, aunque sí es cierto que resulta muy minoritaria, y se ha mencionado su presencia en motivos de yacimientos relativamente cercanos como el Mas del Gran (Montblanc) (ALONSO y GRIMAL, 1990; 1991) o tan alejados del sector mediterráneo como los caceceños (GARCÍA ARRANZ, 1990, 191) o los salmantinos (GRANDE DEL BRÍO, 1987, 127).

El uso de ese trazo no repercute en un mayor mimetismo de la realidad y de hecho se utiliza para motivos netamente abstractos como puede ser un signo radiado; se nos ocurre aludir a los dos esteliformes (en realidad un oculado) del yacimiento albacetense de las Covachicas (Letur).

Todas estas consideraciones impiden ver elementos suficientes para considerar a aquellos motivos oscenses como enlaces entre uno y otro arte y, desde luego, no existe elemento alguno en que pueda percibirse su vinculación, aunque fuese lejana, con su supuesto origen en el Arte Levantino. Para nosotros, resulta perfectamente integrable en todos sus aspectos en la Pintura Esquemática, precisamente en aquella banda minoritaria a la que antes nos referíamos, y, como venimos tratando de demostrar en nuestras últimas investigaciones, el supuesto proceso evolutivo de las formas a partir del Levantino hacia el Esquemático carece, en la actualidad, de elementos fundamentados en que sostenerse.

IV. TRATAMIENTO DE LA IMAGEN EN EL ESPACIO

En lo que se refiere a la disposición de las figuras en el espacio, el Arte Levantino determina cuatro fórmulas esenciales: la imagen única, como tema exclusivo de una estación, la imagen aislada, la composición y la escena aunque, como iremos comprobando, los tres elementos esenciales de este arte, arquero, animal y mujer, no se someten en igualdad de condiciones a cada una de ellas.

La primera fórmula está especialmente bien representada en el área estudiada por el conjunto de Chimiachas, en el que un solo ciervo se constituye en elemento único de toda la cavidad. Las particulares características dimensionales y de ubicación y, al mismo tiempo, la visibilidad manifiesta ratifican la importancia de dicha figura cervina; dentro del bestiario levantino, los cervinos, junto con los bóvidos, son los únicos que pueden aparecer en esa condición, es decir, como tema único, lo cual nos permite especular sobre la concesión de una «categoría» específica para dichos cuadrúpedos. En la zona analizada no conocemos un caso comparable, pues recordemos que el cáprido de Cova Roja no es el único motivo levantino pintado (y además la degradación ha impedido que puedan llegar hasta nosotros otros hipotéticos motivos). En el área de extensión del Levantino, cabe mencionar los ejemplos del toro del Abrigo de

la Ceja de Piezarrodilla (Albarracín, Teruel), el ciervo de Solana de las Covachas IV (Nerpio) (ALONSO, 1980) o el ciervo del abrigo III de Benizar (ALONSO y GRIMAL, e.p., d).

La segunda fórmula consiste en disponer una figura en un panel pintado de tal forma que no parece relacionarse con ninguna de las otras existentes. En realidad, para definir tal opción espacial se ha de contar con frisos o parte de ellos que se hallen particularmente bien conservados, lo que, lamentablemente, no suele ser demasiado frecuente, propiciando por esta causa el que muchas de las figuras que actualmente parecen aisladas no tengamos la seguridad de que en origen lo fueran realmente.

Con todas las precauciones debidas, parecen corresponder a esta opción espacial una de las ciervas de Cogul y el cuadrúpedo vertical con la cabeza hacia abajo de Mas d'en Llort. En el primer caso, el ejemplar se halla próximo al resto de individuos pero mientras éstos aparecen, como veremos, asociados entre sí por distintos factores, el cérvido aludido no llega a integrarse en ninguna de las composiciones. En el segundo ejemplo, tal vez poseamos algún elemento más de refuerzo para incluirlo en este apartado ya que hemos comprobado que cuadrúpedos en esa particular disposición de caída de otras estaciones aparecen, también, aislados del resto de las composiciones, como si ellos mismos adquiriesen entidad completa. Algunos de estos casos serían la cabra de la Cova del Polvorin (La Pobla de Benifassà, Castellón), el caballo de las Cuevas de la Araña (Bicorp, Valencia) o la pequeña cabrita del Torcal de las Bojadillas I (Nerpio, Albacete).

Otra de las formas más usuales de relación espacial consiste en la agrupación de varios individuos en un punto específico del panel, concentración que puede ser protagonizada tanto por arqueros o individuos asexuados como por animales y, por supuesto, por la mujer. Pueden, además, encontrarse dos variantes: la primera, aquella en que los componentes, por una serie de características, han sido diseñados en un tiempo sincrónico y, la segunda, en la que ha habido una adición de elementos a lo largo de espacios más o menos prolongados de tiempo.

Ciertamente una de las agrupaciones más representativas de esta zona, y añadiríamos que muy particular en el Levantino, es la protagonizada por los individuos de Muriecho. Digamos, en primera instancia, que en esta modalidad pictórica son infrecuentes las colectividades de arqueros, pues en principio se podrían aportar varios casos del Torcal de las Bojadillas I, IV y V, el de la Fuente del Sabuco II



Fig. 11. Grupo de cuadrúpedos de Cogul (según ALONSO y GRIMAL).

(Moratalla, Murcia), los de la Cueva del Civil en la Valltorta (Castellón) y, tal vez, unos pocos más. Pero lo que todavía resulta más inhabitual es que esos personajes carezcan del elemento identificativo de la figura masculina (el arco) y formen parte de ese grupo minoritario de personajes que calificamos de asexuados o, por lo menos, de sexo no precisable, como es el caso oscense. Los estudios sobre este fragmento pintado llevaron a sus investigadores (BALDELLOU, 1987, 118) a considerarla como una gran escena en la que de una u otra manera todas las figuras humanas participan de la caza de un ciervo. Por nuestra parte, nos resulta algo difícil encontrar esos elementos tan obvios que posibiliten dicha identificación porque muchos de los personajes tienen una disposición espacial tal que sugieren otras posibles interpretaciones sin que, en rigor, podamos objetivamente determinar la acción específica que realizan. Por ello, las incluíamos dentro del grupo de «las colectividades» (ALONSO, 1993). Cuestión aparte son los individuos más inmediatos al ciervo ante la posible interpretación de una escena de captura del herbívoro que se ha emitido y sobre la cual tenemos serias dudas. Al hecho incuestionable de que ciertos individuos contactan con el animal (por la corna-

menta, por la pata delantera...) se podría alegar que, en realidad, se trata de una solapación de figuras que participan cada una de ellas en acciones distintas y semiperdidas actualmente. Pero un elemento importante que hay que considerar, por lo determinante que pudiera resultar, es que en el muestrario de escenas del Arte Levantino no se ha constatado una venación de animales con semejante método, según el cual los individuos parecen acosar y rendir directamente con sus manos a la presa. Existen unas fórmulas en el diseño de las escenas de caza levantinas que se repiten con iteración por todo el territorio y que dejan, por lo que hemos comprobado, poco margen para innovaciones personales. Por otro lado, nos gusta mantener una actitud prudente ante la interpretación de supuestas escenas cuando en ellas alguno de los participantes esenciales no está completo o no es suficientemente claro; y el caso oscense no es ajeno a esas circunstancias.

Las agrupaciones de animales es un tema recurrente en este estilo pictórico y en la zona que estudiamos posee no pocos ejemplos. En Regacens un número de animales que supera la media docena, posiblemente todos ellos cápridos, se concentra en una misma área, relacionándose espacialmente pese



Fig. 12. Grupo de individuos y animales de Muriecho (según BALDELLOU).

a presentar distintas orientaciones. En Labarta es muy verosímil que los dos animales de color negro, dispuestos a distintos niveles, mantuviesen una relación compositiva y lo mismo podría haber sucedido en la Cova dels Vilasos, en la que se aprecian dos cuadrúpedos —cérvidos— que, uno tras otro, mantienen una misma dirección. En esta fórmula cabe incluir aquellas agrupaciones de ejemplares de la misma especie pero que, dadas sus características morfológicas, técnicas y cromáticas, cabe atribuir a ejecuciones diacrónicas. Son especialmente representativos la pareja de cápridos del Mas d'en Llorç y la pareja de esa misma especie de Cogul, siendo particularmente intencionada esa vinculación en este último porque una de las imágenes —la superior— se solapa a la compañera, pero las características de la pintura —rojo mucho más claro— permiten apreciar cada una de sus partes corporales con total claridad. Y también en este último yacimiento se constata cómo los bóvidos, realizados en distintos colores y métodos de relleno y, presumiblemente, en distintos momentos, fueron, sin embargo, dispuestos todos en

un punto concreto del friso rocoso; entre ellos, incluso, hay cierta sobreposición, que es lo suficientemente mínima para que no se enmascare ninguna de las informaciones que cada una de las figuras debía suministrar.

Con mucha frecuencia hemos observado en los paneles levantinos que en la concentración de los individuos animales en un punto concreto pueden participar distintas especies. Una muestra de ello en el territorio analizado se encuentra en Cogul, en el que varios ciervos se hallan junto a un jabalí y a otro cuadrúpedo no determinable y todos pertenecen a acciones pictóricas distintas. Todo parece indicar que el «valor» espacial que adquirió el lugar con el diseño de la primera imagen se sigue manteniendo a lo largo de las siguientes acciones pictóricas.

Sin la menor duda la escena es el uso del espacio más característico del Arte Levantino y, por tanto, resulta esencial en su definición. Entendemos por escena la relación que se establece entre dos o más elementos en las coordenadas de espacio y tiempo. La escena más insistida y representativa es la cinegética.



Fig. 13. Fragmento del panel de Mas d'en Ramon (según ALONSO y GRIMAL).

tica, es decir, un arquero disparando a un animal; entre ambos se establece una dependencia que nos resulta obvia porque, a pesar de nuestra cultura tan distante de aquélla, aún somos capaces de identificar todos y cada uno de los elementos que la integran (arco, flechas, cazador y presa) y, en consecuencia, nos atrevemos a interpretarla plásticamente. Ejemplos de este tratamiento espacial no faltan en el área más septentrional, resultando especialmente completas las escenas del Mas d'en Ramon: una, integrada por una pareja de flechadores que disparan a un posible bóvido —el convencionalismo de la pareja de cazadores es muy usual—; la segunda, también colectiva, que fue originariamente protagonizada por tres o más individuos de los que hoy sólo se advierten con claridad dos, tiene por objetivo otro bóvido. En el conjunto de Arpán son varios los casos en que se identifican arqueros con el arma tensada en disposición de disparo. En el caso de la Zona B, sector 1 (BALDELLOU *et alii*, 1994, 46), la proximidad entre cazador y animal establece un vínculo bastante verosímil. Por su parte, en el sector 3 se identifican dos arqueros más en actitud de disparar una flecha. Los animales lamentablemente no se conservan, pero

los muchos restos que se constatan en todo ese fragmento de pared no hacen descartable su presencia cuando la escena fue configurada inicialmente.

Relacionado con uno de los arqueros aludidos y, por tanto, integrante de la escena, se distingue bien un grupito de 5 flechas dispuestas unas inmediatas a otras en sentido vertical. Este convencionalismo de representar los proyectiles junto al saetero, probablemente como elementos de repuesto, es desconocido en el cuadrante nordoriental pero, en cambio, es frecuente en las estaciones del Maestrazgo, muy particularmente en las del entorno de Ares del Maestrat, y también se ha detectado en algún punto alejado como la Cueva de la Vieja. Hacia el sur de este último vuelve a constituirse en un elemento gráfico raro con alguna llamativa excepción, como la que se presenta en el abrigo del Cortijo de Sorbas I (Letur).

Continuando con las posibles escenas venatorias, no podría descartarse ese sentido para el arquero y el probable jabalí del extremo superior derecho de Cogul y para el individuo y la cierva que se halla sobre uno de los bóvidos.

En lo que concierne a las escenas protagonizadas por individuos humanos cabe destacar aquella integrada por un personaje trepando por lo que se ha identificado como una escala o escalera y con la que también pudiera relacionarse el grupito de aves o insectos, que favorecería la interpretación de una posible escena de recolección (BALDELLOU *et alii*, 1994). Cuando nos hemos referido a los insectos o aves ya hemos comentado algunos pormenores respecto a este tipo de representación. Sólo nos resta por recordar que este tema fue incorporado desde el estudio de las Cuevas de la Araña (HERNÁNDEZ PACHECO, 1924), momento a partir del cual se le presta una especial atención a pesar de que los muchos descubrimientos que se han producido en los últimos decenios han ampliado muy discretamente el catálogo de este tipo de composiciones que, en definitiva, debe considerarse de representatividad secundaria respecto al de otras temáticas. En efecto, las estaciones que cuentan con individuos encaramados se circunscriben a ciertos enclaves turolenses, a los del entorno del Barranco de la Gasulla y, como estaciones puntuales, las Cuevas de la Araña y la Cueva de la Vieja; todos ellos no superan la docena de casos. Por esta circunstancia, resulta particularmente llamativa la presencia en enclaves tan septentrionales como los oscenses pero, a la vez, se confirma, también en este aspecto, la participación de esta área en opciones propias de los sectores considerados, tradicionalmente, más típicamente levantinos.

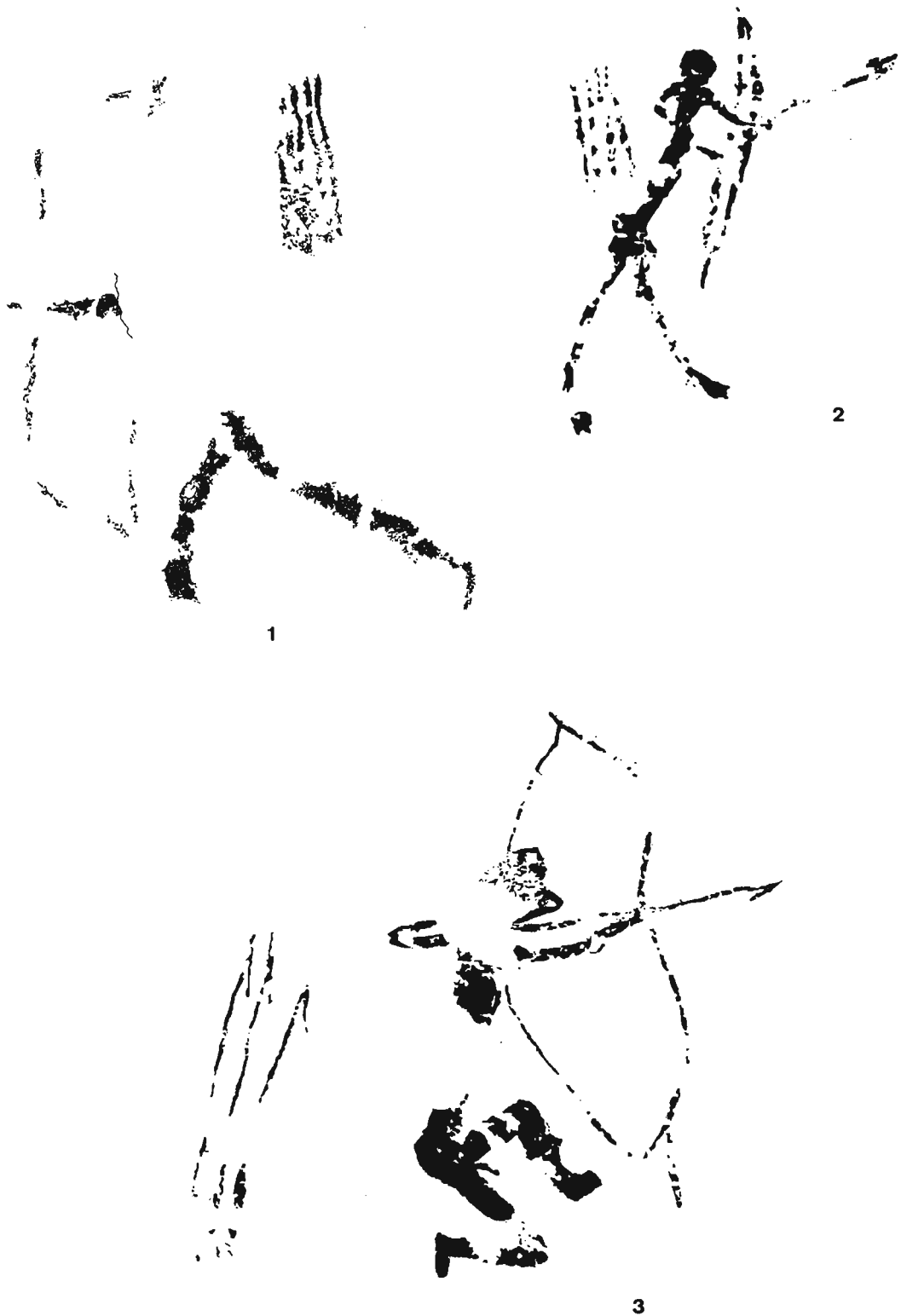


Fig. 14. Arquero con un grupo de flechas próximo. 1, Arpán (según BALDELLOU *et alii*); 2, Cortijo de Sorbas I (según ALONSO y GRIMAL); 3, Cueva de la Vieja (según GRIMAL y ALONSO).

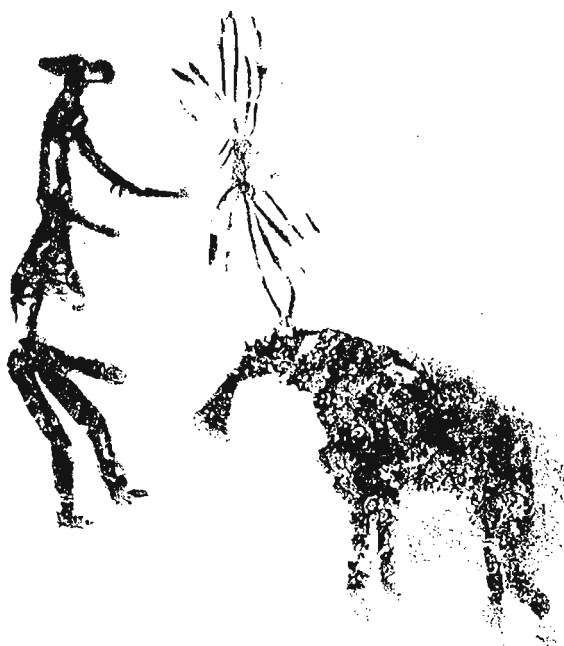


Fig. 15. Arqueiro y jabalí de Cogul (según ALONSO y GRIMAL).

Si ante el colectivo de personajes humanos de Muriecho era difícil pronunciarse sobre si se trataba de una escena, por la dificultad de reconocer cuál es la acción que desarrollan, ante el grupo de cuadrúpedos de ese mismo conjunto creemos ver elementos más explícitos para interpretarla como tal. En primer lugar porque son muchas las concomitancias que presentan —coinciden cromática y técnicamente— y, en segundo lugar, se aprecia que a buena parte de los supuestos sarríos se les ha aplicado el principio de la oblicuidad, lo que les confiere una dinamicidad notoria, y, finalmente, por el hecho de que ese movimiento se desarrolla hacia una misma dirección. Especular con todos estos datos sobre la posibilidad de que se trate de una escena no nos parece gratuito.

V. VALORACIONES FINALES

Las estaciones del área objeto de nuestro estudio presentan, a pesar de su situación geográfica en el extremo más septentrional, elementos suficientes para incluirlas plenamente en la modalidad artística que denominamos Arte Levantino. Dicha afirmación se sustenta en la presencia iterada de los elementos esenciales de la iconografía levantina, en la ordenación espacial que éstos muestran y, por supuesto, en los procesos técnicos y gráficos a que todos ellos se

someten. Pero si esas constataciones resultan a todas luces suficientes lo que ratifica esa afirmación es la presencia en estos enclaves de ciertas imágenes, convencionalismos gráficos y temas que, por su naturaleza, vinculan de una manera más estrecha al sector norteño con el resto del territorio levantino. En efecto, el diseño del individuo subiendo (o bajando) por una escalera establece una concomitancia temática con lo que nosotros consideramos un área artística bien determinada como es el Maestrazgo y con el sector central del Levantino, para el que sirven de referencias las estaciones de Alpera-Ayora y de Bicorp-Dos Aguas-Millares.

La presencia de una fauna pintada tan particular como las aves o insectos afianza esa vinculación y, de hecho, la amplía considerablemente al haber aparecido estos elementos en entornos tan alejados como los alicantinos.

El uso del convencionalismo escénico de situar varias flechas inmediatas al venador ha de ser necesariamente fruto de una sintonía común entre este punto geográfico y el tan alejado de Letur, de la que participan, por supuesto, el citado Maestrazgo y el área central.

La fauna —en concreto el jabalí— también se constituye en un elemento de relación muy estrecho y particular, en esta ocasión con una zona muy concreta que se circunscribe a ciertos territorios de Castellón y Teruel en los que esta especie, como hemos comentado en páginas precedentes, se da con exclusividad.

Establecido el carácter «levantino» de ese gran territorio septentrional, el paso inmediato se orientaba a determinar si en un análisis más minucioso las estaciones oscenses y catalanas compartían características específicas. Hemos de reconocer que en ese sentido no se ha avanzado demasiado. Existen estaciones con una fuerte personalidad —como son los casos de Muriecho y Cogul— que mantienen notables divergencias tanto en el tratamiento de los motivos como en las composiciones y en los temas. Y algo similar sucede con los restantes conjuntos, más modestos numéricamente y muy maltratados en su conservación, en los que tampoco se pueden detectar convencionalismos comunes. Por ejemplo, no se comparten diseños similares en las figuras humanas (nos referimos a los Conceptos y los siguientes niveles de análisis) —aunque hemos advertido una cierta tendencia en algún aspecto—, tampoco detalles que pueden resultar en ocasiones muy significativos como insistir en el diseño de ciertas partes corporales o configurarlos de una forma peculiar (dedos de los



Fig. 16. Individuos trepando de: 1, Cueva de la Vieja (según GRIMAL y ALONSO); 2, Cingle de la Gasulla (según ALONSO).



Fig. 17. Grupo de animales (sarríos) de Muriecho (según BALDELLOU).

pies y manos o tamaños desmesurados de estos últimos); no existe un criterio generalizado o dominante de zona en diseñar las imágenes con un mismo tipo de tocado o peinado característico. Y algo similar sucede con los adornos corporales, tan ausentes, con excepción del personaje masculino de Cogul. En definitiva, parece fuera de toda duda que existe una unidad genérica incuestionable pero, por lo que actualmente conocemos, que ciertamente no es demasiado, tal vez haya que atribuir a los enclaves oscenses y catalanes dinámicas y orientaciones distintas que, en ambos casos, deberán perfilarse de forma más precisa con futuros descubrimientos, sin que —insistimos— su situación geográfica extrema respecto a los núcleos centrales haga pensar en ellos, desde el punto de vista artístico, como zonas marginales del singular movimiento pictórico levantino. Por tanto, no existe ningún elemento que impida atribuir a aquellos yacimientos una cronología similar a la que venimos concediendo de forma genérica a este arte —entre el VIII y el V milenio— (ALONSO, 1993; ALONSO y GRIMAL, 1994). Somos conscientes de que ese margen de cuatro milenios resulta excesivamente amplio pero, como es bien sabido, actualmente seguimos sin disponer de sistemas de datación absoluta para la pintura al aire libre que sería, sin la menor duda, el método más incuestionable.

Otro aspecto que hay que considerar, porque incide indirectamente en las valoraciones cronológicas, es la relación espacial que se establece entre el Arte Levantino y otro de los artes postpaleolíticos, el Esquemático, que, al igual que sucede en otras zonas del este mediterráneo, se ha constatado en este punto septentrional. De las once estaciones pintadas que hemos valorado, tanto las oscenses como las catalanas comparten espacio pictórico en cuatro ocasiones, de las cuales únicamente en dos se produce solapación entre los motivos de uno y otro arte. En Labarta,

los motivos abstractos y el cuadrúpedo esquemático se superponen a los animales levantinos. Y, por su parte, en Arpán la escena del escalador se ve cubierta en varios puntos por el cuadrúpedo que nosotros consideramos perteneciente al Esquemático, de manera que ambas superposiciones confieren mayor antigüedad a los motivos levantinos. Esta secuencia, en definitiva, no hace más que confirmar la que de forma notablemente generalizada se produce en toda el área del Arte Levantino (ALONSO y GRIMAL, e.p., e). De una manera breve mencionaremos los varios ejemplos existentes de motivos levantinos bajo otros esquemáticos de las estaciones de la Cañada del Marco (Alcaine, Teruel), de la Hoz de Vicente (Minglanilla) y de Marmalo IV (Villar del Humo), ambos en Cuenca; de las Cuevas de la Araña; los varios casos en tierras albacetenses de la Cueva de la Vieja (Alpera), del Cortijo de Sorbas I (Letur), de Solana de las Covachas III y V y del Molino Juan Basura (Nerpio); los de Cantos de la Visera II (Yecla) y de la Risca I (Moratalla), en Murcia, y, finalmente, el alicantino del Abric de les Torrudanes (HERNÁNDEZ *et alii*, 1988, 152).

A esos más de veinticinco casos se oponen unos pocos en los que se invierte ese orden, de forma que son las imágenes esquemáticas las que parecen ocupar un posicionamiento anterior. Ello sucede en la Tabla del Pochico (Aldeaquemada, Jaén), según observaciones de LÓPEZ y SORIA (1988, 53); un único caso en Solana de las Covachas IX (ALONSO, 1980, 226), en Cantos de la Visera II, y, finalmente, en el Barranc de la Palla (Tormos, Alicante) (HERNÁNDEZ, FERRER y CATALÀ, 1988, 222).

La conclusión que se puede extraer de toda esta serie de superposiciones es que el Arte Levantino —expresión artístico-religiosa de los últimos grupos predadores del este peninsular— precedió en el tiempo a la Pintura Esquemática —manifestación espiritual de los grupos productores neolíticos— de forma generalizada y que en algunos enclaves concretos del área meridional pudieron coincidir en ciertos territorios ambos grupos «compartiendo» los mismos santuarios. Por las características de las figuras que se solapan a las imágenes esquemáticas bien podrían corresponder a la etapas finales de la Pintura Levantina, ya que el resultado de nuestras investigaciones apunta a que las imágenes de tamaños grandes pueden corresponder, contrariamente a las hipótesis sostenidas desde Hernández Pacheco, a las últimas etapas del desarrollo de esta pintura prehistórica. La relación con el Arte Esquemático permite pensar que el Levantino bien pudo perdurar hasta los momentos finales del V milenio.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1952). *El covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida)*. Instituto de Estudios Ilerdenses. Lérida.
- ALMAGRO, M. (1970). *Manual de Historia Universal. I. Prehistoria*. Madrid.
- ALONSO TEJADA, A. (1980). *El conjunto rupestre de Solana de las Covachas. Nerpio (Albacete)*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- ALONSO TEJADA, A. (1985). «Villar del Humo: un núcleo rupestre olvidado». *Revista de Arqueología*, 45. Madrid, pp. 12-23.
- ALONSO TEJADA, A. (1992). «Algunes reflexions sobre la cronologia de la Pintura Rupestre Levantina». *IX Col·loqui Internacional d'Arqueologia*. Puigcerdà-Andorra, pp. 49-51.
- ALONSO TEJADA, A. (1993). *La pintura rupestre prehistórica del Río Taibilla*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona, 3 vols. (inédita).
- ALONSO TEJADA, A. (en prensa, a). «Consideraciones en torno al estudio de la pintura rupestre del Levante». *XXI Congreso Nacional de Arqueología*. Teruel, 1991.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1989). «Las pinturas rupestres de la Fuente del Sabuco II (Moratalla-Murcia)». *Empúries*, 47 (1985). Barcelona, pp. 28-33.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1989). *Els pintors prehistòrics de Vandellòs*. Ajuntament de Vandellòs-L'Hospitalet de l'Infant (Tarragona).
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1990). «Nuevos descubrimientos de pinturas rupestres en Cataluña». *Revista de Arqueología*, 105. Madrid, pp. 29-34.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1990). *Las pinturas rupestres de la Cueva de la Vieja*. Ayuntamiento de Alpera (Albacete).
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1991). «Los pintores de Mas del Gran: ¿cazadores o pastores?». *XX Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 127-135.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1992). «El lenguaje del Arte». *Historia de Castellón*. Vol. I. Castellón de la Plana, pp. 61-80.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1993). «Aproximación al estado actual de la pintura rupestre en Catalunya». *Empúries*, 48-50 (1986-1989). Barcelona, pp. 8-17.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1994). «La mujer en el arte de los cazadores epipaleolíticos». *Gala*, 2 (1993). Sant Feliu de Codines (Barcelona), pp. 11-50.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (1995). «El Arte Levantino o el "trasiego" cronológico de un arte prehistórico». *Pyrenae*, 25 (1993). Barcelona, pp. 51-70.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (en prensa, a). «L'art rupestre a la Conca de Barberà». *L'art rupestre a Catalunya (comarques del Baix Camp, Conca de Barberà, Priorat i Ribera d'Ebre)*. J. M.ª Fullola (coord). Reus (Tarragona).
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (en prensa, b). «L'Art Macroesquemàtic». *Història, Societat i Cultura dels Països Catalans*. Enciclopèdia Catalana. Barcelona.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (en prensa, c). «Mujeres en la Prehistoria». *Revista de Arqueología*, 176. Madrid.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (en prensa, d). «Investigaciones sobre arte rupestre en Moratalla. II.ª Campaña». *II Jornadas de Arqueología Regional*. Murcia, 1991.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (en prensa, e). «El Arte Levantino: una manifestación pictórica del Epipaleolítico peninsular». *Cronología del Arte Levantino*. J. Aparicio Pérez (coord). Valencia.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (en prensa, f). *El arte rupestre prehistórico de la cuenca del río Taibilla (Albacete y Murcia): nuevos planteamientos para el estudio del Arte Levantino*.
- ALONSO, A. y GRIMAL, A. (en prensa, g). «El bestiaro levantino: aves e insectos». *Gala*, 4. Sant Feliu de Codines (Barcelona).
- BALDELLOU, V. (1982). «Los abrigos pintados del río Vero». *Revista de Arqueología*, 23. Madrid, pp. 8-13.
- BALDELLOU, V. (1984). «El arte levantino del río Vero (Huesca)». *Encuentro de homenaje a Juan Cabré*. Zaragoza, pp. 133-139.
- BALDELLOU, V. (1985). «El arte esquemático y su relación con el levantino en la cuenca alta del Vero». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica*. Salamanca, pp. 113-115.
- BALDELLOU, V. (1987). «El arte rupestre postpaleolítico en la zona del río Vero». *Ars Prehistorica*, 3-4 (1984-1985). Sabadell (Barcelona), pp. 111-137.
- BALDELLOU, V. (1991). *Guía Arte Rupestre del río Vero*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A. y CALVO, M.ª J. (1986). «Dos nuevos covachos con pinturas naturalistas en el Vero (Huesca)». *Estudios en homenaje al Profesor Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, pp. 115-133.

- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. y AYUSO, P. (1994). «Las pinturas rupestres del Barranco de Arpán (Asque-Colungo. Huesca). *Bolskan*, 10 (1993). Huesca, pp. 31-96.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. y AYUSO, P. (1994). «Las pinturas rupestres de la Cueva de Regacens (Asque-Colungo. Huesca)». *Bolskan*, 10 (1993). Huesca, pp. 97-144.
- BELTRÁN, A. (1968). *Arte Rupestre Levantino*. Zaragoza.
- BELTRÁN, A. (1982). *De cazadores a pastores. El arte rupestre del Levante Español*. Madrid.
- BELTRÁN, A. y ROYO, J. A. (1994). *El abrigo de la Higuera o del Cabezo del Río Martín en el Barranco de Esteruel. Alcaine. Teruel. Avance a su estudio*. Guías de Aragón, 19. Zaragoza.
- FORTEA PÉREZ, J. (1974). «Algunas aportaciones a los problemas del Arte Levantino». *Zephyrus*, XXV. Salamanca, pp. 225-257.
- FORTEA PÉREZ, J. (1975). «En torno a la cronología relativa del inicio del arte levantino». *Papeles del Laboratorio de Arqueología Valenciana*, 11. Valencia, pp. 185-197.
- FORTEA PÉREZ, J. (1976). «El arte parietal Epipaleolítico del 6.^o y 5.^o milenio y su sustitución por el Arte Levantino». *IX Congrès de l'U.I.S.P.P.* Niza, pp. 121-133.
- GARCÍA ARRANZ, J. J. (1990). *La pintura rupestre esquemática de la comarca de las Villuercas (Cáceres)*. Institución Cultural «El Brocense». Cáceres.
- GRANDE DEL BRÍO, R. (1987). *La pintura rupestre esquemática en el centro-oeste de España (Salamanca-Zamora)*. Diputación de Salamanca.
- GRIMAL, A. (1993). «Consideracions tècniques pictòriques de la pintura rupestre postpaleolítica i la seva relació amb la cronologia». *IX Col·loqui Internacional d'Arqueologia*. Puigcerdà-Andorra (1991), pp. 52-54.
- GRIMAL, A. (en prensa). «Avance al estudio de las pinturas rupestres de la Cueva de la Cocina y su relación técnica con el Arte Levantino». *XXI Congreso Nacional de Arqueología*. Teruel, 1991.
- GRIMAL, A. y ALONSO, A. (1988). «Observaciones técnicas pictóricas del Mas d'en Carles y la Cova de les Creus (Montblanc-Tarragona)». *Boletín de la Asociación Española de Arte Rupestre*, 1. Barcelona, pp. 20-24.
- GRIMAL, A. y ALONSO, A. (en prensa). *El Arte Levantino: Iniciación a un arte prehistórico*. Barcelona.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1918). «Estudios de arte prehistórico. I. Prospección de las pinturas rupestres de Morella la Vella. II. Evolución de las ideas madres de las pinturas rupestres». *Revista de la Real Academia de Ciencias de Madrid*, XVI. Madrid, pp. 1-24.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1924). *Las pinturas prehistóricas de las Cuevas de la Araña (Valencia)*. Madrid.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. (1995). «Arte rupestre en el País Valenciano. Bases para un debate». *II Jornades d'Arqueologia*. Alfàs del Pi, 1994. València, pp. 89-118.
- HERNÁNDEZ, M. S.; FERRER, P y CATALÀ, E. (1988). *Arte Rupestre en Alicante*. Alicante.
- LÓPEZ PAYER, M. G. y SORIA LERMA, M. (1988). *El arte rupestre en Sierra Morena*. Jaén.
- RIPOLL PERELLÓ, E. (1960). «Para una cronología relativa de las pinturas del Levante Español». *Festschrift für Lothar Zotz*. Bonn, pp. 457-465.



Algunos comentarios sobre el Neolítico en Aragón

V. Baldellou

Lo que sigue a continuación debe considerarse como un mero intento de recopilación de los problemas que, en el día de hoy, rigen el estudio del período neolítico en Aragón, por lo que se espera la comprensión del lector para un texto de fondo eminentemente elucubratorio, en el que se vierten más dudas que otra cosa y en el que las digresiones y conjeturas prevalecen frente a cualquier consideración firme.

Antes de empezar a hablar del Neolítico en las tierras aragonesas, resulta imprescindible señalar y resaltar el carácter incipiente de su investigación y, en consecuencia, la parvedad de la documentación que estamos en condiciones de manejar; las lagunas de conocimiento siguen presentando en la actualidad una envergadura mayor de lo que cabría desear, en tanto que el conjunto de datos que se han aportado en estos últimos años han servido —como era lógico esperar— en mayor medida de vehículos para intrincar aún más el panorama y para dejarnos atisbar un poco su complejidad y menos como elementos simplificadores que permitieran una relativa clarificación del mismo.

Aunque sea a mucha menor escala —y con unas bases de información todavía más endeblas que en otros casos— parece ser que en Aragón se dejan traslucir idénticos problemas y análogas cuestiones a los que se tienen planteados en territorios vecinos con registros arqueológicos similares. Las interrogaciones vigentes incumben al origen del Neolítico aragonés, a sus formas de implantación sobre su ámbito geográfico, a su incidencia en el seno de las poblaciones indígenas, a la mayor o menor antigüedad de determinadas producciones alfareras, al grado de asunción de las nuevas directrices económicas por parte de las comunidades neolíticas, a la posible interrelación entre éstas y las pinturas rupestres, etc.

TEORÍAS SOBRE EL ORIGEN

Si alguno de tales aspectos pudiera darse como obvio dentro del marco territorial que nos ocupa, sería el que hace referencia al asunto de un origen propio o importado para la neolitización del solar aragonés. Parece en principio un tanto absurdo, dado el estado actual de la investigación, suscitar aquí reflexiones de ninguna índole sobre el posible autoctonismo de nuestro Neolítico, ya que, además de participar Aragón en el mismo horizonte que es común a otras regiones colindantes en cuanto a la ausencia de agriotipos, resulta evidente que no nos encontramos frente a un núcleo cultural que, ni por su riqueza y su densidad, ni por su situación alejada del litoral, permite que sea tenido como un foco especialmente relevante, siquiera como un foco con personalidad propia respecto de los grupos catalán y valenciano que lo flanquean hacia el E.

Si aceptamos las tendencias actuales, las cuales se inclinan claramente a situar los primeros asentamientos plenamente neolitizados de la Península Ibérica en las zonas costeras más favorables de Cataluña y Valencia, no cabe otra consideración para el Neolítico aragonés que la de un núcleo de neolitización secundario, fruto de una penetración tierra adentro siguiendo los ejes fluviales como vías de circulación más rápidas (1). Cuando observamos el mapa de distribución de los yacimientos cardiales, salta a la vista la existencia de dos densos focos litorales situados en las comarcas barcelonesas que rodean la capital catalana y en los alrededores del cabo valenciano de La Nao, a cuyos flancos disminuye notoriamente dicha densidad hasta ofrecernos auténticos vacíos de considerable extensión en cuanto a la presencia de establecimientos neolíticos. Este

hecho lleva inmediatamente a pensar no sólo en la posibilidad de dos núcleos de colonización geográficamente bien definidos, sino también en el carácter marítimo de la supuesta inmigración que daría lugar a los mismos.

El argumento expresado no puede encerrar demasiadas vacilaciones en cuanto a su teórica validez, si bien no por ello deja de mostrar ciertas contradicciones que, a buen seguro, responden en mayor grado a la escasez de datos disponibles —sobre todo los cronológicos— y menos a evidencias seguras que pongan en tela de juicio la hipótesis citada.

En Aragón, los yacimientos del Neolítico Antiguo Cardial se distribuyen en dos marcos geográficos bien delimitados y, hasta ahora, desconectados entre sí. Uno de ellos se extendería por las Sierras Exteriores prepirenaicas de la provincia de Huesca y el otro, separado del primero por una vasta superficie en blanco de más de ochenta kilómetros de anchura en línea recta, se centraría en el área del Bajo Aragón, en las cuencas de los ríos Guadalope y Matarraña, al NE de la provincia de Teruel y al E de la de Zaragoza. El alejamiento físico de ambos núcleos, unido al análisis de otras circunstancias diferenciadoras entre el carácter cultural de uno y de otro, llevaron al autor a remarcar la inexistencia de un Neolítico aragonés como un grupo homogéneo, coherente y personalizado de otros grupos regionales coetáneos (2), habiéndose llegado incluso a buscar para cada uno de ellos un origen emanado de estímulos exteriores de procedencia distinta: mientras las estaciones oscenses responderían a influencias o desplazamientos que partirían de la zona catalana, las del Bajo Aragón podrían constituir un sector periférico —e incluso marginal— del pujante círculo cardial valenciano, idea ya manejada con anterioridad por varios investigadores pero que choca con la cortapisa evidente de una separación física tal vez excesivamente notable de estas comarcas respecto del área más densa de concentración de estaciones en las riberas levantinas.

Las disparidades que distancian entre sí a los dos núcleos neolíticos aragoneses no se reducen al espacio que los aleja geográficamente, sino que atañen también a matices de mayor calado cultural cuya trascendencia resulta incuestionable: grado de adopción de las conductas económicas, contexto material, formas de hábitat, etc. Puede decirse que sus analogías se restringen casi exclusivamente a la relativa paridad de sus respectivos desarrollos cronológicos y a la utilización de las decoraciones impresas y cardiales en los repertorios cerámicos que les son propios.

En efecto, en el Bajo Aragón predominan los abrigos o las viseras como lugares de ocupación (Botiquería dels Moros, Pulido, Pontet, Costalena, Secáns), en tanto que en la provincia de Huesca, si bien los abrigos también están atestiguados (Forcas, Remosillo, Huerto Raso), son las cuevas las que se erigen como máximo exponente entre los sitios de asentamiento (Chaves, Moro, Brujas, Puyascada, Miranda, Gabasa). En ambas zonas existen los poblados, pero ninguno de ellos alcanza en sus fechas la antigüedad patentizada en los hábitats rupestres, demostrando su ubicación que la distribución geográfica antes mencionada se sigue manteniendo incluso en etapas neolíticas más avanzadas (Prepireneo —e irradiaciones perimetrales— y Bajo Aragón).

Por otro lado, la presencia de cerámicas impresas y cardiales en los yacimientos bajoaragoneses parece revelar una interferencia material dentro de contextos industriales de clara evocación epipaleolítica, sin que, en principio, su intrusión lleve consigo ninguna modificación, desde cualquier punto de vista, en referencia a sus tradiciones culturales ancestrales. Tal hecho no se produce en las estaciones oscenses, donde, salvo muy contadas excepciones, las comunidades neolíticas ofrecen un utillaje coherente con sus nuevos modos de vida y claramente alejado del que es asimilable a las sociedades cazadoras-recolectoras.

Finalmente, cuando en el Prepireneo de Huesca se encontraban firmemente implantados los fundamentos de la nueva economía de producción, en el Bajo Aragón mantenían una prolongada pervivencia las prácticas predatoras heredadas de las épocas precedentes.

Todo ello parece evidenciar un fuerte dualismo que hunde sus raíces en un factor fundamental dentro de cualquier estudio que se haga sobre el Neolítico: pronta integración de las comarcas septentrionales aragonesas en los cambios de comportamiento económico y técnico, en la que el uso de las cerámicas impresas y cardiales constituiría un elemento más dentro de un conjunto mucho más general y trascendente de innovaciones y de avances, y continuación de los hábitos epipaleolíticos en los parajes del Bajo Aragón, en cuyo contexto las cerámicas decoradas representarían poco más que una intercalación novedosa de escasa significación socioeconómica. Por lo visto, no resulta fácil sustraerse de la dicotomía establecida por algunos autores para la región valenciana, cuando distinguen entre neolíticos aculturados y neolíticos «puros» o «plenos» (3), bimorfismo per-

fectamente aplicable en el caso que aquí estamos mencionando.

Con todo, cabría plantearse si este biformismo cultural responde realmente a unos mecanismos de neolitización de diferente ascendencia o, simplemente, a la capacidad o interés de asimilación de determinados grupos humanos. Es decir, si ello debe explicarse o no a través de la hipótesis de trabajo según la cual las estaciones neolíticas aragonesas tendrían un origen diferente, viniendo a representar las del Bajo Aragón una ramificación periférica de un grupo tan potente y expansivo como el valenciano. El alejamiento de los abrigos bajoaragoneses de los focos primordiales se traduciría en someras aportaciones materiales que revelarían una impregnación técnica de carácter muy superficial, pues no llega a afectar la conducta de los receptores, ni en tanto a sus formas de vida tradicionales, ni siquiera en cuanto a su bagaje industrial, a no ser por la sustitución de los abruptos por los retoques en doble bisel en los geométricos. Las dataciones radiocarbónicas bajoaragonesas, menos elevadas que las más antiguas levantinas, se ajustarían bien a las premisas de la más estricta teoría difusionista, en tanto que la red fluvial de la región, aunque subsidiaria del Ebro, tiene, en las serranías prelitorales, un origen común al de las corrientes que desembocan en las costas valencianas; ello sin hablar del río Júcar, que une de la forma más directa posible unas y otras tierras. A pesar de estos aspectos favorables a la hipótesis expresada —que hacen que se deba seguir teniendo en cuenta tal posibilidad— la cuestión geográfica de la lejanía antes comentada creemos que sigue componiendo un obstáculo que tampoco debe desdeñarse. Con todo, aunque no quede claro en absoluto el supuesto lugar irradiador de las influencias percibidas por los pobladores del Bajo Aragón, parece incuestionable el carácter de sitios aculturados que manifiestan sus hábitats.

Cuando volvemos a echar una mirada al conjunto de yacimientos del Prepirineo de Huesca, vemos que el panorama sufre modificaciones importantes. Las comunicaciones fluviales resultan más fáciles hacia el territorio catalán que hacia cualquier otro lugar, lo que podría abonar la idea de una progresión continental hacia el interior que emanaría de los focos neolíticos que configuran el grupo ibérico nordoriental.

Ahora bien, si aceptáramos este planteamiento teórico como cierto, cabría inmediatamente esbozar los hipotéticos mecanismos de entrada de las directrices neolíticas en el ámbito geográfico del Alto Aragón. En principio, podríamos barajar tres posibi-

lidades: una difusión de determinadas prácticas económicas y de ciertas técnicas de utillaje que actuarían como elementos de aculturación de las poblaciones autóctonas; un avance progresivo y escalonado, tierra adentro, de grupos neolitizados en busca de nuevos espacios; por último, una llegada rápida de uno o más grupos que, en época muy temprana, asientan sus reales en un punto determinado y empiezan enseñada a explotar sus recursos.

Como el lector puede fácilmente comprobar, sugerimos aquí dos teorías enteramente difusionistas y otra, la primera de ellas, fundamentada en unos cánones aculturadores; las dos restantes revelan un criterio de «colonización» pura y dura, cuya única diferenciación estriba en una mayor o menor rapidez en la arribada de las nuevas poblaciones y, por consiguiente, en una mayor o menor antigüedad de los primeros asentamientos que se establecerían en nuestro entorno.

La hipótesis aculturacionista, la propuesta por nosotros respecto de las estaciones bajoaragonesas turolenses y zaragozanas, no nos parece la más viable para que sea aplicada a los yacimientos oscenses. Ello no quiere decir que no se den casos evidentes de aculturación (Forcas lo es), pero nos inclinamos a pensar que tales fenómenos —hasta ahora muy escasos, por otra parte— se producen más por medio de unos contactos ya endógenos, es decir, salidos del propio medio físico altoaragonés, que a través de estímulos foráneos que representen la irrupción de nuevos influjos en un marco geográfico todavía virgen. La ausencia de un número relevante de sitios aculturados y la omnipresencia de un punto tan esencial como lo es la Cueva de Chaves son circunstancias de peso para que, en principio, rechacemos la eventualidad de esta vía de penetración como plausible. Luego volveremos sobre el asunto de lo que, según nosotros, representa Chaves en el proceso de neolitización del solar altoaragonés.

En cuanto a la segunda teoría, la primera de cariz colonizador, parece asimismo desestimable, aunque sólo sea en razón de las altas dataciones que poseemos para determinados lugares (Forcas, Chaves, Moro), las cuales parecen refutar el modelo de una progresión escalonada y relativamente lenta al alcanzar —e incluso superar— en antigüedad el nivel cronológico atestiguado en las estaciones catalanas, en las que se deberían buscar los rastros de esta marcha gradual hacia Aragón. Por demás, la existencia de un yacimiento de la índole de Chaves condiciona una vez más nuestros pensamientos en este sentido: un avance por etapas siguiendo una dirección de E a

W, por rápido que éste sea, no sólo implica que los lugares ubicados hacia levante sean siempre más antiguos que los situados a poniente, sino que también acarrea la presencia de eslabones intermedios que marcan el camino desde los núcleos primordiales hasta el destino final de los desplazamientos. En el momento de redactar estas líneas, parece incuestionable que no se han localizado eslabones de categoría similar a la que ostenta la Cueva de Chaves, al tiempo que las fechaciones obtenidas en esta última son tan viejas o más que las que se corresponden con estos potenciales engarces intermedios.

Tal vez no haría falta expresar nuestra preferencia particular por la tercera posibilidad, la de una «colonización» rápida y directa y muy antigua en referencia al cuadro cronológico general que se asigna al grupo neolítico catalán. De nuevo —y ahora más todavía— Chaves deviene el argumento capital a la hora de escoger entre las diversas opciones: se trata de un asentamiento completamente neolitizado desde sus inicios, tanto en el aspecto económico como en el material, y con un desarrollo temporal largo y continuado, equiparable, en cuanto a las fechas, a las más elevadas dataciones de las conocidas en las áreas costeras de Cataluña. Por demás, cuando los habitantes de Chaves se asientan en la cavidad, ésta no se encuentra poblada, por lo que puede hablarse perfectamente de un establecimiento «ex novo» en el lugar: los niveles de ocupación magdalenienses, subyacentes a un estrato estéril de considerable potencia y separados en el tiempo por un lapso superior a los cinco mil años, nada tienen que ver en absoluto con el momento de habitación neolítico.

Chaves se convertirá así en el paradigma perfecto de un establecimiento nuevo, por parte de unas gentes también nuevas que, a su vez, son portadoras de un bagaje tecnológico y de una conducta económica que significan también unas aportaciones totalmente novedosas. Sería la cara opuesta de la representada por los yacimientos bajoaragoneses, en los que unas comunidades de ancestral arraigo sobre la zona recibirían determinadas impregnaciones de carácter exclusivamente material, como consecuencia de unos estímulos de procedencia exógena.

Así pues, opinamos que hay razones suficientes para colocar a la Cueva de Chaves como un ejemplo evidente de lo que podría haber sido de un asentamiento de «colonizadores» en el sentido más exacto, los cuales, dueños de una cultura ya enteramente formada, se instalan en un espacio habitacional «de nueva planta» y lo toman como residencia y sede de

una manera estable y prolongada. De ahí a considerar que Chaves es una especie de «punta de lanza» o de «cabeza de puente» para la difusión del Neolítico en los parajes oscenses sólo queda un paso, pero es un paso difícil de dar por causa de la falta de informaciones sólidas que lo avalen indiscutiblemente. Tan sólo podemos señalar que parece que poseemos una clara muestra-patrón de la llegada de unos «colonos» y que, en términos absolutamente hipotéticos, éstos pueden tener mucho que ver con el posterior proceso de neolitización de las comarcas prepirenáicas inmediatas, primeramente como factor aculturacionista (Forcas) y, más adelante, como foco generador de expansiones colonizadoras sucesivas (yacimientos epicardiales colindantes).

Aceptando la premisa de una inmigración precoz, pueden explicarse algunas de las contradicciones que acabamos de exponer al tratar de la segunda teoría: en un caso de colonización de esta índole no es imprescindible buscar y encontrar eslabones intermedios, ya que un desplazamiento tan rápido como el que en este caso parece revelarse implica un movimiento prolongado en el que se observan únicamente las detenciones imprescindibles, en cuyo transcurso, siempre breve, no se llegan a dejar rastros perceptibles; dicho de otro modo, estaríamos ante el traslado de un grupo de pioneros que sigue su camino ininterrumpidamente y que sólo lo da por terminado cuando se topa con el lugar adecuado para sus pretensiones, instalándose en el mismo de forma definitiva. En este orden, no cabe duda de que las condiciones de habitabilidad de la Cueva de Chaves pueden calificarse de excepcionales, no sólo por su capacidad de ofrecer refugio en razón de sus enormes dimensiones, sino también por su ubicación física en concreto, con agua al pie de la caverna, con campos roturables en sus inmediatas proximidades para ejercitar unos cultivos incipientes y con, al mismo tiempo, unos paisajes agrestes y serranos contiguos en los que practicar alguna actividad venatoria o el pastoreo de ovicaprinos.

Siguiendo en la misma línea, las citadas paradojas cronológicas también pierden buena parte de su significado: las dataciones de los yacimientos más o menos cercanos hacia levante (Balma Margineda, Cova del Parco) no tienen por qué ser más antiguas ya que pueden responder a desplazamientos «colonizadores» distintos o más recientes e incluso a unas formas y vías de difusión completamente diferentes, lo cual no resultaría nada ilógico cuando les hemos desprendido de su responsabilidad como eslabones intermedios entre lo oscense y lo catalán más oriental.

No obstante, tampoco sería del todo honesto olvidar ahora las contradicciones a las que hacíamos mención al principio de este trabajo, contradicciones tal vez no demasiado sobresalientes a la luz de la escasez de las seriaciones cronológicas disponibles para el Neolítico Antiguo catalán, pero que tampoco debemos dejar de mentar. Si bien puede resultar explicable una mayor elevación de las dataciones de Chaves con respecto de las de los yacimientos catalanes que jalonarían otras hipotéticas rutas de neolitización tierra adentro, no ocurre lo mismo si transportamos los elementos de comparación a las estaciones costeras, que configurarían en teoría el núcleo inicial y originario del proceso de arribada de las nuevas directrices económicas hasta nuestras tierras.

Y la realidad es que, por lo que conocemos en estos momentos en cuanto a datos cronológicos catalanes, las fechas más altas de Forcas y de Chaves superan en mayor o menor grado a las más antiguas de las adquiridas en Cataluña, siendo precisamente las correspondientes a los lugares interiores las que mayor afinidad ofrecen con las nuestras, con diferencias apenas aparentes en algún que otro caso (Balma Margineda). Dado que a estos yacimientos de la cuenca del Segre se les atribuye un origen oriental —al igual que aquí hacemos con los del Alto Aragón—, el hecho de que ofrezcan —al igual también que los nuestros— las dataciones más antiguas de entre todas las catalanas no deja de ser una paradoja que embiste frontalmente contra el meollo más íntimo de toda hipótesis difusionista que se precie.

Con todo, como ya decíamos asimismo con anterioridad, pensamos que tales discrepancias se deben, sobre todo, a la ausencia de repertorios cronológicos completos y amplios que nos permitan una visión panorámica lo suficientemente significativa para sacar de ella conclusiones categóricas y estamos seguros de que la deseable proliferación de nuevas fechaciones que va a producirse en un futuro próximo servirá para poner finalmente las cosas en su sitio.

Y es que la misma paradoja la tenemos instalada en nuestra propia casa, donde el nivel con cerámica cardial de Forcas supera en ciento setenta años a la fecha más elevada de las conseguidas en Chaves. Y puesto que Forcas se interpreta como un caso de aculturación de una población epipaleolítica que sigue ejerciendo sus modos tradicionales de vida a pesar de la intrusión en su seno de la alfarería, ¿cómo puede explicarse que su cronología sea superior a la del yacimiento que —según nuestra idea— actuaría como protagonista en el proceso de neolitización de

las Sierras Exteriores prepirenaicas de la provincia de Huesca?

Volvemos a insistir en que manejamos unas seriaciones de datas muy limitadas y que resulta excesivamente arriesgado utilizarlas de manera demasiado terminante o contundente. La documentación disponible, por incompleta, debería ser tomada como un mero indicador aproximativo más que como un instrumento sólido para apoyar o rebatir drásticamente unas disquisiciones teóricas que, desgraciadamente, vienen a ser igual de endebles que los pocos datos que sirven para sustentarlas.

Ahora bien, la propia fragilidad de todo el panorama presente también permite —sirva de demostración todo lo dicho hasta ahora— un margen bastante notorio a la elucubración y a las consideraciones más hipotéticas. Por ello tampoco podemos hurtarnos de comentar un nuevo elemento de reflexión que viene introducido a través de un instrumento prácticamente inédito en los estudios arqueológicos al uso: el análisis de los caracteres genéticos de las poblaciones (4). Según este enfoque, un determinado impacto demográfico, el cual se atribuye a la expansión del Neolítico en Cataluña y en la Península Ibérica, indicaría con relativa claridad que la neolitización penetraría por el Pirineo oriental desde las regiones meridionales francesas y que acarrearía una importante aportación humana, capaz de dejar un rastro genético perfectamente valorable.

Se trataría, pues, de una nueva teoría difusionista de cariz «colonizador», pero sus formas de difusión serían terrestres en lugar de marítimas, produciéndose así un cambio de orientación en cuanto al emplazamiento de los supuestos núcleos iniciales de irradiación de las conductas económicas de producción, los cuales se verían trasladados hacia el interior. Este planteamiento, además, podría presentar ciertos visos de verosimilitud a la vista de las posibles rutas geográficas a seguir, pues el paso desde el Rosellón hasta Puigcerdà aparece muy expedito ascendiendo el cauce del río Tet, empalmando fácilmente desde allí con las cuencas del Segre y del Cinca.

Aunque no estemos en condiciones de rebatir argumentadamente ninguna idea innovadora y aunque tal planteamiento ayudaría a explicar hasta cierto punto el desajuste antes mentado entre las dataciones más altas de los yacimientos de tierra adentro respecto de las más bajas de las estaciones litorales, pensamos que, quizás por nuestra misma ignorancia sobre estas cuestiones, hay que ser muy cauteloso todavía en referencia a una tan interesante hipótesis como ésta y seguir basando nuestras escasas bases de

conocimiento en los registros arqueológicos, por mermados que éstos se nos ofrezcan en algunas ocasiones.

EL PAPEL DE LO CARDIAL

Porque, a la luz que dichos registros nos proyectan, parece evidente que las cerámicas cardiales van ligadas, tanto en Aragón como en Cataluña, a los primeros vestigios de implantación del Neolítico. ¿Cómo se interpreta entonces que los yacimientos más ricos en ornamentaciones hechas con «cardium» se concentren, en Cataluña, en la Depresión Prelitoral y en las serranías contiguas? ¿Es lógico admitir que las comarcas más ricas en cardinal estén tan separadas de los puntos de entrada de lo que la teoría de los efectos genéticos sugiere? ¿Es normal que en las cercanías de dichos puntos prevalezcan las decoraciones epicardiales o la mezcla entre ambas técnicas?

¿Es que, acaso, estamos frente a un fenómeno de colonización que sigue el modelo hipotético que hemos defendido para la Cueva de Chaves, es decir, un desplazamiento rápido, sin eslabones intermedios, que se detiene sólo al llegar a los lugares más idóneos? En tal eventualidad, habría que buscar un posterior movimiento de «reflujo» mediante el que explicar una segunda fase de neolitización hacia el interior de Cataluña que, a la vista de los repertorios cerámicos y salvo las contadas excepciones, parecería en principio más reciente.

Tampoco se nos muestra demasiado claro —y volvemos a algo ya comentado— el hecho contradictorio de que las dataciones más antiguas para lo cardinal se conozcan precisamente en regiones periféricas y distanciadas del núcleo más rico y vigoroso, pero renunciamos a seguir insistiendo en este aspecto para no entrar en nuevas y farragosas disquisiciones y para no seguir sobrevalorando unas fechas aisladas que, por sí solas, pueden tener mucho menos valor que el que aquí parece que les queremos atribuir.

Retomando lo dicho más arriba, parece fuera de toda duda que la alfarería cardinal queda atestiguada en los niveles más antiguos de los yacimientos neolíticos aragoneses: en Forcas representa no sólo la primera introducción de material cerámico dentro de un contexto de fuerte evocación epipaleolítica, sino que se convierte también, a pesar de su ínfima cantidad, en el único tipo de decoración documentado, mientras que en la Cueva de Chaves se integra en un com-

plejo industrial más amplio y plenamente neolitizado, desde los mismos inicios de la ocupación de sus nuevos habitantes; de igual manera, las decoraciones de «cardium» se asocian con los más viejos vestigios de aculturación que reciben los abrigos bajoaragoneses de Botiquería dels Moros, de Costalena, de Pontet y de Pulido.

Poco puede decirse del fragmento de cerámica cardinal procedente de la Cueva de las Brujas de Juseu (cuya recuperación fuera de contexto no permite otra cosa que la simple constatación de su existencia), con lo que se nos aparece un panorama harto simple en lo que respecta al papel jugado por las ornamentaciones cardiales como instrumento difusor de las corrientes neolitizadoras: en el único caso en que se patentiza su inclusión en un horizonte enteramente sumergido en una conducta económica de producción es en la Cueva de Chaves; en el resto de estaciones alto y bajoaragonesas, su aparición pone de manifiesto una mera intrusión técnica que no entraña cambios de comportamiento relevantes.

Así pues, si bien puede decirse que las ornamentaciones hechas con «cardium» se corresponden con las producciones alfareras más antiguas de Aragón, habrá que expresar asimismo que su sola presencia no constituye en absoluto un síntoma de neolitización económica. Pese a ello, pensamos que sí nos puede servir como indicador fehaciente de que, en zonas más o menos cercanas, se han establecido ya las formas de vida productivas en el seno de unas comunidades que utilizan dichas decoraciones de un modo normal y corriente.

Si, en lo tocante a los abrigos bajoaragoneses, estos vecinos «neolíticos plenos» están mal documentados o se encuentran considerablemente alejados de ellos, no es ésta la coyuntura de Forcas, donde, a buen seguro, mucho tendría que ver la Cueva de Chaves en la irrupción de los elementos cardiales en su seno.

Y es que la Cueva de Chaves no es solamente un ejemplo indiscutible de un asentamiento de colonización, sino que tiene también la entidad suficiente para que, en su campo de influencia, ejerza una función generadora de estímulos que vaya transformando, poco a poco o más deprisa, las formas de vida tradicionales de los grupos humanos que permanecieran en sus alrededores próximos e incluso en los menos inmediatos.

Aunque en múltiples ocasiones se tiende a identificar a los poblados al aire libre con los lugares de habitación estable y prolongada, en contraposición con las cuevas, que representarían por su parte un

tipo de ocupación esporádico y poco duradero, opinamos que la Cueva de Chaves debe ser considerada como un claro exponente de residencia permanente. Sus inmejorables condiciones de habitabilidad —ya esbozadas antes y entre las que sobresale su impresionante tamaño, capaz de contener en su interior el recinto superficial de un poblado entero— quizás la convierten en un caso extraordinario, pero el lapso temporal que nos proporcionan sus dataciones radiocarbónicas atestigua un asentamiento continuado de seiscientos cincuenta años, confirmado además por las pautas evolutivas que se perciben en su utillaje cerámico. Así las cosas, no quedan márgenes de duda para pensar que una estación tan importante y con una pervivencia tan amplia como la citada tuviera que jugar el papel determinante que le atribuimos en referencia a la neolitización de los territorios prepirenaicos oscenses.

Dicho papel —aunque limitado en principio, como parece indicar la escasa dispersión de las decoraciones hechas con «cardium» en la provincia de Huesca— comenzaría ya desde una época lo suficientemente temprana como para que fuesen las cerámicas cardiales el testimonio más aparente de la actividad neolitizadora, la cual no seguiría un modelo único y homogéneo, igualitario, sino que se vería esencialmente matizado, en casa de los receptores de los influjos, por aspectos muy variados, tales como el índice de receptibilidad de los aculturados, las características físicas del medio geográfico o el grado de adaptación de los grupos autóctonos a dicho marco físico.

Porque parece incuestionable que los mecanismos de implantación del Neolítico son completamente diferentes cuando se analiza un ejemplo de «colonización» pura o se atiende a un patrón de aculturación de comunidades indígenas radicadas desde antiguo en determinado lugar. El protagonismo que despliegan las características del entorno es determinante en la segunda eventualidad, pero resulta mucho menos concluyente en la primera, en la que ha habido una elección previa del sitio de establecimiento, según unas premisas que se basan ya en las necesidades concretas que dictan unos comportamientos asimilados con anterioridad. Así pues, serían los aculturados los que chocarían en mayor escala con el problema de una adecuación más o menos difícil de sus territorios históricos a unas nuevas formas de vida. De ahí, tal vez, la resistencia que se revela en algunos yacimientos a abandonar sus prácticas tradicionales recolectoras y cinegéticas, cuando en Chaves pueden permitirse el lujo de desarrollar una economía de producción mixta.

En consecuencia, podríamos volver a afirmar que la difusión de las cerámicas cardiales no implica nada más que el uso común, por parte de unos grupos humanos de diversa extracción, de un tipo específico de alfarería. La neolitización integral de estos grupos parece que no se produce hasta un momento más avanzado, probablemente, al igual que en Cataluña, cuando prevalecen ya las facies epi y post-cardiales, es decir, precisamente cuando las decoraciones hechas con «cardium» han perdido su vigencia.

Sin embargo, esta visión de un Neolítico Antiguo inicial, de variado contenido económico e industrial, pero hasta cierto punto unificado por la presencia generalizada de las producciones alfareras cardiales, tampoco resulta del todo convincente ya que, una vez más, aparecen contradicciones que rompen el esquema propuesto. Nos estamos refiriendo a la Cueva del Moro de Olvena (Huesca), en la que se ha obtenido una datación que se correspondería enteramente con la de un cardial pleno para un conjunto de cerámicas impresas entre las que faltan las realizadas con «cardium». De nuevo una sola fecha, de nuevo un dato insuficiente.

Algún investigador (5) intenta justificar esta ausencia a través de la posible no disponibilidad de materia prima de origen marino por parte de los habitantes del Moro, los cuales imitarían las decoraciones cardiales con los elementos que tendrían a mano y darían lugar a una facies cronológicamente paralela a lo cardial que podría recibir tanto la denominación de «estilo pericardial» como la de «epicardial antiguo». Sin rebatir la buena lógica de tal interpretación, sí que convendría expresar aquí ciertas matizaciones que vienen a ponerla en tela de juicio, aunque sólo sea parcialmente: en la Cueva de Chaves, situada a unos treinta kilómetros de la Cueva del Moro, en dirección W., las ornamentaciones cardiales se están utilizando desde un momento anterior al de la fecha de Olvena; lo mismo ocurre en Forcas, pero con las circunstancias añadidas de que la distancia entre ambos yacimientos es todavía menor (unos 8 km en línea recta) y de que los dos se ubican sobre el mismo cauce fluvial, estando, por lo tanto, perfectamente comunicadas; finalmente, más cerca todavía se encuentra la Cueva de las Brujas de Juseu, situada tan sólo a unos 6 km hacia el E. Por otro lado, en la propia Cueva del Moro han aparecido conchas marinas —entre ellas las de «cardium»— que se han utilizado como objetos de adorno y un conjunto de una cincuentena de cuentas de collar de variscita que, una vez analizadas, parecen provenir, con toda probabilidad, de la explotación minera de Can Tintorer, en

Gavá y en el litoral de Barcelona. En consecuencia, puede concluirse, como primera providencia, que los ocupantes de la Cueva del Moro no encontraban demasiadas dificultades para proveerse de otros elementos de procedencia marítima y, como segunda, que tales dificultades, si es que las había —que parece que no—, deberían de ser idénticas a las de los tres yacimientos vecinos que hacían uso de las cerámicas cardiales de un modo habitual. Somos de la opinión de que la ausencia de impresiones de «cardium» no puede descifrarse únicamente por mor de un alejamiento substancial de las costas mediterráneas, sino que, a buen seguro, responde a otros aspectos aún inciertos que ahora no estamos en condiciones de averiguar. Además, la Cueva del Moro no representa un caso único, más notable todavía lo es, en razón de la mayor elevación de sus dataciones, la Cova Fosca, en la provincia de Castellón (6), con cerámicas que desde el punto de vista tecnológico bien podrían ser clasificadas como epicardiales pero cuyas fechas superan en antigüedad a la mayor parte de las obtenidas para los horizontes cardiales.

¿No es la cardinal la única cerámica que puede asimilarse a las fases más antiguas del Neolítico? ¿Existen dos corrientes materiales distintas que puedan llegar a coexistir tanto física como cronológicamente? ¿Puede ser una de ellas más antigua que la otra en determinadas regiones y viceversa? Son éstas unas cuestiones aún imposibles de responder de forma terminante, aunque nosotros sigamos prefiriendo atribuir a lo cardinal el papel de intérprete principal en el proceso de neolitización incipiente, al menos en lo que respecta a nuestros territorios. Basarse en la Cueva del Moro para suponer otra cosa sería un desatino considerable, en primer lugar porque la mayor parte del material extraído en el yacimiento proviene de depósitos removidos, en segundo término porque una sola fechación no basta para afinar adecuadamente su cronología real y, finalmente, porque el registro arqueológico del Moro no deja de mostrar ciertas anomalías: su industria lítica se identifica mejor con la correspondiente a Chaves 1a (Cardial final, con pocas ornamentaciones hechas con conchas), las decoraciones que ofrecen sus cerámicas se avienen más con las facies epicardiales, en tanto que algunos aspectos de su morfología, su manufactura y el tipo de desgrasantes concuerdan en mayor medida con el Cardial pleno de Chaves (7). Es decir, el mero análisis del bagaje material recuperado tampoco resulta nada determinante a la hora de establecer una adscripción clara y concreta y una fecha única y aislada no puede suponer nunca una infor-

mación suficiente para utilizarla de manera concluyente.

Otra cosa resultaría volver a plantearnos la adecuación de términos como «epicardial», «pericardial» o «postcardial» (8), pero no es éste el momento de tomar sobre ello. Sólo querríamos señalar que siguen sin quedar claras muchas cosas todavía y que lo que se conoce como cerámica epicardial se asocia usualmente con la cardinal propiamente dicha en casi todos los yacimientos del Neolítico Antiguo —con mayor porcentaje, al parecer, en los niveles más recientes que en los más primitivos— y alcanza solamente su personalización propia —bajo la citada denominación— cuando aparece aislada. Dicho de otro modo, el nombre de epicardial se refiere más a la ausencia de ornamentaciones de «cardium» en determinados contextos materiales y mucho menos a unas características concretas y definitorias de un tipo de alfarería, el cual, como ya hemos dicho, aparece también en los registros arqueológicos correspondientes al pleno florecimiento de las decoraciones con conchas. Así pues, lo epicardial se particulariza especialmente cuando estas últimas han acabado por desaparecer, o sea, que también encierra el concepto una significación cronológica evidente, la cual lo coloca en un momento concreto en el que lo específicamente cardinal ha caído ya en desuso y, en contrapartida, perviven y pasan a ser exclusivas otras clases de ornamentación ya conocidas en etapas precedentes, aunque sea en niveles porcentuales muy variables.

Por consiguiente, si acaso el complejo cultural de la Cueva del Moro bien podría ser considerado como epicardial desde el punto de vista de la falta de ornamentaciones efectuadas con «cardium», aceptaría mucho menos dicha denominación desde el punto de vista cronológico, en el que se asimilaría plenamente con el momento tipificado por la cerámica cardinal. Es muy arriesgado utilizar los términos con un sentido material en ocasiones y con un sentido temporal en otras, pues ello da cancha a la confusión en la aplicación de la terminología: lo cardinal y lo epicardial son lo que son tanto como técnicas alfareras cuanto como definidores de una época cronológica precisa y, estrictamente, deberían dejar de serlo al fallar una de las dos premisas.

No puede decirse que la Cueva del Moro de Olvena es epicardial por el simple aspecto de sus repertorios cerámicos, porque ello nos llevaría a una fase del Neolítico en la que las cerámicas cardiales se habrían ya extinguido y que no se correspondería en la realidad con la fecha obtenida en el yacimiento. Si

a «epicardial» se le añade el calificativo de «antiguo», la contradicción se sigue manteniendo, pues, por antiguo que sea lo epicardial, siempre será posterior al momento de utilización de las impresiones realizadas con conchas. Eso es así o debe desdotalse a este término de su contenido cronológico y relegarlo meramente a su acepción tecnológica.

HACIA LA PLENA NEOLITIZACIÓN

Y parece que no es ésta la significación que se le da habitualmente a lo epicardial, hasta el punto de que también se le asigna un carácter esencial dentro del proceso de difusión de los cánones neolitizadores dentro de un círculo cultural tan importante como lo es el catalán. En efecto, parece evidente que, en Cataluña, la total inmersión de su territorio en las nuevas formas de vida no se produce más que a partir del Epicardial, el cual significaría el desbordamiento de unos límites geográficos (reducidos, durante el Cardial pleno, a la zona nuclear configurada por algunas comarcas barcelonesas, litorales o próximas al mar), la expansión del Neolítico por la práctica totalidad del Principado y la ruptura de la relativa unidad representada por las cerámicas decoradas con «cardium».

Dicho proceso de neolitización, ya expuesto y repetido en varias ocasiones por diversos autores, ha sido recientemente estructurado en tres fases por J. Mestres (9), basándose para ello en el esquema interpretativo formulado por A. Gallay en la zona de los Alpes (10). Aunque sea sólo a guisa de aventura maniobra teórica, quizás resulte interesante un ensayo de aplicación del mismo en el ámbito aragonés, aun a sabiendas de que la escasez de datos disponibles para ello dota al intento de un palmario sentido de provisionalidad.

La primera de las tres fases aludidas (Fase Pionera) se correspondería con el Neolítico Antiguo Cardial y estaría protagonizada por grupos ya enteramente neolitizados, tanto técnica como económicamente, los cuales se asentarían en unos parajes vírgenes apropiados a sus necesidades concretas. Aunque se provocarían contactos con poblaciones autóctonas, éstos serían de índole esporádica —al no coincidir con ellas en las mismas zonas de habitación— y no acarrearían vínculos aculturacionistas ni secuelas importantes para las mismas.

Visto lo expuesto, cabría preguntarse como primera cuestión si dichos asentamientos primigenios responden a un avance progresivo de ocupación de

tierras, como intuye Mestres, o a un desplazamiento colonizador más rápido en el tiempo y más prolongado en la distancia, como el que hemos propuesto para la Cueva de Chaves, la cual, en el Prepirineo oscense, asumiría la máxima representación de esta fase con el establecimiento de unos «pioneros» foráneos en unas tierras intocadas todavía por agricultores y ganaderos, pero favorables para la práctica de ambas actividades.

En segundo término, también convendría calibrar el problema de la repercusión de una ocupación de esta índole sobre los habitantes indígenas de la zona, pues presuponer un vacío poblacional absoluto en el área de influencia de la nueva instalación neolítica y, por consiguiente, la ausencia de mecanismos de aculturación en esta etapa primitiva no deja de resultar un ejercicio excesivamente hipotético, incluso a pesar de que las diferentes exigencias económicas de ambas sociedades pudieran reclamar unos diferentes caracteres edafológicos para los entornos respectivos y ello hubiera contribuido a restringir en buena medida los contactos. De una u otra forma, parece indudable que estos contactos existieron y solamente quedaría por medir el grado de las connotaciones culturales que éstos llevarían consigo. ¿Puede considerarse aculturación la irrupción de la cerámica en un medio humano de economía cazadora y recolectora o ello es, simplemente, una muestra material —y sin otra significación— que aporta el testimonio de estos acercamientos? Tal vez si fuese la alfarería el único elemento que, dentro de un registro arqueológico enraizado en épocas anteriores, patentizara una modificación del contexto tradicional pudiera entonces hablarse de una estricta y somera «impregnación», pero la generalizada substitución de los retoques abruptos por los efectuados en doble bisel puede revelar una implicación más profunda, cuyo sentido no estamos en condiciones de valorar en estos momentos.

Así las cosas, las cerámicas cardiales esporádicas de Forcas y de Juseu podrían tomarse como los exponentes de una relación todavía indeterminable —aculturación o simple contacto— entre las gentes arribadas a la Cueva de Chaves con las que conocían un viejo arraigo en el mismo sector o en los colindantes, relación que podría tener consecuencias diversas e intensidades variables pero cuya antigüedad queda atestiguada por el tipo de alfarería que sirve para documentarla.

Menos adaptables a la presente teoría se nos ofrecen los yacimientos neolíticos bajoaragoneses, ya que no encontramos en sus proximidades ningún

punto de entidad suficiente al que atribuir la responsabilidad de las aculturaciones o de los contactos que habrían dado lugar a la presencia de ornamentaciones hechas con «cardium» en los abrigos de Botiquería, Pulido, Costalena o Pontet. Ni hacia el territorio catalán ni hacia el valenciano tenemos localizado un hipotético «eslabón cardial» de relevancia que sirviera para suministrar los estímulos correspondientes, pero hay que tener también en cuenta que nos enfrentamos a un dato negativo y que, por consiguiente, sólo debe dársele la importancia relativa que le corresponde.

La segunda fase (Neo-pionera) se produciría a continuación de la precedente y respondería a un fenómeno de segmentación del área nuclear (11) provocado por su propio crecimiento demográfico, lo que llevaría a una expansión colonizadora secundaria en unos entornos ecológicos distintos e incluso menos favorables.

Se correspondería, arqueológicamente y «grosso modo», con las facies epicardiales y significaría la propagación de las directrices neolíticas por el resto de las comarcas catalanas, ocasionándose entonces —según Mestres—, junto al citado movimiento colonizador, la aculturación propiamente dicha de los grupos autóctonos de cazadores y recolectores. El abandono de las decoraciones cardiales se justificaría como un reforzamiento de las señas de identidad de los nuevos «pioneros» frente a las técnicas ornamentales usadas en los núcleos originarios.

El planteamiento de J. Mestres, metodológicamente impecable, quizás se resienta un poco de representar un esfuerzo de adecuación de un modelo foráneo a un marco geográfico distinto del ámbito para el que fue concebido o, tal vez, de estar fundamentado esencialmente en aspectos de cariz territorial por mor de la falta de otros datos arqueológicos lo suficientemente expresivos. Ello no resta validez a su exposición, cuyo carácter general permite, por otro lado, bastante margen de movimientos a la hora de proceder a su aplicación sobre otros contextos físicos.

Así pues, se puede hasta cierto punto polemizar con la aseveración que pregona la ausencia de efectos aculturacionistas en la Fase Pionera (ya hemos manifestado más arriba nuestras dudas al respecto), argumento que no se nos muestra demasiado sólido cuando parece claro que las cerámicas que sirven de testimonio de la interacción entre colonizadores y autóctonos son, en Aragón, siempre las cardiales, es decir, las características de la etapa inicial del proceso, desconociéndose hasta el momento los ejemplos

de aculturación en los que sean las alfarerías propias del Epicardial las que sirvan de vehículo para que tal fenómeno se produzca.

Por el contrario, hay que decir que las estaciones aragonesas epicardiales se nos ofrecen, en su mayoría, como pertenecientes a unos grupos plenamente neolitizados en sus comportamientos económico y tecnológico, con unos índices porcentuales de especies domésticas superiores, en sus registros faunísticos, a los que se obtenían en los yacimientos o en los niveles más antiguos: 95% en la Esplugu de la Puyascada, 80% en la Cueva del Forcón y 87% en la sala inferior de la Cueva del Moro, frente al 70% de la Cueva de Chaves y al 40% de las galerías superiores de la misma Cueva del Moro. Por otro lado, también son epicardiales las cerámicas que aparecen en los primeros poblados al aire libre documentados hasta ahora, tales como El Torrollón y Fornillos (Huesca) o como Alonso Norte, Las Margaritas, Las Torrazas, Balsa La Salada y Cabezo Vara I (Teruel).

Así pues, tanto en el Prepirineo oscense cuanto en las comarcas bajoaragonesas, parece que las contadas aculturaciones tienen lugar en la Fase Pionera tipificada por el uso de las cerámicas cardiales, aunque también hay que decir que no estamos capacitados para concretar exactamente a qué momento del Neolítico Antiguo Cardial hay que atribuirlos. Ciertamente es que la datación de Forcas —la más alta de todas las neolíticas aragonesas y catalanas— abogaría por una época temprana, pero hay que repetir que la falta de repertorios cronológicos amplios no nos permite ser tajantes al respecto. Y es que puede hacerse un tanto difícil intentar una abstracción en la que neolíticos y autóctonos se mantuvieran inicialmente casi aislados, con muy pocos contactos entre sí en razón del reducido índice cuantitativo de las poblaciones de los segundos, del carácter disperso de las mismas y de las diferencias territoriales dictadas por las respectivas necesidades de explotación. También podría pensarse que los grupos residuales de cazadores y recolectores controlarían dilatados y variados espacios para garantizarse el máximo aprovechamiento de los recursos naturales, imprimiendo una gran movilidad a sus correrías periódicas o estacionales, la cual vendría a favorecer las relaciones —más o menos esporádicas— desde muy pronto, a pesar de que realmente no coincidieran los medios geográficos específicos de unos y de otros.

Estamos enteramente de acuerdo, en cambio, en lo que se refiere a la mentada segunda colonización sobre territorios intactos, con la consiguiente ampliación de las áreas neolitizadas y con la relativa prolife-

ración de nuevos yacimientos. Ahora bien, cabría asimismo plantearse la precocidad de este propio fenómeno en algunos casos concretos, pues tampoco hay que rechazar de plano la posibilidad de que la Cueva del Moro, a pesar de su alta datación absoluta, respondiera a una primera oleada de segmentación de la Cueva de Chaves y que la ausencia de ornamentaciones hechas con «cardium» pudiera explicarse como fruto de ese intento de reforzar el particularismo o la personalidad de los nuevos colonos respecto del núcleo originario. Al fin y al cabo, tal como hemos indicado con anterioridad, el único elemento diferenciador relevante entre los registros de Chaves y del Moro reside en las decoraciones de sus alfarerías, concretamente en la no utilización del «cardium» como medio ornamental en las cerámicas de este último yacimiento, presentándose el resto de caracteres materiales mucho más coincidentes entre sí.

Lo que sí puede afirmarse con toda seguridad es que es precisamente en los inicios de esta segunda etapa o Fase Neo-pionera cuando se constata que en la Cueva de Chaves termina el momento de ocupación neolítico, con un estadio final caracterizado por un notabilísimo descenso de la presencia de las impresiones de conchas y por un predominio manifiesto de las decoraciones efectuadas con otros utensilios. Dicha circunstancia, que viene a matizar el fenómeno de segmentación por crecimiento poblacional y que puede responder a un agotamiento progresivo de los recursos de explotación de los territorios colindantes o a cuestiones más prosaicas tales como el desprendimiento de grandes bloques del techo de la caverna¹, acarrearía unas consecuencias parecidas a las producidas por el aumento demográfico y no deja de resultar curioso que las nuevas estaciones epicardiales altoaragonesas se distribuyan radialmente alrededor de Chaves a unas distancias

¹ En efecto, en la Cueva de Chaves se produjo el desprendimiento cenital de enormes bloques rocosos en una época indeterminada pero posterior al momento de ocupación neolítico, ya que los mismos descansan sobre el depósito arqueológico del yacimiento. Las masas pétreas no sólo tienen un tamaño formidable y un peso de varias toneladas, sino que también cayeron en número suficiente como para cubrir la mayor parte —a pesar de sus inmensas dimensiones— del vestíbulo de la cavidad. Este hecho dio lugar a que la Cueva de Chaves viera considerablemente mermadas sus condiciones de habitabilidad, lo que, probablemente, comportó que la gruta no volviese a ser nunca más utilizada como un lugar de ocupación estable. El problema estriba en establecer si el momento de la caída de los bloques aconteció mientras estaba la cueva habitada —hecho que originaría, sin lugar a dudas, su abandono inmediata— o si sucedió cuando ésta ya había dejado de usarse como vivienda por parte de sus pobladores neolíticos.

que oscilan entre los 20 y los 50 km en línea recta y en todas direcciones, excepto hacia el NW. Ello podría darnos a entender que la Cueva de Chaves, ya en los últimos momentos de su desenvolvimiento habitacional, pudo haber servido de foco matriz para la expansión secundaria del Neolítico por otros parajes oscenses, aunque con ello acabara por desaparecer la propia metrópoli primigenia.

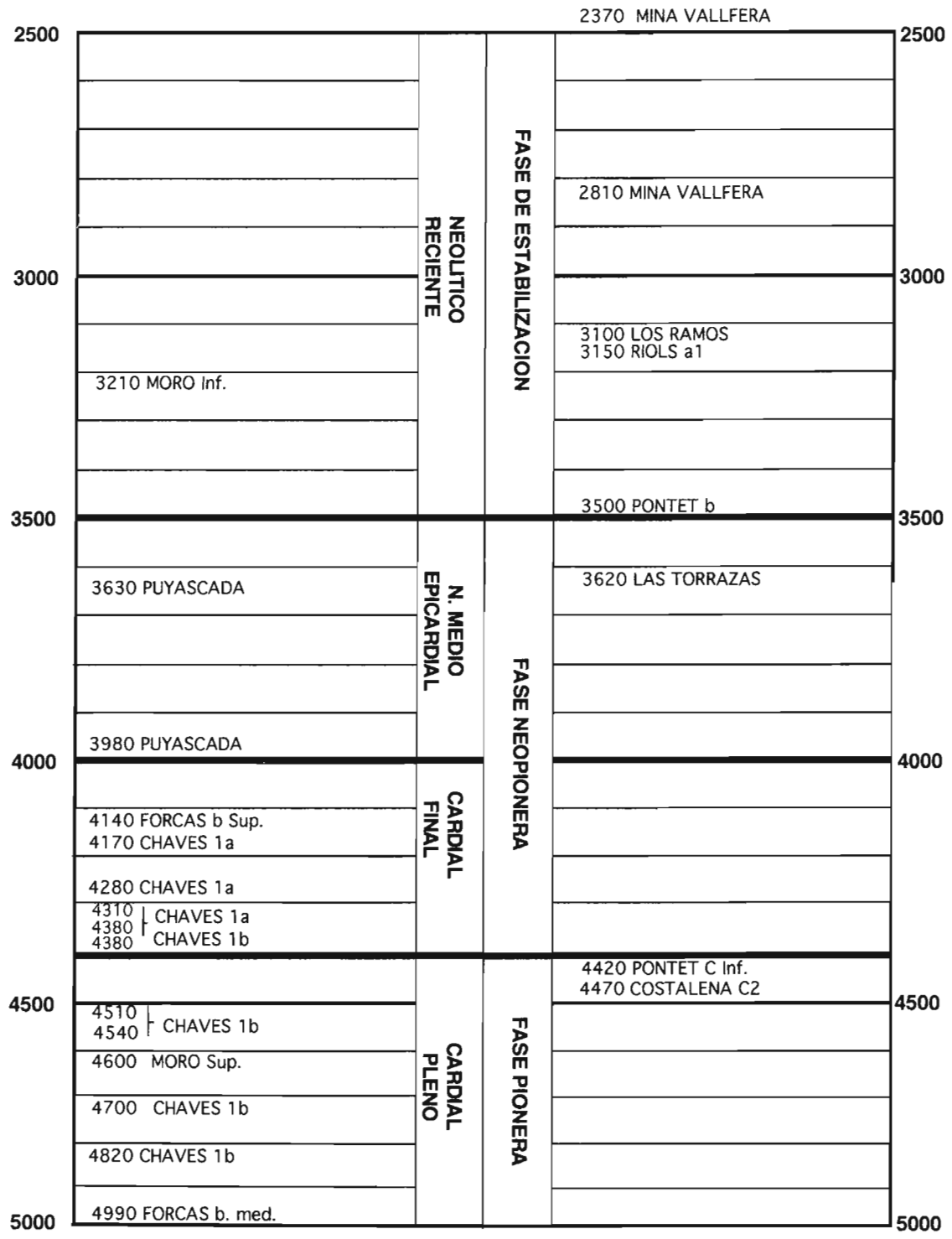
La tercera fase o Fase de Estabilización representa la definitiva fijación de las comunidades en su territorio, con el establecimiento de unas fronteras bien delimitadas y con una regionalización inicial de los estilos cerámicos que viene a reafirmar la personalidad y la identidad de los grupos humanos. Se corresponde, en Cataluña, con el Neolítico Antiguo Evolucionado y con el Neolítico Medio, siendo también destacable la aparición de las necrópolis como posible vínculo de unión de los muertos y de la sociedad con respecto de la tierra a la que pertenecían y como plasmación indicativa de una territorialidad más firme que nunca antes.

En Aragón esta Fase de Estabilización se nos muestra dispersa y mal atestiguada, ya que los yacimientos que se le pueden asignar son escasos y se nos presentan un tanto inconexos e incluso aislados, tanto desde el punto de vista geográfico como desde el que atañe a sus registros arqueológicos. No obstante, esta misma dispersión material encajaría perfectamente con la regionalización de las cerámicas antes citada, la cual parece constatarse de manera fehaciente: mientras en la galería inferior de la Cueva del Moro, en el Abrigo de Huerto Raso y quizás en el Forcón puede intuirse una pervivencia de las técnicas ornamentales a base de impresiones e incisiones, en Pontet b prevalecen las alfarerías lisas o provistas de suaves cordones, en Riols I se detectan influencias de cariz «veraciense» y en Mina Vallfera son las propias de la cultura catalana de los Sepulcros de Fosa las que predominan. Por demás, estas dos últimas estaciones coinciden con el esquema propuesto por Mestres al documentarse en las mismas la presencia de auténticas necrópolis, con enterramientos dotados de estructuras muy elaboradas y cuyas dimensiones los convierten en «cuasi» megalíticos.

Más problemáticos de vertebrar en este proceso secuencial resultan los monumentos dolménicos propiamente dichos, los cuales restringen su distribución física a la montaña pirenaica y prepirenaica de la provincia de Huesca; hasta el momento, los exiguos elementos que se han podido recuperar en su interior han sido pobres y poco expresivos, pero no han proporcionado materiales neolíticos de ninguna clase,

**ALTO ARAGON
(HUESCA)**

**BAJO ARAGON
(TERUEL Y ZARAGOZA)**



debiendo filiarse todos ellos en el Calcolítico. Pese a ello, no puede descartarse en absoluto una utilización anterior de tales sepulcros y, aunque la misma no haya podido todavía ser atestiguada, tal vez ello se deba a la extrema precariedad que los ajuares nos presentan.

Así pues, recapitulando un poco sobre todo lo dicho, parece evidente que las fases elaboradas por J. Mestres para el Neolítico catalán son de aplicación similar para el territorio aragonés, donde la Fase Pionera estaría protagonizada por la Cueva de Chaves en lo que respecta a las tierras altoaragonesas y por otros estímulos aún indeterminables en cuanto a los yacimientos del Bajo Aragón. Lo que puede ser más discordante es el hecho de que, según los datos actuales que poseemos, los contactos aculturacionistas tendrían lugar en nuestro solar ya durante el Neolítico Antiguo Cardial, si bien no podemos precisar con seguridad durante qué etapa concreta de su desarrollo se producirían; si atendemos a Forcas, la aculturación sería notablemente precoz, bastante más que en Costalena y en Pontet, pero, en todo caso, las cerámicas decoradas con «cardium» constituyen el denominador común de todos estos lugares —a los que cabe añadir el Abrigo de la Botiquería dels Moros y el Abrigo del Pulido, sin referencia cronológica absoluta— y nos sirven para sustentar la afirmación que acabamos de expresar.

La Fase Neo-pionera significaría la difusión de las directrices neolíticas sobre territorios más amplios y, en consecuencia, una relativa proliferación de las estaciones. Ahora bien, la totalidad de las mismas nos revela unos caracteres culturales ya enteramente neolitizados, dentro de los que cabría señalar la aparición de los primeros poblados al aire libre. Hasta ahora, no tenemos documentado ningún caso en el que sean las cerámicas epicardiales las que actúen como agente aculturacionista.

En la Fase de Estabilización parece originarse una dispersión de la relativa unidad material encarnada por lo cardial y, hasta cierto punto, por lo epicardial —quizás fruto de unas colonizaciones inicial y secundaria por parte de grupos ya formados y bastante homogéneos—, dispersión que podría exteriorizar la idea de unas evoluciones «in situ» a partir de elementos comunes que se van abandonando. Aparecen las necrópolis como otro nexa más entre las comunidades neolíticas y su entorno, lo que entraña un indudable sentido de territorialidad poco evidente en épocas anteriores.

NEOLITIZACIÓN Y ARTE RUPESTRE

Puestos a elucubrar, es posible que de esta idea de territorialidad pudiéramos extraer algunas consideraciones hipotéticas en un intento de relacionar el proceso de neolitización con las pinturas rupestres que aparecen en los mismos parajes en los que se emplazan las estaciones cardiales y epicardiales. Es de todos sabida la extrema dificultad con que topamos los prehistoriadores cuando tratamos de referir al arte parietal una cronología determinada o, siendo menos ambiciosos, una adscripción cultural aproximada. Tampoco pretendemos aquí hacer una cosa ni otra, sino simplemente exponer una serie de reflexiones que hemos ido madurando a la luz de recientes informaciones que nos han llegado y a través de prolongadas cavilaciones propias.

Hace algún tiempo, el autor hacía hincapié en la acusada concordancia geográfica que se observa cuando se superponen los mapas de distribución del Arte Levantino y el de los yacimientos con cerámicas cardiales de la Península Ibérica (12), circunstancia ya constatada con mucha anterioridad por Eduardo Ripoll (13) y que no sólo no se ha visto modificada en estos últimos años sino que ha sido confirmada con base en las sucesivas ampliaciones que han sufrido los respectivos marcos físicos; éste sería el caso atestiguado en el Alto Aragón, donde, a poco de ser descubierta la Cueva de Chaves, empezaron a localizarse covachos pintados con representaciones naturalistas en las serranías limítrofes.

Estas coincidencias evidentes en la difusión de ambas manifestaciones prehistóricas podían hacer pensar en determinadas concurrencias culturales, concurrencias que, a la vista de otros aspectos distintos a los meramente geográficos, nunca acabaron de hallar una viabilidad practicable. En efecto, dicha correspondencia territorial se hacía patente únicamente en la Península Ibérica, sin producirse, en cambio, en el arco costero del Mediodía francés o del NW liguor italiano, donde se desarrollan facies cardiales análogas a las nuestras, pero sin paralelos artísticos equiparables a los covachos levantinos españoles; si existe una notable homogeneidad entre lo neolítico de aquí y lo neolítico de nuestros vecinos mediterráneos, cabría suponer que existiría también algún tipo de parangón en lo que hiciera referencia a las representaciones rupestres naturalistas, cosa que parece confirmarse que no es así. Por otra parte, el exclusivo carácter cazador de que hace gala el Arte Levantino no congenia demasiado con unas formas de economía productiva, por bien que se detecten

casos de aculturación y de conductas predatoras residuales; resulta a todas luces anómalo que unas comunidades agrícolas y ganaderas utilizasen solamente la faceta venatoria para plasmar su temática pictórica, faceta, además, que muestra una importancia muy relativa y variable dentro del cuadro general de comportamiento de las sociedades neolíticas.

En resumen, debe presumirse que las concomitancias cartográficas no significan en absoluto una identificación cultural entre lo cardial y lo levantino, aunque sí pueden poner sobre la mesa otros aspectos interesantes, dignos de ser revisados y meditados, en cuanto a una posible interacción entre los neolíticos y los autores de dicho arte. Algunos trabajos recientemente publicados, tanto a partir del análisis de las propias pinturas (14) y de sus características técnicas (15) como por medio de estudios interpretativos sumamente atrayentes (16), han venido a aportar nuevas sugerencias que sirven para que tal revisión pueda ser abordada ahora con un mayor conocimiento de causa.

Los artículos de Alonso y de Grimal coinciden en atribuir un origen epipaleolítico para el Arte Levantino, atribución a la que llegan a través del examen, bajo diferentes puntos de vista, de las pinturas parietales de la Cueva de la Cocina. Dichas pinturas, trascendentales hasta el momento para establecer la adscripción cronológica de las representaciones naturalistas, fueron clasificadas por Fortea como pertenecientes al estilo «lineal-geométrico», de filiación pre-levantina, con lo que trasladaba el inicio del desarrollo de lo propiamente levantino a los alrededores del 5000 a. C. (17). Ahora bien, Alonso, tras efectuar un análisis minucioso de los trazos pintados de Cocina, llega a la conclusión de que los mismos pueden integrarse perfectamente dentro de las apariencias formales que caracterizan al Arte Levantino, lo que acarrea que la hipótesis de Fortea se vea substancialmente modificada. Por su parte, Grimal alcanza unos resultados idénticos después de definir los utensilios empleados por los pintores naturalistas para efectuar sus obras (plumas de ave) y después de reconocer el uso de la misma técnica en la realización de los dibujos de Cocina, los cuales, según dicho autor, no pueden pertenecer a ningún otro círculo artístico que no sea el levantino en razón de su ejecución gráfica concreta.

El asunto encierra una gran importancia, ya que representa volver a los orígenes en cuanto a la calificación epipaleolítica de las representaciones levantinas, pues tanto Alonso como Grimal y como Fortea se muestran acordes con lo señalado por Pericot (18),

según lo cual las citadas pinturas, por su posición en el muro de la gruta, estaban cubiertas por los estratos cerámicos y deben ser asignadas a horizontes de Cocina fechados en el Epipaleolítico, concretamente entre el 6000 y el 5000 a. C. (Cocina II y Cocina III de Pericot o Cocina II y Cocina I de Fortea).

No comparte la opinión de Alonso y de Grimal el investigador Llabori de Mineo, el cual defiende la tesis de una procedencia neolítica para lo levantino, fruto del conflicto ocasionado por la colisión de intereses, en un mismo territorio, entre los grupos autóctonos y las comunidades neolitizadas. La rápida transformación del entorno ecológico por parte de los agricultores, debida a continuadas deforestaciones destinadas a conseguir nuevos espacios roturables, choca con las primitivas exigencias territoriales de los cazadores-recolectores que, dueños hasta entonces de un ámbito de explotación amplio y variado, ven cómo éste se reduce y se modifica, transgrediendo así unas reglas ancestrales nunca vulneradas con anterioridad. El Arte Levantino nace en el seno de los indígenas epipaleolíticos, como una reacción de éstos ante la progresiva avidez de sus vecinos neolíticos y no sólo como un intento de delimitación de un medio físico, sino también como instrumento para dotar a éste de un contenido simbólico definido. Así pues, si bien el Arte Levantino podría considerarse epipaleolítico en referencia a su extracción tecnocómica, no sería así en términos cronológicos, ya que surgiría para contraponerse a la nueva realidad constituida por la implantación del Neolítico en un determinado marco geográfico.

Las dos opciones expuestas, aunque discordantes en lo que atañe a las respectivas dataciones iniciales que se proponen para el Arte Levantino, resultan mucho menos antagónicas en lo que incumbe a su filiación cultural, pues ambas convergen en aplicar una ascendencia cazadora-recolectora al citado estilo pictórico. Esta designación preneolítica —aunque fuera en sentido económico más que cronológico— obvia también las paradojas y los desfases antes señalados en cuanto al carácter cazador de las representaciones naturalistas, contradicciones que se harían todavía más patentes cuando se sugiere la posibilidad de un comienzo avanzado, dentro del desarrollo del Neolítico, para las manifestaciones artísticas levantinas (19): un arte de tan claro linaje venatorio como el que traslucen éstas se aviene poco con unas fechas originarias relativamente tardías dentro de la nueva era, bien que las mismas pudieran ser perfectamente alcanzadas, a lo largo de su desenvolvimiento temporal, en forma de pervivencias más o menos dura-

deras al continuar con dicho tipo de arte las poblaciones aculturadas. Tales pervivencias vendrían a explicar los contados casos de superposiciones en las que lo abstracto y lo esquemático —o lo macroesquemático— subyace a lo levantino y no refutarían en absoluto los ejemplos, más numerosos y extendidos, en los que se produce lo contrario, es decir, en los que las imágenes naturalistas se encuentran por debajo de las esquemáticas. Estas últimas superposiciones abogarían por una prioridad del Arte Levantino con respecto del Arte Esquemático, mientras que las primeras revelarían la eventualidad de una coexistencia temporal de ambos estilos durante un lapso de tiempo más o menos prolongado, como fruto de dos registros culturales diferentes pero parcialmente sincrónicos.

Pasando de lo general a lo concreto, hay que decir que los yacimientos del Bajo Aragón, de fuerte raigambre epipaleolítica y neolitizados tan sólo en términos materiales a través de la aparición de la cerámica, se ven rodeados por estaciones pintadas levantinas que se ubican en las serranías prelitorales colindantes o en los somontanos inmediatos a ellas (Caídas del Salbime, Calapatá o Roca del Moros, Els Gascons, Val del Charco del Agua Amarga). Esta vecindad se hace todavía más evidente en las circunstancias del Plano del Pulido y dels Secáns, donde las representaciones naturalistas se sitúan junto a los propios emplazamientos arqueológicos. Aunque seamos conscientes de lo poco seguros que resultan los intentos de relacionar industria material y pintura, las características específicas dels Secáns, las cuales parecen manifestar un estadio de ocupación muy fugaz, tal vez limitado a la ejecución de las propias pinturas, podrían valernos para constatar la perduración antes aducida del Arte Levantino hasta el Neolítico, ya que la alfarería está presente en su registro arqueológico. Ello, claro está, siempre que asumamos la datación epipaleolítica sugerida por Alonso y por Grimal para dicho estilo rupestre. El Arte Esquemático propiamente dicho, por el contrario, no ha sido por ahora identificado en el marco geográfico concreto al que nos referimos.

En el Alto Aragón el panorama se nos muestra bastante más complejo porque coexisten en la misma zona corrientes artísticas de diversas especies: tenemos siete puntos con Arte Levantino, más de cincuenta con Arte Esquemático —a veces compartiendo las mismas cavidades con el anterior— y al menos dos en los que el subnaturalismo utilizado para plasmar las figuraciones animales se asocia a elementos abstractos de clara inclinación esquematizante. Sin

embargo, no nos sustraemos de comentar tres casos especiales que podrían ser bastante significativos: en unas pequeñas oquedades que se encuentran justamente enfrente de la tan traída y llevada Cueva de Chaves, se han localizado restos pictóricos de índole abstracta (Fig. 1) que forzosamente tienen que guardar correspondencia con los habitantes postpaleolíticos de la gruta, es decir, con sus pobladores neolíticos; en Remosillo o Congosto de Olvena y en Huerto Raso se da una contingencia análoga a la de Secáns, pues ambos han proporcionado un nivel de ocupación con cerámicas impresas extremadamente débil y efímero, correspondiente probablemente a la breve estancia producida por la realización de las pinturas contiguas, abstracto-esquemáticas en el segundo caso (Fig. 2) y subnaturalistas con imágenes abstractas —inéditas en el Arte Levantino— en el primero (Fig. 3). Son de señalar, por otro lado, las evidentes similitudes entre las figuras de Chaves y de Remosillo.

En consecuencia, en tanto que en el Bajo Aragón, territorio de contenido cultural predominantemente epipaleolítico o «neolítico aculturado», es el Arte Levantino el que prevalece, en el Alto Aragón, los únicos ejemplos en los que parece viable establecer ciertos vínculos entre los asentamientos arqueológicos y las pinturas rupestres parecen indicar una conexión entre los registros neolíticos y el Arte Esquemático. De nuevo se produce una dualidad evidente, quizás una traducción de la que hemos tratado en capítulos anteriores y que atañía al mencionado carácter de neolíticos «puros» y de neolíticos «aculturados».

Así pues, si el estilo levantino surge en el contexto de los grupos autóctonos epipaleolíticos que, a partir de un momento determinado, se verán obligados a compartir sus tierras con otras poblaciones ya neolitizadas —lo que puede implicar su pervivencia como reafirmación de su idiosincrasia o de su territorialidad—, tampoco resulta descabellado atribuir a estas últimas la autoría del otro gran círculo artístico, el esquemático, el cual llega a compartir asimismo con el naturalista ciertos parajes en algunos ámbitos geográficos, entre los que se cuenta también el Alto Aragón.

Siempre se ha dicho que el Arte Esquemático encierra un mayor discurso conceptual y una más evidente complejidad expresiva en comparación con el Arte Levantino, el cual nos mostraría una naturaleza eminentemente descriptiva. También se ha dicho que el Arte Esquemático representa un brusco cambio de mentalidad dentro del marco de las otras tra-

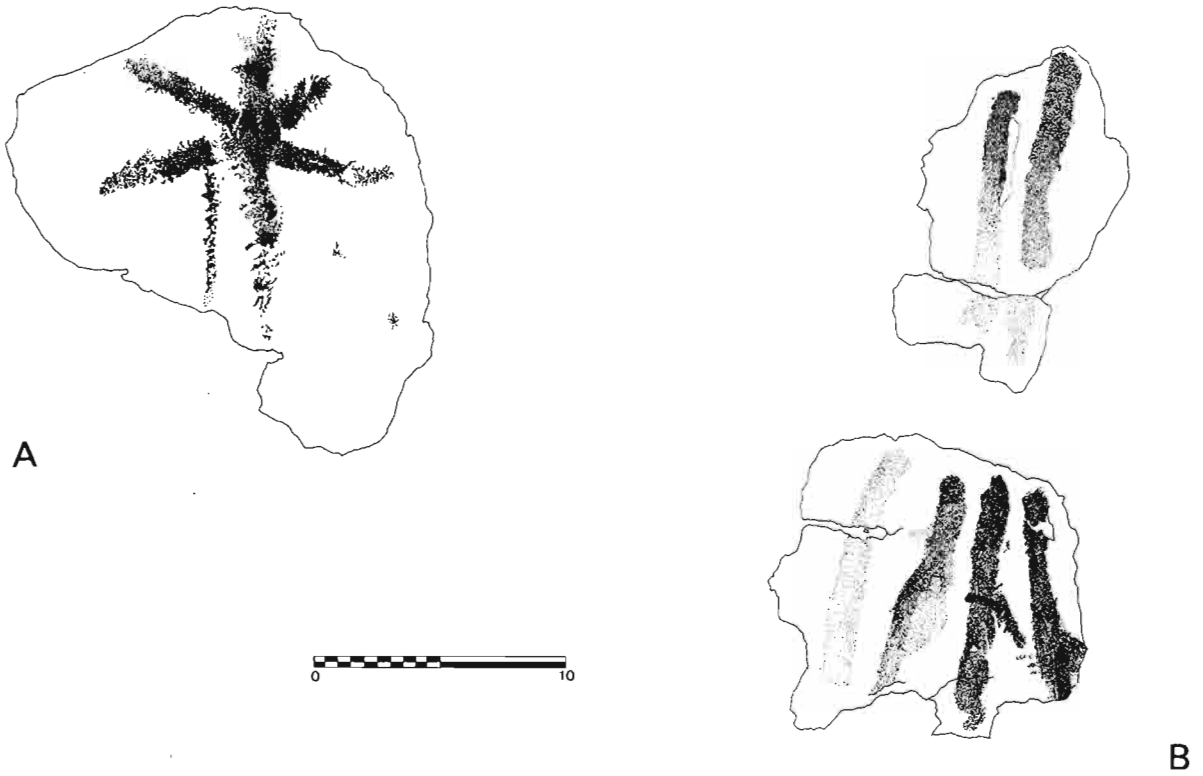


Fig. 1. Pinturas esquemáticas situadas frente a la boca de la Cueva de Chaves. A: Chaves 1, Sector 1; B: Chaves 2, Sector 1.

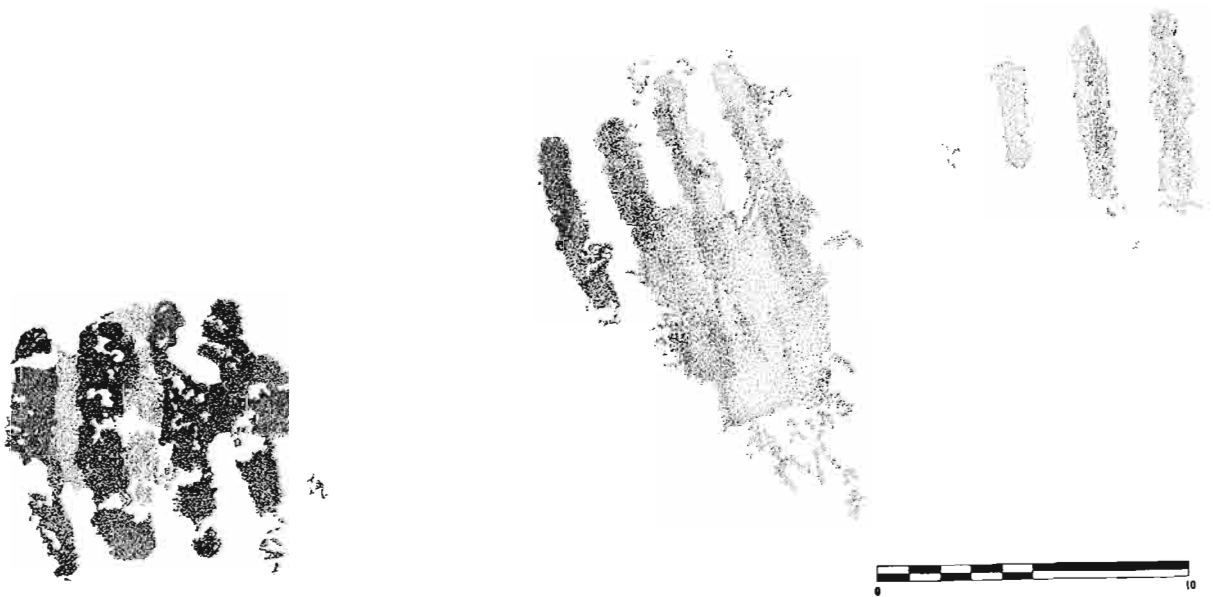


Fig. 2. Pinturas esquemáticas de Huerto Raso.



Fig. 3. Pinturas subnaturalistas y esquemáticas de Remosillo o Congosto de Olvena.

diciones pictóricas (anteriores o coetáneas) al introducir en sus conjuntos pintados elementos abstractos y alegóricos que sirven para codificar en gran manera su mensaje y para hacerlo prácticamente indescifrable a nuestros ojos. Tales afirmaciones, quizás un tanto arriesgadas cuando desconocemos por completo el posible contenido simbólico que entrañan en realidad una y otra corrientes rupestres, podría seguir manteniendo hasta cierto punto su validez, aunque sólo sea en razón de las apariencias formales que nos ofrecen ambos estilos.

Si aceptamos lo que acabamos de mencionar, cabría plantearse seguidamente cuándo se dan las condiciones idóneas para que se realice el citado «cambio conceptual» que acarrearía la consiguiente aparición de grafismos de tipo abstracto o esotérico y la implantación de las figuraciones sintéticas, esquemáticas, para dibujar tanto animales como seres humanos. Parece lógico pensar que una transformación de esta índole debe forzosamente responder a una auténtica ruptura en las estructuras sociales, económicas y técnicas de ciertas colectividades, que sólo al adoptar unas nuevas formas de vida adecuarían a las mismas sus propias manifestaciones artísticas, ruptura ésta que únicamente llega a alcanzar las dimensiones suficientes para que ello tenga lugar en lo que se ha dado en llamar «revolución neolítica», es decir, cuando las economías predatorias pasan a ser de producción y cuando las modificaciones de conducta son tan radicales que acarrear una «mentalidad» nueva basada en conceptos hasta entonces inéditos.

Por otro lado, también se ha dicho que, en términos muy generales, las expresiones artísticas formalmente más complejas se avienen mejor con las sociedades agricultoras que con las cazadoras, aseveración que podría ser bastante discutible a menos que restrinjamos su validez a los simples caracteres gráficos de las obras y marginemos un poco el contenido simbólico de las mismas, el cual ignoramos en uno y otro casos y que podría poseer parecida —o incluso superior— complejidad en el seno de unas comunidades dedicadas a las prácticas cinegéticas.

Así las cosas, no resulta en absoluto insensato identificar el Arte Esquemático con las poblaciones neolíticas y el Arte Levantino con las cazadoras-recolectoras de raigambre material epipaleolítica. Éstas, poseedoras desde antiguo de sus propias formas de manifestación artística —según las investigaciones de Alonso y de Grimal—, quizás las desarrollasen en mayor medida cuando percibiesen la presencia de los grupos neolíticos, con la intención de acotar territorios y de dotarlos de una significación

alegórica que respaldase su sentido de propiedad —teoría de Llavori de Mineo—. Es posible que a ello se deba la antes mentada coincidencia de las distribuciones geográficas de lo cardial y de lo levantino: una revitalización de lo segundo para «acotar» o «salvaguardar» unos espacios físicos vecinos a unos «invasores»/«colonizadores» cada vez más ávidos de tierras.

En el Bajo Aragón, el Arte Levantino perduraría en exclusiva con los grupos aculturados al no tener lugar una neolitización plena de sus comarcas hasta un momento relativamente avanzado (¿inicios del IV milenio?), materializado tal vez por el Epicardial de Alonso Norte. En el Alto Aragón, sus pervivencias le llevarían a coexistir con el Arte Esquemático conceptual introducido por los neolíticos «puros», siendo también posible que la completa expansión de las directrices neolíticas en su ámbito acarrearía la aparición de tipos mixtos (subnaturalismo asociado a abstracciones esquematizantes), las cuales acabarían por integrarse en un Arte Esquemático que casi podría calificarse de «historiado», con seres humanos y animales que llegan a constituir auténticas escenas (Barfaluy I, Mallata I, Mallata B1, Remosillo, Gallinero II...) y cuyo desarrollo hay que llevar a etapas ya posteriores.

Aunque podríamos extendernos en otras consideraciones teóricas, creemos que este último alarde elucubrativo sirve perfectamente para poner digno colofón a un trabajo de tan marcado carácter hipotético como éste.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) GUILAINE, J. (1992). «Du Rhône à l'Èbre: Les prémices du Néolithique occidental». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (2) BALDELLOU, V. (1989). «El Neolítico Antiguo en Aragón». *El Neolítico Antiguo. Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia*. Huesca.
- (3) MARTÍ, B.; FORTEA, J.; BERNABEU, J.; PÉREZ, M.; ACUÑA, J. D.; ROBLES, F. y GALLARTE, M. D. (1987). «El Neolítico antiguo en la zona oriental de la Península Ibérica». *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale*. Paris.
- (4) BERTRANPETIT, J. y CALAFELL, F. (1992). «Deteció dels efectes genètics de la Neolític».

- zació en la població ibèrica actual». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (5) MARTÍN, A. (1992). «Problemes de caracterització dels grups del Neolític Antic, a través del registre ceràmic». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (6) OLARIA, C. (1988). *Cova Fosca, un asentamiento de pastores y cazadores en el Maestrazgo*. Monografías de Prehistoria y Arqueología Castellonenses, 3. Castellón de la Plana.
- (7) BALDELLOU, V. y RAMÓN, N. (en prensa). «Estudio de los materiales cerámicos neolíticos del conjunto de Olvena». *La Cueva del Moro de Olvena (Huesca)*.
- (8) BALDELLOU, V. (1992). «El Neolítico en Cataluña y sus relaciones con Aragón». *Aragón / Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Zaragoza.
- (9) MESTRES, J. (1992). «Neolític i territori». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (10) GALLAY, A. (1989). «La place des Alpes dans la néolithisation de l'Europe». *Awenche, O, y Cauvin, J. (eds.). Néolithisations. B. A. R. International Series 516*.
- (11) SHALINS, M. (1977). *Economía de la Edad de la Piedra*. Akal Universitaria. Madrid.
- (12) BALDELLOU, V. (1988). «Algunas reflexiones sobre el arte rupestre, a través de dos fragmentos impresos de la Cueva de Chaves (Huesca)». *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria. Homenaje al Profesor Eduardo Ripoll Perelló*. Madrid.
- (13) RIPOLL, E. (1968). «Cuestiones en torno a la cronología del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica». *Simposio de Arte Rupestre*. Barcelona.
- (14) ALONSO, A. (1992). «Algunes reflexions sobre la cronologia de la pintura rupestre lleuantina». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (15) GRIMAL, A. (1992). «Consideracions tècniques pictòriques de la pintura rupestre post-paleolítica i la seva relació amb la cronologia». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional de Puigcerdà*. Andorra.
- (16) LLAVORI DE MINEO, R. (1988-1989). «El arte postpaleolítico levantino de la Península Ibérica. Una aproximación socio-cultural al problema de sus orígenes». *Ars Præhistorica, VII/VIII. Homenaje al Prof. Eduardo Ripoll-Perelló*. Sabadell.
- (17) FORTEA, J. (1975). «En torno a la cronología relativa del inicio del arte levantino (avance sobre las pinturas rupestres de la Cocina)». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, II*. Valencia.
- (18) PERICOT, L. (1945). «La Cueva de la Cocina (Dos Aguas. Valencia)». *Archivo de Prehistoria Levantina, 2*. Valencia.
- (19) MARTÍ, B. y HERNÁNDEZ, M. S. (1988). *El Neolític Valencià. Art rupestre i cultura material*. S. I. P. València.



El poblamiento prehistórico del valle del río Ésera (Ribagorza, Huesca)

Pilar Utrilla - Carlos Mazo¹

INTRODUCCIÓN

En estos últimos años hemos venido trabajando en distintos yacimientos prehistóricos del curso final del río Ésera. De 1981 a 1983 excavamos en la cueva del Moro de Olvena (Utrilla y Baldellou) y entre 1990 y 1992 lo hicimos en los abrigos de las Forcas de Graus (Mazo y Utrilla). El hallazgo de dos secuencias prehistóricas en ambos yacimientos fue de gran interés ya que documentaba el poblamiento paleolítico del Ésera desde el 13000, quedando prácticamente ininterrumpido hasta el Bronce Final (siglo VIII a. C.) si se empalmaban las estratigrafías de los dos yacimientos.

La aparición de pinturas rupestres en los farallones del congosto de Olvena vino a sumarse a las ya conocidas del Forau del Cocho en la sierra de Carrodilla, ya en el valle del Cinca, ampliando el interés de la zona y añadiéndose a los hallazgos sueltos de hachas pulimentadas en la Sierra Palomera de Estadilla, Laspaúles y Trillo, a la cueva de las Campanas de La Puebla de Castro o a la de las Brujas de Juseu, de las que teníamos noticias aisladas. En 1991 un vecino de Benabarre, Ramón Roy, descubrió

el primer dolmen² del valle del Ésera, el de Mas de Abad, además de pinturas de tipo antropomorfo de difícil clasificación (Mas del Aspra).

La parte alta del Ésera posee menos hallazgos, todos ellos adscribibles a una época tardía (Bronce Final). Se limitan a un hacha de aletas de bronce procedente de Cerler, otra de rebordes localizada en Laspaúles y varios círculos de tipo *cromlech* del término de Chía. Ellos marcarán, como veremos, una posible ruta de penetración de gentes procedentes del otro lado del Pirineo durante el Bronce Final. Queda un vacío de yacimientos en el valle medio del Ésera en torno a las localidades de Seira, Campo y Santaliestra. Sólo el hallazgo de algún molino junto a cerámica prehistórica en el Alto de la Cruz (Campo) marca la presencia de gentes de la Edad del Bronce en la zona. Pero es nuestro propósito llevar a cabo una prospección sistemática del tramo Graus-Campo para solventar esta laguna (Fig. 1).

El Ésera nace en las nieves del Aneto y la Maladeta; corre en su primer tramo paralelo al Garona, el cual dirige su cauce hacia la vertiente francesa. Tras efectuar una amplia curva en el corazón del alto Pirineo, se orienta en dirección sur y se estira longitudinalmente en un terreno abrupto, prepirenaico. Allí topa con grandes dificultades para encontrar valles, abriendo profundos congostos como los de Ventamillo y Olvena, que configuran su paisaje espectacular. En su margen derecha, dejando

¹ Este artículo no persigue otra finalidad que realizar una síntesis sobre el poblamiento prehistórico del río Ésera. Fue enviado al Coloquio sobre Poblamiento Pirenaico que se celebró en Andorra la Vella en 1992 para dar testimonio de la ocupación de los valles centrales del Pirineo. Ante la ausencia de noticias sobre la edición de dichas actas optamos por incluirlo en la revista *Bolskan* a petición del director de la misma. En los números sucesivos de esta revista se verá ampliado este resumen con la publicación monográfica de las excavaciones de la cueva del Moro de Olvena.

² No catalogamos como dólmenes los de Estós (próximo a Benasque) y Perarrúa, los cuales parecen acondicionar como cabañas formaciones naturales (Estós) o reutilizar lo que podría ser una losa de cubierta en un aparejo reciente de mampostería (Perarrúa).

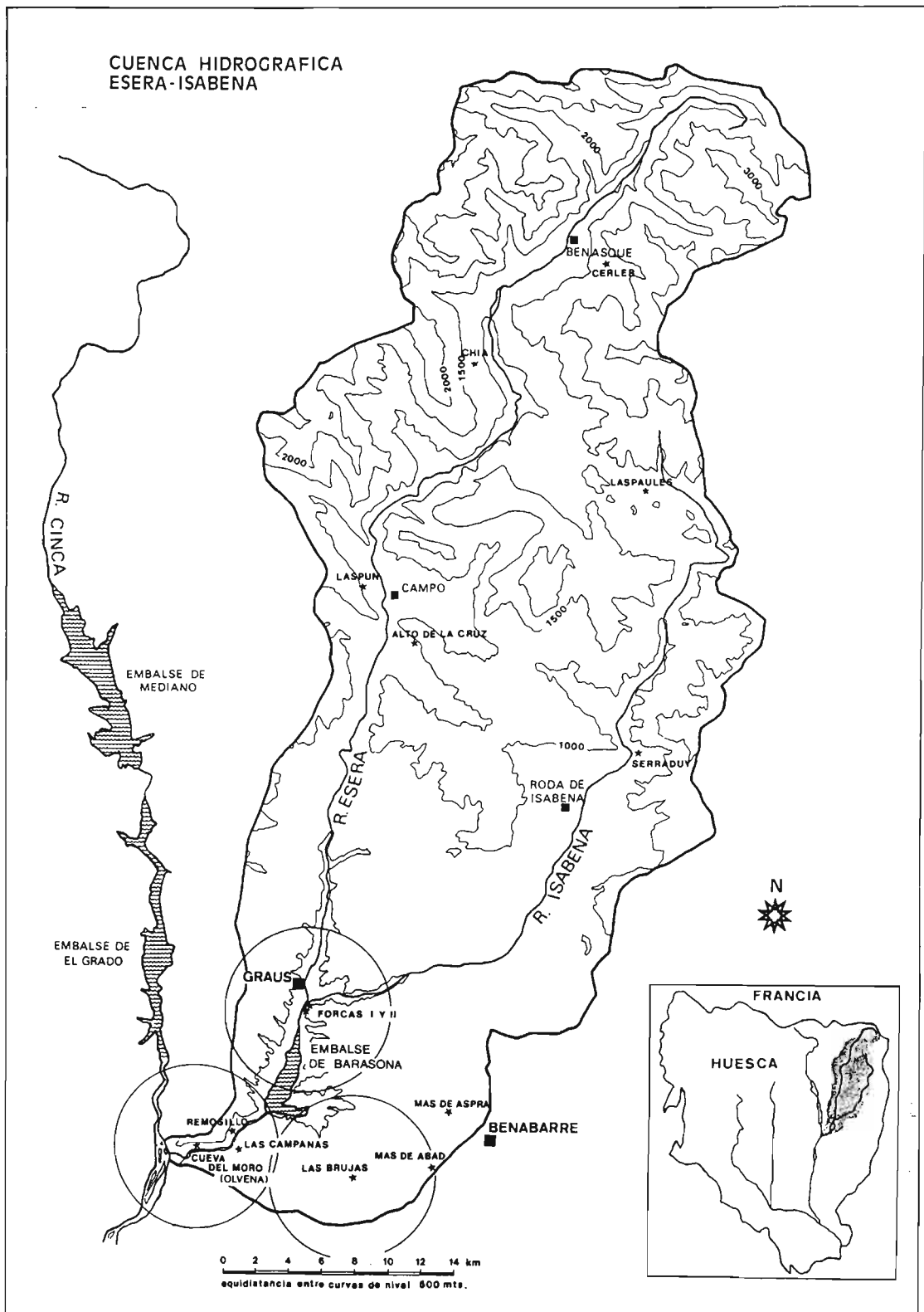


Fig. 1. Localización geográfica y situación de los yacimientos del valle del Ésera.

aparte las altas cumbres pirenaicas, se elevan las sierras de Chía, Sardanera, Ferrera, Campanué y Torón, las cuales forman una auténtica muralla a cuyo pie se encajona el río sin territorio. Sólo cerca de su desembocadura en el Cinca, el Ésera consigue acceder a un amplio valle a la altura del puente de las Pilas, mientras que en su parte media y alta presenta pequeños ensanchamientos en su margen izquierda, a la altura de Graus, Campo o Castejón de Sos. Con estas características no es de extrañar que el río Ésera estuviera ocupado en la prehistoria por pueblos cazadores (magdalenienses, epipaleolíticos) o pastores (trashumancia en el Bronce Final) y quedarán como únicas zonas aptas para la agricultura neolítica y de la Edad del Bronce las tierras bajas situadas entre Graus y Estada, lugares donde, por otra parte, se asentarán los yacimientos romanos (poblado de Labitolosa en La Puebla de Castro, mosaico de Estada).

Sin embargo el valle del Ésera está situado en una cuenca, la del Cinca, riquísima en yacimientos prehistóricos. A su derecha la comarca de La Fueva contiene cuevas tan importantes como el Forcón, la Miranda y la Puyascada, todas ellas con niveles neolíticos y de la Edad del Bronce. Más arriba, la zona de Tella presenta un conjunto de cuevas sepulcrales y de habitación adscribibles al Neolítico-Bronce y acompañadas de un coqueto dolmen. En la margen derecha del Cinca las cuevas de Campodarbe, Abizanda y Valdarazas de Naval amplían el poblamiento neolítico-bronze de la zona (MONTES, 1983).

Al sur del valle, en la vertiente meridional de la sierra de la Carrodilla, las cuevas con poblamiento prehistórico se alinean a ambos lados del corredor que une Estadilla y Calasanz. Nos referimos a los citados yacimientos del Forau del Cocho y Palomera y a las cuevas del Moro de Alins, Moros de Gabasa y poblado de La Ganza, todos ellos con yacimientos adscribibles al Neolítico y Bronce. También en esta zona los yacimientos musterienses de Castelló de Pla, Estret de Tragó y, sobre todo, Gabasa 1 marcan el momento de más antigua ocupación prehistórica de la zona, aparte algunos hallazgos de bifaces sueltos en San Esteban de Litera y Binéfar. Más al sur las comarcas de Monzón y Litera, ya en la zona llana, ofrecen una proliferación de poblados de la Edad del Bronce que marcarán una ocupación del territorio continuada en época ibérica (Olriols, la Vispesa, Albelda) y romana (Virgen de la Alegría). El valle del río Sosa será especialmente rico en yacimientos del Bronce Medio y Final.

Al este del valle del Ésera (y su afluente el Isábena) se encuentra el valle del Noguera Ribagor-

zana, al que hay que referir alguna cueva con yacimiento del neolítico-bronze en Sopeira y Pont de Suert, los dos dólmenes de Cornudella de Baliera próximos a la localidad de Arén, un poblado de la Edad del Bronce en Puente de Montañana, la cueva Negra del embalse de Canelles y, más al sur, las pinturas rupestres de Baldellou y el bellissimo cuchillo de sílex de Castillonroy, además del citado musteriense de la cueva del Estret de Tragó.

LOS CAZADORES MAGDALENIENSES

A pesar de que el Sur de Ribagorza ha entregado yacimientos musterienses tan importantes como la cueva de los Moros de Gabasa, tenemos que llegar al Tardiglaciario para encontrar la primera ocupación paleolítica en el curso del Ésera.

El abrigo de Forcas I, situado junto al casco urbano de Graus, reúne, pese a su orientación poniente, excelentes condiciones para un establecimiento dedicado a la caza y a la pesca. Se abre en la confluencia de los ríos Ésera e Isábena en el lugar donde el mejor valle de la zona, el ocupado hoy por el embalse de Barasona, se estrecha por la presencia de las peñas del Morral y de las Forcas. Allí se juntan el camino que surca el río norte-sur y los transversales que abren la ruta del Isábena por Capella y Roda o el difícil acceso a Benabarre entre las sierras de Lascuarre y Carrodilla.

En Forcas I hemos documentado tres ocupaciones magdalenienses sucesivas que arrancan de un Magdaleniense Medio-Superior, en una fase climática que coincide con la oscilación de Bölling. Las fechas de C14, obtenidas en el Laboratorio de Groningen, datan las dos últimas ocupaciones magdalenienses en el 12620 BP. (para el nivel 13) y el 13010 BP. (para el nivel 14); queda pendiente la del nivel inferior, el 15, que tipológicamente bien podría corresponder a un Magdaleniense Inferior clásico, dada la abrumadora presencia de raspadores nucleiformes (UTRILLA y MAZO, 1991).

Estas dataciones son rigurosamente contemporáneas a las entregadas por el otro yacimiento magdaleniense de la provincia, la cueva de Chaves, con un 12660 y un 12950 BP. En la vertiente francesa las cuevas con yacimiento magdaleniense simétricas al abrigo de Forcas, Lorthet y Gourdan, en la zona de Bagnères de Luchon, presentan una secuencia que arranca tipológicamente de un Magdaleniense Medio. Ello nos ha llevado a pensar que quizá la oscilación templada de Bölling (si se confirma que

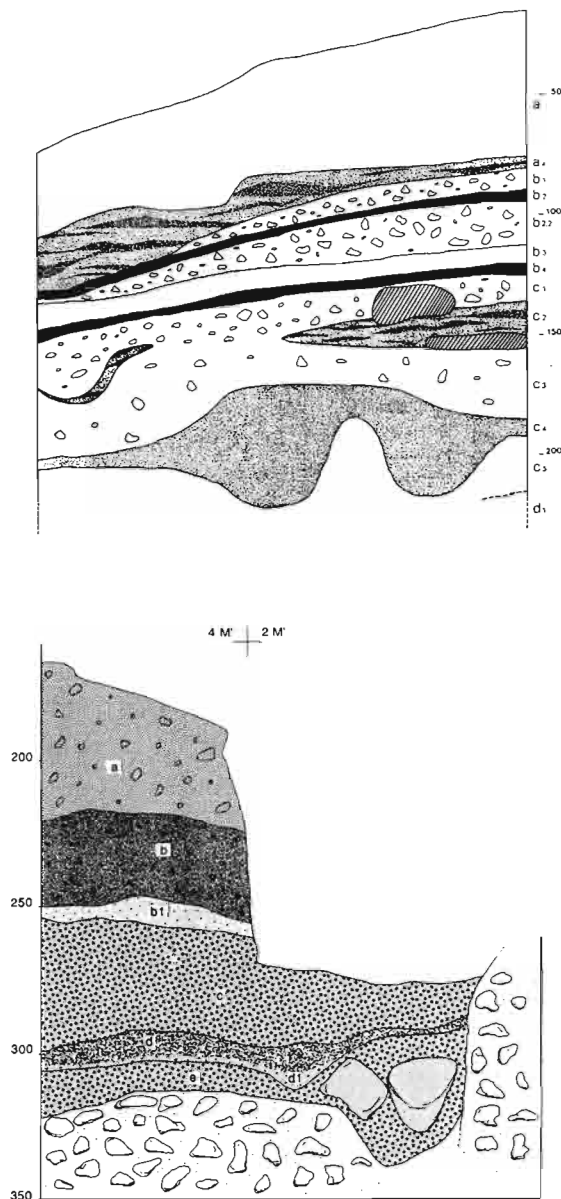


Fig. 2. Arriba: corte estratigráfico del yacimiento de la Cueva del Moro de Olvena. Abajo: corte estratigráfico del yacimiento de Forcas II.

realmente la hubo) posibilitó el paso por los Pirineos centrales de grupos de cazadores, si bien no hay que descartar la penetración desde el valle del Segre, cuya mejor representación estaría en la cueva del Parco.

Los tres yacimientos citados, Chaves, Forcas y Parco, se encuentran situados a unas cotas de altura similares (entre 500 y 700 m s.n.m.), en la vertiente

sur de las sierras exteriores del Prepirineo, y distan entre ellos 70 km en línea recta. Los animales cazados son los habituales en yacimientos de la vertiente mediterránea —ciervo, cabra y conejo— y están presentes el zorro y el linco entre los carnívoros. La industria lítica (Fig. 3) entrega muy buenos buriles, abundantes hojitas de dorso y escasos raspadores y láminas retocadas; son frecuentes los raspadores nucleiformes (o núcleos de laminillas). La industria ósea apenas se ha conservado; está reducida a fragmentos de agujas y azagayas (UTRILLA y MAZO, 1991 y 1992).

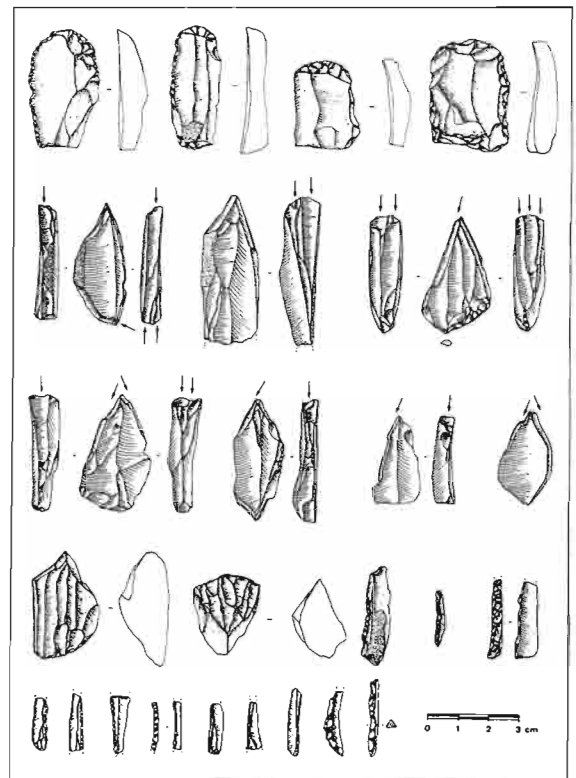


Fig. 3. Materiales líticos magdalenienses del yacimiento de Forcas I.

LAS OCUPACIONES EPIPALEOLÍTICAS

Los niveles 11 a 7 de Forcas I marcan la presencia de los cazadores epipaleolíticos en el valle del Ésera, comenzando con un nivel no datado, quizá aziliense (el 11), y continuando por un Epipaleolítico genérico (niveles 9 y 10), un nivel prácticamente estéril (el 8) y un Epipaleolítico más reciente en el que aparece un trapecio de retoque abrupto en un

conjunto lítico bastante pobre (nivel 7). Tipológicamente apenas hay variación entre todos ellos; se asiste a la desaparición de los buriles, a la proliferación de los microrraspadores y a la aparición de toscas piezas de corte macrolítico fabricadas en un sílex de grano basto (Fig. 4). Algunas láminas retocadas, truncaduras y escasas hojitas de dorso completan el instrumental lítico. En conjunto se observa una disminución de los útiles específicos del Magdaleniense (buriles, dorsos, industria ósea) y un aumento de los microrraspadores y denticulados de tipo macrolítico, por lo que ni podemos clasificarlo como epipaleolítico de tradición magdaleniense ni en el grupo de facies microlaminar, ya que son escasas las piezas realizadas sobre este tipo de soporte.

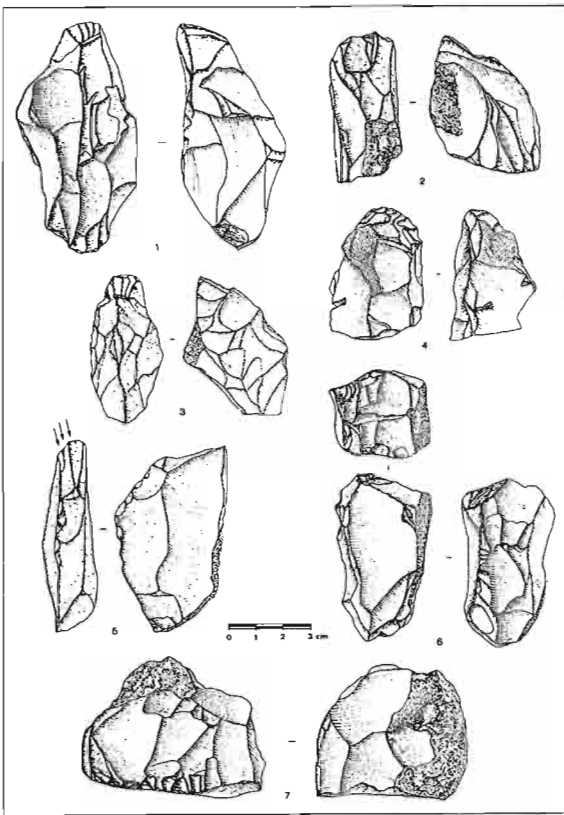


Fig. 4. Piezas macrolíticas de Forcas I.

Poseemos dos dataciones para los niveles superiores de Forcas I: 9360 BP. para el nivel 7 y 9715 BP. para el 9; no hemos conseguido suficiente muestra de huesos y carbones procedentes del nivel 11. Es la primera vez que se documenta el Epipaleolítico en la provincia de Huesca, por lo que tenemos que recu-

rrir a la vecina Navarra para encontrar paralelos en las cuevas de Zatoya, Aizpea, Abauntz o Berroberriá. En la vertiente francesa los abrigos de Poeymaü, Bignalats, Malarode o la Tourasse serían los más próximos. Estas ocupaciones de Forcas I se desarrollan ya durante la fase climática del Preboreal, con un supuesto clima templado y lluvioso que parece confirmar la sedimentología. Por encima del nivel 7 el abrigo de Forcas I presenta varios niveles estériles con abundantes guijarros, lo que indica el abandono del yacimiento por parte de los epipaleolíticos.

Es en una época en torno al 8650 BP. cuando comienza a ocuparse el abrigo de Forcas II, localizado a unos 400 m del anterior en la misma orilla del río (margen izquierda) y unos 7 m por debajo de él. Cabe imaginar un más profundo cauce y un menor caudal de las aguas del Ésera durante el periodo cálido y seco del Boreal, lo que permitiría la ocupación del abrigo inferior, mejor lugar de hábitat que el superior por la profundidad de su visera. En este caso la orientación norte de Forcas II sería idónea para una ocupación estival durante un clima tórrido, siendo totalmente desaconsejable la orientación oeste de Forcas I. Este abrigo presenta una estratigrafía (Fig. 2b) en la que se sucede una ocupación epipaleolítica de tipo macrolítico, con un hogar negro espectacular pero con escasas piezas líticas (nivel d) datado por AMS en el 8650 ± 70 BP., seguido de un potente nivel de arcillas estériles (nivel c) para continuar por un grueso paquete de nivel negro (b) en el que por el tipo de industria se diferencian dos tramos, uno epipaleolítico, el b inferior y otro neolítico antiguo, dividido también en dos tramos: medio y superior. Sus fechas de C14 son bien significativas: 7090 ± 340 para la base epipaleolítica, 6940 ± 90 para el momento de irrupción de la cerámica cardial (b medio) y 6090 ± 180 para la parte superior del nivel neolítico.

La industria lítica de Forcas II entrega algunas piezas macrolíticas y toscos denticulados de cuarcita en el nivel de base, el d, correspondiente al Boreal, mientras que el nivel b cambia rotundamente de materia prima y tecnología entregando abundante utillaje geométrico en la base del nivel, con trapecios y triángulos de retoque abrupto y algunos microburiles (Fig. 5).

En un momento determinado el retoque abrupto es sustituido en los triángulos por el retoque en doble bisel, los trapecios comienzan a desaparecer y surge la cerámica impresa y cardial, de la que poseemos tres fragmentos (Fig. 6). Se ha producido por entonces una aculturación «neolitizante» de las poblaciones epipaleolíticas, quizá en contacto con los neolíti-

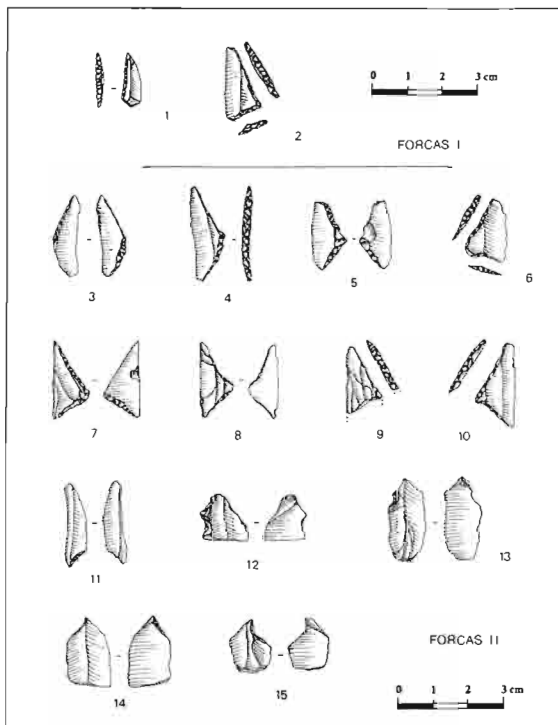


Fig. 5. Laminita de dorso (1) y triángulo (2) del nivel 7 de Forcas I. De 3 a 15 geométricos y microburiles del tramo

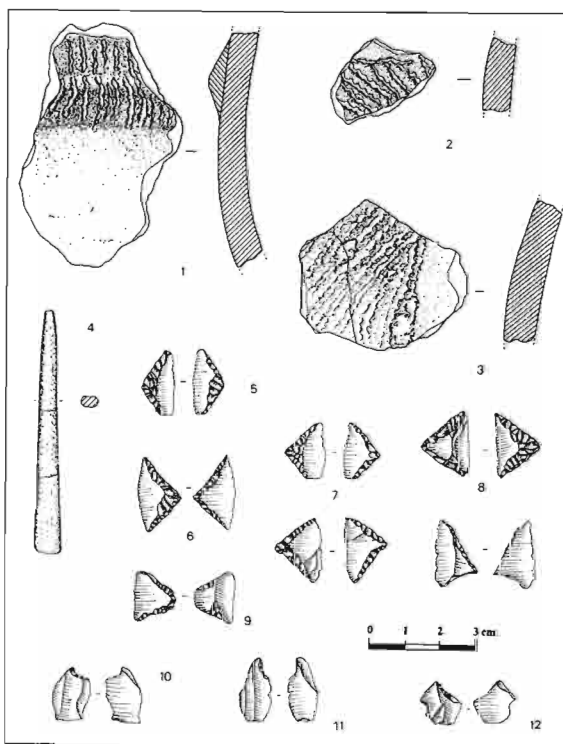


Fig. 6. Nivel b superior de Forcas II.

cos «puros» de la cueva del Moro de Olvena. Sin embargo sólo la cultura material representada por la cerámica da indicios de las nuevas tecnologías ya que la economía sigue siendo exclusivamente cazadora, con dominio mayoritario de restos de ciervo.

Esta secuencia de Forcas II es inédita en la provincia de Huesca, ya que aparece documentado por vez primera el Neolítico de tradición epipaleolítica, en claro contraste con los yacimientos del Neolítico puro propios de la zona (Chaves, Olvena y los posteriores de La Miranda, Puyascada y Forcón). Es una secuencia calcada de los conocidos yacimientos del valle del Matarraña, Botiquería, Costalena, Pontet, Serdá, Sol de la Piñera... con algunos detalles que queremos resaltar:

1^º) Que no encontramos en Aragón en ningún momento un yacimiento epipaleolítico de tipo microlaminar, ya que los niveles 7 y 9 de Forcas, que serían los correspondientes por su posición en la secuencia, son pobres en hojitas retocadas o no. Serían un epígono del Aziliense, al que quizá pudiera adscribirse el nivel 11 de Forcas I, quizá contemporáneo del nivel 1c de la cueva de Chaves.

2^º) Que sin embargo sí existe en la base de las secuencias del Epipaleolítico geométrico un nivel totalmente diferente que abre los establecimientos de nueva planta y que debe clasificarse como un Epipaleolítico macrolítico, sobre soportes de mala calidad y técnica de talla poco fina con la que se destacan frecuentemente piezas denticuladas. Esta fase se halla bien datada en el 8650 BP. de Forcas II (nivel d) y se documenta con idénticas características en el nivel d de Costalena (BARANDIARÁN y CAVA, 1989) y en los niveles g-i de Pontet (MAZO y MONTES, 1992).

3^º) Que el momento de aparición de la cerámica cardial en estos yacimientos aculturados es 500 años anterior en la provincia de Huesca (6940 BP.) que en la de Teruel (6420 BP. para Costalena y 6360 BP. para Pontet), por lo que será difícil de explicar una penetración de esta cultura en Aragón a partir del País Valenciano; por el momento es más viable una difusión a través del Segre desde los yacimientos del sureste de Francia, que entregan fechas anteriores al 7000 BP.

Quizá la Balma Margineda de Andorra tenga mucho que decir al respecto, por lo que esperamos su publicación en extenso con gran interés. De hecho, la fecha de su nivel C3b (catalogado como «neolítico de cerámicas impresas» y con presencia de cereal), un 6670 BP., es la más antigua de la cuenca del Segre, ya que no hay que olvidar que el yacimiento se localiza sobre el río Valira, a pocos kilómetros de

entrar en contacto con el río catalán. Su relación con las cuevas del Parco, Olvena y Forcas es inmediata, a través del eje Segre-Cinca. Muy interesantes son también los niveles epipaleolíticos de la Balma Margineda, con una secuencia similar a la de Forcas I y II y con aparición de triángulos en doble bisel en el nivel 4, fechado en 8530 y 8390 BP.) (GUILAINE *et alii*, 1985; GEDDES *et alii*, 1985). Este tipo de retoque, generalizado en Aragón con el advenimiento de la cerámica cardial, aparece ya incipiente en el nivel 4, epipaleolítico tardío de la Balma Margineda, lo cual podría arrojar luz acerca de la temprana aparición de este retoque en el Neolítico aragonés, en contraposición a su tardía presencia en el País Valenciano.

LOS NUEVOS ASENTAMIENTOS NEOLÍTICOS

El caso del abrigo de Forcas II, epipaleolíticos aculturados, es un caso aislado en el pujante foco prehistórico de las sierras exteriores oscenses de las comarcas de Sobrarbe y Ribagorza. Lo habitual es encontrarnos con yacimientos de nueva planta, asentados en cuevas y con una potencia de niveles considerable, lo que demuestra una habitación continuada y una perduración del asentamiento hasta el Calcolítico y Bronce. En el valle del Ésera las tres cuevas superiores de Olvena tienen densos niveles neolíticos, desgraciadamente revueltos por clandestinos en su mayor parte. También en Juseu (término de Graus, al igual que Forcas), la cueva de las Brujas presenta un fragmento de cerámica cardial, junto a otras impresas y perduración del hábitat en la Edad del Bronce. La cueva de las Campanas (término de La Puebla de Castro pero próxima a Aguinaliu) se alza enfrente de Olvena, en la otra margen del río, a pocos kilómetros de la misma, y posee niveles con cerámicas impresas de tipo neolítico. A la derecha de Olvena, la cueva de Valdarazas de Naval y la de Abizanda entregan también cerámicas prehistóricas de un Neolítico-Bronce genérico, al igual que la cueva de la Miranda de Palo y las ya citadas del Forcón y Puyascada.

Los materiales neolíticos de la cueva del Moro de Olvena se han datado por C14 en el 6550 BP. para las cuevas superiores y en un 5160 BP. para el nivel de base de la cueva inferior, lo que nos permite hablar de un poblamiento durante el Neolítico Antiguo y Medio (BALDELLOU y UTRILLA, 1985).

Llama la atención la ausencia de cerámica cardial entre la gran cantidad de impresas de las salas superiores de Olvena, máxime cuando conocemos su existencia en los vecinos yacimientos de Juseu y Forcas II, en un conjunto de materiales cerámicos mucho más escaso (Fig. 7). La explicación podría estar en rechazar la antigüedad de la fecha de C14, rejuveneciendo el yacimiento hacia un Neolítico Antiguo Final, del tipo del nivel Ia de Chaves, el cual presenta dataciones más acordes (en torno a un 6050 BP.). Ello explicaría la industria lítica de Olvena, a base de medias lunas de doble bisel, taladros de largo pico y abundantes láminas, retocadas o no, con pátina de cereal. Estas características coinciden plenamente con las entregadas por el nivel Ia de Chaves pero no ocurre lo mismo con la tecnología cerámica, ya que, según estudio mineralógico de M. D. Gallart, el nivel neolítico antiguo de Olvena presenta idéntica composición de pasta y desengrasante (cuarzo) que el nivel cardial antiguo de Chaves, datado en la misma época. El nivel cardial reciente de esta cueva (4100-4200) cambia el cuarzo del desengrasante por la calcita, evolución que ya había apreciado la misma autora en sus análisis de la Cova de l'Or. La cueva

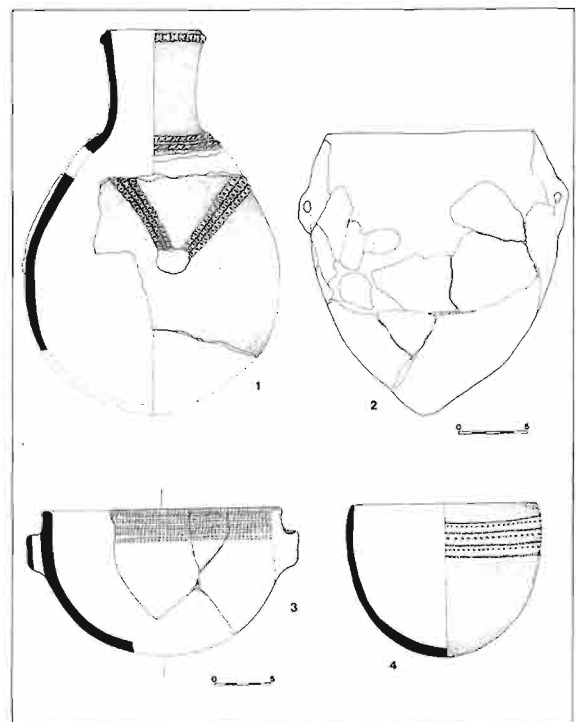


Fig. 7. Cerámicas neolíticas de las salas superiores de la Cueva del Moro de Olvena (1 y 4 según Montes; 2 y 3 según Baldellou).

valenciana tenía además la peculiaridad de entregar un nivel cardial más profundo en el que el desengrasante pudo ser una materia orgánica de tipo vegetal. Es decir, desde el punto de vista de la tecnología cerámica, la Cova de l'Or presentaría tres fases: la más antigua con desengrasante vegetal, la segunda con cuarzo y la tercera con calcita. Nuestros ejemplares oscenses de Chaves y Olvena pertenecen por su tecnología a esta segunda etapa, quedando reservada la tercera para el nivel cardial reciente de Chaves (GALLART y LÓPEZ, 1988 a y b).

Las pinturas rupestres de Remosillo, sitas a 2,5 km de Olvena aguas arriba, sobre la margen derecha del Ésera, deben ponerse en relación con este yacimiento, sin olvidar la presencia de un nivel neolítico de impresas y un triángulo de retoque abrupto al pie de las pinturas. En otro lugar hemos tratado más ampliamente el tema de la relación entre el yacimiento y el panel pintado (UTRILLA y CALVO, e. p.) pero no deja de ser sorprendente la presencia neolítica al pie de una representación de carros tirados por bueyes y conducidos por personajes subnaturalistas emplumados de dedos muy marcados. La ausencia de radios en las ruedas de los carros y la presencia de bueyes (y no équidos) tirando de ellos da indicio de su antigüedad. Una cerámica de tipo Veraza acompañada de una pintada en negro con motivos triangulares se encontraron al pie de otro panel.

LA PRESENCIA CAMPANIFORME Y LOS ENTERRAMIENTOS CALCOLÍTICOS

De nuevo tenemos que acudir al abrigo de Forcas II (Graus) para localizar en nivel restos de un enterramiento campaniforme, situado bajo la parte izquierda de la visera, apareciendo la secuencia epipaleolítica-neolítica en la parte derecha y estando removido el centro del mismo.

Se trata de varios fragmentos cerámicos, similares a otros aparecidos en la cueva del Moro de Olvena. Uno de ellos presenta decoración en bandas de motivos pseudoexcisos y de cremallera rellenos de pasta blanca, mientras que otro se cataloga como cerámica incisa: un pequeño cuenco en el que se suceden bandas horizontales y verticales. En el mismo nivel (el III) se encontraron restos humanos sin conexión anatómica, depositados en una grieta formada por la pared y un bloque de conglomerado caído del techo (Fig. 8).

Es obligado poner en relación el primer fragmento campaniforme descrito con otros aparecidos

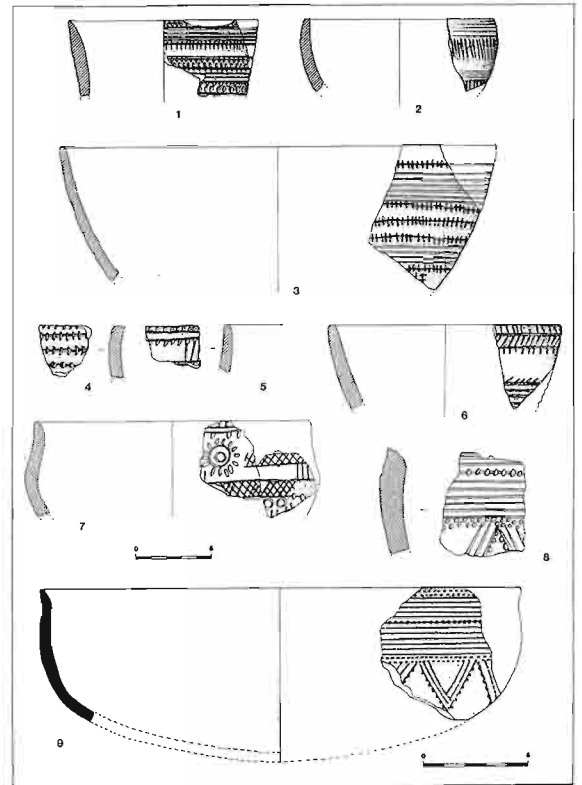


Fig. 8. Cerámicas campaniformes e incisas de Forcas II (1 y 2) y de la Cueva del Moro de Olvena (resto).

en la cueva del Moro de Olvena. El más próximo por su decoración procede de nuestras excavaciones, realizadas en colaboración con V. Baldellou entre 1981 y 1983, pero hallado en un nivel revuelto. Perteneció a los tipos de cremallera, tradicionalmente considerados como tardíos; el mismo motivo se repite en otros ejemplares de la misma cueva, también de nivel revuelto. En el valle del Ebro los paralelos se localizan en la cueva Josefina de Escornalbou, cuevas de Arbolí, Fonda de Salomó (HARRISON, 1977, figs. 90, 93, 95, 98, 99) y las aragonesas de la zona del Bajo Cinca: Subau, El Camelarario y San Pedro el Viejo de Cajal (MAYA y PETIT, 1986).

El resto de cerámicas campaniformes de la cueva del Moro pertenece a colecciones particulares (Badía y Bayarti) (AGUILERA y MONTES, 1984); destaca por su interés un ejemplar con soles incisos que recuerdan lejanos paralelos procedentes del Acebuchal y del Cerro de la Virgen de Orce (SCHÜLE, 1980, figs. 59, 60, 84 y 100) y otros más próximos de Las Costeras, en Teruel (PICAZO, 1991), Arbolí C-H (MAYA, 1992) y Bajo Cinca, dentro del llamado "Grupo del Nordeste" (MAYA y PETIT, 1986). Las dataciones absolutas del

yacimiento turolense sitúan este motivo en el Bronce Antiguo, con fechas entre 1785 y 1655 a. C., lo cual lo aproximaría al horizonte epicampaniforme que sugiere Guilaine (1984) para los motivos «barbelés» y a la cronología Bronce Antiguo que asignan Maya y Petit al grupo del nordeste.

El conjunto campaniforme de Olvena debe considerarse como tardío respecto al Calcolítico, con una posible contemporaneidad de los motivos de soles y cremalleras. Acompañaría a los enterramientos humanos secundarios detectados por Berges y Solanilla en 1966 y por nosotros mismos en las campañas de 1981 a 1983. Nunca los fragmentos campaniformes han aparecido en niveles de habitación, sino que han sido recogidos en corredores secundarios y simas, siempre en niveles revueltos. Su posición cronológica cabría enmarcarla en unas fechas similares a las citadas de Las Costeras, en un momento ligeramente anterior al establecimiento del hábitat de los niveles c1 a c4 de la cueva de Olvena, ya que, de ser contemporáneos, habría aparecido algún fragmento campaniforme entre el ingente material cerámico recogido durante nuestra excavación.

En el caso de Forcas II la finalidad funeraria es obvia, ya que el campaniforme aparece junto a los restos humanos, aprovechando las grietas cerradas artificialmente por cantos rodados planos. Su cronología podría ser algo más antigua que en Olvena, ya dentro del grupo del campaniforme pirenaico (Fase 3 de Guilaine), dada la forma del vaso y la tipología de sus motivos decorativos geométricos.

Otros elementos de la cueva del Moro de Olvena hablan de la presencia calcolítica: así los botones de perforación en V hallados en nivel revuelto en las cuevas superiores o un raspador bellísimo de retoque plano y una punta de flecha de pedúnculo y aletas, procedentes también de zona revuelta.

Por otra parte la presencia de monumentos megalíticos en la zona podría ser indicio de esta penetración calcolítica, cronología que habrá que comprobar cuando se excave el dolmen de Mas del Abad (Benabarre), muy similar en su tamaño y tipología a los de la comarca de Arén (UTRILLA y RAMÓN, 1992). Próximas a este dolmen se encuentran las pinturas de Mas del Aspra, con tres guerreros de extraña tipología cuya clasificación genérica puede situarse en el fondo de saco a la Edad del Bronce pero que podría pertenecer también a época histórica si identificamos como espada el elemento que porta uno de ellos a la cintura.

EL BRONCE ANTIGUO Y MEDIO

De nuevo es la cueva del Moro de Olvena, en su sala inferior, la que nos aporta documentación sobre esta época. La serie de niveles c1 a c4 marca una ocupación ininterrumpida en varios niveles con abundantes hogares, planchas de piedra, suelos compactos y una cierta organización del espacio habitado. Destaca un hogar oval en el nivel c4 con paredes de 40 cm de altura y 30 de espesor y un diámetro máximo de 120 cm. La caracterización del yacimiento de la sala inferior de Olvena como lugar de habitación permanente durante el Bronce Antiguo-Medio parece incuestionable, tanto por las estructuras de los hogares citados como por la presencia de grandes tinajas de almacenamiento de gruesas paredes que contenían restos de semillas de cereal.

La industria ósea de esta época es espectacular; entre ella destaca un conjunto de doce puntas de flecha de hueso de variada tipología (Fig. 9) y diversos tipos de punzones. La cerámica aparece muy decorada, en particular los grandes recipientes con cordones digitados que ocupan toda la superficie de la panza, la proliferación de bastos tetones ocupando todo el vaso en una especie de *horror vacui* y la abundancia de uñadas en cazuelas de factura más cuidada (Fig. 10). Este tipo de cerámicas aparecerá muy extendido en varias cuevas de habitación de las sierras exteriores oscenses, dentro de la cuenca del río Cinca. En el valle del Ésera las localizamos en las Brujas de Juseu y las Campanas de La Puebla de Castro; más al sur aparecen en los Moros de Gabasa o en la sima del Moro de Alins y al oeste están presentes entre los materiales de Forcón, la Miranda, Valdarazas o

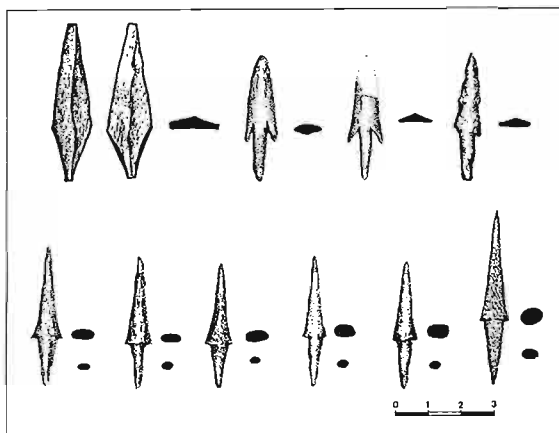


Fig. 9. Puntas de flecha de hueso de la serie c, a c4, de la Cueva del Moro de Olvena (sala inferior).

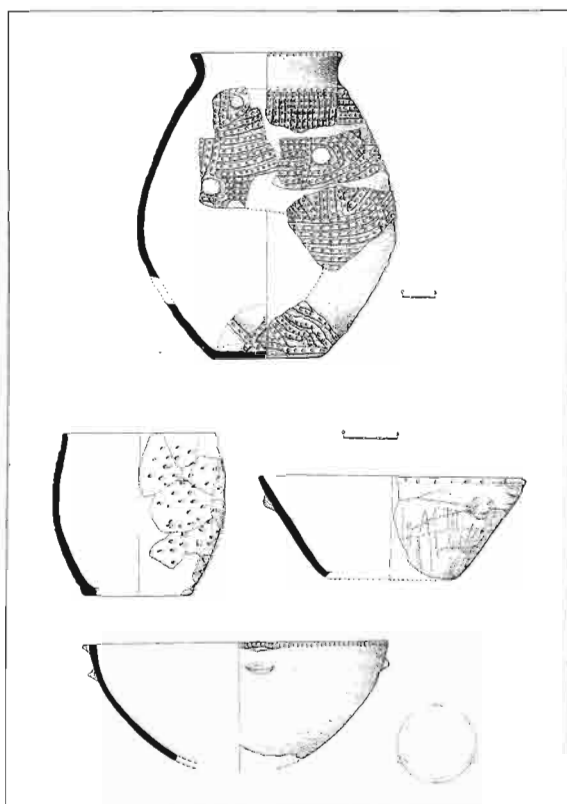


Fig. 10. Vasijas de la serie c, a c, de la Cueva del Moro de Olvena (Bronce Antiguo y Medio).

Abizanda, en una continuidad de poblamiento desde el Neolítico epicardial en la mayoría de los casos.

En cuanto a la industria lítica, tan abundante en los niveles neolíticos, llama la atención su total desaparición en la serie c de niveles del Bronce; quedan como única excepción algunas hojas de hoz denticuladas procedentes del nivel revuelto que podrían haber pertenecido también a la época de los enterramientos campaniformes.

Poseemos dos fechas de C14: 1580 y 1480 a. C., lo que permite datar la secuencia en un Bronce Antiguo-Medio y plantearnos la gran diferencia existente con los yacimientos turolenses de la misma época. Idénticas fechas entregan Frías de Albarracín, Hoya Quemada o Cabezo del Cuervo, donde aparece un hábitat en poblados de altura y una cerámica lisa más acorde con el Bronce valenciano que con los yacimientos en cueva del Alto Aragón. No obstante, también en el Bronce turolense están presentes las grandes ollas con cordón digitado, pero con una decoración mucho menos barroca que los ejemplares de Olvena (PICAZO, 1991).

EL BRONCE FINAL

A esta época habrá que asignar los hallazgos sueltos del alto valle del Ésera, que por vez primera documenta la presencia de gentes prehistóricas: un hacha de rebordes en Laspáules (BELTRÁN, 1951); una de aletas, más reciente, en Cerler (RODANÉS, 1987) (Fig. 11), y varios círculos de piedras del término de Chía (UTRILLA y RAMÓN, 1992), a los cuales suele asignárseles una cronología del Bronce Final Atlántico, a pesar de que en este caso no contienen material arqueológico que lo confirme.

En el bajo Ésera es de nuevo la cueva del Moro de Olvena la que nos entrega datos para caracterizar esta etapa. Hemos diferenciado al menos dos momentos de ocupación: los niveles b-a4, con datación del 1090 a. C. para un nivel (b) con un alfiler de cobre de fuste torso y cerámicas lisas de perfil carenado y otros recipientes de bordes exvasados, y los niveles a1-a2, donde aparecen urnas bicónicas de cuello cilíndrico y borde cóncavo marcadamente

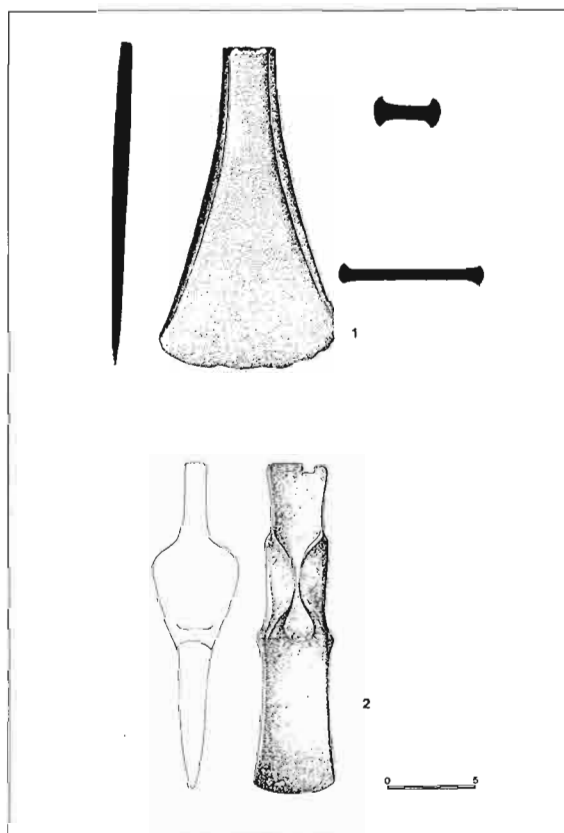


Fig. 11. Hachas de Laspáules (1) y Cerler (2), según dibujos de Hernández Vera y Rodanés.

exvasado, junto a otras globulares de borde recto. Sus características permiten encuadrarlos en el siglo VIII, época a la que pertenecería un *kotylikos* entero, con decoración de círculos estampillados y perforación en la base que pudo formar parte de un *kernos*, de muy distinta tipología al único que conocemos procedente del Cabezo de Monleón (UTRILLA, RODANÉS y REY, e. p.) (Fig. 12).

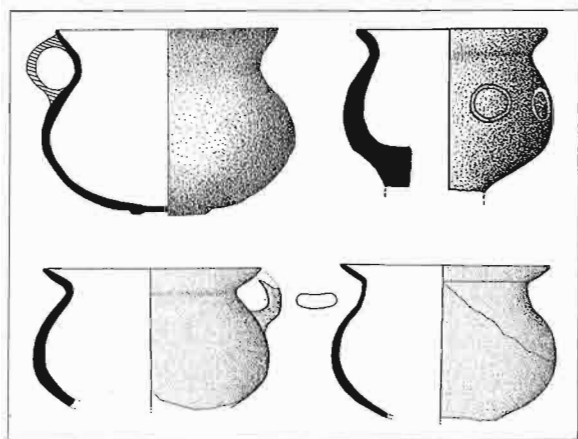


Fig. 12. Urnas y *kotylikos* de los niveles de la serie a (Bronce Final) de la Cueva del Moro de Olvena (sala inferior).

RECURSOS ECONÓMICOS Y TIPOS DE ASENTAMIENTOS

Los recursos de origen animal han sido aportados tanto por la caza de animales salvajes (ciervo, caballo, corzo, jabalí, uro) como por los animales domésticos en los yacimientos posteriores al Neolítico (bovino, ovicaprino y cerdo). El estudio paleontológico que ha realizado P. Castaños (1991) sobre las especies de Olvena señala que apenas existen variaciones entre los niveles de la Edad del Bronce pero sí entre el conjunto de éstos y la fauna de los niveles neolíticos. Se observa un descenso significativo de la caza y un aumento correlativo de la cabaña doméstica, obteniendo unas tablas de 59,5% de animales salvajes en el Neolítico frente a 11,6% en el Bronce, mientras que los ovicápridos marcan una relación de 34,6% frente a 54,6% y los bóvidos un 5,8% frente a un 12,9%.

Otro dato reseñable es la ausencia de cerdo doméstico en los niveles del Neolítico Antiguo, frente a un 20,7% en los niveles del Bronce, estando sin embargo atestiguado el jabalí entre los primeros. Un empobrecimiento de las especies salvajes se observa

también en la Edad del Bronce ya que, de las cinco especies salvajes citadas, sólo el ciervo y escasos restos de jabalí aparecen representados en esta época.

Se observa así un proceso de sustitución de una economía mixta con predominio de caza en el Neolítico Antiguo por una basada de forma sustancial en los animales domésticos. Entre éstos llama la atención la ausencia de équidos (tampoco se encuentran salvajes entre los restos de la Edad del Bronce) y el dominio de ovejas y cabras, si bien el aporte cárnico de los bóvidos domésticos iguala en importancia a los ovicaprinos por su mayor tamaño. Los bueyes pudieron ser utilizados como animal de tiro quizá desde el Neolítico, a juzgar por las representaciones de estos animales que aparecen tirando de carros en las vecinas pinturas de Remosillo, al pie de un yacimiento neolítico antiguo.

Entre las aves están documentadas las palomas, perdices, cornejas, chovas piquigualdas, urracas, águilas imperiales y cernícalos. La presencia de palomas parece confirmar la proximidad de biotopos forestales y de monte bajo.

Entre los carnívoros tenemos atestiguados restos de lobo en el Neolítico (curiosamente no aparece el perro en ninguno de los niveles) y de zorro, oso pardo, lince, gato montés y tejón en toda la secuencia. Llama la atención la correlación entre el aumento de la cabaña ovicaprina en la Edad del Bronce y la ausencia de lobo en estos niveles, el cual pudo ser duramente castigado por el hombre. La presencia de oso, ciervo, corzo y jabalí documenta, junto a las palomas, la existencia de bosques, mientras que el conejo y la perdiz encajan bien en el monte bajo.

El estudio de polen confirma la existencia de bosques de pinos, *Quercus*, bojes y algunos tilos en la parte baja de la estratigrafía, sustituidos por sauces y *Populus* en la alta. A partir de la serie b de niveles del Bronce Final (siglo XI) aumentan las hiedras y otras plantas trepadoras, unido ello a un aumento notable de pinos. Los primeros pólenes de oleáceas aparecen en el Bronce Medio, continuando en los niveles del Bronce Final. El cereal alcanza su máxima presencia en el nivel a4 (entre 105 y 120 cm) con valores de hasta un 3,5%.

En conjunto el paisaje natural del entorno favorece más una economía ganadera que agrícola, complementada por una explotación mixta de la caza de las zonas boscosas próximas.

En el Magdaleniense de Forcas I aparecen documentados restos de cabra, sarrio, ciervo, conejo y liebre entre los herbívoros y lince y zorro entre los carnívoros. En los niveles epipaleolíticos del mismo

abrigo se mantienen ciervos y sarríos y aparece como novedad el jabalí y quizá el corzo, animales muy específicos de un paisaje de bosque, muy apto para el clima húmedo del Preboreal. En el Epipaleolítico de Forcas II la caza del ciervo es masiva, superando ampliamente los restos de cabra y jabalí, los cuales aumentan su presencia en época neolítica.

Es interesante comprobar cómo se produce un control de la caza desde los escarpes que se alzan en los lugares de paso obligado de animales. Si se observa la posición de los abrigos de Forcas nos damos cuenta de que, desde el punto de vista estratégico, el lugar es magnífico para controlar el paso de la caza, ya que la peña de las Forcas tiene frente a ella una segunda, la del Morral, dando lugar a un estrechamiento del valle que obliga a pasar por allí a todos los animales que quieran acceder al llano.

La posición de la cueva del Moro de Olvena es todavía más estratégica que la de Forcas. Se halla en el congosto de su nombre, al pie de la población actual, dominando el acceso al llano del puente de las Pilas, en la confluencia del Cinca con el Ésera. Allí se produce también un estrechamiento del valle dominando el paso, tanto desde Olvena en la margen derecha como desde la cueva de las Campanas de Aguinalliu en su margen izquierda.

Si generalizamos estas características deberemos buscar asentamientos en aquellos lugares en los que se estrechen peñas opuestas, sobre todo si se hallan próximas a una zona llana de pastos. Éste es el caso de la posición de los hipotéticos embalses de Santaliestra, Comunet, Morillo de Liena y de Campo. Algunos abrigos, como el existente entre los kilómetros 19 y 20 a la altura de Santaliestra o el situado junto al desvío de Morillo, deben ser prospectados, máxime existiendo el proyecto de construcción del embalse de Santaliestra.

Un segundo aspecto que tenemos que tratar es el reparto del territorio en aquellos lugares en que conviven yacimientos contemporáneos. Es conocida la teoría de Vita Finzi y Higgs sobre los territorios rentables de explotación para un cazador paleolítico (10 km) o un agricultor neolítico (5 km) a partir del lugar de hábitat. Estas cifras, basadas en datos etnológicos, han sido revisadas por Davidson atendiendo a lo abrupto del terreno, que obliga a caminar con más esfuerzo en aquellos lugares escarpados, lo que provoca la distorsión del territorio, teóricamente circular, en un área oval-alargada que sigue el curso del río. Éste es el caso de nuestros yacimientos del Ésera, que «estiran» su territorio de explotación longitudinalmente para alcanzar el llano que hoy ocupan los pantanos de Barasona y El Grado.

Lo sorprendente es que, tanto en un círculo teórico como en el territorio corregido por las curvas de nivel, las áreas de obtención de recursos de Forcas y Olvena son casi tangentes, repartiéndose la zona llana del embalse de Barasona. Algo similar ocurre con el territorio de la cueva de las Brujas de Juseu respecto a Olvena, quedando las pinturas rupestres subnaturalistas del Forau del Cocho de Estadilla equidistantes de ambos yacimientos.

En cuanto al aprovisionamiento del sílex sabemos que existen afloramientos naturales en las calizas del Coniaciense-Santoniense del Cretácico Superior, al sur del Turbón. Se trata de calizas grises de grano fino que engloban numerosas capas de nódulos de sílex en un espesor total de 253 m de potencia. El Isábena atraviesa el territorio en el que afloran estas calizas, por lo que es posible que hubiera transportado nódulos de sílex hasta la zona de Graus, situada a 25 km de los afloramientos. Hemos localizado núcleos de sílex de grano grueso en la misma peña de las Forcas en la vertiente que se encuentra a la altura de Capella; también en Campo, en el monte de Laspún, F. Blasco ha documentado abundante sílex, al igual que en el término de Puy de Cinca (próximo a Graus pero fuera ya del valle del Ésera). En Serraduy, sobre el Isábena, J. A. Cuchí recogió un núcleo prismático de laminillas de un corte stratigráfico al pie de la carretera.

Otro aspecto que debemos tratar es la orientación de las cuevas y abrigos elegidos como lugar de hábitat. La orientación al sureste es teóricamente la preferida, sobre todo en la fría época paleolítica, pero en el bajo Ésera no siempre se cumplen estas premisas. Así el abrigo de las Forcas I, abierto al oeste, no es favorable para un lugar de habitación estable, mientras que el de Forcas II, orientado al norte, sólo es deseable en una ocupación veraniega con un clima cálido, como ocurrió realmente en el Boreal. Abrigos mucho mejores por su orientación este-sur se hallan enfrente, en la peña del Morral, pero no nos ha sido posible detectar yacimiento alguno. Así la cueva de los Moros, tan sugestiva por su topónimo, no conserva sedimento o el mismo lugar del emplazamiento del santuario de la Virgen de la Peña. Tendremos que concluir que el hombre prehistórico eligió voluntariamente la orientación no soleada de Forcas II, lo cual debe de ser ya indicio suficiente de una ocupación veraniega. No ocurre lo mismo con Forcas I, donde el oeste reporta un opresivo calor en la tarde de verano, lo cual no debió de importarles a los habitantes magdalenien-ses y epipaleolíticos.

Fechas B P.		ÉSERA				VALLE DEL SEGRE		
ETAPAS CULTURALES	FASES CLIMÁTICAS	BAJO			ALTO			
		Forcas I	Forcas II	Olvena			Otros	
BRONCE FINAL	SUBBOREAL			Niv. a1-a4 Niv. b (3040)		Laspaúles Cerler Chía	Carreteló (3020, 3040)	
BRONCE ANTIGUO Y MEDIO			↑	Niv. c1-c4 (3350 3430)	Juseu		Cuevas del Segre, Tabac, La Torralla, Joan d'Os, Negra, etc.	
CALCOLÍTICO			Niv. III	Corredores	Mas del Abad			
NEOLÍTICO MEDIO-FINAL	ATLÁNTICO			Niv. c5-d1 (5160)			Parco (5790)	
NEOLÍTICO ANTIGUO			Niv. b sup. (6090) (6940)	Olvena sup. (6550)	Remosillo? Campanas Juseu		Cueva del Tabac Parco (6450, 6170) Margineda (6670)	
EPIPALEOLÍTICO GEOMÉTRICO (MACROLÍTICO)		BOREAL		Niv. b inf. (7090) Niv. d (8650)				Margineda (8530, 8390) Margineda (9250) Parco (9260)
EPIPALEOLÍTICO GENÉRICO	PREBOREAL	Niv. 7 (9360)						
AZILIENSE		Niv. 8						
		Niv. 9 (9715)						
		Niv. 10						
		Niv. 11					Parco (10390)	
		Niv. 12					Margineda (10640)	
MAGDALENIENSE	DRYAS III ALLEROD BOLLING	Niv. 13 12620					Parco (11510)	
		Niv. 14 (13010)						
		Niv. 15						

Fig. 13. Yacimientos prehistóricos del valle del Ésera y sus paralelos en el valle del Segre.

En el caso de Olvena la boca de entrada presenta orientación norte pero la población atravesó las galerías y se estableció en las bocas que dan al sur, espectacularmente colgadas sobre el río. Quizá en este caso se buscara la fácil defensa del lugar de habitación, junto a la posición dominante para controlar el paso de gentes y animales.

Este yacimiento quedaría caracterizado como asentamiento estable desde el Neolítico al Bronce Antiguo-Medio, al igual que en el resto de las cuevas del Prepirineo oscense. Sin embargo en el Bronce

Final ha podido existir un brusco cambio en la función del yacimiento respecto a los niveles anteriores. Se trataría ahora de ocupaciones estacionales, necesarias para la trashumancia de los ganados que en verano subirían desde los fértiles poblados de las tierras llanas del Cinca (comarcas de Monzón, La Litera y Fraga) y que terminarían en los pastos del alto valle del Ésera (zona de Benasque). En favor de esta interpretación aboga el dato de que no se conocen yacimientos en el alto Ésera hasta el Bronce Final, el hecho de que no se detecten en la serie a de Olvena

estructuras complejas de habitación y la existencia de hasta ocho series de lentejones de ocupación-desocupación durante la secuencia del Bronce Final.

La ruta de penetración en el valle del Ésera de las gentes de Campos de Urnas debió de ser a través de la vía natural del Cinca y el Segre, sin descartar un posible paso directo por Benasque a través del Salvaguardia.



Lám. 1. Dolmen de Mas de Abad.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, I. y MONTES, L. (1984): Nota sobre una cazuela campaniforme de la cueva del Moro (Olvena, Huesca). *Museo de Zaragoza. Boletín* 3, págs. 297-303.
- BALDELLOU, V.; MESTRES, J.; MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J. (1989): *El Neolítico Antiguo. Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia*. Zaragoza.
- BALDELLOU, V. y UTRILLA, P. (1985): Nuevas dataciones de radiocarbono de la prehistoria oscense. *Trabajos de Prehistoria* 42, págs. 83-95.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (1989): *La ocupación prehistórica del abrigo de Costalena (Maella, Zaragoza)*. Zaragoza.
- BELTRÁN, A. (1951): Las investigaciones arqueológicas en Aragón. *Cæsaraugusta* 1, págs. 9-34.
- BERGES, M. y SOLANILLA, F. (1966): La cueva del Moro en Olvena, Huesca. *Ampurias* XXVIII, págs. 175-191.
- BOSCH GIMPERA, P. (1923): Notes de Prehistòria Aragonesa. *Butlletí de l'Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia y Prehistòria*, págs. 15-68.
- CASTAÑOS, P. (1992): Estudio de los restos faunísticos de la Cueva del Moro (Olvena, Huesca). *Bolskan* 8, págs. 79-109.
- GALLART, M. D. y LÓPEZ, F. (1988): Mineralogía de cerámicas de la Edad del Bronce de la Cueva del Moro (Olvena, Huesca). *Bolskan* 5, págs. 27-38.
- GALLART, M. D. y LÓPEZ, F. (1988): Análisis mineralógico de las cerámicas neolíticas de la cueva de Chaves (Casbas, Huesca). *Bolskan* 5, págs. 5-26.
- GEDDES, D.; GUILAINE, J.; COULAROU, J.; LE GALL, O. y MARTZLUFF, M. (1985): Postglacial environments, Settlement and Subsistence in the Pyrenees: the Balma Margineda, Andorra. En *The Mesolithic in Europe* (C. Bonsall, ed.), págs. 561-571. Edimburgo.
- GUILAINE, J. et alii (1985): La Balma Margineda. *Les Dossiers, Histoire et Archéologie* 96, págs. 9-33.
- GUILAINE, J. (1972): *L'Âge du bronze en Languedoc Occidental, Roussillon, Ariège*. Mémoires de la Société Préhistorique Française, 9. París.
- GUILAINE, J. (1984): Les civilisations des gobelets campaniformes dans la France Méridionale. En *L'âge du Cuivre Européen*, págs. 175-186. París.
- HARRISON, R. (1977): *The Bell Baker Cultures of Spain and Portugal*. Cambridge-Massachusetts.
- LÓPEZ, P. (1986): Estudio palinológico del Holoceno español a través del análisis de yacimientos arqueológicos. *Trabajos de Prehistoria* 43, págs. 143-158.
- MARTÍN, A. (1990): El Neolítico Antiguo en Cataluña. Trayectoria de su investigación. *Autour de Jean Arnal*, págs. 37-54. Montpellier.
- MAYA, J. L. (1992): Calcolítico y Edad del Bronce en Cataluña. *Aragón/Litoral Mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*, págs. 515-554. Zaragoza.
- MAYA, J. L. y PETIT, M. A. (1986): El grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica. *Anales de Prehistoria y Arqueología* 2, págs. 49-73.
- MAZO, C. y MONTES, L. (1992): La transición Epipaleolítico-Neolítico antiguo en el yacimiento de El Pontet (Maella, Zaragoza). *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*, págs. 243-254. Zaragoza.
- MONTES, L. (1983): *La población prehistórica durante el Neolítico y la Primera Edad del Bronce en las Sierras Exteriores de la Provincia de Huesca*. Tesis de Licenciatura. Inédita. Zaragoza.
- PICAZO, J. (1991): Contribución de análisis estadísticos para la diferenciación de grupos culturales durante la Edad del Bronce en el sur del Sistema Ibérico (Teruel, España). *Archeologia e Calcolatori*, págs. 79-109.

- PICAZO, J. (1991): Informe de la excavación realizada en el yacimiento de la edad del Bronce de «Las Costeras» (Formiche Bajo, Teruel). Campaña de 1987. *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, págs. 97-100.
- RODANÉS, J. M. (1987): Hacha de aletas encontrada en el término de Cerler (Huesca). *Bolskan 4*, págs. 123-131.
- SCHÜLE, W. (1980): *Orce und Galera*. Mainz.
- SERRA RAFOLS, J. (1921): *La col·lecció prehistòrica Lluís Marian Vidal*. Publicacions del seminari de prehistòria de la Universitat de Barcelona. Barcelona.
- SERRA VILARÓ, J. (1918): *Excavaciones en la cueva del Segre*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid.
- ÚTRILLA, P. y BALDELLOU, V. (1982): Notas para una tipología ósea postpaleolítica. Los materiales de hueso de la cueva del Moro en Olvena (Huesca). *Cæsaraugusta 55-56*, págs. 25-47.
- ÚTRILLA, P. y CALVO, M. J. (e. p.): Cultura material y arte rupestre «levantino». La aportación de los yacimientos aragoneses a la cuestión cronológica. *Homenaje a Antonio Arribas. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*.
- ÚTRILLA, P. y MAZO, C. (1991): Excavación de urgencia en el abrigo de las Forcas (Graus, Huesca). Las ocupaciones magdalenenses y epipaleolíticas. *Bolskan 8*, págs. 31-78.
- ÚTRILLA, P. y MAZO, C. (1992): El yacimiento de las Forcas (Graus, Huesca). Campaña de 1990. *Arqueología Aragonesa 1990*, págs. 31-37.
- ÚTRILLA, P. y RAMÓN, N. (1992): Hallazgos prehistóricos en la comarca de la Ribagorza. *Bolskan 9*, págs. 51-67.
- ÚTRILLA, P.; RODANÉS, J. M. y REY, J. (1993): La ocupación de la cueva del Moro de Olvena durante el Bronce Final. *Tabona. Homenaje a M. Pellicer*, págs. 563-592.

Pinturas rupestres en el barranco de Mascún (Rodellar-Huesca)

A. Painaud - P. Ayuso - M.^a J. Calvo - V. Baldellou

Durante más de diez años el Museo Arqueológico Provincial de Huesca ha venido desarrollando, con el equipo habitual de prospección, batidas sistemáticas en toda la cuenca del río Vero. Como resultado de ello, han aparecido más de 60 abrigos con representaciones pictóricas. Todos estos covachos pintados, de estilo levantino y esquemático, unidos a las pinturas paleolíticas de la Cueva de la Fuente del Trucho, convirtieron a la zona y al conjunto en un hito verdaderamente excepcional en el campo de la pintura rupestre en Aragón. Los abrigos del río Vero constituyen, en la actualidad, un Parque Cultural enclavado dentro del Parque Natural de la Sierra de Guara (ley 14/1990, de 27 de diciembre).

En los últimos años, nuevos hallazgos de pinturas esquemáticas al este del río Vero, en el congosto de Olvena, y al oeste, en las cercanías de la Cueva de Chaves —importante yacimiento neolítico estudiado desde hace varios años por Vicente Baldellou y Pilar Utrilla—, demuestran que los focos con representaciones pictóricas desbordan la cuenca de dicho río. Ello planteaba el interés científico de abordar toda la zona comprendida entre el río Vero y la Cueva de Chaves (territorio de grandes barrancos, como Balcés y Mascún), lo cual se realizó en el año 1991. No se dio ningún hallazgo pictórico digno de ser tomado en consideración hasta que, por último, a finales de 1991 se descubrieron, en las inmediaciones del pueblo de Rodellar, restos esquemáticos en la Cueva Pacencia¹ (Fig. 1).

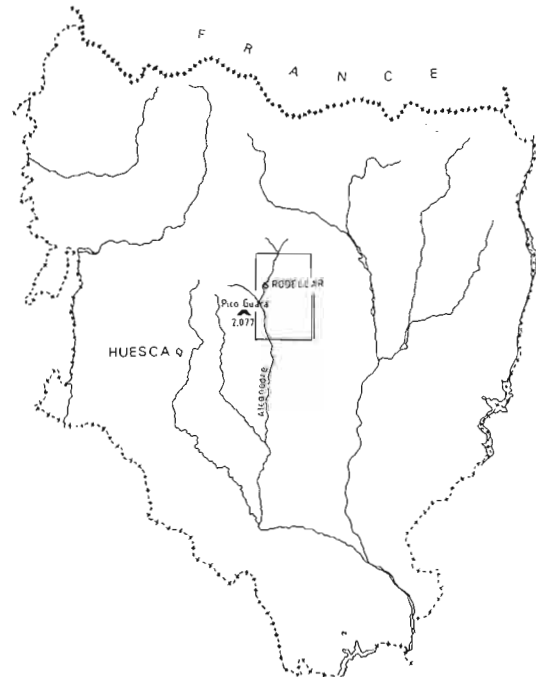


Fig. 1. Situación de la cuenca de los ríos Mascún y Alcanadre.

¹ Las pinturas rupestres de la Cueva Pacencia fueron localizadas gracias a las informaciones facilitadas por don José Antonio Cuchí, al cual queremos agradecer desde aquí su descubrimiento.

Este nuevo hallazgo reafirmaba la necesidad de proseguir las prospecciones en estas zonas aún intactas. A través del Instituto de Estudios Altoaragoneses, que nos concedió una ayuda de investigación a finales del año 1992, se pudo iniciar prospecciones y trabajos de investigación en esta inmensa zona. Si bien últimamente unos nuevos hallazgos han venido a enriquecer los restos pictóricos del barranco de Mascún, nos limitaremos en el presente artículo a recoger los resultados de los estudiados hasta ahora, dejando para más adelante los recientemente descubiertos.

EL BARRANCO DE MASCÚN (Fig. 2)

Este barranco es, indudablemente, uno de los más significativos de los que se encuentran al este del pico de Guara. Ubicado entre el inmenso barranco de Balcés al este y el río Alcanadre al oeste, la fantasía de su relieve calcáreo, así como su extensión, le confieren una entidad muy peculiar y una belleza sorprendente. Sus gargantas se estrechan hacia el norte hasta el pueblo de Letosa, a una altitud de 1.038 m. Hacia el sur, después de recibir las aguas procedentes de la surgencia de Mascún (710 m), rodea el pueblo de Rodellar (760 m). Se precipita un poco después, cerca del puente de las Cabras y del pueblo de Pedruel (668 m), en las aguas del río Alcanadre.



Lám. 1. Barranco Mascún.

CUEVA PACENCIA (Fig. 3)

MUNICIPIO: Bierge (Huesca).
 LOCALIDAD: Rodellar.
 ALTITUD: 753 m.
 COORDENADAS: YM405885. Mapa de Alquézar (249, 1/50000) del Servicio Geográfico del Ejército.



Lám. 2. Vista general de Cueva Pacencia.

Es una gran oquedad con una apertura de 80 m, una altura de 30 m en su punto máximo y una profundidad de 23 m. Este enorme abrigo se abre prácticamente al nivel del río y, debido a su situación en el margen exterior de un meandro, está cada vez más degradado por la acción erosiva de las aguas, sobre todo en épocas de crecidas.

Las representaciones pintadas se encuentran localizadas en la parte izquierda de la cavidad, sobre una larga repisa que recorre el fondo de la cueva, a una altura media de 17 m sobre el nivel actual del río. Este escalón está formado, en parte, por un relleno de origen periglaciario que, poco a poco, se está derrumbando y deja al descubierto la pared calcárea del fondo de la cueva.

DESCRIPCIÓN DE LAS PINTURAS

El conjunto de las representaciones pintadas se ha agrupado en nueve sectores, estructurados dentro del abrigo. Las pinturas, todas ellas de color rojo, están en su gran mayoría bien conservadas. Para facilitar la investigación se ha utilizado la tabla de colores de Llanos y Vegas².

Sector 1 (Fig. 4)

Situado en el extremo izquierdo del abrigo, sus figuras están pintadas sobre la pared caliza, la cual en esta zona tiene un color bastante blanquecino, debi-

² En un intento de objetivizar al máximo las referencias cromáticas se han utilizado en este trabajo las tablas de colores de la clasificación elaborada en la obra de LLANOS, A. y VEGAS, J. I., «Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica». *Estudios de Arqueología Alavesa*, VI, Vitoria, 1974.

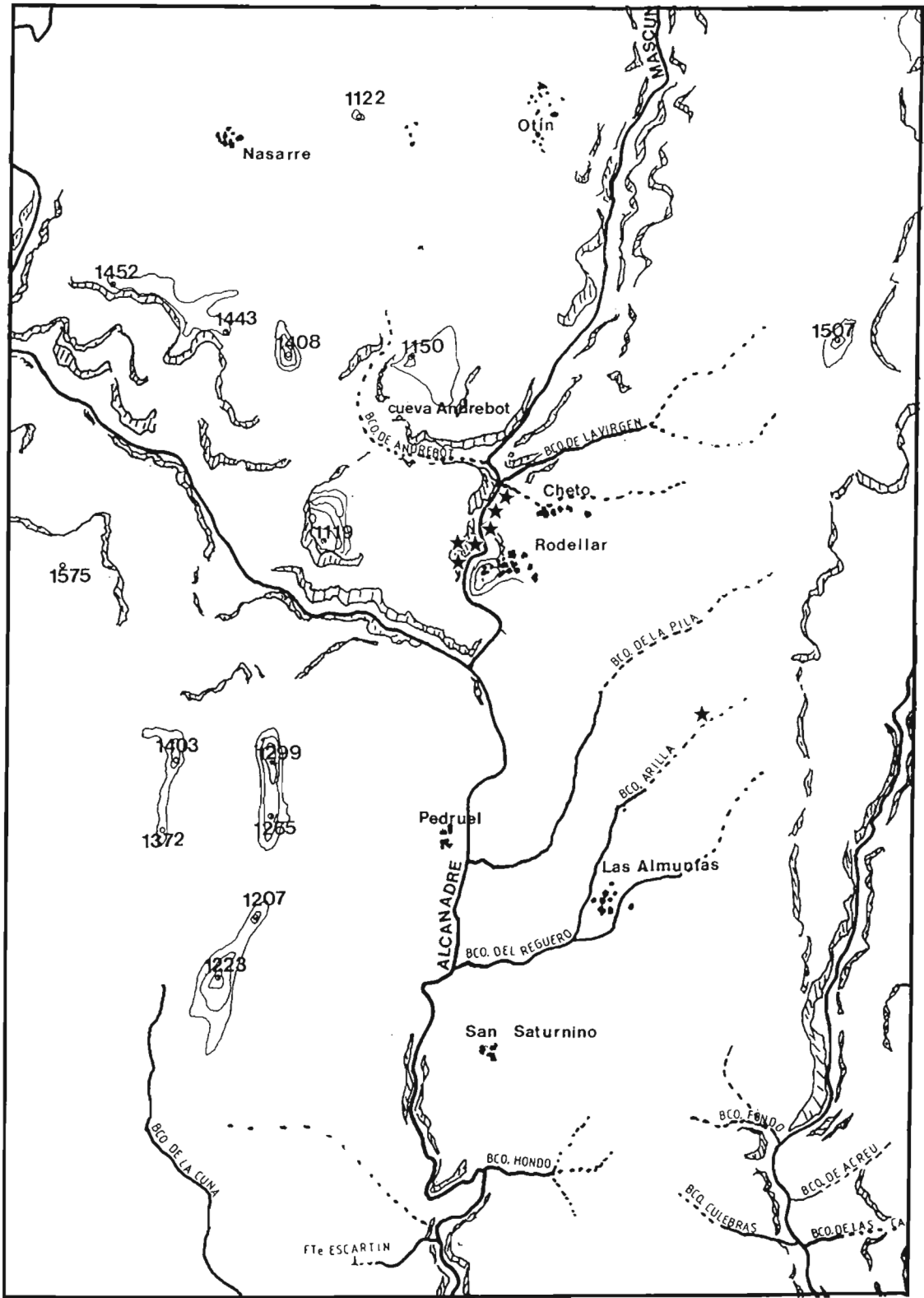


Fig. 2. Localización de los abrigos.



Fig. 3. Planta y alzados de la Cueva Paciencia.



1



3



2



4



5



Fig. 4. Calco íntegro del Sector 1.

do seguramente a una profusión de diversas algas cianofíceas.

1. Trazo (Fig. 4.1 y Fig. 5.A)

Situado en posición oblicua de derecha a izquierda, de color naranja rojizo (A 6 tabla 4 de Llanos y Vegas), tiene una longitud de 5 cm y una anchura de 1,3 cm.

2. Cuadrúpedo (?) (Fig. 4.2 y Fig. 5.B)

Gran representación de 31 cm de largo y 17 cm de alto en color rojo castaño oscuro (D 7 de la tabla 5). Esta figura está recubierta en algunas zonas —sobre todo en la parte izquierda— por concreciones calizas que impiden una visión total de la representación. Se podría pensar en un cuadrúpedo vuelto hacia la derecha, del cual se distinguen el cuerpo, la cabeza de pequeño tamaño y la pata derecha delantera. Con arranque desde la parte trasera del posible animal, existe una ancha línea curva que lo recorre por encima y se difumina progresivamente por la parte derecha. La interpretación de esta pintura se presenta difícil y arriesgada debido al mal estado de conservación de la misma.



A

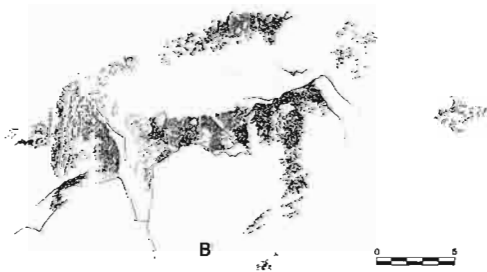


Fig. 5.



Fig. 6.

3. Mancha (Fig. 4.3 y Fig. 6)

De color rojizo (A 9 de la tabla 5), tiene una altura de 3,5 cm y una anchura de 3 cm. En la parte inferior se puede distinguir algún resto más de pintura del mismo color.

4. Mancha (Fig. 4.4 y Fig. 7.A)

Con prolongaciones hacia la derecha, izquierda y abajo, todo ello muy difuminado y de difícil interpretación. Estos restos, de color rojizo (A9 de la tabla



A



B



Fig. 7.

5), tienen una anchura máxima de 10 cm y 7 cm de altura.

5. Antropomorfo (Fig. 4.5 y Fig. 7.B)

Representación de tipo ancoriforme, con el trazo vertical muy corto y la línea curva muy gruesa y muy cerrada; altura de 3,7 cm y anchura de 3,5 cm. A la derecha, se encuentran dos digitaciones de 3,5 cm. y 2,5 cm de alto respectivamente. Todo ello de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5). Este conjunto está situado sobre un soporte muy fragmentado y se puede también observar algún resto de pintura en la parte inferior de la representación citada como ancoriforme.

Sector 2 (Fig. 8)

Situado en una porción de la pared relativamente lisa y delimitado a izquierda y derecha por unas coladas estalagmíticas que lo aíslan de los restantes paneles. El acceso a estas pinturas, como a las anteriores del sector 1, resulta bastante difícil.

1. Digitaciones (Fig. 8.1 y Fig. 9)

De igual tamaño ambas, de 6,5 cm de largo y una anchura máxima de 3 cm y de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), se hallan ligeramente inclinadas de izquierda a derecha y son paralelas entre sí, quedando prácticamente perdidas en la parte inferior.

2. Ramiforme (Fig. 8.2 y Fig. 10.A)

De 12,5 cm de altura y 9 cm de anchura; en estas dimensiones no se incluye la pintura difuminada que se encuentra alrededor de la figura; ésta presenta un color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5). Su forma está representada por un trazo vertical terminado en una línea horizontal en su parte superior y cruzado por otros dos trazos horizontales en su parte central. Cabría la posibilidad, igualmente, de ser interpretado como una posible figura humana.

3. Antropomorfo (?) (Fig. 8.3 y Fig. 10.B)

De color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5). En esta representación se observa la cabeza y un cuerpo muy largo. Presenta unos brazos levantados, con el izquierdo más largo, y unas posibles piernas, en su inicio apenas configuradas por un semicírculo que no está ligado al cuerpo. Sus dimensiones son de 12 cm de altura y 6 cm de anchura.

4. Digitación y signo (Fig. 8.4 y Fig. 11)

A la izquierda se observa una línea vertical de 9,5 cm de longitud; a la derecha, dos líneas verticales unidas en la parte alta por un trazo horizontal. La parte superior es bastante nítida, difuminándose, sin embargo, en la inferior. Tiene una altura de 11 cm y una anchura de 5 cm. Hacia la derecha del signo se encuentra un punto de pintura con unas dimensiones de 1,5 por 1,5 cm cerrando este conjunto, el cual se encuentra situado sobre un soporte limitado por arriba y por abajo por unas grietas naturales de la roca orientadas más o menos horizontalmente. De igual color que las tres representaciones anteriores (D7 de la tabla 5).

Sector 3 (Fig. 12)

Este pequeño panel, compuesto únicamente de dos trazos, está pintado alrededor de una oquedad de la pared.

1. Digitación (Fig. 12.1)

Trazo digital de 6 cm de largo y 1,5 cm de ancho con algún resto de pintura suelta alrededor del mismo; de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5), se halla en el borde superior de la cavidad citada con anterioridad, pero situado fuera de ella.

2. Digitación (Fig. 12.2)

Nueva digitación, de 6,5 cm de largo y 2 cm de ancho, de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5), pintada en la parte inferior izquierda del hueco, dentro del mismo, a 28 cm del trazo descrito en la Fig. 12.1.

Sector 4 (Fig. 13)

Ubicado sobre una superficie rocosa bastante lisa, es uno de los conjuntos pictóricos mejor conservados de la estación.

1. Ancoriforme (Fig. 13.1 y 14)

Posible representación humana, con el cuerpo configurado por una línea vertical de 4,2 cm, y dos brazos; el izquierdo, muy arqueado, se une en la parte superior y también en la inferior a la línea vertical central; el derecho es un simple trazo recto, paralelo al del supuesto cuerpo y unido al mismo en su parte superior. (Color D7 de la tabla 5).

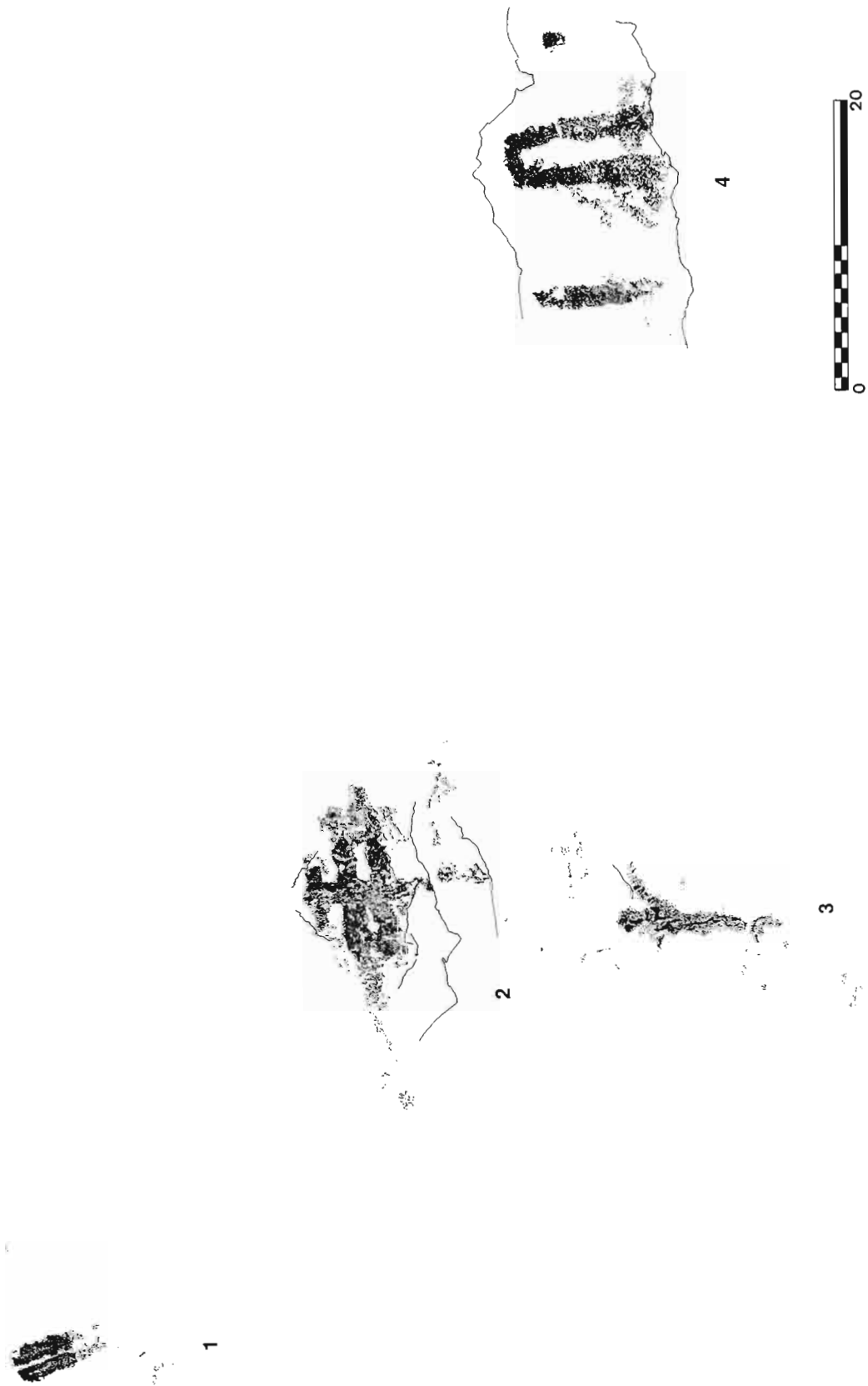
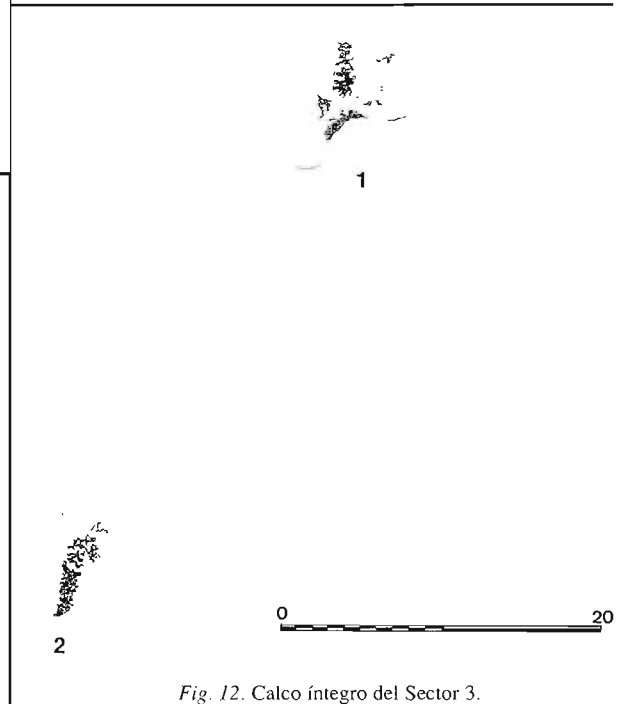
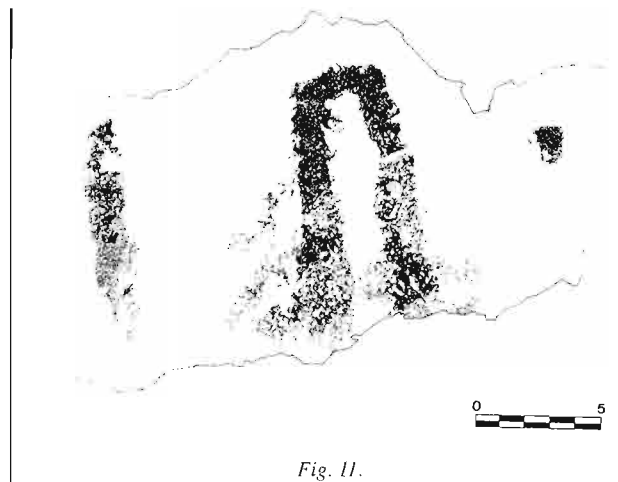
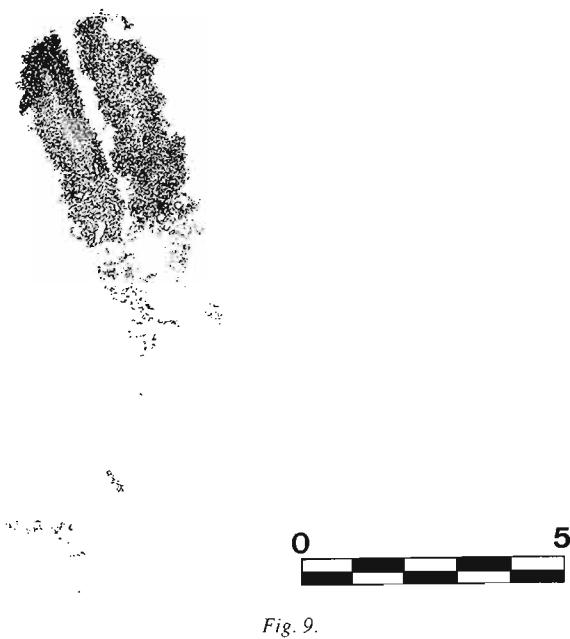


Fig. 8. Calco íntegro del Sector 2.



2. Digitación (Fig. 13.2)

Situada a 8 cm a la derecha del ancoriforme descrito en el párrafo anterior, es un trazo digital de 5,5 cm de largo y de 1,5 cm de ancho. (Color D7 de la tabla 5).

3. Digitaciones (Fig. 13.3 y 13.4)

Dos digitaciones situadas en el centro del panel, una encima de la otra y con 6,5 cm de distancia entre las mismas. La figura 3 mide 4 cm de largo por 1,5 cm de ancho; la descrita con el número 4 tiene una longitud de 5 cm y una anchura de 1,5 cm. (Color D7 de la tabla 5).

4. Digitación (Fig. 13.5)

Trazo digital, el mayor del panel, de 7 cm de largo y 1,5 cm de ancho, realizado encima de una grieta natural de la roca. (Color D7 de la tabla 5).

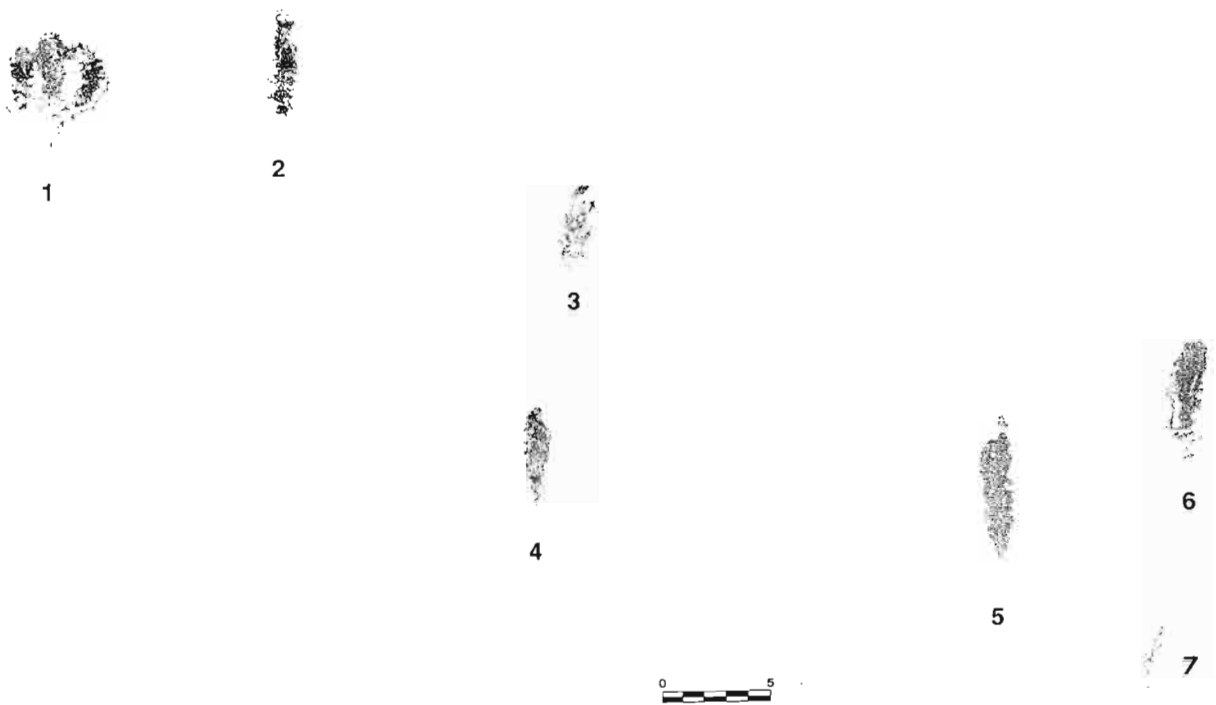


Fig. 13. Calco general del Sector 4.

5. Digitación (Fig. 13.6)

Pintado debajo de una rotura de la piedra y parcialmente desconchado en su extremo inferior izquierdo. Tiene 5,5 cm de largo y 1,5 cm de ancho. (Color D7 de la tabla 5).

6. Resto (Fig. 13.7)

Raya vertical muy difuminada, podría ser el resto de una digitación situada en la verticalidad de la anterior, a 7 cm debajo de ella. Tiene una longitud de 4,5 cm y una anchura casi inapreciable. (Color D7 de la tabla 5).



Fig. 14.

Sector 5 (Fig. 15)

Se compone, únicamente, de un trazo digital de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), longitud de 4 cm y anchura de 1,5 cm. Se encuentra aislado de las otras pinturas del abrigo, razón por la que se ha considerado como un panel independiente.



Fig. 15. Sector 5.

Sector 6 (Fig. 16)

Ubicado en un hueco de la roca, delimitado por coladas estalagmíticas. Su acceso es bastante dificultoso, debido a la altura en la que se encuentran situadas las pinturas, a 2,50 m por encima de la repisa en la que se halla el resto de los paneles.

1. Antropomorfo (?) (Fig. 16.1 y Fig. 17)

De factura muy tosca, se compone de un cuerpo ancho y corto, cruzado por una línea amplia que configura los brazos; encima de ésta se distingue la cabeza, más bien pequeña. A la derecha, la figura se prolonga en una gruesa línea, cuya conexión con el posible antropomorfo es problemática debido a la desaparición de la pintura y a los numerosos desconchados que presenta la figura.

Diversas manchas de color debajo del antropomorfo (?) permiten pensar en un tamaño originalmente mayor de esta figura, que en la actualidad tiene una altura total de 18 cm y una anchura de 12 cm y es de color rojo-castaño oscuro.

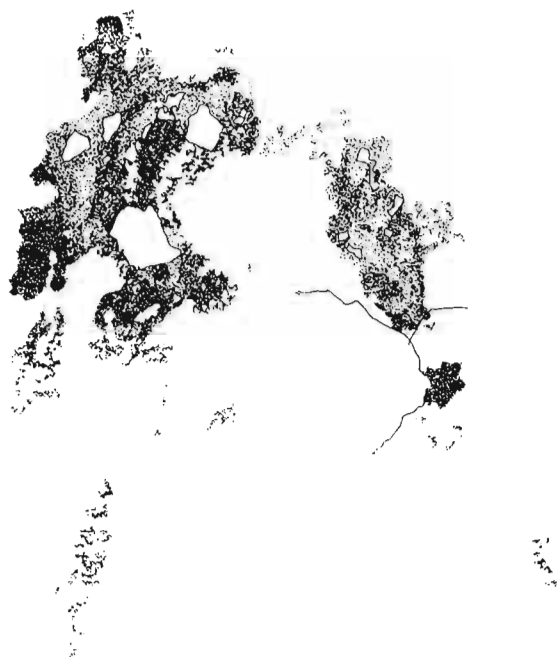


Fig. 17.



B



A



Fig. 18.

2. Digitación (Fig. 16.2 y Fig. 18.A)

Trazo digital de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), con una longitud de 6 cm y una anchura de 1,5 cm. Esta representación, muy marcada en su parte superior, se difumina en la inferior.

3. Digitación (Fig. 16.3 y Fig. 18.B)

De color idéntico a la anterior, se conserva muy nítida en todo su desarrollo. Largo de 4,5 cm y ancho de 1,5 cm. (Color D7 de la tabla 5).

4. Digitaciones (Fig. 16.4 y Fig. 19)

Grupo de cuatro digitaciones paralelas entre sí y muy cortas, inclinadas ligeramente de izquierda a derecha y de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), que tienen, aproximadamente, 3 cm de largo por 1,5 cm de ancho. Se encuentran inmediatamente a la derecha del antropomorfo de la Fig. 16 y 17.1.

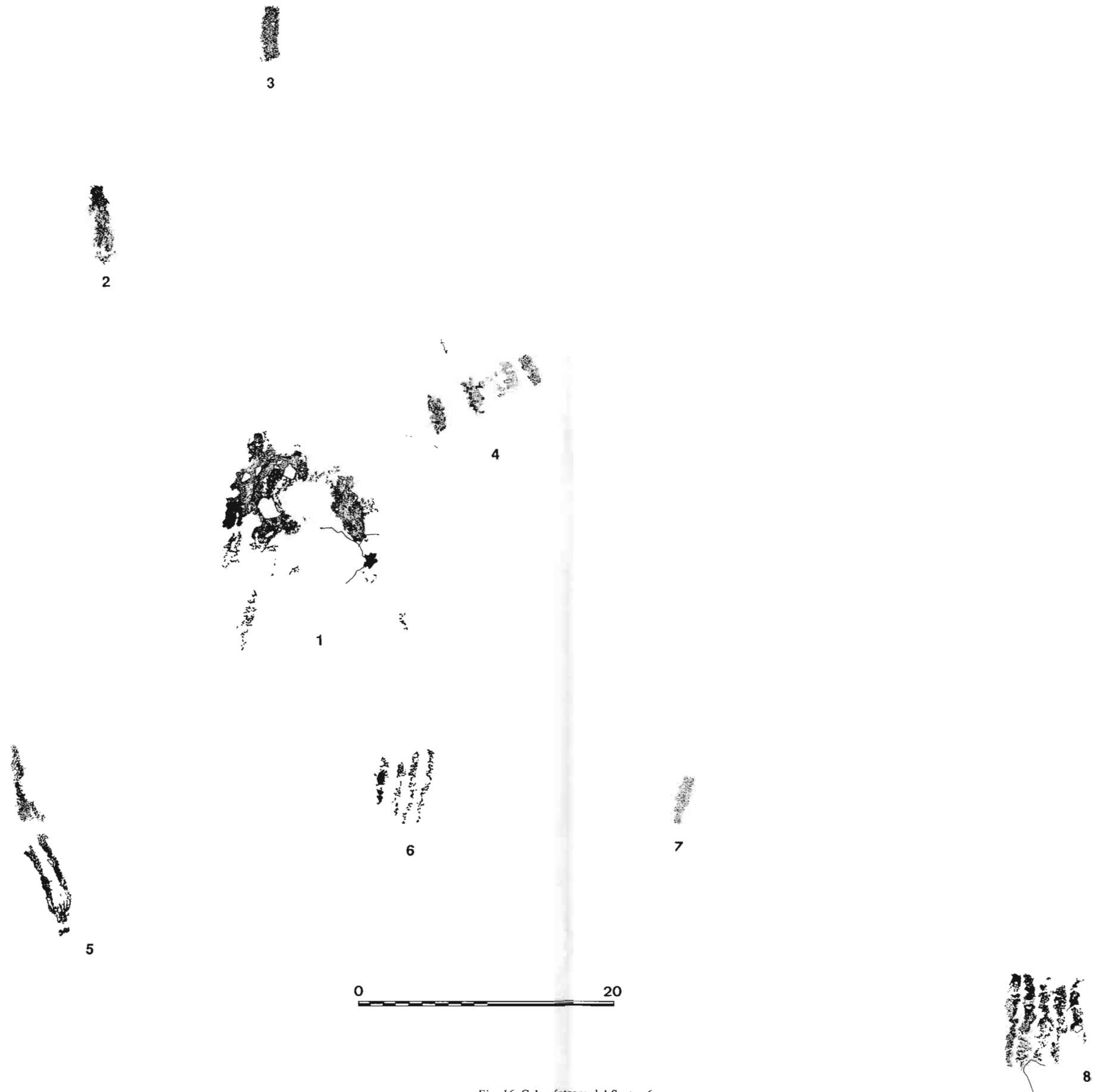


Fig. 16. Calco íntegro del Sector 6.



1



2



3



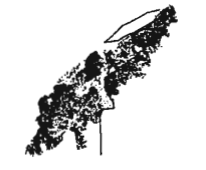
4



5



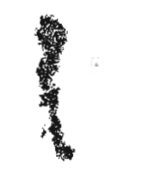
6



7



8



9



10



11



20

Fig. 25. Calco general del Sector 9.



Fig. 19.

5. Trazo (Fig. 16.5 y Fig. 20)

Línea vertical, que se divide en dos y se unifica nuevamente en la parte inferior. Ha desaparecido la pintura en la zona central y está muy difuminada toda la parte superior de la representación. Está realizada en un pliegue formado por unas coladas estalagmíticas, tiene un color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5) y sus medidas son de 16 cm de largo y 3 cm de ancho. No es posible dar ninguna interpretación de la figura dado el mal estado de conservación de la misma.



Fig. 20.



Fig. 21.

6. Digitaciones (Fig. 16.6 y Fig. 21.A)

Conjunto de cuatro trazos verticales, de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5). El más alargado, a la derecha, tiene 6 cm de largo; el más corto, a la izquierda, solamente 4 cm.

7. Digitación (Fig. 16.7 y Fig. 21.B)

Situada a 19 cm del grupo anterior, se halla una nueva digitación, muy difuminada, del mismo color que las precedentes y de 4 cm de largo y 1,5 cm de ancho.

8. Digitaciones (Fig. 16.8 y Fig. 22)

Situadas en el ángulo inferior derecho del panel, aparecen cinco digitaciones, muy unidas entre sí, de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5). La mayor de estas líneas paralelas mide 7 cm de largo, por los 5 cm de la más corta, siendo la anchura máxima solamente de 1 cm.

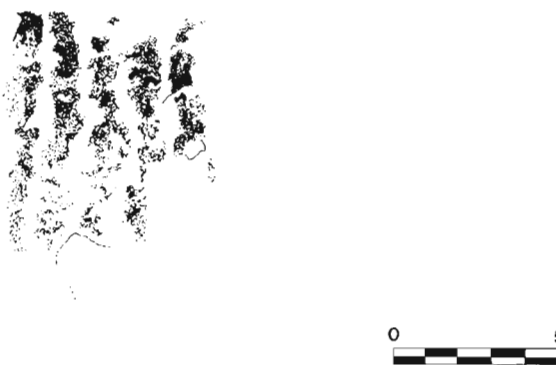


Fig. 22.

Sector 7 (Fig. 23)

Situado dentro de la misma oquedad rocosa que el anterior, este conjunto ha sido pintado a continuación del anterior hacia la derecha.

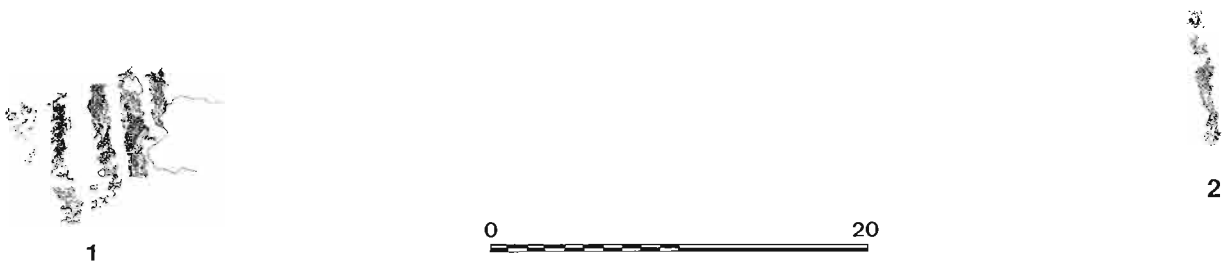


Fig. 23. Sector 7.

1. Digitaciones (Fig. 23.1)

Grupo de cinco líneas verticales, de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5), con varios desconchados, sobre todo en su parte derecha, y con una pérdida de pigmento bastante importante en la deda situada a la izquierda.

2. Trazo (Fig. 23.2)

Digitación de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), con una longitud de 7,5 cm y una anchura de 1,2 cm.

Sector 8 (Fig. 24)**1. Digitación (Fig. 24)**

Compone este sector una única digitación de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5), aislada

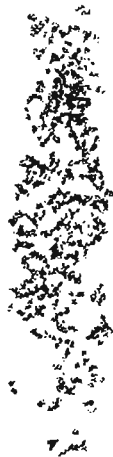


Fig. 24.

de cualquier otra representación, de 6 cm de largo y 1,5 cm de ancho.

Sector 9 (Fig. 25)

Esta larga serie de figuras cierra por la derecha la zona pintada de la Cueva Pacencia. Se encuentran situadas sobre un soporte rocoso bastante irregular, a una altura superior a los 2,50 m con respecto al suelo de la cornisa rocosa, la cual posibilita y permite el acceso a todo el conjunto pictórico de la cueva.

1. Trazos (Fig. 25.1 y Fig. 26.A)

Dos rayas, ligeramente oblicuas, inclinadas de izquierda a derecha, con una mancha de pintura a la izquierda y con algún resto de pintura también en la parte superior. Son de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5), con una longitud de 9 cm y una anchura de 1,5 cm.

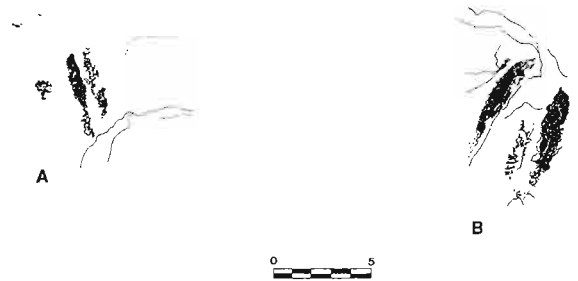


Fig. 26.

2. Trazos (Fig. 25.2 y Fig. 26.B)

Dos trazos gruesos, inclinados de derecha a izquierda, con un resto de pintura entre ambos; ejecutados sobre una zona muy fragmentada, los dos son de color rojo-castaño oscuro (F9 de la tabla 5). Su longitud es de 13 cm y su anchura de 2,5 cm.

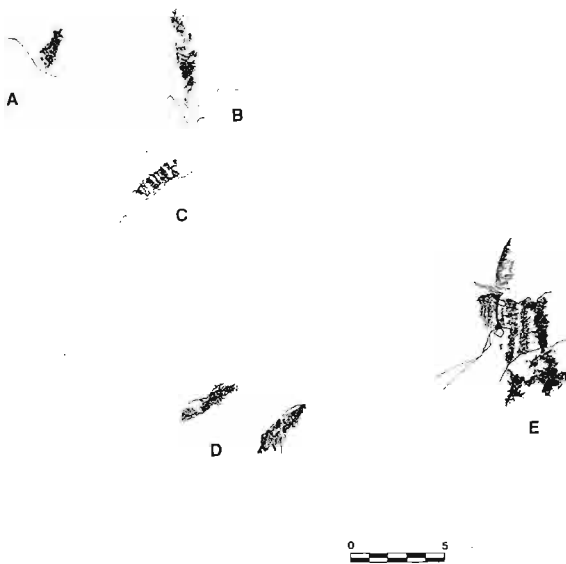


Fig. 27.

3. Mancha (Fig. 25.3 y Fig. 27.A)

De color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), tiene una longitud de 4 cm y una anchura de 2 cm.

4. Trazo (Fig. 25.4 y Fig. 27.B)

Pintado en la parte superior del sector y de igual color que el anterior (D7 de la tabla 5), su longitud es de 10 cm y su anchura de 2,5 cm.

5. Trazo (Fig. 25.5 y Fig. 27.C)

Trazo oblicuo, situado debajo de las figuras 3 y 4, de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5); mide 6 cm de longitud y 2 cm de ancho.

6. Trazos (Fig. 25.6.7 y Fig. 27.D)

Trazos digitales, casi horizontales, inclinados de derecha a izquierda, de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), con una longitud de 7 cm y 8 cm, respectivamente, y una anchura máxima de 2,5 cm.

7. Conjunto de trazos (Fig. 25.8 y Fig. 27.E)

Pintura mal conservada, color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), realizada sobre una roca fragmentada y recubierta en varios sitios por calcita. Se compone de tres trazos verticales de 11 cm de largo, unidos entre sí por la parte superior e inferior.

En la parte superior izquierda, se observa un largo trazo vertical, muy fino y arqueado, de 12 cm de largo, cruzado en su centro por una raya de 4 cm de largo.



Fig. 28.

8. Restos (Fig. 25.9.10 y Fig. 28.A)

Dos trazos, de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5). El primero, situado en la zona más elevada, tiene una longitud de 5,5 cm y una anchura máxima de 1 cm; el segundo, una longitud de 3 cm y una anchura máxima de 1,5 cm.

9. Restos (Fig. 25.11 y Fig. 28.B)

Debajo de un punto de pigmento de color rojo-castaño oscuro (D7 de la tabla 5), se distinguen a 9 cm por debajo dos trazos verticales del mismo color y de 6 cm. de largo; se juntan en su parte inferior y están pintados sobre dos coladas estalagmíticas paralelas entre sí. El mal estado de conservación de la pintura impide su interpretación.

ABRIGO DE MASCÚN I (Fig. 29)

MUNICIPIO: Bierge (Huesca).

LOCALIDAD: Rodellar.

ALTITUD: 758 m.

COORDENADAS: YM405856. Mapa de Alquézar (249, 1/50000) del Servicio Geográfico del Ejército.

Es un abrigo de pequeñas dimensiones que tiene una apertura de 8 m de ancho y una altura total de 4 m. Se accede a él desde el río por una pendiente de tierra que se vuelve rocosa y muy vertical en su parte superior. Este covacho se encuentra a 45 m por encima del nivel actual del cauce del río y a 100 m aguas arriba de la Cueva Pacencia.

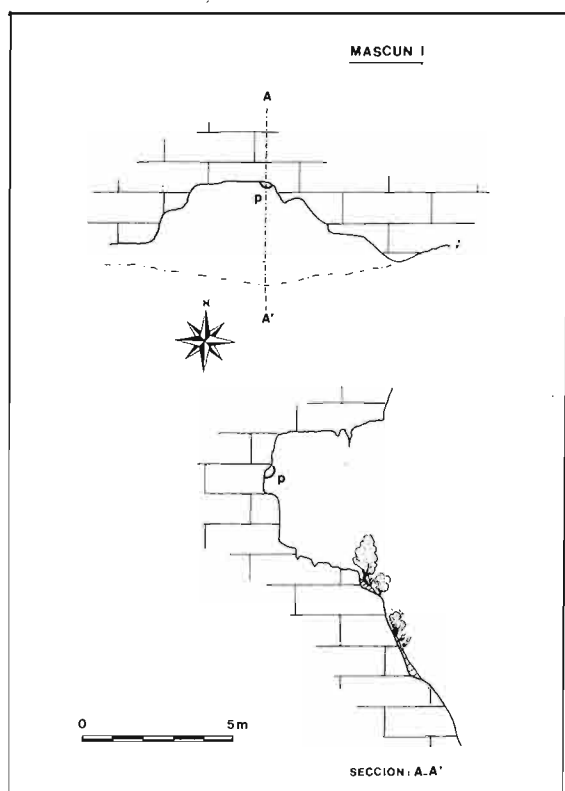


Fig. 29. Planta y alzado de Mascún I.

DESCRIPCIÓN DE LAS PINTURAS

1. Restos (Fig. 30)

Consta de una sola representación pintada, situada en una pequeña oquedad en el mismo centro del covacho, a más de 2 m por encima del suelo. La conservación de la manifestación pintada, de color rojo-castaño oscuro (D9 de la tabla 5), es muy mala, porque, aparte de estar realizada en una zona de la roca muy agrietada, algunas partes de ella están recubiertas de calcita depositada por el agua que se escurre a lo largo de la pared en las épocas de grandes lluvias.

Actualmente, se puede observar un largo trazo vertical de 19 cm, muy difuminado en su parte inferior. A la izquierda y aproximadamente en el centro, arranca un trazo horizontal que se curva hacia abajo hasta volverse paralelo al precedente. Por encima hay un enorme desconchado que deja ver en la parte superior más restos de pintura muy difusa. A la derecha de la figura, en su parte superior, se distingue un trazo vertical de color anaranjado-rojizo (B8 de la

tabla 2) de 7,5 cm de largo y 2,5 cm de ancho. A 30 cm a la derecha, aparece algún resto de pintura de color rojo-castaño oscuro (D9 de la tabla 5), pero sin ninguna posibilidad de identificación debido a lo irrelevante de los restos conservados.

ABRIGO DE MASCÚN II (Fig. 31)

MUNICIPIO: Bierge (Huesca).

LOCALIDAD: Rodellar.

ALTITUD: 755 m.

COORDENADAS: YM405856. Mapa de Alquézar (249, 1/50000) del Servicio Geográfico del Ejército.

Ubicado en la parte superior de una pequeña barra rocosa ascendente, perpendicular al río y a 25 m sobre el nivel actual del mismo. Se trata de un covacho de pequeñas dimensiones y de acceso bastante fácil.

DESCRIPCIÓN DE LAS PINTURAS

1. Trazos (Fig. 32)

Aproximadamente en el centro del abrigo, en el arranque del techo, se observan dos trazos que recorren, por ambos lados, una colada estalagmítica. Son de color rojo (C6 de la tabla 4); tienen una longitud de 29 cm y una anchura máxima de 2 cm.

ABRIGO DE MASCÚN III (Fig. 33)

MUNICIPIO: Bierge (Huesca).

LOCALIDAD: Rodellar.

ALTITUD: 760 m.

COORDENADAS: YM 407858. Mapa de Alquézar (249, 1/50000) del Servicio Geográfico del Ejército.

Este pequeño abrigo se encuentra en la base de un espolón rocoso que se prolonga en una plataforma con vegetación, colgado por encima de un acantilado de 35 m, el cual cae directamente sobre el río. Se localiza a 300 m al norte de la población de Rodellar.

En la pared de dicho acantilado se han abierto numerosas vías de escalada. Concretamente, varios pitones están clavados en las inmediaciones del covacho y algún «graffiti» reciente, muy cercano a la única representación pictórica que contiene, pone en peligro su conservación.



Fig. 30. Calco de Mascún I.

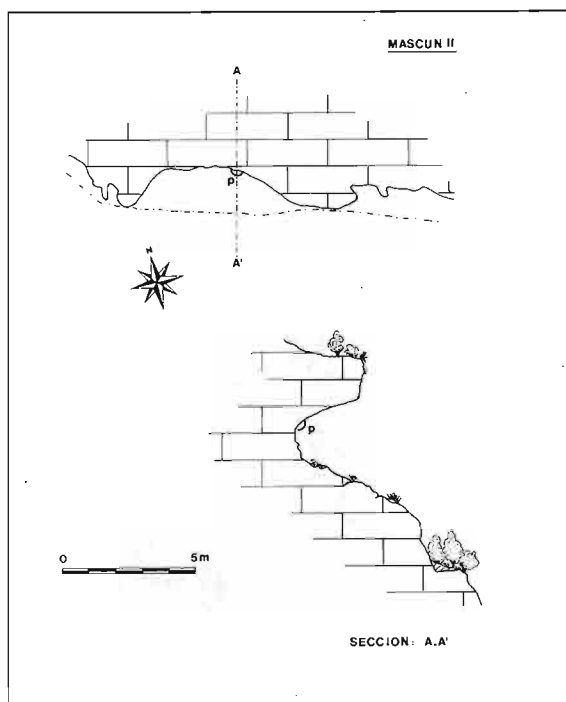


Fig. 31. Planta y alzado de Mascún II.

DESCRIPCIÓN DE LAS PINTURAS

1. Trazo (Fig. 34)

Una sola representación, de color rojo-castaño oscuro (E5 de la tabla 5), que se encuentra pintada en el techo del abrigo y cuyas dimensiones son una longitud de 19,5 cm y una anchura máxima de 2,7 cm.

ABRIGO DE MASCÚN IV (Fig. 35)

MUNICIPIO: Bierge (Huesca).

LOCALIDAD: Rodellar.

ALTITUD: 760 m.

COORDENADAS: YM407859. Mapa de Alquézar (249, 1/50000) del Servicio Geográfico del Ejército.

Detrás del espolón rocoso que alberga el abrigo de Mascún III, una serie de covachos configuran un pequeño circo. Mascún IV se encuentra al extremo norte de dicha formación rocosa y un poco aislado del resto de los demás abrigos.



Fig. 32. Mascún II.

DESCRIPCIÓN DE LAS PINTURAS

1. Cruciforme (Fig. 36)

Se trata de una única representación de color rojo-castaño oscuro (G7 de la tabla 3) de muy pequeño tamaño. Es una figura en forma de cruz de 2 por 2 cm. No se ha observado ningún resto más de pintura en los alrededores inmediatos.

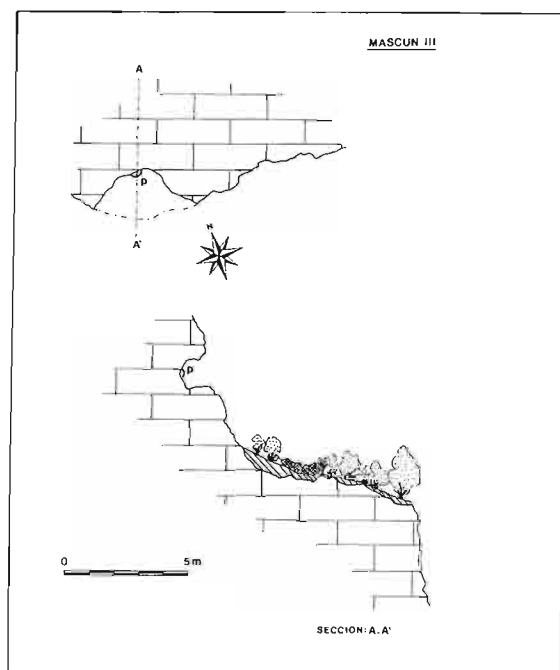


Fig. 33. Planta y alzado de Mascún III.



Fig. 34.

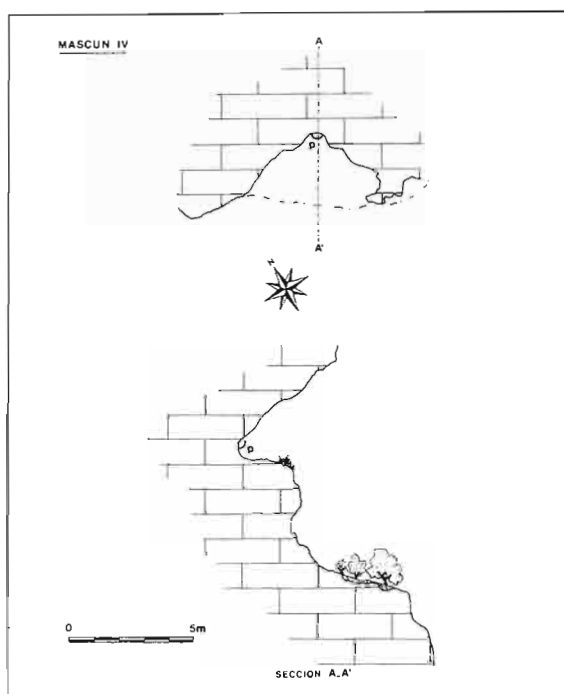


Fig. 35. Planta y alzado de Mascún IV.



Fig. 36.

ABRIGO DEL CAMINO (Fig. 37)

MUNICIPIO: Bierge (Huesca).
 LOCALIDAD: Rodellar.
 ALTITUD: 690 m.
 COORDENADAS: YM410863. Mapa de Alquézar (249, 1/50000) del Servicio Geográfico del Ejército.

Sobre el camino que sube de la fuente Mascún y que se une en la parte superior con la senda que va de Rodellar a la ermita de la Virgen del Castillo, la roca

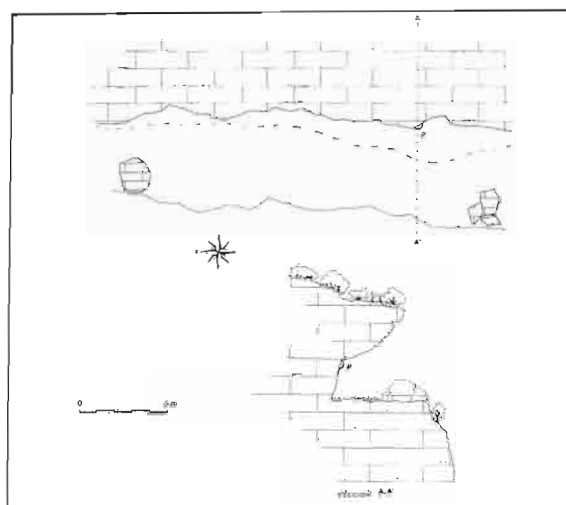


Fig. 37. Planta y alzado de Abrigo del Camino.

forma un abrigo alargado debajo del cual pasa la senda. En una oquedad, un poco más profunda, y entre dos bloques de piedras caídos sobre el camino se encuentra la representación pintada.

DESCRIPCIÓN DE LAS PINTURAS

1. Trazo (Fig. 38)

Se trata de una fina raya de color rojo-castaño (F7 de la tabla 3) pintada sobre un relieve estalagmítico de la roca y que se bifurca en su parte superior. Tiene una largura de 16 cm y, a pesar de los numerosos abrigos colindantes, es la única pintura que se ha encontrado en esta zona.

ABRIGO ARILLA (Fig. 39)

MUNICIPIO: Bierge (Huesca).
 LOCALIDAD: Las Almunias de Rodellar.
 ALTITUD: 900 m.
 COORDENADAS: YM496839. Mapa de Alquézar (249, 1/50000) del Servicio Geográfico del Ejército.

Es un covacho alargado y bastante bajo que se abre en la parte superior del Barranco Arilla. Está completamente oculto por la vegetación de boj y carrasca, muy abundante y densa en la región.

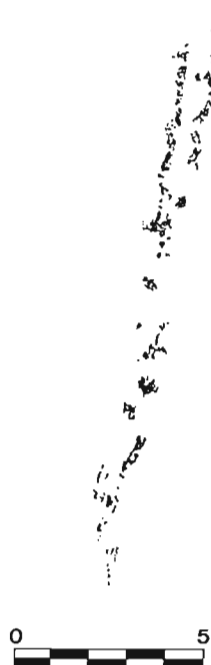


Fig. 38.



Fig. 40.

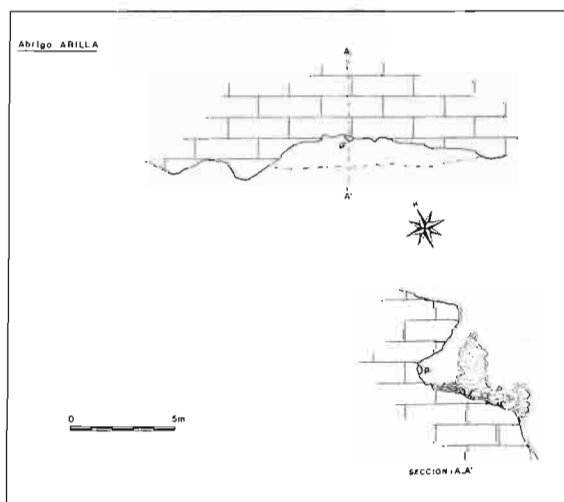


Fig. 39. Planta y alzado de Abrigo Arilla.

DESCRIPCIÓN DE LAS PINTURAS

1. Trazo (Fig. 40)

Se trata de una digitación de color rojo castaño (B9 de la tabla 6) de 6 cm. de largo y 2 cm. de ancho. A pesar de las muy cuidadosas prospecciones efectuadas en las inmediaciones, no se han encontrado más representaciones pintadas.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, P. «La pintura rupestre esquemática en España». Universidad de Salamanca, 1968.
- BALDELLOU, V. «El descubrimiento de los abrigos pintados de Villacantal, en Asque (Colungo, Huesca)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, VII. Diputación Provincial de Castellón de la Plana, 1982.
- BALDELLOU, V. «Los abrigos pintados del río Vero». *Revista de Arqueología*, 23. Madrid, noviembre de 1982.
- BALDELLOU, V. «El conjunto de pinturas rupestres post-paleolíticas de la cuenca del Vero». *Bajo Aragón Prehistoria*, VII-VIII. Grupo Cultural Caspolino. Caspe, 1986-1987.
- BALDELLOU, V. «Arte rupestre en la región pirenaica». *Arte rupestre en España*. Madrid, 1987.
- BALDELLOU, V. *Guía Arte Rupestre del río Vero*. Parques Culturales de Aragón. Zaragoza, 1991.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.ª J. «Los abrigos pintados esquemáticos de Quizáns, Cueva Palomera y Tozal de Mallata». *Bajo Aragón Prehistoria*, IV. Grupo Cultural Caspolino. Caspe, 1982.

- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Quizáns y Cueva Palomera». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas del Tozal de Mallata». *Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica. Salamanca, 1982. Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Dos nuevos covachos con pinturas naturalistas en el Vero (Huesca)». *Estudios en Homenaje al Profesor Antonio Beltrán Martínez*. Universidad de Zaragoza, 1986.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Las pinturas esquemáticas de Mallata B (Huesca)». *Boletín del Museo de Zaragoza*, 4 (1985). Zaragoza, 1988.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J. «Los covachos pintados de Lecina Superior, del Huerto Raso y de la Artica de Campo (Huesca)». *Bolskan*, 5 (1988). Huesca, 1989.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J.; AYUSO, P. «Las pinturas esquemáticas de la partida de Barfaluy (Lecina-Bárcabo. Huesca)». *Empúries*, 48-50 (1986-1989). Barcelona, 1993.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J.; AYUSO, P. «Las pinturas rupestres del Barranco de Arpán (Asque-Colungo. Huesca)». *Bolskan*, 10 (1993). Huesca, 1995.
- BALDELLOU, V.; PAINAUD, A.; CALVO, M.^a J.; AYUSO, P. «Las pinturas rupestres de la Cueva de Regacéns (Asque-Colungo. Huesca)». *Bolskan*, 10 (1993). Huesca, 1995.
- BELTRÁN, A. «Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de Lecina». *Homenaje a D. José Esteban Uranga*. Pamplona, 1971.
- BELTRÁN, A. «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)». *Cæsaraugusta*, 35-36. Zaragoza, 1971-1972.
- BELTRÁN, A. *Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)*. Zaragoza, 1972.
- GÓMEZ BARRERA, J. A. *La pintura rupestre esquemática en la Altimeseta Soriana*. Ayuntamiento de Soria. Soria, 1982.
- HAMEAU, Ph. «Les peintures postglaciaires en Provence». *Documents d'Archéologie Française*, 22. París, 1989.
- JORDÁ, F. «Introducción a los problemas del Arte Esquemático de la Península Ibérica». *Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.
- MINVIELLE, P. *Los cañones de la Sierra de Guara*. Enríquez de Salamanca. Madrid, 1976.
- RIPOLL, E. «Cronología y periodización del esquematismo prehistórico en la Península Ibérica». *Zephyrus*, XXXVI (1983). Salamanca, 1985.



Labitolosa

(Cerro del Calvario, La Puebla de Castro, Huesca)

Informe de la campaña de excavaciones de 1994

Á. Magallón - P. Sillières

(con la colaboración de J. M. Fabre, C. Guiral, M. Navarro, C. Rico,
C. Sáenz y los miembros del I.R.A.A. M. Fincker y J. M. Labarthe)¹

El yacimiento arqueológico de Cerro del Calvario, próximo a la localidad de La Puebla de Castro, provincia de Huesca, ha sido identificado desde hace mucho tiempo con la ciudad hispano-

romana de *Labitolosa*.² Desde 1991 esta ciudad ha sido objeto de importantes investigaciones arqueológicas enmarcadas en el programa de cooperación internacional denominado: «El eje Ebro-Garona, eje fluvial, proceso de romanización y dinámica de las relaciones transpirenaicas», acuerdo bilateral dedicado a la Arqueología e Historia Antigua, establecido entre el área de Arqueología del Departamento de Ciencias de la Antigüedad de la Universidad de Zaragoza y el Centro Pierre Paris de la Universidad Michel de Montaigne-Bordeaux III.³

¹ El equipo de las Universidades de Zaragoza y de Burdeos ha estado dirigido por María Ángeles Magallón, profesora titular de Arqueología de la Universidad de Zaragoza, y por Pierre Sillières, catedrático del CNRS, contando con la colaboración de Milagros Navarro, investigadora del CNRS (estudio epigráfico); Carlos Sáenz Preciado, colaborador del Departamento de Arqueología de la Universidad de Zaragoza (estudio de la cerámica); Carmen Guiral, profesora de Arqueología de la UNED (estudio de la pintura); Christian Rico, miembro de la Casa de Velázquez (estudio de las estratigrafías), y J.-M. Fabre, técnico del CNRS (estudio del mármol y de los restantes elementos de construcción). De los alzados y de los análisis arquitectónicos se ha encargado M. Fincker, arquitecto del instituto de «Recherche sur l'Architecture Antique» del CNRS, ayudada por J.-M. Labarthe, arquitecto técnico del mismo instituto.

El equipo estaba formado, además, por licenciados y estudiantes de las Universidades de Burdeos, Toulouse y Zaragoza: José Eugenio Arguedas, José Ángel Asensio, Sandrine Blanco, Stéphanie Brigasco, José Juan Domingo, Rafael Domingo, Rubén Diestre, Muriel Devaux, Jesús Emilio Escribano, Patricia Kalinovski, Eric Labastie, Mercedes Labuena, Laurent Lano, Fernando López, Christelle Mezzacasa, Alberto Miñón, Anne Laure Napoleone, Juan José Nieto, Esperanza Postigo, David Trelat, Simon Rousselle, Sonia Ruiz, Sophie Saint Amans, Laurent Soulard, Virginie Sinquin, Marie José Tomas, Jean Christophe Tölg, M.^a del Carmen Tormes, Enrique Vallespín, Emmanuel Vayssières y Sylvie Zimmermann. Los dibujos de los materiales arqueológicos han sido realizados por I. Soriano.

² Gracias a la dedicación a Marco Clodio Flacco. *CIL*, II, 3008=5837: *M(arco) Clodio, / M(arci) filio, Gal(eria) Flacco' / Iiuiro bis, fla/mi[n]i, t[ri]buno / militum leg(ionis) IIII / Flauiaē, uiro praes/[ta]ntissim[o] et ciui / lop[ti]mo, ob plurima / erga rem p[ub]licam suam / merita ciues Libi/tolosani et incolae.*

³ Programa bajo la responsabilidad de los profesores M. Martín-Bueno, catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Zaragoza, y J.-M. Roddaz, catedrático de Historia Antigua y director del Centro Pierre Paris de Burdeos. La excavación ha contado con la ayuda económica y material del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores, del Centro Pierre Paris (CNRS/Université de Bordeaux III), de la Universidad de Zaragoza y del proyecto DGICYT PB 93-588 para el estudio de los materiales.

Estos trabajos arqueológicos no se hubieran podido realizar sin el amable permiso de los propietarios de los terrenos en los que se asientan las ruinas. A los Srs. M. Ciutat, A. Durán, F. Salamero, M. Bardají, D. Trell, S.A.T. 1254 y al Ayuntamiento de La Puebla de Castro, nuestro agradecimiento, y muy especialmente a los Srs. Ramón Guillén, Pablo Menal y Gloria Menal, en cuyos terrenos se encuentran el foro y las termas respectivamente.

Por el momento, hemos llevado a cabo cuatro campañas arqueológicas sobre los vestigios de *Labitolosa*. Hasta el inicio de las presentes excavaciones, de ella sólo se conocían elementos aislados hallados en el transcurso de breves prospecciones de superficie o de un modo casual en las labores agrícolas realizadas en la zona.⁴ Nuestros trabajos arqueológicos han permitido el conocimiento, más o menos completo, de numerosas construcciones, en particular de las termas y de una interesante edificación en el foro (Fig. 1).

Tras realizar en 1991⁵ una serie de estratigrafías que pusieron de manifiesto la corta ocupación del yacimiento (concretamente desde el siglo I a. C. hasta el final del siglo II d. C.), centramos las campañas de 1992 y 1993 en los espacios públicos de la ciudad.⁶ Las investigaciones continuaron en el Campo de la Iglesia, zona en la que se ubicaba el foro de la ciudad antigua. Gracias a las mismas, se descubrió una nueva dedicatoria a *Marcus Clodius Flaccus*,⁷ el prohombre de *Labitolosa*, y un gran muro, con dirección este-oeste, realizado en *opus quadratum*, cuya función era sostener una terraza antigua; además, se excavó, aunque parcialmente, parte de un suelo de *opus signinum* perteneciente con seguridad a un edificio del foro.⁸ Pero los trabajos más importantes se llevaron a cabo en el edificio termal, situado al suroeste del foro. Éste fue construido probablemente hacia mediados del siglo I d. C. La excavación descubrió y delimitó los suelos, los *hypocausta* y sus cuatro salas principales.⁹

La última campaña ha perseguido exactamente los mismos objetivos que las anteriores: se ha continuado la excavación de las termas y del edificio del

foro. Las investigaciones de 1994¹⁰ han permitido por una parte progresar en el conocimiento de las termas, por lo que podemos presentar en la actualidad un plano completo de las mismas, y, por otra, descubrir un extraordinario edificio en el *forum*. Este último ha sido interpretado como el templo del Genio municipal, aunque serviría probablemente también de curia, y guarda en su interior una excepcional serie epigráfica.

I. LAS TERMAS (Fig. 2)

Tras la conclusión de la campaña de 1992, ya podíamos establecer parcialmente la planta del edificio termal,¹¹ al reconocer claramente cuatro salas: el *frigidarium* (S.1), el *tepidarium* (S.2) y la *cella soliaris* (S.3) con su *labrum* (S.4) separado; se halló, además, un muro perteneciente a una construcción anterior a las termas (UE 03025) en el límite de la terraza inferior. En 1993, fue excavada parte de cada uno de los citados espacios, quedando la sala 4 enteramente exhumada. Tales trabajos permitieron comenzar el estudio arquitectónico de cada una de las estancias termales,¹² en particular de su planta, su modo de construcción y su sistema de calefacción. Los trabajos se extendieron, además, al sur del monumento para encontrar las edificaciones anteriores y, sobre todo, para precisar su fecha de construcción.

A pesar de las cuatro campañas realizadas en las termas, sus límites norte y este no habían sido totalmente delimitados y el *præfurnium* todavía estaba sin localizar. Las excavaciones de 1994 han resuelto la mayoría de estas cuestiones, ya que se han desarrollado sobre todo en el extremo este del edificio, es decir, sobre el *frigidarium* y su ángulo noreste, y sobre la parte norte de la *cella soliaris*. Se ha terminado además el sondeo estratigráfico abierto en 1993 al sur de la sala 4.

⁴ La descripción más detallada puede encontrarse en los informes de las campañas anteriores publicados en la revista *Cæsaraugusta*. Cf. M. Á. MAGALLÓN, J. A. MÍNGUEZ, M. NAVARRO, Ch. RICO, D. ROUX, P. SILLIÈRES, «*Labitolosa* (La Puebla de Castro, Huesca). Informe de la campaña de excavación de 1991», *Cæsaraugusta*, 68, 1991, pp. 241-305 (en adelante citado como: *Labitolosa* 1991).

⁵ Para un conocimiento más detallado remitimos a *Labitolosa* 1991.

⁶ M. Á. MAGALLÓN, J. A. MÍNGUEZ, D. ROUX, P. SILLIÈRES (con la colaboración de M. NAVARRO), «*Labitolosa* (Cerro del Calvario, La Puebla de Castro). Informe de 1992», *Cæsaraugusta*, 71, 1995, pp. 91-145 (en adelante, *Labitolosa* 1992); M. Á. MAGALLÓN, J. A. MÍNGUEZ, M. NAVARRO, J.-M. FABRE, Ch. RICO, P. SILLIÈRES, «*Labitolosa* (La Puebla de Castro). Informe de la campaña de excavación arqueológica de 1993», *Cæsaraugusta*, 71, 1995, pp. 147-227 (en adelante, *Labitolosa* 1993).

⁷ *Labitolosa* 1992, p. 117 y ss.

⁸ *Labitolosa* 1993, p. 168 y ss.

⁹ *Labitolosa* 1993, p. 170 y ss.

¹⁰ Cfr. un resumen en: M. Á. MAGALLÓN BOTAYA y P. SILLIÈRES, «*Labitolosa* (La Puebla de Castro. Huesca)», *Homenaje a don Antonio Durán Gudiol*, Huesca, 1995, pp. 553-566.

¹¹ *Labitolosa* 1992, p. 129.

¹² Los levantamientos arquitectónicos y el análisis de las estructuras están siendo realizados por M. Fincker y J.-M. Labarthe, del Instituto de «Recherche sur l'Architecture Antique» del CNRS.

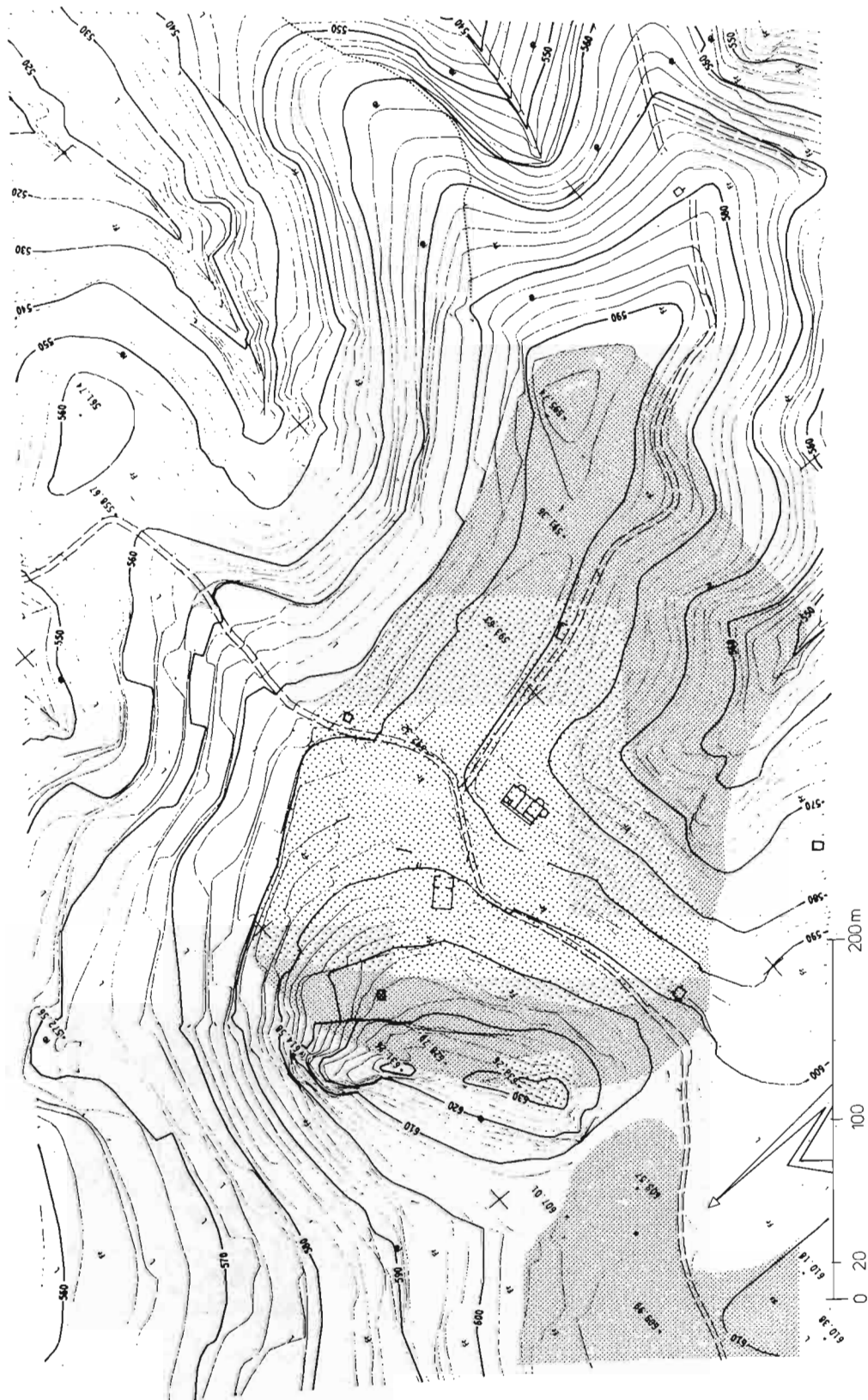


Fig. 1. El yacimiento de *Labitola* con los principales vestigios exhumados hasta el momento. 1: el templo del Genio municipal situado en el foro; 2: las termas; N: la necrópolis.

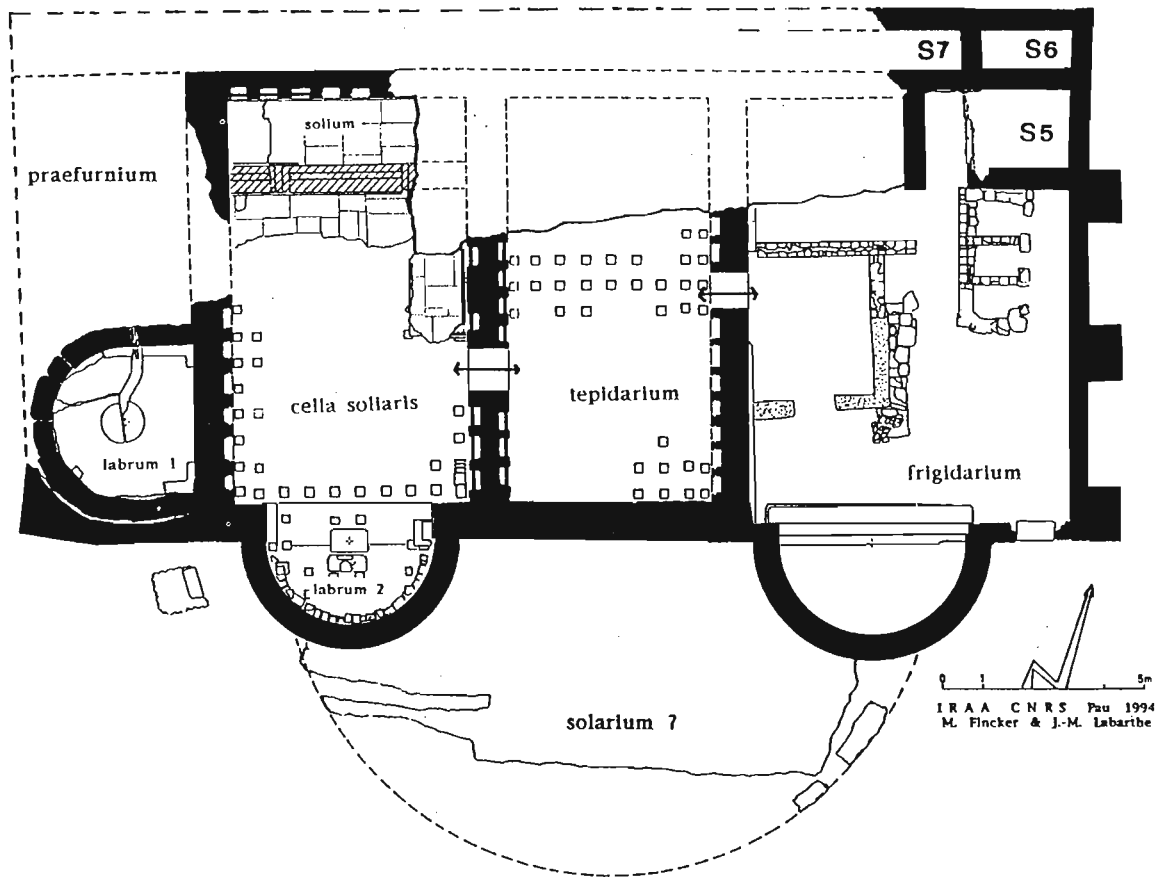


Fig. 2. Plano de las termas: estado del monumento al finalizar la cuarta campaña.

1.1. El *frigidarium* (Láms. 1, 2 y 3)

1.1.1. Los muros este y sur

Los trabajos realizados en los años anteriores habían permitido conocer prácticamente todo el *fri-*

gidarium, del que únicamente quedaba por excavar la piscina y una parte de su área central. En la presente campaña la gran sala fría ha visto la luz en su totalidad (Lám. 1). Presenta una planta rectangular de 10 m por 7,80 m, prolongada hacia el sur por la



Lám. 1. Las termas vistas desde el este. En primer plano, el muro oriental con sus contrafuertes; a continuación, el *frigidarium* con la piscina y sus muretes internos.



Lám. 2. Las termas vistas desde el nordeste. La excavación de las estancias pequeñas en el ángulo nordeste del edificio no ha sido concluida.



Lám. 3. El *frigidarium* visto desde el oeste. Obsérvese el aparejo del muro este: dos primeras hiladas de grandes bloques y, encima de éstas, el *opus vittatum*; la puerta, en el centro de la pared, fue clausurada utilizando para ello mampuestos probablemente tallados en un suelo de la *suspensura*. Obsérvese también los muretes interiores, cuya base es de ladrillo y cuyo alzado está realizado con adobes.

bañera fría. El muro este ha sido exhumado en toda su longitud. Se trata de la pared que cerraba las termas por la parte oriental. Tal descubrimiento permite conocer las dimensiones totales del edificio: 13 m de largo y 26 m de ancho, es decir, una superficie total de 360 m², incluyendo los dos ábsides que se desarrollan en su fachada meridional. El citado muro oriental coincide longitudinalmente con una de las calles que recorre la construcción termal. Debido a que no es excesivamente grueso (mide 0,50 m de anchura), se encuentra reforzado por tres macizos salientes (de 1,30 por 0,70 m) que le sirven de contrafuertes (Lám. 2). La parte inferior, hasta una altura de 1 m desde las fundaciones, está realizada en *opus quadratum* constituido por grandes bloques de arenisca y el resto de la elevación en *opus caementicium*, recubierto por un paramento poco regular de sillares mediocrementemente tallados (Lám. 3). Hay que mencionar, además, la existencia de una gran puerta que se abría con 1,50 de anchura en la fachada oriental; se trata de la primitiva entrada principal del edificio termal. En un momento posterior, fue totalmente clausurada con gruesos fragmentos de *opus signinum*, tallados en forma de sillarejos y procedentes de la *suspensura* del *hypocaustum*.

La excavación completa del ángulo sureste del *frigidarium* ha permitido constatar además que la pequeña puerta descubierta en el muro sur y conocida desde 1992 también parece ser el resultado de una transformación, ya que fue abierta en los bloques de arenisca y su umbral estaba realizado de forma burda. Por lo tanto, es lógico suponer que esta nueva abertura reemplazaba a la que debió de cerrarse en el lado este.

I.1.2. El baño frío

Hemos extraído los escombros que colmataban la piscina absidal. Su forma es semicircular y mide 4,40 m de diámetro y 1,05 m de profundidad. Las paredes están revestidas de mortero hidráulico y el suelo se encuentra recubierto por un *opus spicatum* de ladrillos. Para conseguir que la unión de muros y suelos fuera estanca, se colocó sobre ella un cuarto de bocel en mortero hidráulico. Mencionaremos por último el muro norte, que separa la pequeña piscina del resto del *frigidarium* (UE 03127). Está igualmente revestido de mortero hidráulico, que se encuentra a 0,80 m por encima del suelo de la sala. La entrada a la piscina salvando tal desnivel se realizaría por una escalera de madera de tres o cuatro peldaños, ya que no quedan restos de escalones de obra. En su interior, por el contrario, hay dos gradas en mampostería para facilitar el descenso en la misma.

Los materiales que colmataban la piscina provenían de su bóveda gallonada, que se desprendió sin fragmentarse totalmente. Su intradós aún conserva una placa de su revestimiento y pintura. Aunque muy fragmentada, dicha bóveda ha podido ser restituida parcialmente, lo que ha permitido saber que tenía la forma de una gran concha marina.

La bóveda de la piscina del *frigidarium* se encontraba desplomada en el interior de la estancia; su recuperación nos ha permitido comprobar que estaba revestida de estuco, modelado en forma de gran concha marina en el centro, hecho ya constatado en otros edificios termales, entre los que destacamos los ábsides del *tepidarium* de las termas suburbanas de Herculano,¹³ así como la *schola labris* de las termas del foro de la misma ciudad.¹⁴ Este tipo decorativo tiene además una misión funcional, como es la de permitir, a través de las acanaladuras, la eliminación del agua condensada, lo mismo que sucedía en las grandes superficies abovedadas decoradas con acanaladuras que recubren ciertas estancias termales.

El enlucido que recubría la bóveda, realizada con piedra porosa, estuvo compuesto por diferentes capas de mortero que en algunos casos se adaptan a las necesidades estructurales impuestas por la decoración. La piedra se recubre con una capa irregular de arcilla y carbón que actúa como impermeabilizante, ante las humedades que puedan derivar de la piedra con la que está construida la bóveda. Sobre ésta se disponen dos capas idénticas de cal y arena que

¹³ A. y M. DE VOS, «Pompei. Ercolano e Stabia», *Guide archeologiche Laterza*, Bari, 1982, p. 281.

¹⁴ H. HEINZ, *Römische Thermen*. Munich, 1983, fig. 72.

soportan otras dos de igual composición, pero con un mayor porcentaje de cal a tenor del color blanco que presentan; la capa superior desaparece en las zonas rehundidas correspondientes a las acanaladuras de la concha, que debió de realizarse sobre el enlucido húmedo mediante amplias espátulas que permitiesen el modelado de la vena. Una vez finalizada la decoración, se aplicó una espesa capa de pintura blanca que en algunos casos es doble, lo que indica la presencia de un repinte.

Un elemento que debe destacarse es que el enlucido apoya directamente sobre la piedra porosa que forma la bóveda de cascarón, sin que exista ningún sistema de sujeción, lo cual no debe extrañar ya que la piedra no necesita del refuerzo de los cañizos, que son el sistema característico de la construcción de bóvedas. Las irregularidades de los intersticios entre piedras son suficientes para permitir la adhesión del mortero.

Entre los materiales que se recuperaron en el nivel de abandono y colmatación hay que destacar la aparición de un cuello de botella de vidrio de la forma Isings 50 ó 51;¹⁵ es lo más reseñable de un material poco significativo.

I.1.3. Las modificaciones interiores

Ya en la campaña de 1993 aparecieron en la parte posterior de la sala dos muretes (UE 03051 y 03071) formados por una sola hilera de ladrillos. Tales elementos de construcción son similares a los de las *pilæ* del *hypocaustum* y aparecieron colocados sobre el suelo del *frigidarium* (Láms. 1 y 2). Este año ha sido descubierto otro muro (UE 03120) formalmente idéntico en la otra mitad del *frigidarium*, aunque más alto que los precedentemente hallados, ya que conservaban aún restos de su alzado en adobes sobre la hilera de ladrillos. En su parte central, vacía, se ubicaba la puerta que permitía acceder al espacio cerrado por las citadas paredes. Todas estas paredes medían 0,30 m de anchura y reposaban directamente sobre el suelo de *opus spicatum* del *frigidarium*, subdividiendo la gran sala en numerosos espacios, de los que se reconocen claramente tres (e1, e2 y e3) y un pasillo (p).

En el ángulo noreste del *frigidarium* se localizaron otros tres muretes de dirección este-oeste, que ya pudieron intuirse en la campaña de 1993 (UE 030550, 03056, 03057). Son mucho más cortos que los anteriormente descritos (1,80 m) y están cons-

truidos enteramente en ladrillos unidos con arcilla. De su alzado se conservan 0,50 m (Lám. 3). Este año se ha exhumado además un cuarto murete (UE 03124) que transcurre paralelo a los otros tres y que presenta el mismo aspecto. El conjunto de estos cuatro muretes delimita tres pequeños espacios semejantes de 0,70 y 0,85 m de anchura y 1,20 de largura, cerrados en su lateral oeste por otro muro de ladrillo (UE 03123) y abiertos en su lado este. La situación de estas estructuras permite suponer la existencia de un pasillo de 1 m de anchura entre estos tres muros y la pared este del *frigidarium*. Dado que una espesa capa de cenizas se extendía en todo este ángulo de la sala llenando los tres pequeños espacios entre los muros e incluso el pasillo, podemos pensar que probablemente en esta esquina del *frigidarium* se pudo ubicar un hogar.

La explicación, tanto de esta estructura como del nivel de cenizas, pudiera ser la siguiente: los cuatro muretes soportaban un horno y una mesa de trabajo de cocina, como es bien conocido a través de algunos ejemplos pompeyanos.¹⁶ Por otra parte, los utensilios de cocina encontrados en 1993 delante del muro norte-sur de cierre de los tres reductos (UE 03075), en particular algunas de ollas del tipo Aguarod XIV, un trípode de plomo, un molino de mano y dos jarras engobadas, una aparecida en la campaña de 1993¹⁷ y otra en la presente, así lo hacen pensar, y más si tenemos en cuenta la presencia de restos de adobe con claros indicios de haber soportado directamente fuego, que posiblemente formaron un pequeño hogar.

Por último, se localizó una estructura de difícil identificación, adosada al muro 03071. Mide 3 m de longitud y 0,60 m de anchura y está formada por ladrillos y bloques de arenisca reutilizados (UE 03121). Su extremo sur, que está fuertemente quemado, pudiera haber sido usado para sostener un horno (UE 03125).

I.2. El ángulo noreste del edificio termal

(Láms. 2 y 4)

El *frigidarium* aparece prolongado al noreste por tres estancias. La primera (S.5), inscrita en el espacio del *frigidarium*, es la más grande (3,50 m por 2 m) y conserva parte del arranque de una bóve-

¹⁵ C. ISINGS, «Roman Glass from dated finds», *Archaeologia Traiectina*, IX, Groningen-Djakarta, 1957, pp. 63 y ss.

¹⁶ Especialmente en la Maison VIII, 2, 30 y en la Casa de Diomedes.

¹⁷ *Labitolosa 1993*, p. 218, fig. 15 y 17.



Lám. 4. Puerta clausurada con su arco, entre las salas 5 y 6.

da. La segunda (S.6), que comunica con la precedente por una puerta conservada en su totalidad, es muy estrecha y corresponde, posiblemente, a un pasillo que recorre el muro norte del edificio termal, como se conocen en otras termas;¹⁸ no obstante, sólo ha sido excavada su parte superior en una pequeña longitud. Terminaremos hablando de la sala que se encuentra en el ángulo del edificio termal (S.7), que, por sus dimensiones (1 m por 2 m), se asemeja más a un cuartucho que a cualquier otro tipo de estancia.

La finalidad de estos habitáculos aún es desconocida, ya que su excavación apenas ha comenzado. No obstante, se pueden observar en ellos algunas transformaciones tardías, ya que, al igual que en el *frigidarium*, la puerta, que comunica las salas 5 y 6, ha sido tapiada toscamente (UE 03132). Finalmente hay que mencionar que un muro, de factura igualmente burda, divide la sala 5 (UE 03133).

¹⁸ Tal es el caso de las termas de Belo (Bolonía): F. MAYET, *Excavaciones de la casa de Velázquez en Belo (Bolonía. Cádiz) Campaña de 1970* (EAE, 79), Madrid, 1974, pp. 95-107 y fig. 33; o las de los Bañales de Uncastillo (Zaragoza): A. BELTRÁN, «Las obras hidráulicas de Los Bañales», *Segovia y la Arqueología romana*, Barcelona, 1977, pp. 91 y ss.



Lám. 5. El baño caliente o *solium*. Estaba revestido con placas de mármol y conserva parte del alzado del muro de clausura y de su banqueta.

I.3. La *cella soliaris* (Lám. 5)

La mitad norte de la sala caliente no había podido ser excavada hasta el momento, de ahí que no supiéramos de la presencia de la piscina destinada a los baños calientes. Esta bañera, llamada generalmente *alveus* o también *solium* en razón de la banqueta interior que permite sentarse y sumergirse en el agua casi totalmente, ha sido descubierta parcialmente este año. Se encuentra adosada al muro de la sala, es decir, exactamente en el lugar que se le había supuesto tras el inicial reconocimiento del *hypocaustum*,¹⁹ el cual se conserva en buen estado bajo esta mitad de la sala. Ya desde el momento de su descubrimiento se pudo observar que la *suspensura* de su extremo norte no está sostenida por simples *pilae*, sino por pequeños arcos latericios, cuya función es, evidentemente, la de soportar el peso de la pila.

Se trata de una piscina rectangular, de 5,50 m de longitud y 1,5 m de anchura, que ocupa toda la anchura de la sala frente a su muro norte. Se conserva parcialmente el murete que la cerraba (UE 03113), al igual que la banqueta adosada al mismo, en el interior de la bañera. Debió de encontrarse enteramente decorado con mármol, como todas las paredes de la piscina. Sus paramentos estaban recubiertos por placas de mármol blanco amarillento, del que todavía restan algunos fragmentos in situ. Aunque la excavación de esta sala todavía no ha finalizado, hemos podido reconocer el emplazamiento de la *testudo alvei*, es decir, de la caldera. Se trata del recipiente metálico, de fondo plano y parte superior redondeada que se instala sobre el fuego del fogón y entra en

¹⁹ El reconocimiento del hypocausto se realizó en 1993 (cfr. *Labitolosa 1993*, p. 183 y ss. y fig. 5, p. 182).

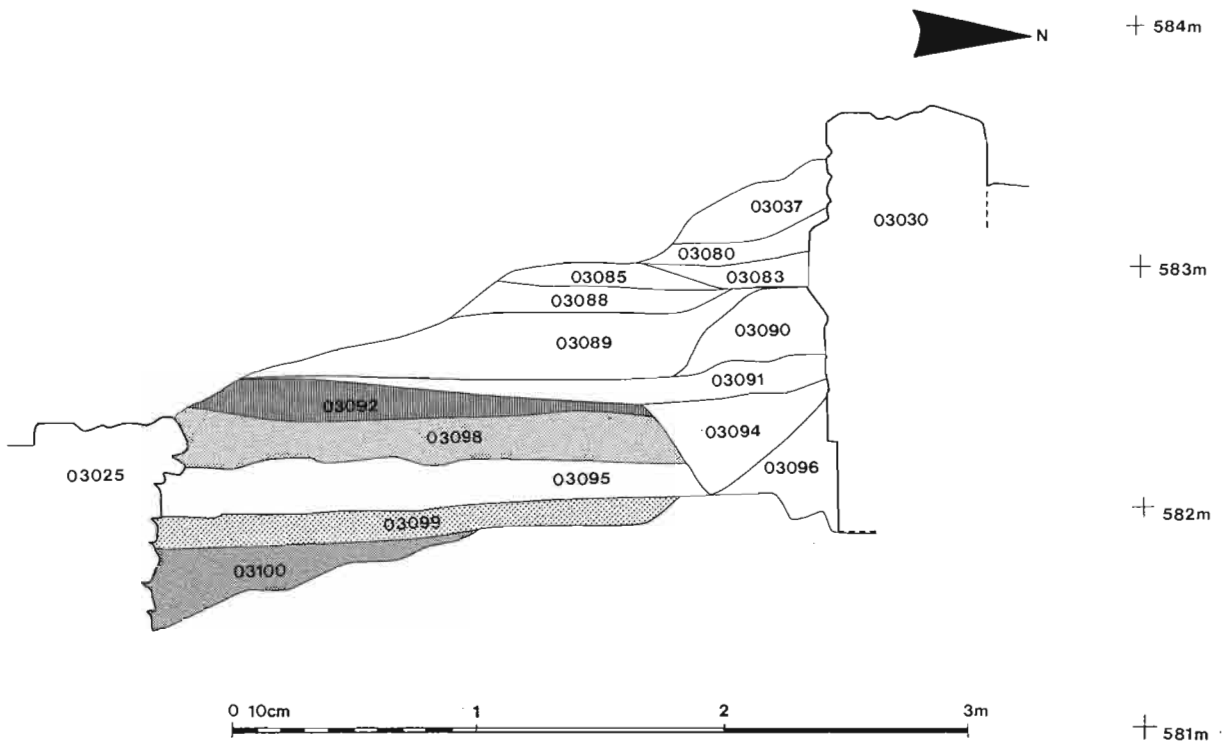


Fig. 3. Estratigrafía de la pared oeste del sondeo S3, realizado al sur del *labrum* 1 (sala 4).

parte en la bañera por una abertura sita en el muro de separación entre el *præfurnium* y la piscina.²⁰ Éste es exactamente el sistema utilizado en las termas de *Labitolosa*, ya que el muro oeste del baño está horadado por un arco. La conclusión de la excavación permitirá tal vez conocer más datos sobre el horno y su funcionamiento.

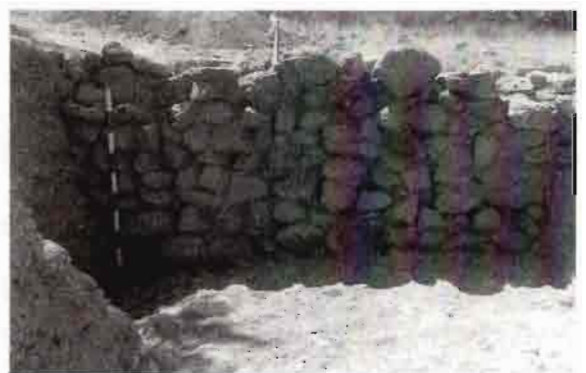
I.4. El *præfurnium*

El examen de la parte conservada del *hypocaustum* permite suponer, además, que el horno de las termas ocupaba el ángulo noroeste del edificio. La excavación iniciada este año en dicho lugar lo ha confirmado, puesto que se ha llegado a un nivel de cenizas, lo que nos ha permitido situar el emplazamiento del *præfurnium* con seguridad. Sin embargo, la falta de tiempo ha imposibilitado su exhumación, la cual se llevará a cabo en próximas campañas.

²⁰ Este sistema de calefacción se conoce perfectamente y está atestiguado en numerosas termas, especialmente en Pompeya y Timgad. Sobre tal aspecto remitimos a: E. BRÖNDER, «Untersuchungen an den heizundanlangen der römischen Thermen in Nordafrika», *Germania*, 36, 1958, pl. 2, y J.-M. DEGBOMONT, *Hypocaustes*, Lieja, 1984, pp. 78-81, pl. 1, n.º 5.

I.5. El sondeo estratigráfico al sur de la sala 4 (sondeo S.3) (Fig. 3 y Láms. 6 y 7)

El sondeo iniciado en 1993 junto al muro sur de la sala 4 ha sido finalizado en la presente campaña. La estratigrafía obtenida ha puesto de manifiesto la presencia de un hábitat augusteo bajo el edificio termal, el cual fue arrasado hacia la mitad del siglo I d. C. La estratigrafía ha mostrado también que el ábside de la *cella soliaris* era un añadido posterior.



Lám. 6. Muro del edificio augusteo anterior a las termas; pared sur del sondeo S3 al sur del *labrum* 1 (sala 4).



Lám. 7. Contacto entre el muro del *labrum* 1 (a la izquierda) y el del ábside de la *cella soliaris* (a la derecha). Es evidente que el que se apoya contra el otro es el más moderno.

El sondeo S.3 fue ampliado hasta ocupar todo el espacio comprendido entre el muro sur de la sala 4 de las termas (UE 03030), el muro del ábside de la *cella soliaris* (UE 03007) y el muro de piedras trabadas con tierra del hábitat antiguo (03025). Además, han sido excavados algunos niveles pertenecientes a la casa que precedió al edificio termal (UE 03092, 03098, 03095, 03099 y 03100), de los cuales tres (UE 03092, 03098 y 03095) han sido cortados por la trinchera de fundación del muro sur de la sala 4 (UE 03093). La mayoría corresponde a los niveles de ocupación de la casa (UE 03092, 03095, 03098 y 03099) y se apoya sobre un relleno inferior de nivelación (UE 03100) dispuesto sobre la roca natural para igualar su superficie, en fuerte pendiente hacia el sur. Este relleno fue colocado inmediatamente después de la construcción de la pared de la edificación antigua. Tal muro fue parcialmente arrasado al construir las termas, pero de él todavía se conservan siete hiladas realizadas con bloques calcáreos mal escuadrados y unidos con tierra (Lám. 6).

Dicha excavación ha sacado a la luz, además, las dos paredes de la fachada suroeste de las termas, exactamente la de la sala 4 y la del ábside de la *cella soliaris*. Tal exhumación permitió constatar que sus cimentaciones difieren totalmente y que no estaban unidas. La del muro de la sala 4 (UE 03030) está formada por tres hiladas de bloques de arenisca de gran aparejo dispuestos en seco. La primera se asienta directamente sobre la arenisca del substrato geológico, es decir, en el fondo de una trinchera excavada en la capa geológica del conglomerado de cantos rodados que recubre frecuentemente el zócalo de arenisca. Por el contrario, la fundación del muro del ábside (UE 03007) está ejecutada en *opus caementicium* dentro de la trinchera rellena; es un conglomerado de piedras calcáreas sin tallar, trabadas con un mortero de cal muy duro, las más gruesas de las cuales forman la solera de fundación que reposa sobre el zócalo de arenisca.

También se ha constatado que el muro del ábside se apoya contra el de la sala 4, sin que exista ningún elemento de unión entre las dos paredes. Esta observación, que es perfectamente segura puesto que el primer muro está realizado en *opus caementicium* y el segundo en *opus quadratum*, permite pensar que el ábside constituye una modificación del plan inicial de las termas y que fue añadido a la *cella soliaris* con posterioridad (Lám. 7). Confirma, además, la hipótesis ya propuesta en 1993 para explicar el cierre precoz de la sala 4, donde parecía ubicarse el primer *labrum* de las termas. Durante dos o tres decenios la bañera de las abluciones se encontraba en este ábside, que prolongaba la sala cálida hacia su lado oeste.²¹ Más tarde, cuando su puerta fue clausurada por no servir a su función inicial, se construyó el segundo ábside sobre el lado sur de la sala caliente para instalar el *labrum*.

I.6. Estratigrafía y cronología del sector 03

La secuencia estratigráfica del sector 03 apenas se ha ampliado en 1994, ya que la mayor parte de la campaña se ha centrado en los niveles alcanzados en los años precedentes. Únicamente han aparecido estructuras arquitectónicas nuevas y algunos niveles en las zonas nordeste y noroeste del edificio. Sin embargo, la extensión de los trabajos en el *frigidarium* y, sobre todo, la finalización del sondeo S.3 han aportado elementos suplementarios de datación

²¹ *Labitolosa* 1993, pp. 185-187.

que confirman y precisan la cronología ya propuesta para el edificio termal.²² El sondeo denominado S.1, realizado en la parte exterior del ábside formado por la piscina del *frigidarium*, apenas aportó datos para la identificación de las estructuras del hábitat augusteo que precedió al edificio termal, pero las dos secuencias halladas (UE 03101 y UE 03102) han proporcionado un interesante material cerámico consistente en importaciones de *sigillata* itálica, en el que destaca un fondo con la estampilla Cn.AT,²³ cerámica gris ibérica, paredes finas de las formas Mayet XVIII y XXXIX y cerámica engobada, principalmente jarritas de dos asas, una de ellas con un aplique de cabeza humana de pequeño tamaño,²⁴ así como dos monedas, un as partido acuñado por Augusto en Cæsaraugusta (L94.03101.1)²⁵ y un as de Claudio (L.94.03102.1).²⁶ La ausencia de *sigillata* hispánica denota, como pudimos comprobar en el sondeo S.3, que el arrasamiento y allanamiento del lugar para preparar el terreno para la edificación del edificio termal tuvieron que realizarse en torno a los años 40-60 d. C.

²² *Ibid.*, p. 190 y ss.

²³ *Cn(aeus) Ateius* = A. OXE, H. CONFORT, *Corpus vasorum aetriorum*, Bonn, 1968, n.º 145.

²⁴ J. A. MÍNGUEZ MORALES, «Cerámica engobada romana con decoración de medallones en relieve en Aragón: La forma 81.6587.4», B.S.A.A. (1995, en prensa).

²⁵ Moneda: Inventario LAB 94 03101-1 As partido (equivalente a un semis) hispano-latino de Augusto acuñado en Cæsaraugusta entre el 8-6 a. C. *VIVES*: CXLVIII-7. Peso: 4,08 g; Ø: 27,5 mm; eje: 12 h.

A) (I)MP AVGVSTVS (XIV). Cabeza laureada a izquierda. Delante simpulo y lituo.

R) (CAESAR AVGVSTA). Exergo: II VIR M.PORCI (CN FAD). Yunta a derecha.

El fenómeno de las monedas partidas corre paralelo al de las contramarcas, las cuales nos hablan de la clara necesidad de adaptar la antigua moneda al nuevo sistema monetario implantado por Augusto. Sobre este tema remitimos a los trabajos de L. VILLARONGA, *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona, 1978, y E. RIPOL, J. M. NUIX, L. VILLARONGA «Las monedas partidas procedentes de las excavaciones de Emporion», *Numisma*, 120-131, 1973-1974.

²⁶ Moneda: Inventario LAB 94 0302.1. As de Claudio acuñado en Roma entre el 41 y el 50 d. C.

Ref. *RIC I*: Claudio 100 = *BMC*: Claudio 149. Peso: 8,52 g; Ø: 26 mm; eje: 2 h.

A) Mal conservado (TI CLAVDIVS CAESAR AVG PM), busto a izquierda.

R) S_I_C Minerva a derecha con casco, lanza y escudo.

Las nuevas unidades estratigráficas

Sondeo S.3:

UE 03098. Tierra y gravillas con huesos de animales: ocupación de la casa anterior a las termas.

UE 03099. Tierra arcillosa-arenosa con carbonos y huesos de animales: primer nivel de ocupación de la casa anterior a las termas.

UE 03100. Arena y piedras: nivel de allanamiento del suelo natural para la preparación del suelo de la instalación de la casa.

Ángulo noreste de las termas:

UE 03110. Muro exterior norte de las termas.

UE 03111. Muro paralelo al 03110.

Frigidarium:

UE 03112. Murete norte de cierre del baño frío.

UE 03121. Construcción mal identificada adosada al muro UE 03071.

UE 03122. Muro de ladrillos y adobes de dirección este-oeste.

UE 03123. Muro de ladrillos y adobes de dirección norte-sur, adosado a los cuatro muros de dirección este-oeste.

UE 03124. Cuarto muro del ángulo noreste del *frigidarium*: soporte del horno.

UE 03125. Extremo sur de la estructura UE 03121: puede tratarse de un soporte para el hogar.

Sala 05 (ángulo noreste de las termas):

UE 03130. Capa de cenizas: reocupación de las termas.

UE 03131. Fina capa de tierra que recubre el suelo de *opus spicatum* de la sala 5.

Cella soliaris.

UE 03113: Muro de cierre de la bañera caliente con su banqueta.

1.7. La primera ocupación de la zona de las termas: la casa augustea y tiberiana

La excavación de los niveles de ocupación de la casa anterior a la edificación de las termas ha proporcionado un considerable número de elementos de datación para dichas estructuras.

Recuento y distribución estratigráfica²⁷

	C	TSI	PF	CP	G.Ib	Eng.	CCo	CCr	Á	Total
03092	1	11	5	11	0	78	149	15	3	273
03098	1	18	10	12	0	99	222	17	3	382
03095	1	23	4	7	0	198	425	24	18	700
03099	1	23	7	11	1	199	306	25	0	573
03100	0	2	0	3	0	8	68	40	0	121
Total	4	66	26	44	1	582	1170	121	24	2038
	0,2%	3,2%	1,3%	2,2%	0,05%	28,5%	57,4%	5,9%	1,2%	

²⁷ Desarrollo de las abreviaturas referentes a las diversas familias cerámicas empleadas en los cuadros: C: cerámica Campaniense, TSI: *terra sigillata* itálica, TSG: *terra sigillata* gálica, TSH: *terra sigillata* hispánica, CP: cerámica pintada ibérica, G.Ib: cerámica gris ibérica, CPTIb.: cerámica pintada de tradición ibérica, PF: cerámica de paredes finas, L: lucernas, Eng.: engobada, EIRP: cerámica de engobe interno «rojo pompeyano», CN: cerámica norteafricana de cocina, M.: morteros, CC ox.: cerámica común oxidante, CC red.: cerámica común reductora, Á: ánforas, M: monedas, Vid.: vidrios, V: materiales varios.

El material fechable con seguridad está representado esencialmente por los numerosos fragmentos de cerámica *sigillata* itálica correspondientes a las formas *Conspetus* 4.3/5-6, 14.1-2, 19.2, 20.4, 22.1-3, 31, 34 y 36, de los cuales dos fondos llevan las estampillas *ATEP*²⁸ y *COMMUNI [C SEN]TI*,²⁹ así como por la presencia de cerámica pintada ibérica y un cuenco de cerámica gris ibérica. La presencia de numerosos vasos producidos hacia el 10 a. C. en el primer nivel de ocupación de la casa (UE 03099) invita a situar la construcción de la misma en el último cuarto del siglo I antes de la Era. Ello se ve avalado por la presencia de paredes finas de la forma *Mayet XXI*.³⁰

La vivienda pudo estar habitada aproximadamente medio siglo. En efecto, la ausencia de *sigillata* galo-romana en sus niveles de ocupación permite pensar que ya estaba destruida hacia el año 40 d. C., cuando tales vajillas comenzaban a penetrar en *Hispania*. Consecuentemente, la edificación de las termas, que conllevó el arrasamiento de estas estructuras anteriores, debe ser fijada entre el 40 y 60 d. C., probablemente en el reinado de Claudio. El mobiliario arqueológico recogido en los estratos del primer hábitat confirma por tanto la cronología ya establecida para el edificio termal.

I.8. La reocupación del *frigidarium* y de la sala 5

Las múltiples modificaciones constatadas en la gran sala fría (S.1) y en la sala 5 (S.5) son un indicio de la posible reutilización parcial del conjunto termal cuando éste ya no funcionaba. Los materiales utilizados en dichas modificaciones pudieran proceder del mismo edificio, como sucede con los fragmentos de *opus signinum* del suelo de *suspensura*, empleados para el cierre de la puerta del muro este, o como con los ladrillos de los muretes, idénticos a los de las *pilae* de los *hypocausta*. Tales reutilizaciones implican que en el momento de la división del *frigidarium* en varias habitaciones las salas calientes ya estaban parcialmente destruidas y libres para la recuperación y reutilización de sus materiales. Con los datos que ha aportado la excavación hasta el momento no podemos afirmar con seguridad la causa de dicho abandono.

²⁸ *Cn(aeus) Ateius* = A. OXE, H. CONFORT, *op. cit.*, n.º 144.

²⁹ *Communis(C(aius) Sentius*, A. OXE, H. CONFORT, *op. cit.*, n.º 1736.

³⁰ F. MAYET, *Les céramiques à parois fines dans la Péninsule Ibérique*, Paris, 1975, p. 56.

Los exiguos niveles que recubren el suelo de *opus spicatum* de la gran sala (S.1) y de la sala 5, sobre todo las bolsadas de cenizas (UE 03065, UE 03129 y 03130) y de tierra fina (UE 03061 y 03131), probablemente se formaron durante esta reocupación, que por la cronología del material recuperado, especialmente el cerámico, tuvo que ser casi inmediata. Estos niveles han proporcionado algunos interesantes elementos de datación, en particular una moneda de Marco Aurelio³¹ y algunos fragmentos de cerámica *sigillata* hispánica, especialmente formas *Drag. 24/25, 27, 35, 36 y 37*.

Los niveles excavados en la presente campaña no son más que la continuación de los iniciados en la campaña anterior³² con los que coinciden plenamente. No incidiremos en el material aportado por la UE 03016 aparecido entre el derrumbe de los muros del *frigidarium*, aunque hay que mencionar la abundancia de *sigillata* hispánica, principalmente formas *Ritt. 8, Hisp. 7, Drag. 15/17, 18, 27, 35, 36 y 37*, cerámicas engobadas que imitan formas de *sigillata*, principalmente las formas *Ritt. 8 y Drag. 44* y entre el repertorio decorado la *Drag. 37*, y cerámica de cocina norteafricana, cazuelas de la forma *Lamboglia 10A y B* (Hayes 23A y B) y tapaderas *Ostia I, 262*, con cronologías que se sitúan entre los siglos I-III.³³

Los materiales aparecidos en el *frigidarium*, especialmente los aportados por las UE 03043, 03061, 03063 y 03129, hay que ponerlos en relación con las ollas y tapaderas de cerámica común reductora, molinos de mano y un trípode de plomo aparecidos en la campaña de 1993,³⁴ ya que principalmente son producciones de cerámica común reductora, tanto ollas como tapaderas, jarras engobadas y vasijas de almacenaje y ánforas, así como unos pocos fragmentos de *sigillata* hispánica, entre los que hay que destacar una *Drag. 37* proveniente de los alfares de Abella-Solsona, cuyas producciones son excepcionales fuera de su entorno más inmediato.³⁵

³¹ Moneda: inventario LAB 94 03129.1. As de Marco Aurelio para Faustina II, acuñado en Roma entre el 161 y el 175-176. Ref. *RIC III*, Marco Aurelio 709 = BMC, Marco Aurelio 991. A) FAVSTINA AVGVSTA, busto a derecha. R) SAECVLI FELICIT(as) S_I_C, pulvínar con Commodus y Antonino, dos estrellas. Ø: 25 mm; eje 12 h.

³² *Labitolosa 1993*, pp. 190-196.

³³ M.ª C. AGUAROD OTAL, *Cerámica romana importada de cocina en la Tarraconense*, Zaragoza, 1991.

³⁴ *Labitolosa 1993*, pp. 223 y ss. y lám V, n.º1.

³⁵ J. SERRA VILARÓ, «Estación Ibérica, termas romanas y taller de *terra sigillata* en Solsona», *MJ.S.E.A.*, 63, Madrid, 1924; J. SERRA VILARÓ, «Cerámica en Abella. Primer taller de *terra sigillata* descubierto en España», *MJ.S.E.A.*, 73, Madrid, 1925.

También se halló una serie de pequeños bronce, entre los que destacan un cascabel y una posible cuenta de collar.³⁶

La sala 5 (S.5), inscrita en el espacio del *frigidarium*, presenta unas bolsadas de cenizas (UE 03130 y 03131) que hay que poner en relación con la reocupación de toda la estancia. Aunque el material aparecido fue escaso, sí es significativo que vuelva a tratarse de cerámica común de cocina, principalmente fragmentos de cerámica reductora, ollas y tapaderas.

En resumen, nos encontramos con un material bastante homogéneo que ofrece un horizonte cronológico que no puede llevarse más allá de finales del siglo II, fecha que se ve corroborada por la aparición de la moneda anteriormente mencionada. En ningún momento encontramos materiales que puedan situarse en época más avanzada.

Recuento y distribución estratigráfica³⁷

	TSG	TSH	PF	CPCPT	Tb.Eng.	CCo	CCr	A	Vid.	M.	V	Total	
03043	1	44	0	0	0	19	13	12	1	4	0	8	102
03061	0	1	0	1	0	8	9	9	0	1	0	0	29
03063	0	6	2	0	5	44	123	13	0	1	0	22	216
03065	0	0	0	0	0	14	21	8	0	1	2	10	56
03129	0	0	0	0	0	5	11	3	0	3	1	8	31
03130	0	27	0	0	11	74	0	16	0	7	0	0	135
03131	0	1	0	0	0	1	1	0	0	0	0	0	3
Total	1	79	2	1	16	165	178	61	1	17	3	48	572
	0,2%	13,8%	0,4%	0,2%	2,8%	28,8%	31,1%	10,7%	0,2%	2,9%	0,5%	8,4%	

II. LAS CONSTRUCCIONES DEL FORO

Durante la campaña del año 1993 se había exhumado en el denominado «Campo de La Iglesia» la zona central de un importante edificio, exactamente un sector de una gran sala con un suelo de *opus signinum*. Este año se ha excavado la construcción en su totalidad, la cual ha proporcionando una excepcional serie epigráfica. Además, hemos podido constatar que tal obra se realizó tras el arrasamiento de unas edificaciones anteriores, tal como comprobamos que había sucedido en las termas.

³⁶ Estos materiales están siendo estudiados por la Dra. Romana Erice Lacabe.

³⁷ Para el desarrollo de las abreviaturas referentes a las diversas familias cerámicas empleadas en los cuadros remitimos a la nota 27.

II.1. El edificio del Genio del municipio

(Fig. 4 y Láms. 8, 9 y 10)

El edificio, cuyas dimensiones son importantes, presenta un desigual estado de conservación: bueno en su mitad norte y bastante deteriorado en la sur. Tales diferencias han sido producidas por la posterior utilización agrícola del lugar, en el que se realizaron dos terrazas. La superior cubrió de tierra la parte norte de la construcción, lo cual protegió los restos arqueológicos y permitió que el muro septentrional conservase casi tres metros de su alzado. La altura de las paredes laterales disminuye al mismo tiempo que la pendiente avanza. Sobre el sector meridional del edificio en cambio se construyó la terraza inferior, que supuso el menoscabo de las estructuras allí existentes hasta su cimentación, de la que únicamente se

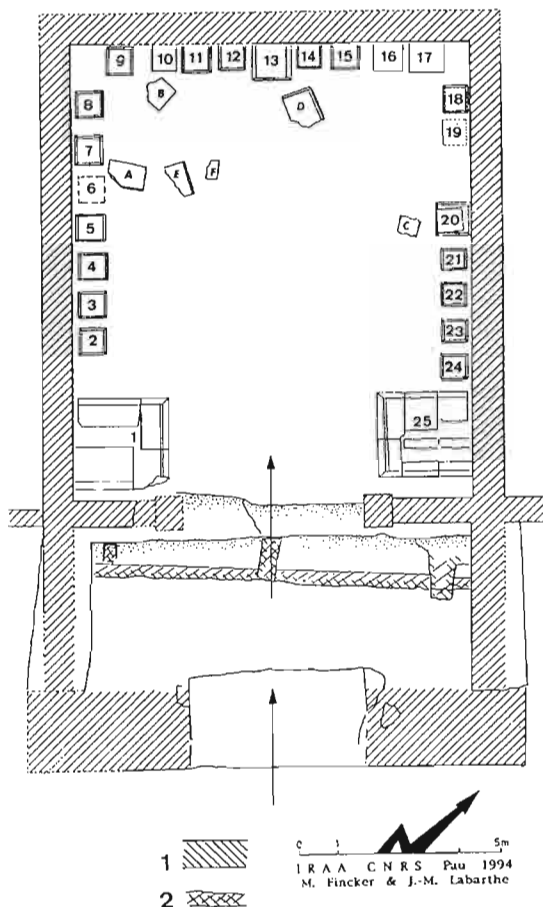


Fig. 4. Plano del templo del Genio municipal y de las estructuras augusteas descubiertas bajo el vestíbulo. 1: muros del templo; 2: muros augusteos. Los números del 1 al 25 indican los zócalos de las inscripciones; las letras A, B, C, D, E y F, los dados inscritos los coronamientos.



Lám. 8. El templo del Genio municipal visto desde el norte. En primer plano, el vestíbulo con los muros augusteos; más allá de la gran sala con los zócalos de las inscripciones, los dados aún in situ, y, delante del situado en el centro, su coronamiento.



Lám. 9. El vestíbulo visto desde el oeste. A la derecha, el potente muro de la fachada y el macizo que, al parecer, soportaba la escalera de acceso. A la izquierda, los muros de piedra trabados con tierra pertenecientes probablemente a las construcciones del primer foro.



Lám. 10. El vestíbulo y la mitad oeste de la gran sala.

ha podido examinar la correspondiente a los muros del vestíbulo, en la que hemos constatado su potencia arquitectónica. Se trata de una obra en *opus caementicium* hecha con piedras medianas en un mortero de calidad mediocre, vertido directamente en la trinchera abierta. Sus dimensiones son de 1,80 m de anchura en los muros laterales y 2,40 m en el muro de la fachada.

A pesar de todo, del edificio puede reconocerse su forma, sus dimensiones y sus componentes: planta rectangular de 18,30 m de longitud en sentido norte-sur y 11 de anchura; está compuesto por dos estancias. La primera era un vestíbulo de 4 m de profundidad por 9,60 m de anchura que daba acceso a una gran *aula* de 11 m de longitud por 9,60 m de anchura. Todos los muros están contruidos en *opus caementicium*, pero sus paramentos son de muy diversos tipos. La mayoría de las paredes están realizadas con sillarejos de caliza de entre 10 y 20 cm, no muy bien tallados y dispuestos irregularmente. De esta descripción hay que separar la fachada principal del edificio, que se realizó con grandes sillares de arenisca de 30 cm de grosor. La construcción está sostenida por fuertes cimentaciones.

Si bien el vestíbulo apareció arrasado hasta el nivel de su fundación, la entrada del edificio se reconoce gracias a un potente macizo de piedras que debía sostener una escalera de dos o tres peldaños. Ésta tiene una anchura de 4,40 m, que corresponde sin duda a la abertura de la gran puerta de la entrada. Tal hipótesis está avalada por los vestigios que se conservan en la puerta que comunicaba el vestíbulo y la gran sala, que tenía la misma anchura, es decir, 4,40 m, y se encontraba exactamente frente al macizo de la fachada. Se ha identificado la huella de una de sus jambas, la correspondiente al lado derecho, mientras que la existencia de la otra puede confirmarse gracias a una marca muy clara en el bloque de la base. La anchura del umbral está indicada también por las huellas dejadas por los grandes bloques que lo constituían y que se han conservado en el mortero. Parece probable que las dos puertas, la de entrada al edificio y la del acceso a la gran sala, tenían la misma anchura y se encontraban una a continuación de la otra.

La sala principal todavía guarda su pavimento de *opus signinum*, ejecutado de acuerdo con las normas tradicionales. El revestimiento superficial está formado por una delgada capa de mortero de tejas, de 2 a 3 cm de espesor, que se extiende sobre otra de unos 10 cm de grosor, realizada con un hormigón de arena, cal y cantos rodados. El nivel de mortero está

muy desgastado. En numerosas partes del edificio únicamente se han podido documentar los cantos del soporte. Esto nos puede indicar la mediocridad del revestimiento o bien el importante uso al que fue sometido el edificio o, posiblemente, ambas cosas a la vez. De lo que fue el vestíbulo no queda sino la base de los muros. El resto, incluido el suelo, fue destruido por los agricultores para instalar la terraza inferior. No obstante, la altura del pavimento está indicada sin duda por la solera de la fundación de sus muros, sobre la que debía colocarse.

En el interior de la gran sala, el revestimiento de pintura que cubría los muros subsiste sobre una parte de la base de sus paredes.

II.2. Las pinturas murales halladas en la curia

II.2.1. Características del hallazgo

Toda la estancia conserva el zócalo in situ, protegido con toda seguridad por los pedestales de las

inscripciones, si bien la superficie pictórica está completamente deteriorada y solamente en algunas zonas se conservan restos de la decoración.

También durante la excavación se hallaron diferentes fragmentos de pinturas en zonas diversas de la curia. Su número es muy escaso, son de tamaño muy pequeño, están muy deteriorados y en ningún caso suponen una caída con la que se pueda realizar una restitución de la decoración. La estancia debió de permanecer durante largo tiempo abandonada y a la intemperie, de forma que las pinturas sufrieron una fuerte erosión, cayendo la zona media de las paredes; todos estos fragmentos ya caídos también debieron de estar sometidos a las inclemencias del tiempo y su consecuente destrucción, ya que los restos recuperados son realmente residuales.

II.2.2. Descripción

Las pinturas in situ se encuentran cubiertas por una espesa capa de tierra que impide observar la decoración. Solamente se ha limpiado la mitad del

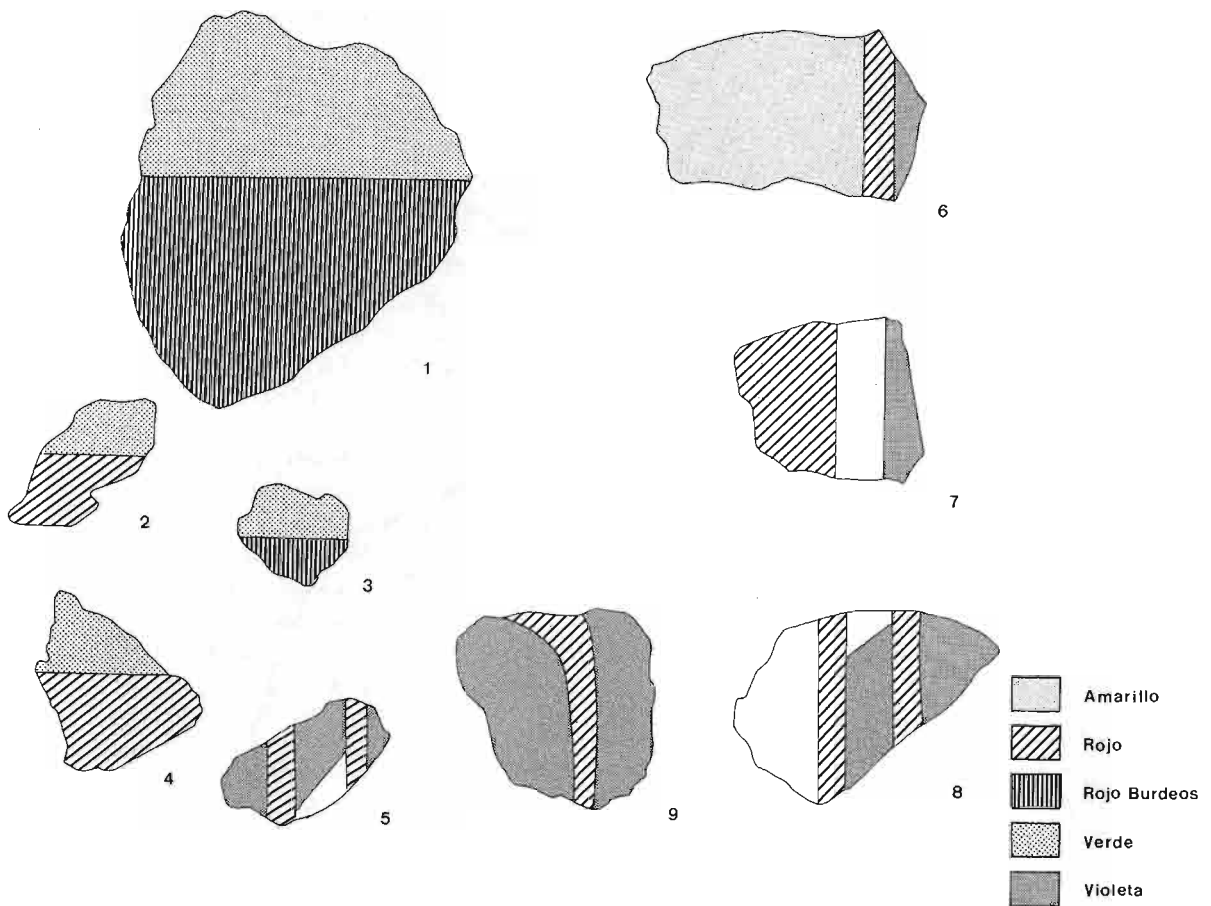


Fig. 6. Detalle del esquema compositivo de las pinturas.

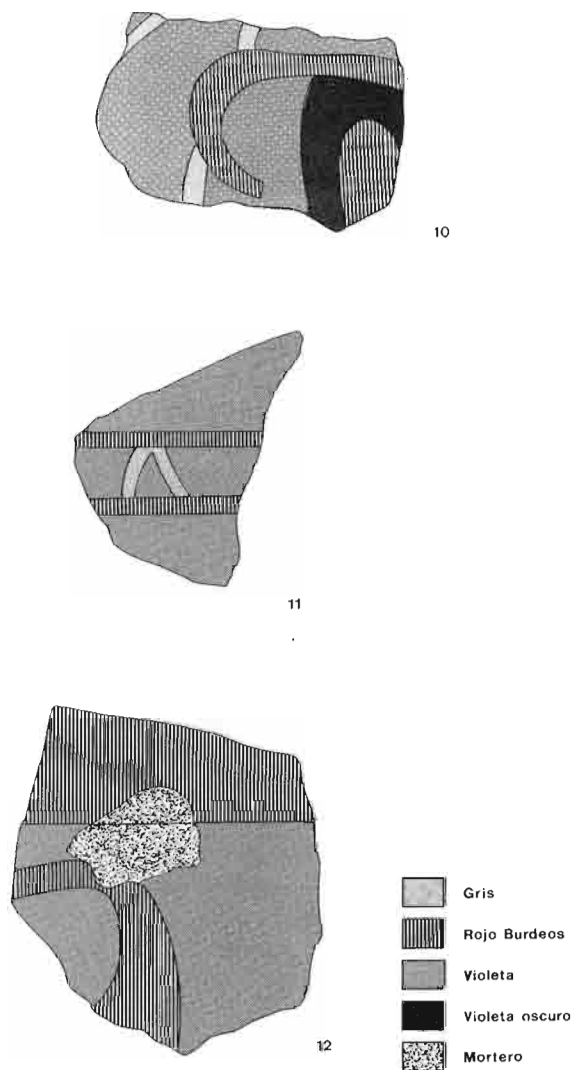


Fig. 7. Esquema pictórico.

muro norte, pero se han realizado pequeñas catas de limpieza en el resto de los muros, lo cual permite concluir que el zócalo era idéntico en toda la estancia.³⁸

³⁸ Comenzamos limpiando las pinturas de la pared norte, utilizando para ello agua destilada y esponjas suaves; como ya se ha expuesto, la superficie pictórica está totalmente deteriorada y solamente se conserva en algunas zonas; ha desaparecido en el resto, donde queda únicamente la capa de mortero. Tras la limpieza se procedió a consolidar la superficie con una mezcla de para-loid disuelto al 5% en tricloroteno. Tras comprobar que la decoración de las pinturas consiste en una imitación de mármol de escasa categoría, optamos por dejar las pinturas in situ y para evitar un mayor deterioro se protegen con una tela de gasa, previo papel celulosa, todo ello encolado con la citada mezcla, ésta con una mayor proporción de para-loid, que se disuelve al 30%.

El zócalo conservado in situ presenta una altura de 48-50 cm de altura; es de color amarillo ocre y está decorado con un salpicado irregular de gotas rojo burdeos, verde, blanco y negro. En primer lugar se aplicó el color rojo, después el negro y finalmente y en mucha menos cantidad el verde y el blanco, que se dispuso en último lugar. En el ángulo noreste de la estancia el salpicado se realizó de forma diagonal descendente hacia la derecha, mientras que en el centro se dispone de forma descendente vertical e incluso ligeramente hacia la izquierda. La decoración continúa con una banda de 15 cm bordeada de filetes blancos y decorada con imitaciones de mármoles violáceos que da paso a la zona media, de la que sólo se conserva in situ el inicio de un campo rojo burdeos en la placa situada tras el segundo pedestal de la derecha.

Los fragmentos se hallaron en diversos lugares de la estancia y, a pesar de su escasez y grado de fragmentación, nos permiten realizar una recomposición hipotética de la decoración.



Lám. 19. Panel pictórico conservado en la pared norte de la sala se ubica detrás del zócalo n.º 16. Fig. 4).

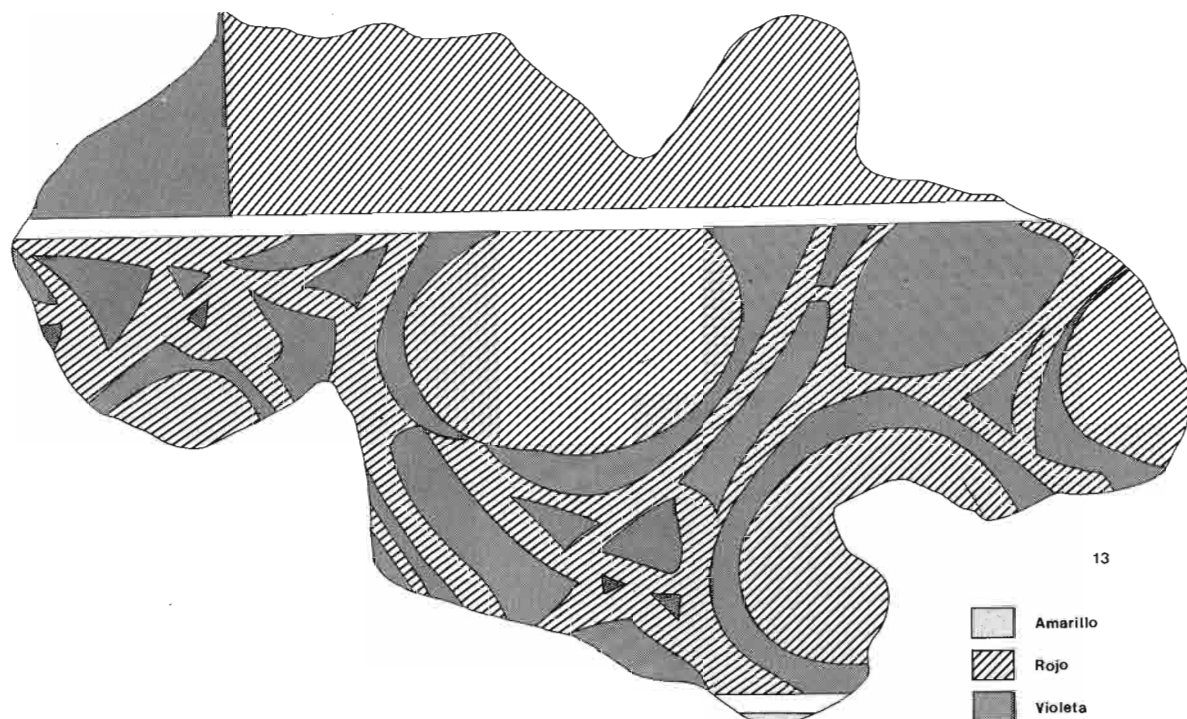


Fig. 8. Decoración pictórica del foro de Labitolosa.

II.2.3. Características técnicas

El mortero está compuesto por tres capas diferentes.³⁹ La primera, sobre la que apoya la pintura, presenta un grosor que oscila entre 0,2 y 0,6 cm y está compuesta por cal y calcita monocristalina, cuyo tamaño nos hace asimilarlo a la esparita; la segunda capa mide entre 0,5 y 0,7 cm y también presenta cal como aglomerante, el árido es arena de variada litología (calizas, silexitas, cuarzo, feldespato, litoarenitas, micacitas, etc.) y el tamaño de los granos, inferior a 0,2 cm; finalmente la tercera mide entre 2 y 4,5 cm y en algunos lugares parece aplicada en dos manos, el aglomerante es cal y el árido es similar al anterior, si bien el grano resulta más grueso. Apoya directamente sobre el muro de *opus vittatum*; no se ha constatado ningún sistema de sujeción y son los intersticios entre las piedras los que ayudan a adherir el mortero al muro.

Como puede observarse, se constata la presencia de esparita en la primera capa, que no es producto del azar ya que no aparece en el resto. El empleo de mármol en los morteros ha sido un tema extensamente tratado y discutido porque no estaba clara su

presencia, a pesar de que Vitrubio (*de Arch.*, VII. III. 5-6) recomendaba su utilización en la capa de enlucido que recibe la pintura con objeto de proporcionar un mayor brillo y resistencia. Los análisis de S. Augusti no hallaron restos de mármol, aunque sí de calcita, en las pinturas pompeyanas;⁴⁰ por el contrario, W. Klinkert piensa que el mármol existe, aunque únicamente en las casas más ricas.⁴¹ Este «falso problema» lo ha resuelto M. Frizot, quien afirma que no existe diferencia ni visual ni química entre la calcita y el mármol ya que ambos son carbonatos cálcicos cristalizados y que tampoco parece tan difícil encontrar mármol en una ciudad antigua, si ésta tiene un nivel de desarrollo considerable, ya que el mármol puede proceder de los restos de la talla de revestimientos y cornisas.⁴² Por tanto podemos afirmar que en la actualidad y gracias a la investigación de M. Frizot se ha llegado a la desmitificación del uso de la

³⁹ Los análisis han sido realizados por la Prof. M.^a Pilar Lapuente, del Departamento de Cristalografía de la Universidad de Zaragoza. Es éste un primer avance de los resultados.

⁴⁰ S. AUGUSTI, «La tecnica dell'antica pittura parietale pompeiana», *Pompeiana, Raccolta di studi per el secondo centenario degli scavi di Pompei*, Nápoles, 1950, p. 334, y *La technique de la peinture pompéienne*, Nápoles, 1957, p. 6.

⁴¹ W. KLINKERT, «Bemerkungen zur technik der Pompejanischen Wanddekoration», en L. CURTIUS, *Die Wandmalerei Pompejis*, Leipzig, 1972, p. 458.

⁴² M. FRIZOT, *Mortiers et enduits peints antiques. Étude technique et archéologique*, Dijon, 1975, p. 290.

calcita monocristalina, que, sin embargo, en nuestro caso se relaciona con pinturas de un importante edificio público. Este hecho nos induce a afirmar que las pinturas son de gran calidad técnica y posiblemente artística, aunque la reducida cantidad de fragmentos conservados, su pequeño tamaño y deterioro impiden comprobarlo de un modo exhaustivo.

Por lo que se refiere a los pigmentos, todos ellos son de procedencia mineral, tierras ocreas, verdes o amarillas. La técnica empleada en su aplicación debe de ser el fresco para los fondos y una técnica en seco para los colores superpuestos, lo cual no debe de suponer el uso de aglutinantes ya que los colores pueden disolverse en agua de cal, con lo que se consigue la misma reacción química del auténtico fresco.

II.2.4. Restitución hipotética del sistema decorativo

Con los restos que se mantienen in situ y los fragmentos recuperados en el transcurso de la excavación, podemos reconstruir la decoración de la estancia, que se articula en las siguientes zonas:

— Zócalo continuo, de fondo amarillo, decorado con un salpicado de gotas de diferentes colores dispuestas de modo irregular.

— La separación del zócalo y la zona media se resuelve con una banda decorada con imitaciones de mármoles violáceos y bordeada por dos filetes blancos, seguida de otra más estrecha de color rojo burdeos. La anchura de la banda con imitaciones de mármoles oscila entre los 11 cm del fragmento n.º 13 y los 15 cm conservados in situ; la banda rojo burdeos tiene una anchura mínima de 8 cm, ya que éstas son las dimensiones de uno de los fragmentos lisos hallados en la excavación.

— Por lo que se refiere a la zona media, únicamente conocemos su posible composición por algunos de los fragmentos exhumados en el transcurso de las excavaciones. Ésta debía de articularse en una sucesión de paneles de color verde y amarillo (véanse los fragmentos n.ºs 1-4) separados por bandas con imitaciones de mármoles violáceos, a tenor de lo que se deduce del fragmento n.º 13.

— No han quedado restos de la zona superior de las paredes, que, sin ninguna duda, debía de estar coronada por una cornisa.

En resumen, el sistema compositivo es muy simple y se reduce a un zócalo salpicado y una zona media en la que alternan los paneles anchos lisos con interpaneles decorados con imitaciones de mármoles violáceos.

II.2.5. Análisis estilístico

Los escasos motivos decorativos hacen que este apartado quede reducido a un estudio del zócalo salpicado y de la banda con imitaciones de mármoles, aunque el sistema compositivo y la gama cromática también aportan datos de cierta consideración.

— Zócalo salpicado. Es éste un recurso ornamental utilizado a lo largo de toda la historia de la pintura mural romana, si bien existen algunos cambios en su ejecución que permiten obtener ciertas conclusiones. Así, en época republicana y en la primera mitad del siglo I d. C. las gotas son regulares y de pequeño tamaño en un intento por imitar las piedras graníticas; con el paso del tiempo la ejecución se descuida y las gotas se sustituyen por salpicaduras desordenadas que ya sólo son un recuerdo de los granitos que pretendían imitar. Su situación en la pared siempre queda reducida a la zona inferior, ya sea el zócalo completo, como sucede en este caso, o solamente la estrecha banda del rodapié.⁴³

— Imitaciones de mármoles. Al igual que sucedía con las salpicaduras, también las imitaciones de mármoles sufren variaciones en su ejecución: mientras que en un principio emulan mármoles reales, con el paso del tiempo queda la idea de fondo pero en ningún caso pueden relacionarse con la realidad. Por lo que se refiere a su situación en el muro pintado, durante el siglo I d. C. quedan reducidos al zócalo, mientras que en el siglo II comienzan a ascender a la zona media de la pared, que ya habían ocupado en época republicana (I y II estilos), de manera que ya este dato nos ofrece un término cronológico *post quem*.⁴⁴

— Gama cromática. Aunque no es un dato decisivo, sí que nos puede ayudar en las conclusiones cronológicas. Contamos con un zócalo de fondo amarillo y la zona media en la que supuestamente alternan los paneles verdes y amarillos. Los recientes hallazgos de pinturas romanas en el Grau Vell de Sagunto⁴⁵ y en las termas de Campo Valdés de Gijón,⁴⁶ que se fechan con seguridad en el siglo II, nos indican que en esa

⁴³ Sobre los mármoles moteados, véase C. GUIRAL, A. MOSTALAC, M. CISNEROS, «Algunas consideraciones sobre la imitación de mármol moteado en la pintura romana de España», *Museo de Zaragoza. Boletín* 5, 1986, pp. 259-288.

⁴⁴ En la actualidad se conocen algunas excepciones, como la procedente de la Maison aux Pierres Dorées de St. Romain-en-Gal, fechada entre el 20 y el 60 d. C.: A. DESBAT *et. al.*, *La maison des Dieux Océans à Saint-Romain-en-Gal (Rhône)*, Paris, 1995 (5 suppl. à Gallia), p. 123, lám. 13.

⁴⁵ C. GUIRAL, «Pinturas murales romanas procedentes del Grau Vell (Sagunto, Valencia)», *Saguntum*, 25, 1992, pp. 155-175.

⁴⁶ C. GUIRAL, A. MOSTALAC, «Las pinturas», en *Astures*, Gijón, 1995, pp. 178-186.

centuria existió una predilección por el color amarillo y el verde en la zona media de la pared.

— Sistema compositivo. Es el más simple de cuantos existen en la pintura romana y consiste en una alternancia de paneles anchos lisos y estrechos decorados. La decoración de éstos es muy variada y depende del momento cronológico. Durante el siglo I d. C. son típicos los candelabros, que se mantienen también en el siglo II, si bien con una apariencia más cercana a tallos vegetales. En nuestro caso son una prolongación de la banda con imitaciones de mármoles que separa el zócalo de la zona media y que sirve para ofrecer el aspecto de una imitación pintada de las paredes revestidas de mármoles.

II.2.6. Datación

Existen dos criterios diferentes para la cronología de estas pinturas. Por un lado la datación relativa que se deriva del estudio estilístico de las pinturas y que nos ofrece una fecha del siglo II d. C. y por otro la cronología que ofrecen la estratigrafía de la estancia y la epigrafía, que establece la edificación de la curia entre los años 110-120 d. C. En cualquier caso, debemos indicar que la estancia estuvo pintada antes de colocar algunos de los pedestales, ya que se rompió la pintura para encajarlos, mientras que otros se adosan sin estropear el enlucido.

II.2.7. Las pinturas de *Labitolosa* en el contexto de la pintura romana en España

En la pintura romana del siglo II se constatan en Hispania diferentes sistemas compositivos:

— Paredes de fondo blanco articuladas en diversos paneles por medio de bandas y filetes, en las que predominan los colores amarillos, verdes y rojos.⁴⁷

— Paredes en las que alternan paneles anchos lisos y estrechos decorados generalmente con motivos vegetales. Predominan los fondos verdes y amarillos.⁴⁸

— Imitaciones de mármoles en zócalos y en zona media, donde ascienden de forma paulatina a lo largo del siglo II, como podemos comprobar en las pinturas procedentes de Tiermes;⁴⁹ serán asimismo uno de los tipos compositivos predilectos en el siglo III.

⁴⁷ Entre ellas podemos destacar las procedentes de *Bilbilis*, *Emerita Augusta* y Can Modolell: C. GUIRAL, A. MOSTALAC, «La pintura de España y Portugal», en *Jeunesse de la Beauté. La peinture romaine antique*, Ars Latina, 1995, p. 455.

⁴⁸ Véanse notas 4 y 5.

⁴⁹ C. GUIRAL, A. MOSTALAC, «Pintura mural y cornisas de la Casa del Acueducto», en J. L. ARGENTE, A. DÍAZ, *Tiermes IV. La Casa del Acueducto (Domus alto imperial de la ciudad de Tiermes. Campañas 1979-1986)* (E.A.E., 167), Madrid, 1994, p. 205, lám. XII.

Las pinturas de *Labitolosa* son una mezcla del segundo y del tercer tipo, ya que las imitaciones de mármoles se reducen a las bandas de separación entre paneles, mientras que éstos son totalmente lisos.

Por último, antes de finalizar este apartado destinado a destacar los aspectos constructivos del monumento, debemos referirnos al sistema de cubrimiento del edificio. Por lo que sabemos, a tenor de los restos conservados, debió de tener una techumbre, posiblemente a dos aguas, de la que algunas *tegulae* e *imbrices* fueron recuperadas en el nivel del derrumbe (UE 07011).

II.3. Las construcciones anteriores (Láms. 8, 9 y 10)

La desaparición del suelo del vestíbulo permitió excavar todos los niveles arqueológicos subyacentes, alcanzándose en algunos sectores el terreno virgen. Gracias a ello se pudo documentar los restos de unas estructuras arquitectónicas más antiguas que el edificio estudiado. En total se han exhumado cuatro muros: uno en dirección este-oeste (UE 07013) y otros tres muros perpendiculares al mismo (07018, 07022, 07023), cortados estos últimos por el muro mediano del gran edificio (UE 07009). El conjunto de estas paredes encierra dos habitaciones de anchura muy semejante (3,40 y 3,60 m), cuyos suelos de tierra batida presentan numerosas bolsas de cenizas. Los muros que han visto la luz no conservan más que una o dos hiladas, formadas por bloques de piedra caliza tallados burdamente y unidos con barro de 40 cm de anchura. A tenor de los múltiples y minúsculos fragmentos de pintura hallados en el estrato de destrucción (UE 07017), estos muros debieron de estar pintados.

II.4. La estratigrafía (Fig. 5)

Como ya habíamos observado en los sectores 05 y 06, las dos terrazas agrícolas modernas, formadas por espesas capas de tierras y guijarros (UE 07001) y mantenidas por los muros de los bancales (UE 07002, 07006 y 070245), recubrían aquí también los niveles y las estructuras antiguas. En la mitad septentrional del sector, es decir, en la gran sala que se extiende al norte de los muros de las terrazas 07002 y 07024, se conservaba una espesa capa de escombros antiguos rodados por la pendiente tras el abandono del lugar. Ésta ha sido subdividida en diferentes unidades estratigráficas, UE 07003, 07004, 07007 y 07008. Los elementos epigráficos aparecieron debajo de dichos escombros. Estas cuatro unidades

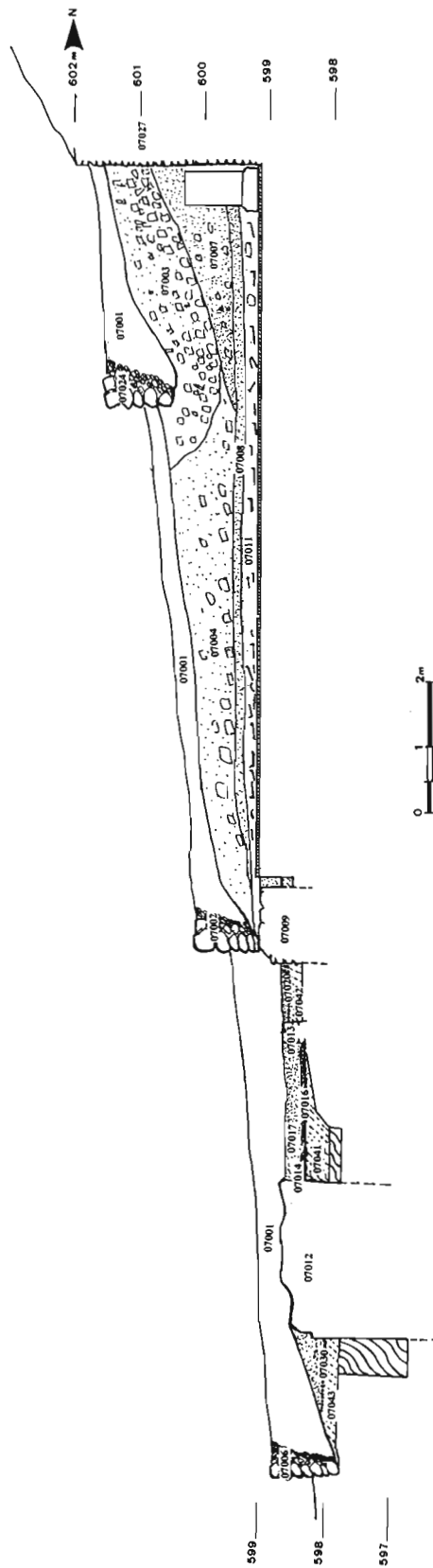


Fig. 5. Estratigrafía en el interior del templo del Genio municipal. Corte norte-sur según el eje del monumento.

estratigráficas recubrían, en la parte noreste un muro caído (UE 07005) y en otras zonas un potente nivel horizontal (UE 07011), que reposaba directamente sobre el suelo de *opus signinum* (UE 07010). El lienzo de pared desplomado (UE 07005), constituido por pequeños sillarejos alineados en sentido norte-sur, correspondía a la elevación del muro este del edificio. La capa de *tegulae* y tierra muy fina que cubre el suelo (UE 07011) es el nivel de abandono y de los primeros derrumbes del edificio.

En la mitad sur, correspondiente al vestíbulo, todos los niveles de abandono antiguos fueron eliminados al construir la terraza agrícola, incluso su suelo de *opus signinum*. Aunque una parte de los estratos de la ocupación anterior también hayan desaparecido, los restos de las tierras de la terraza agrícola (UE 07001) recubren niveles antiguos. Se conservan sectores de los suelos de tierra batida de las tres salas anteriores al vestíbulo (UE 07016, 07020, 07021). Finalmente, hay que mencionar la UE 07017, que corresponde a una capa surgida del arrasamiento del edificio anterior al vestíbulo, rica en fragmentos de pintura (UE 07017) y dos finas manchas de cenizas (UE 07014) y 07019). Los dos primeros niveles de allanamiento creados para instalar los suelos de las salas anteriores al vestíbulo (07041 y 07042), reposan directamente sobre tierra virgen, que es una margam blanquecina o una arcilla rojiza.

Las unidades estratigráficas

- UE 07001: tierra y gravilla de las dos terrazas agrícolas.
 UE 07002: muro moderno de contención de la terraza agrícola superior.
 UE 07003: tierra y piedras: escombros antiguos deslizados por la pendiente.
 UE 07004: piedras y, sobre todo, mortero: escombros de los muros antiguos con numerosos fragmentos de soportes epigráficos.
 UE 07005: muro caído: nivel de derrumbe in situ.
 UE 07006: muro moderno de contención de la terraza inferior.
 UE 07007: mortero blanquecino: nivel de derrumbe in situ.
 UE 07008: mortero y tierra marrón: nivel de arrastre tras los primeros derrumbes.
 UE 07009: muro en *opus caementicium* del gran edificio sito entre el vestíbulo y la gran sala.
 UE 07010: suelo en *opus signinum* de la gran sala.
 UE 07011: tierra fina y fragmentos de *tegulae*: nivel de abandono y del primer derrumbe sobre el suelo de *opus signinum*.
 UE 07012: gran macizo en *opus caementicium*: base de la gran escalera de entrada al vestíbulo del gran edificio.
 UE 07013: muro de piedras y tierra (con dirección suroeste-nordeste) de la primera construcción.
 UE 07014: fina mancha de cenizas.
 UE 07015: tierra de sustentación del suelo de guijarros UE 07016.
 UE 07016: suelo de guijarros, al sur del muro UE 07013.

- UE 07017: capa de tierra, arena y fragmentos de pintura mural: abandono de la primera construcción.
 UE 07018: muro de piedras y tierra, perpendicular al muro 07013.
 UE 07019: fina mancha de cenizas.
 UE 07020: suelo de guijarros de la primera construcción, al norte del muro 07013.
 UE 07021: arcilla rojiza muy dura, tal vez un suelo.
 UE 07022: muro de piedras y tierra de la primera construcción, perpendicular al muro 07013.
 UE 07023: muro de piedras y tierra de la primera construcción, perpendicular al muro 07013.
 UE 07024: muro moderno de contención de la terraza superior.
 UE 07025: muro este del gran edificio.
 UE 07026: muro oeste del gran edificio.
 UE 07027: muro norte del gran edificio.
 UE 07041: tierra y guijarros: primer nivel de allanamiento de la primera construcción, al sur del muro 07013.
 UE 07042: tierra y guijarros: primer nivel de allanamiento de la primera construcción, al sur del muro 07013.

II.5. El mobiliario arqueológico

Recuento y distribución estratigráfica⁵⁰

	C	TSI	TSG	TSH	PF	CP	Eng.	Afr	CC	a	Total
07004	1	0	0	7	0	2	17	8	36	inscrip.	71
07011	0	0	0	61	0	6	93	22	198	ins. y pint.	380
07017	1	3	1	11	2	2	34	0	143	pintura	197
07041	0	10	0	0	0	12	74	0	346	pintura	442
07042	1	1	0	0	1	0	3	0	348	pintura	354
Total	3	14	1	79	3	22	221	30	1071		1444
	0,2%	1%	0,1%	5,5%	0,2%	1,5%	15,3%	2%	74,2%		

II.5.1. La cerámica

Como viene siendo tradicional —ya pudimos comprobarlo en campañas pasadas—, entre los niveles superficiales de arrastre y de escombros del edificio, alguno muy alterado por los banales modernos, es frecuente encontrar cerámica moderna, principalmente ollería vidriada procedente del alfar de Naval (Huesca).

Dejamos aparte los materiales recuperados de la UE 07001, que poco pueden aportarnos, aunque hay que destacar la abundancia de producciones engobadas, en concreto jarras y aquellas que imitan las formas de la *sigillata*, así como la aparición de una moneda acuñada por Adriano.⁵¹

⁵⁰ Para el desarrollo de las abreviaturas referentes a las diversas familias cerámicas empleadas en los cuadros remitimos a la nota 27.

⁵¹ Moneda: inventario LAB 94 07. Revuelto As de Adriano acuñado en Roma entre el 119 y el 138 d. C. Ref. *BMCIH*, Adriano 1341

A) (HADRIANVS) AVGVSTVS Busto laureado a derecha.

R) S_ C. Salud de pie mirando a derecha sujetando una pátera de la que sale una culebra. Peso: 11,91 g. Ø: 27 mm. Eje: 6 h.

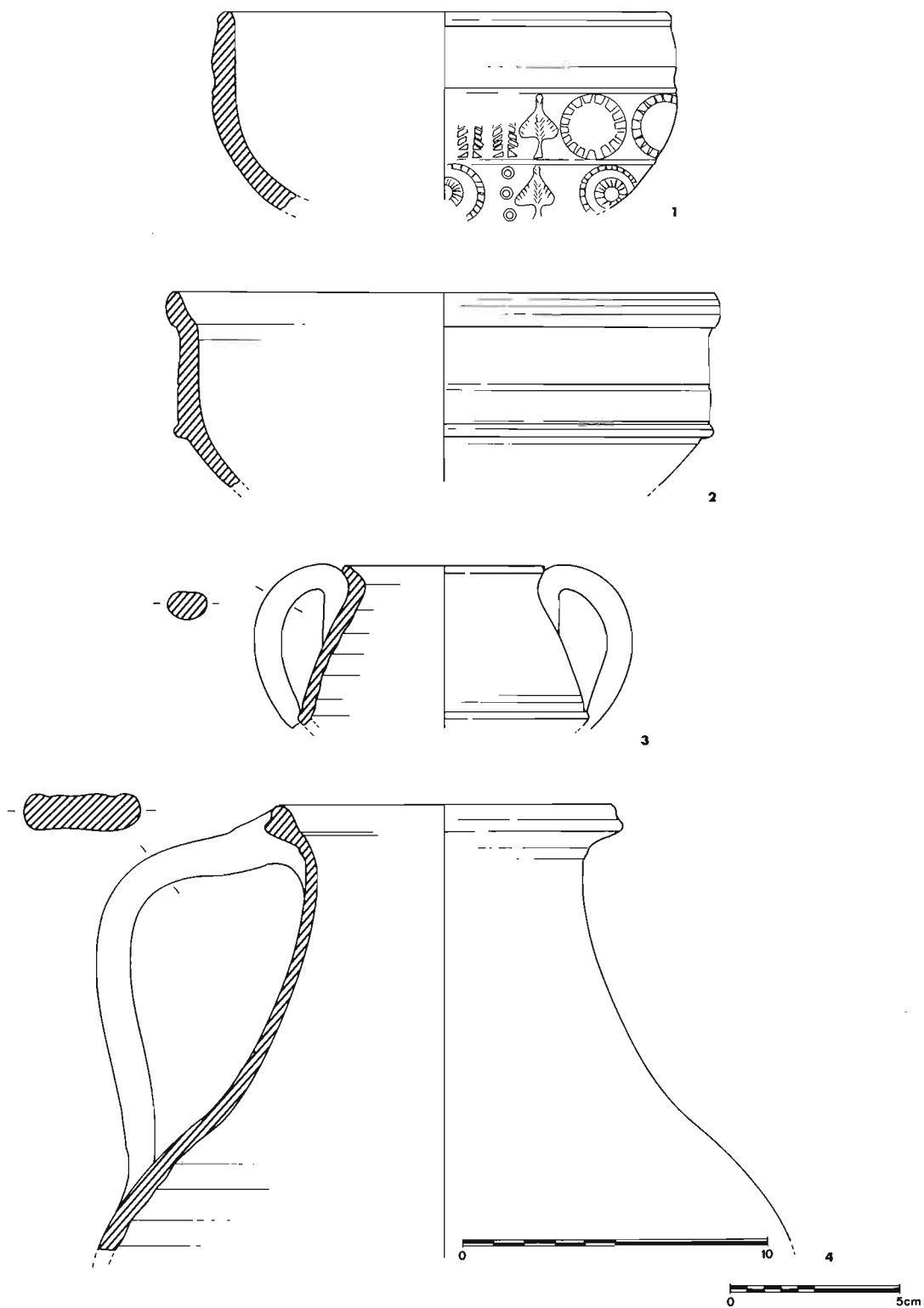


Fig. 9. Mobiliario arqueológico del Sector 07. Nivel superficial UE 001. C. Engobada: n.º 1-4 (los números 1 y 2 son imitaciones de T.S.H.).

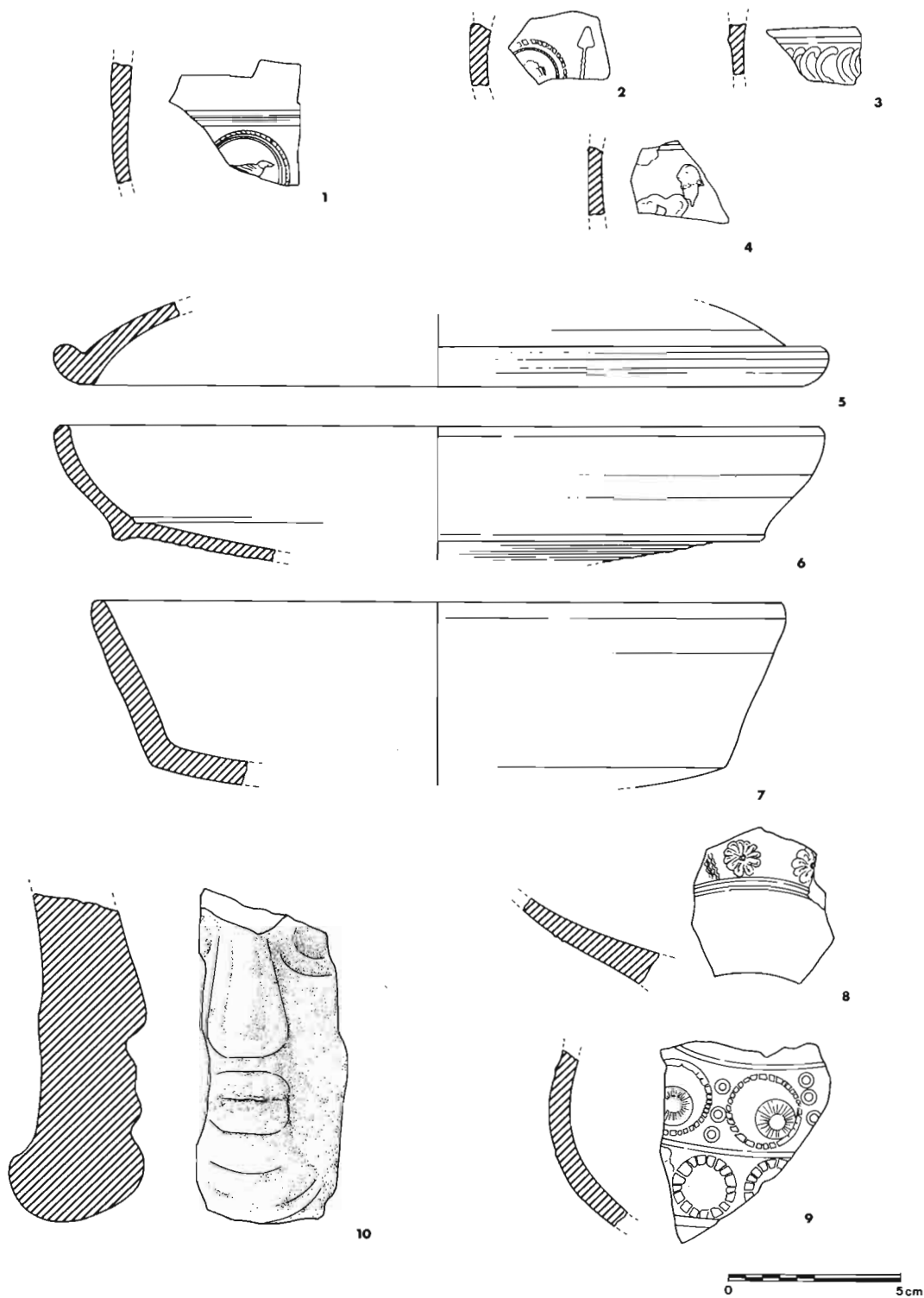


Fig. 10. Mobiliario arqueológico del Sector 07. Niveles de abandono y derrumbe del edificio (UE 011; 017; 026). *Terra sigillata* hispánica: n.º 1-4; C. Común norteafricana: n.º 5-6; C. C. Reductora; n.º 7, C. Engobada: n.º 8-9 (imitaciones de T.S.H.); Antefixa: n.º 10.

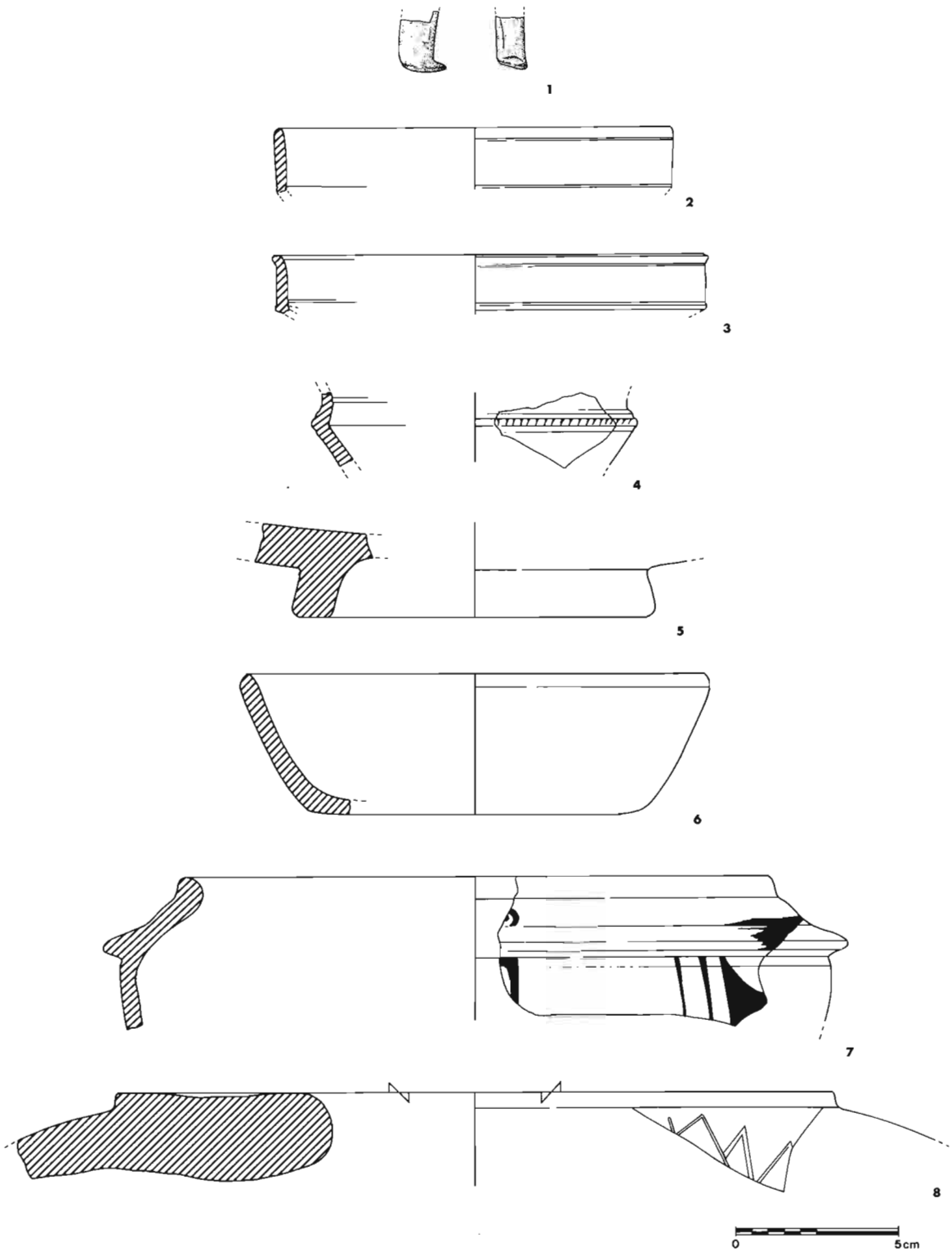


Fig. 11. Mobiliario arqueológico del Sector 07. UE 011. n.º 1 Pie de una figura de arcilla. Niveles de allanamiento de la primera construcción (UE 041; 042). *Terra sigillata* itálica: n.º 2-4; C. Engobada: n.º 5 (imitación de una pátera T.S.I.); C. C. Reductora: n.º 6; C. Ibérica pintada: n.º 7; Cerámica de almacenaje: n.º 8 (*dolium*).

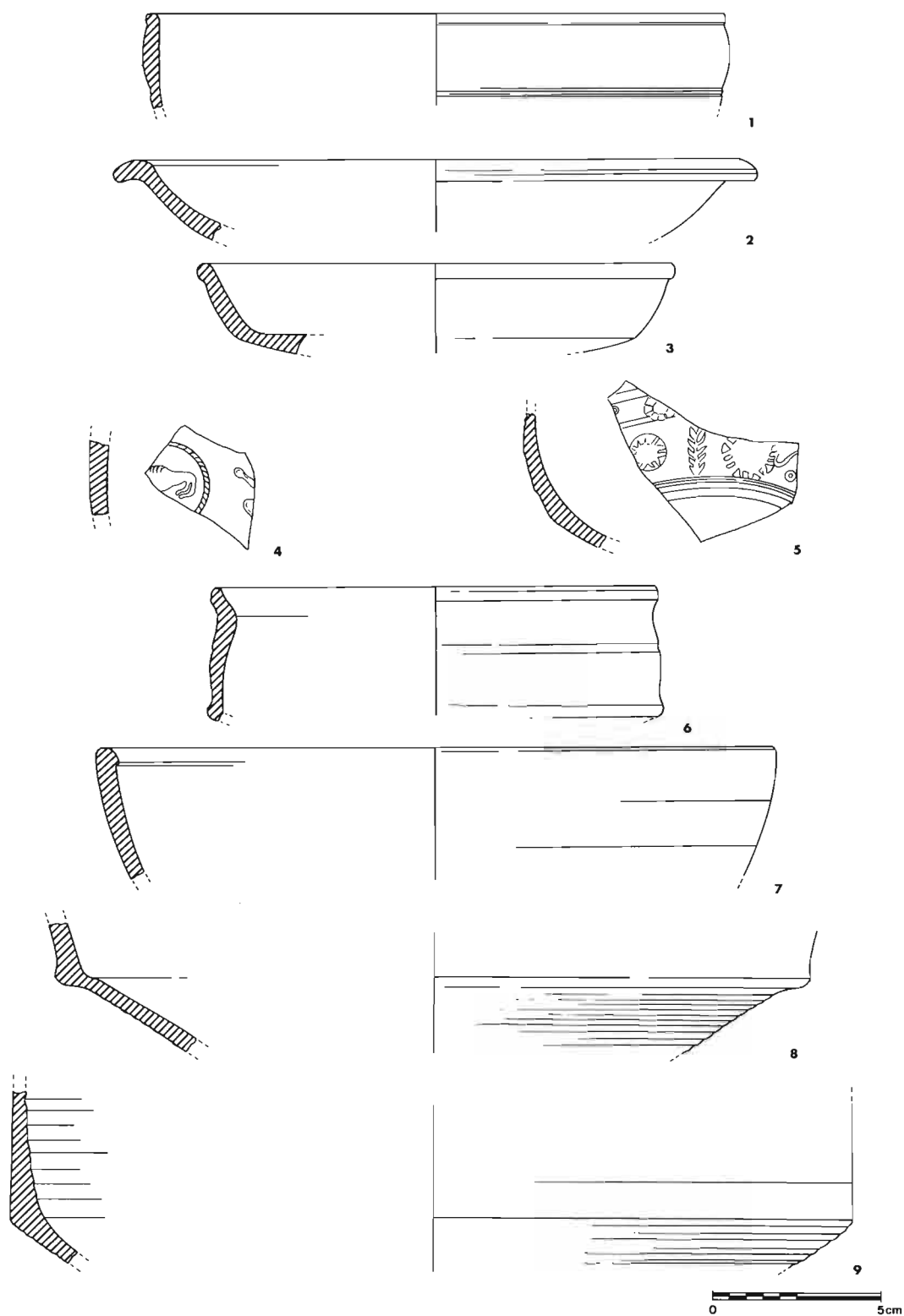


Fig. 12. Mobiliario arqueológico del Sector 03. Nivel de escombros del edificio (UE 016). *Terra sigillata* hispánica: n.º 1-4; C. Engobada: n.º 5-6 (imitaciones de T.S.H.); C. C. norteafricana: n.º 7-9.

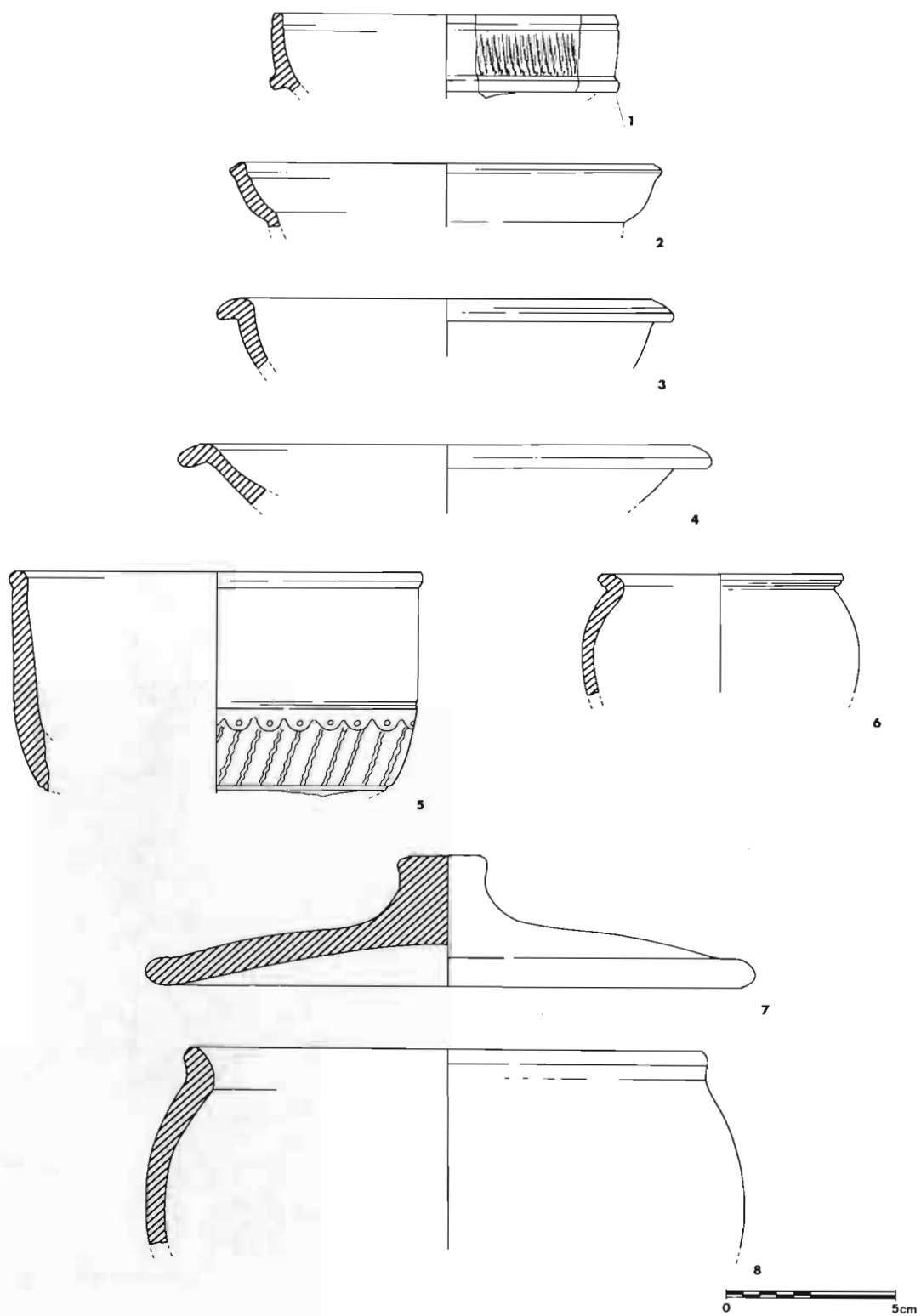


Fig. 13. Mobiliario arqueológico del Sector 03. Nivel de abandono del *frigidarium* (UE 043). *Terra sigillata* hispánica: n.º 1-5; C. Engobada: n.º 6; C. C. Reductora: n.º 7-8.

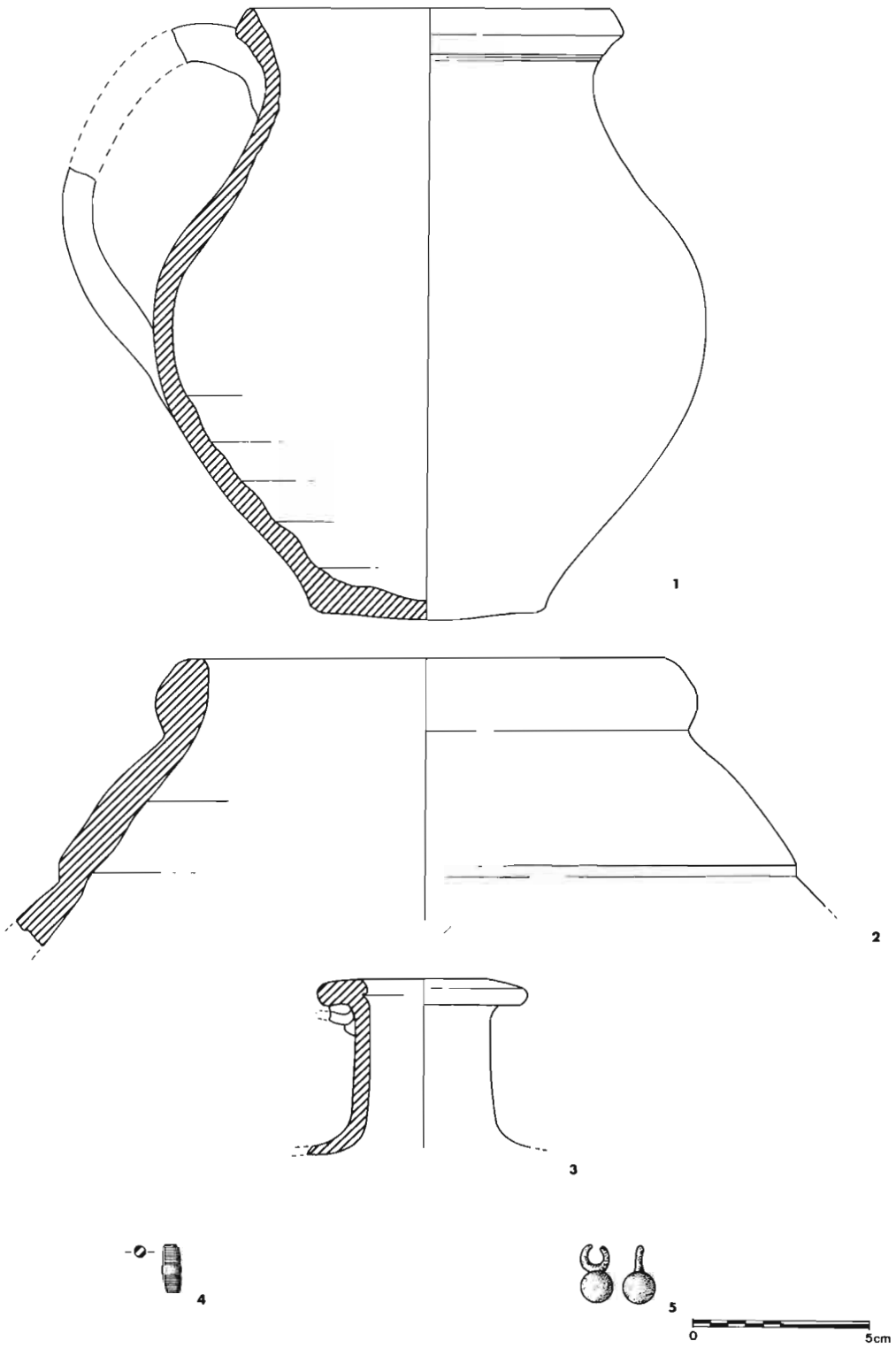


Fig. 14. Mobiliario arqueológico del Sector 03. Nivel de abandono del *frigidarium* (UE 043). C. Engobada: n.º 1; C. Almacenaje: n.º 2; Vidrio: n.º 3; Objetos de bronce: n.º 4-5.

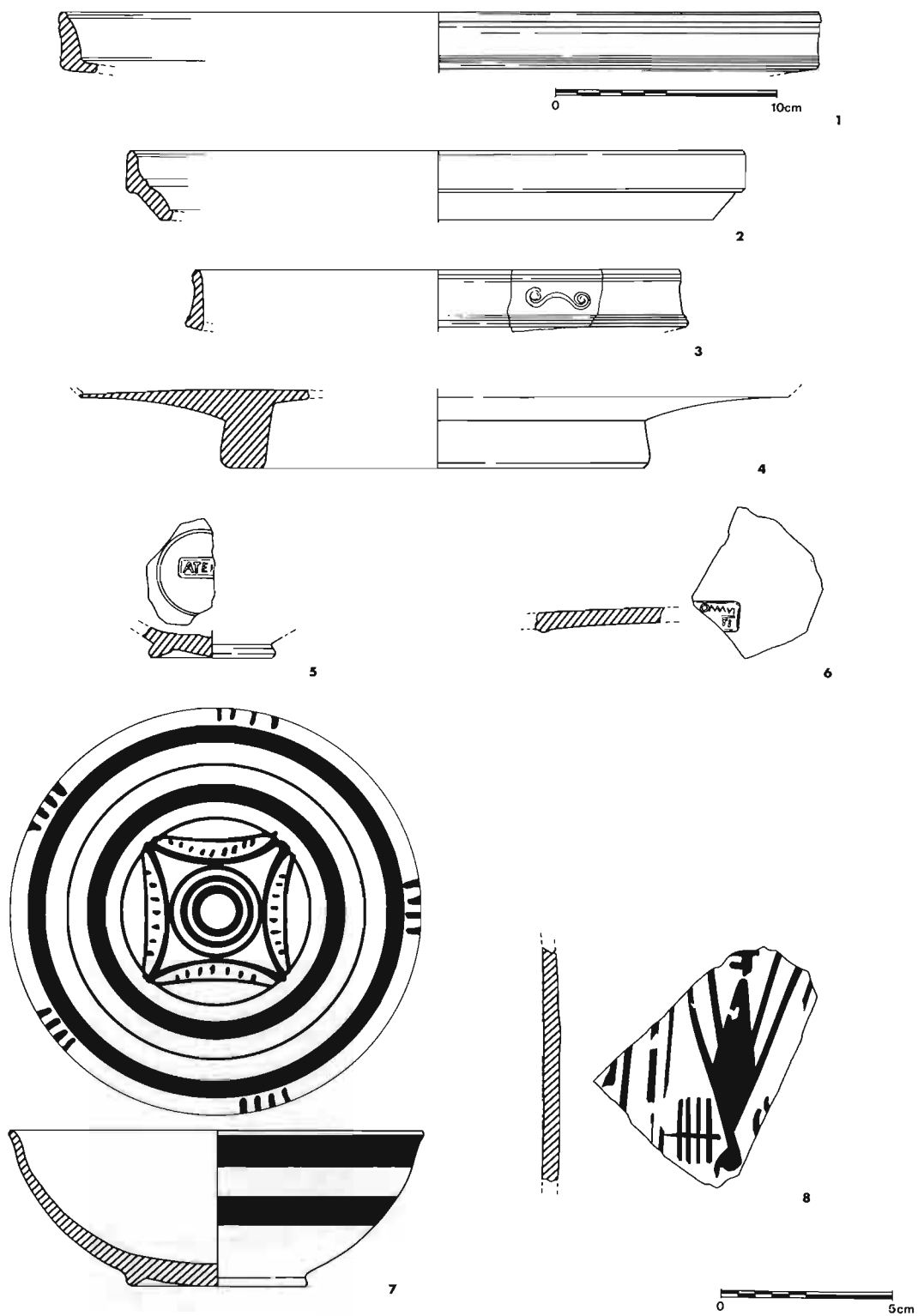


Fig. 15. Mobiliario arqueológico del Sector 03. Niveles correspondientes a la casa que precedió al edificio termal (UE 092, 95, 98, 99, 100).
Terra sigillata itálica: n.º 1-6; C. Ibérica pintada: n.º 7-8.

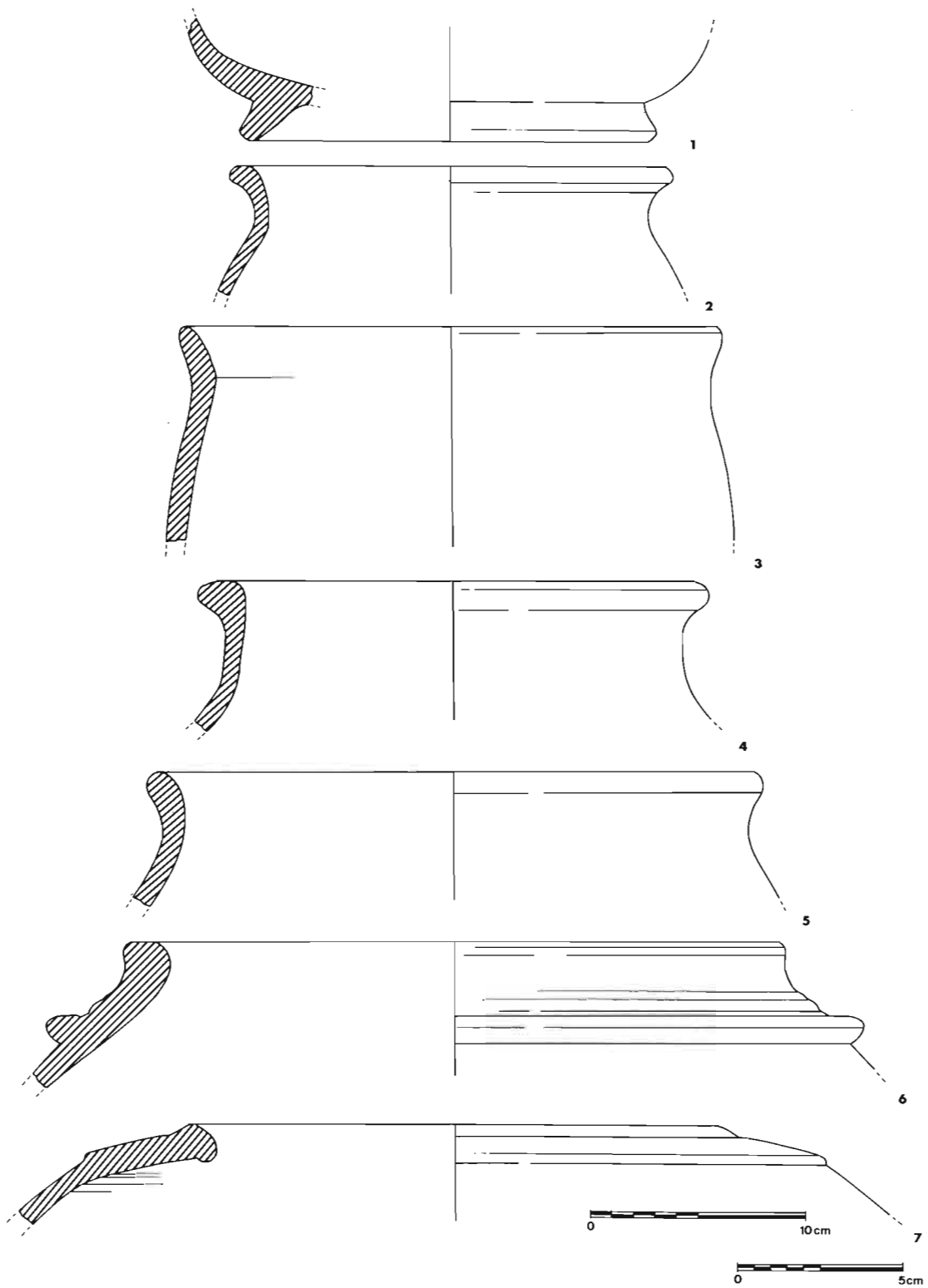


Fig. 16. Mobiliario arqueológico del Sector 03. Niveles correspondientes a la casa que precedió al edificio termal. Sondeo S.3 (UE 092, 95, 98, 99, 100). C. Gris ibérica: n.º 1; C. C. Reductora: n.º 2-5; C. Almacenaje: n.º 6-7.

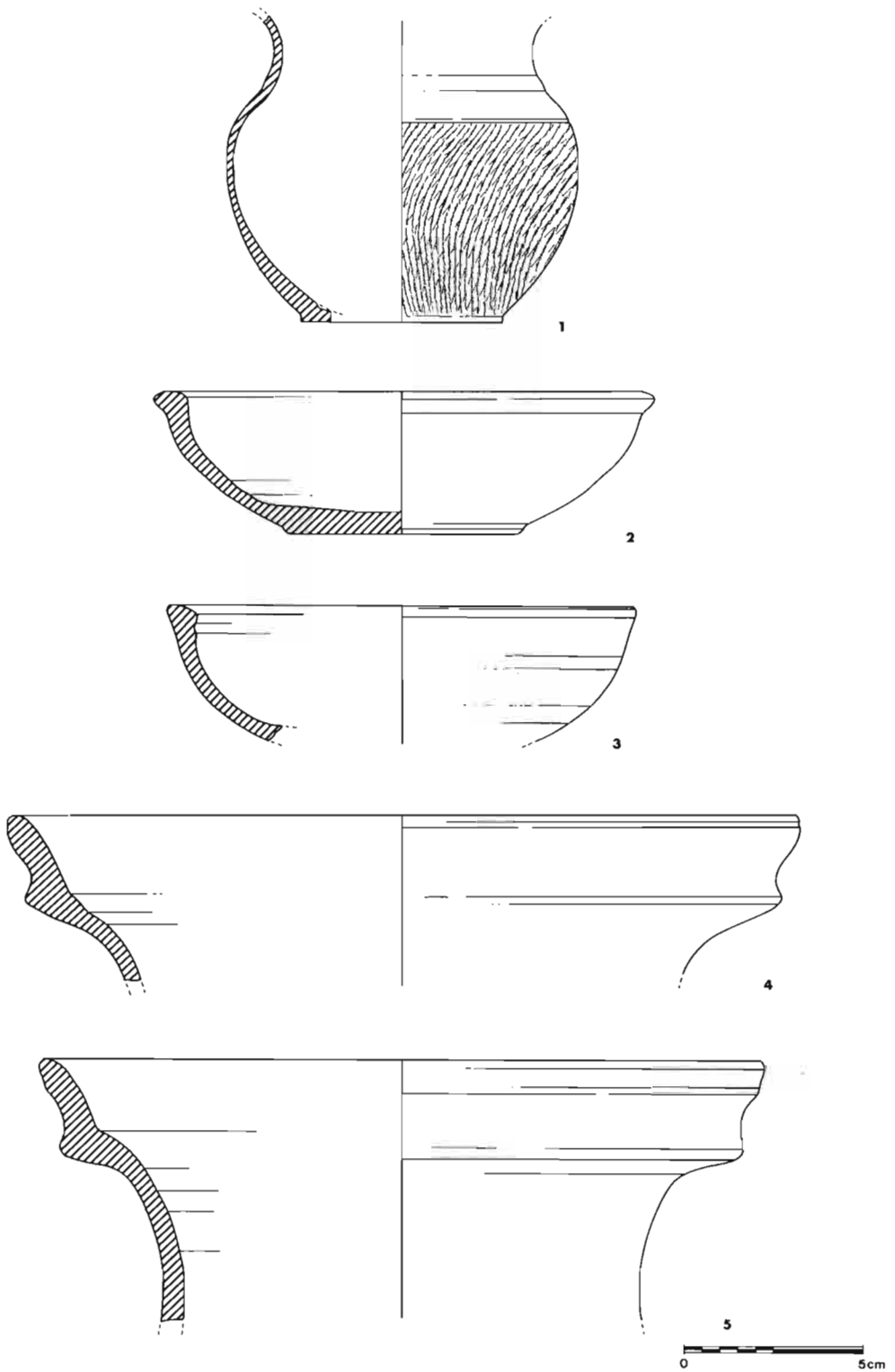


Fig. 17. Mobiliario arqueológico del Sector 03. Niveles correspondientes a la casa que precedió al edificio termal. Sondeo S.3 (UE 092, 95, 98, 99, 100). Paredes finas: n.º 1; C. C. Oxidante: n.º 2-5.

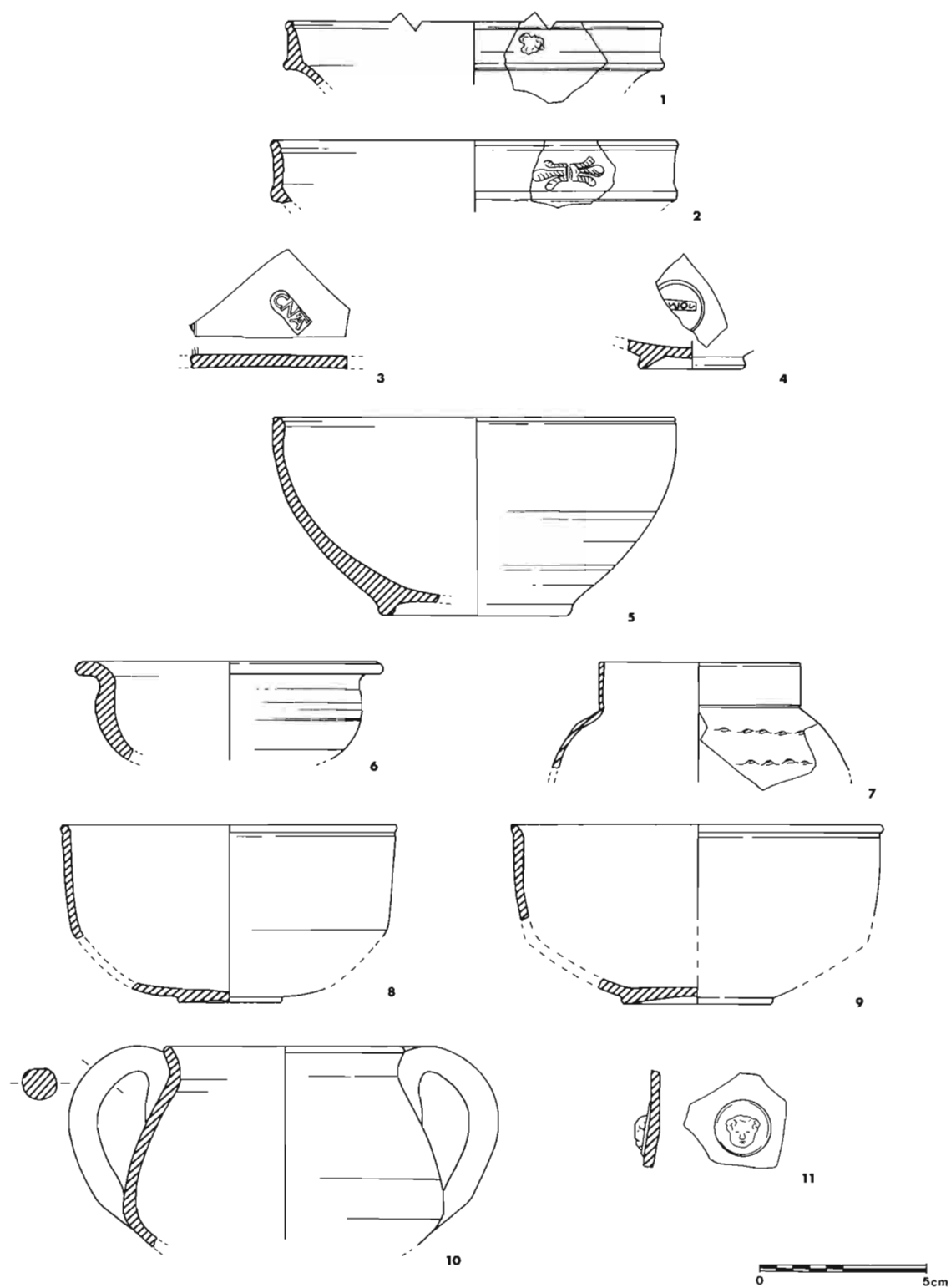


Fig. 18. Mobilario arqueológico del Sector 03. Niveles correspondientes a la casa que precedió al edificio termal. Sondeo S.3 (UE 102).
Terra sigillata itálica: n.º 1-4; C. Gris ibérica: n.º 5-6; Paredes finas: n.º 7-9; C. Engobada: 10-11.

La *sigillata* hispánica es la vajilla más abundante en el nivel de abandono y derrumbe del edificio del Genio del municipio (UE 07011). Los 61 fragmentos recogidos corresponden a las formas Drag. 30, 37, 36, 15/17, 27 y H. 4. Los más numerosos son los atribuidos a los tipos Drag. 15/17 y 37. Hay que señalar la aparición en este estrato con relativa frecuencia de fragmentos de cerámica africana de cocina, entre los cuales pueden ser identificadas las formas Hayes 23A, 23B, 181 y 195. Por último, pondremos de manifiesto la presencia en el nivel de abandono de una gran cantidad de vasos engobados. Junto a las tradicionales formas de jarras y cuencos, hay que añadir la existencia de un importante volumen de piezas que imitan tanto las formas como la decoración de la *sigillata* hispánica. El número de hallazgos pertenecientes a este tipo de producción es tan elevado —no hay sector excavado en *Labitolosa* en el que no aparezcan en un porcentaje muy significativo— que nos permite pensar en la existencia de una producción de carácter regional, cuyo taller pudo estar situado probablemente en la propia *Labitolosa*.⁵² La presencia de esta familia cerámica también es muy importante en los niveles correspondientes al hábitat anterior al edificio del Genio, en los que la cantidad de fragmentos de cerámica engobada supera incluso a la de *sigillatas* itálicas e hispánicas.

Los fragmentos de *sigillata* hispánica se encuentran en el último nivel de ocupación de las salas y entre los fragmentos de pinturas extendidos tras la destrucción del edificio (UE 07017). Entre ellos, hay que destacar varias formas Drag. 37 metopadas con motivos surgidos de los alfares de Tricio,⁵³ aunque la presencia de tres fragmentos indeterminados de T.S.I. parece indicar cierta contaminación de los niveles al ser arrasadas las primeras construcciones. Por el contrario, los fragmentos de *sigillata* itálica, formas Cospectus. 19 y 22.1-3 fechadas en torno al cambio de Era, proceden de la capa que reposa directamente sobre el terreno virgen. Corresponden, por consiguiente, a la primera ocupación de esta zona (UE 07041 y 07042), que, por lo tanto, hay que situar inmediatamente después de la

construcción de los muros 07013, 07018, 07022 y 07023, que forman parte del edificio más antiguo del conjunto descubierto hasta el momento. Hay que mencionar también la aparición en la UE 07042 de un fragmento engobado que imitaba a una pátera itálica, sin que ello deba sorprendernos, ya que las recientes excavaciones que se están realizando en el alfar de La Maja⁵⁴ (Calahorra-La Rioja) han proporcionado abundantes imitaciones de formas itálicas.⁵⁵

En cuanto a los materiales aparecidos en la edificación previa al edificio del Genio, la ausencia de *sigillata* gálica e hispánica, como igualmente apreciamos en la edificación previa al edificio terminal, nos indica una secuencia cronológica que no supera los años 40 d. C. La aparición en la UE 07017 de un fondo de Campaniense B —en la campaña de 1993 ya se localizó otro de la forma Lamboglia I—⁵⁶ junto a *sigillata* itálica y gálica debe entenderse como una consecuencia del arrasamiento del edificio anterior y preparación del terreno para la nueva edificación, mezclándose materiales provenientes de los niveles de abandono de la edificación previa y otros acarreados para la preparación del terreno.

De todos modos hay que mencionar que el 90% del material cerámico aparecido en este sector corresponde a cerámica común y engobada, principalmente paredes indeterminadas, que poco pueden aportar a la cronología de las estructuras aparecidas.

Finalmente, hay que citar entre el material aparecido en la UE 07011 el hallazgo del pie de una figurita de terracota pintada de blanco, así como que en la UE 07041 se recuperó un fragmento de *antefixa* que todavía mantenía restos de un revestimiento de pintura blanca.

II.5.2. Los hallazgos epigráficos

Junto a las paredes este, oeste y norte se hallan in situ veintiún zócalos marmóreos y restos de dos bases

⁵² En estos momentos nos encontramos realizando el estudio de este tipo de producción y efectuando una serie de análisis de la composición de las arcillas que nos permitan confirmar su carácter local o regional.

⁵³ El motivo de la pantera lo encontramos recogido en T. GARABITO, *Los alfares romanos. Producción y comercialización*, Madrid, 1978, tab. 12, n.º19, y tab. 13, n.º15; mientras las aves lo están en M. A. MEZQUÉRIZ, *La Terra Sigillata Hispanica*, Valencia, 1961, lám. 65, n.º474 y 489.

⁵⁴ Sobre el alfar de La Maja, a falta de la publicación definitiva, remitimos a los avances de las excavaciones que se vienen publicando regularmente en la revista *Estrato*, de la Consejería de Cultura del Gobierno de La Rioja. Además cfr. el trabajo más reciente, en el que se recopila toda la bibliografía anterior, de R. A. LUEZAS PASCUAL, «Producciones cerámicas de paredes finas y engobadas del alfar romano de 'La Maja' (Calahorra, La Rioja): Hornos I y II», *Berceo*, 128, 1995, pp. 159-200.

⁵⁵ En el transcurso de las excavaciones realizadas en el recinto amurallado de la antigua Calagurris (Calahorra, La Rioja) pudimos hallar varios fragmentos de imitaciones engobadas de formas Goud. 27 y 37. Cfr. C. SÁENZ PRECIADO, «Excavaciones y consolidación del recinto amurallado de Calahorra. La Rioja», *Estrato*, 6 (en prensa).

⁵⁶ *Labitolosa 1993*, p. 166.

de arenisca. Otros dos zócalos también realizados en arenisca y de gran tamaño franquean la puerta. Los elementos de mármol, tal vez incluso los de arenisca, sostuvieron dados epigráficos, hoy en su mayoría desaparecidos. La prueba de tal afirmación es la existencia de cuatro bloques epigráficos completos y numerosos fragmentos de otros, de los que una veintena presentan restos paleográficos. Dos de los dados enteros aparecieron aún in situ, erguidos sobre el zócalo en el que fueron dispuestos en la Antigüedad. Uno de ellos merece ser destacado, puesto que se trata de la dedicatoria al Genio del municipio que preside el interior del edificio desde el centro del muro norte; otros dos se hallaron caídos junto a sus respectivos zócalos.

Es precisamente la base del Genio la que da a conocer el tercer elemento constitutivo de los pedestales, el coronamiento. Esta pieza apareció a los pies de su correspondiente zócalo, con las marcas creadas para fijar la estatua que sobre ella se exponía. Nos hallamos, por tanto, ante un pedestal tripartito cuyos componentes, a pesar de haber sido ya morfológicamente definidos, han sido hallados juntos en muy escasas ocasiones. Un segundo coronamiento casi completo, así como fragmentos de otros, aparecieron sobre el suelo de la sala.

Como en el caso de la base dedicada al Genio, los restantes zócalos debían de formar parte de un pedestal tripartito. Tal tipo de monumento epigráfico «dans la très grande majorité des cas» era el soporte de una estatua,⁵⁷ como lo demuestran las marcas visibles sobre el coronamiento de la base del *Genius municipalis*. Es, por tanto, más que probable la presencia de una galería de retratos colocados sobre sus respectivas bases y adosados a las paredes internas del edificio. Tales estatuas flanquearían la efigie de la citada abstracción cívica.

Los elementos hallados en el interior del edificio foral pertenecen a diversos tipos de bases que se pueden recomponer como sigue:

— LOS SOPORTES EPIGRÁFICOS

a. Los pedestales tripartitos⁵⁸

Su reconstrucción puede realizarse gracias al descubrimiento de los tres elementos que los compo-

nían, los cuales, de abajo arriba, son los siguientes: zócalo, neto o dado y coronamiento. Los tres fueron tallados de forma aislada y posteriormente superpuestos.



Lám. 11. El conjunto de zócalos de la gran sala (están numerados del 1 al 25 sobre el plano del edificio, figura 4). Flanqueando la entrada, los dos grandes zócalos realizados con varios bloques de arenisca (números 1 y 25); en el centro, a inscripción al Genio municipal (número 13) y en el lateral derecho, la inscripción de *Clodius Flaccus* (número 20).

• Los zócalos.⁵⁹ Se conservan los veintiuno que existieron, intactos e in situ. A pesar de su aparente homogeneidad, sus dimensiones no son idénticas ni mantienen posiciones equidistantes. Se asemejan, sin embargo, en el material utilizado y en la forma recibida: son de brecha caliza rosácea o amarillenta; sus perfiles laterales y frontales siguen un trazado similar: un plinto en la parte inferior continuado por una banda moldurada compleja, compuesta por un cuarto de bocel y una cima recta inversa. Algunos zócalos presentan una tercera moldura que ocupa siempre la parte superior. Se trata de un caveto invertido. La cara posterior, esto es, la que mira al muro, no es igual en todos los zócalos. En algunos se repite el perfil moldurado descrito con anterioridad, en otros en cambio no fue tallada moldura alguna. La pared aparece por tanto lisa, a veces vertical, otras oblicua al eje del zócalo, del mismo modo que las paredes molduradas.

Variada es también la apariencia del paramento superior, aquel en el que debía apoyarse el neto. Tal función sustentante provocó que algunas de dichas caras superiores fueran labradas para impedir que el

⁵⁷ J.-N. BONNEVILLE, «Le support monumental des inscriptions: terminologie et analyse», *Épigraphie hispanique. Problèmes de méthode et d'édition*, Paris, 1984, pp. 134-135.

⁵⁸ Siguiendo y traduciendo al castellano la tipología establecida por J.-N. BONNEVILLE, «Le monument épigraphique et ses moulurations», *Faventia*, 2/2, 1980, 77, e *id.*, *loc. cit.*, 117-156, tipos 4 y 4a, denominaremos a este tipo de soporte epigráfico base o pedestal tripartito. Su parte inferior recibe el nombre de zócalo; la central, esto es, el propio bloque epigráfico, se denomina dado o neto; la tercera y última es el coronamiento, compuesto por una cornisa, a veces rematada por un cimacio.

⁵⁹ Algunos autores los denominan bases, pero este nombre podría prestarse a confusión con el nombre general del soporte epigráfico: base, del latín *basis*.

bloque superpuesto resbalara: «bandas de contacto»⁶⁰ bordean las aristas, la superficie restante está punteada groseramente («excrecencia de retención»)⁶¹

La altura de los zócalos oscila entre los 34 cm y los 28 cm. Su anchura inferior, en el sector del plinto, varía entre los 98 cm y los 63 cm y la superior, correspondiente al paramento superior, resultado del adelgazamiento creado con las molduras, entre los 80 y los 46 cm. La distancia entre los diversos zócalos oscila entre los 39 y los 6,5 cm. Sus dimensiones y sus posiciones son, por tanto, irregulares.

- Los dados o netos. A diferencia de lo que sucede con los zócalos, no se conservan todos los netos o dados. Sus restos, tanto íntegros como fragmentados, permiten suponer que sobre cada zócalo se apoyaba uno de ellos. Sin embargo, el contenido de los textos que los dados exhibían en sus caras frontales, así como sus diversas características formales, muestran que no todos eran contemporáneos. Los restos hallados dan a conocer al menos tres etapas. Como suele ser habitual en este tipo de conjuntos, la colocación de los pedestales fue paulatina.

La anchura de los netos oscila entre los 90 y los 94,5 cm, su altura entre los 46,5 y los 77 cm y su grosor entre los 44 y los 72 cm. Indudablemente, su anchura y su grosor tienen su correspondencia con las dimensiones de la cara superior del zócalo que debía de sostenerlos. Pero dichas dimensiones no permiten atribuir una cronología relativa a los pedestales, esto es, no es posible afirmar que los más estrechos son contemporáneos, lo mismo que los más anchos. Tal afirmación está avalada por los restos conservados: cuatro de los netos descubiertos son contemporáneos e incluso surgieron de la voluntad de una misma persona. Sus dimensiones son sin embargo bastante desiguales.⁶²

⁶⁰ Traducción propuesta por nosotros del término «bande de contact», R. GINOUVÉS, R. MARTIN, *Dictionnaire méthodique de l'architecture grecque et romaine. I. Matériaux, techniques de construction, techniques et formes de décor* (Collection de l'École Française de Rome, 84), Roma, 1985, p. 106: bandas que rodean las aristas, sin que sobresalgan del resto de la superficie, que no ha sido rebajada (a diferencia de la *anathyrosis*). Se distinguen simplemente por estar más elaboradas, siendo su superficie más lisa que las del resto del paramento.

⁶¹ Traducción propuesta por nosotros del término «excroissance-butée», R. GINOUVÉS, R. MARTIN, *op. cit.*, p. 107: rudo piqueteado que impide que el bloque apoyado resbale.

⁶² Es el caso del pedestal al que hemos atribuido en nuestro *corpus* el n.º 5 (véase *infra*), el más estrecho, contemporáneo de los números 1, 3 y 4.



Lám. 12. La inscripción del Genio municipal: el dado está aún in situ sobre su zócalo y delante se halla el coronamiento, que conserva las muescas en las que se insertaban los pies de la estatua que el pedestal soportaba.

Todos los dados conservados, menos uno, son de brecha calcárea. Restan algunos fragmentos de otro más moderno realizado en piedra caliza gris. Los bloques presentan sus caras posterior y laterales lisas y la frontal rodeada por un marco moldurado en el que se inserta el campo epigráfico. Tal encuadre está formado en todos los casos por una cima invertida.

- Los coronamientos. Se ha encontrado un coronamiento entero, dos casi completos y varios trozos de otros, todos ellos de brecha caliza (D, E y F en el plano del edificio, Fig. 5), cuyas alturas varían entre los 22 y los 33 cm. Labrados de la misma manera, adoptan la forma de una cornisa moldurada coronada por un cimacio, el inicio del cual se sitúa entre 5 y 8 cm hacia atrás del borde de las cornisas. Éstas se componen de las molduras siguientes: talón recto y cima recta o cuarto de bocel recto e invertido. Sobre esta base tripartita se apoyaba la estatua del personaje al que estaba dedicado el texto inscrito en la cara frontal del neto. El coronamiento completo formaba parte del pedestal que sostuvo el *signum* del *Genius* de la ciudad. Las huellas de dicha estatua pueden observarse aún sobre la superficie superior del cimacio.

b. Los pedestales con placas adosadas

De forma diversa a la anteriormente descrita fueron realizadas dos de las bases ubicadas junto a la pared septentrional (números 10 y 16 en la Fig. 4). Sus restos presentan el zócalo y el inicio del neto tallados en bloques de arenisca superpuestos, sin que la unidad pétreo coincida, como en el tipo anterior, con la decorativa. El bloque inferior recibió la forma

del zócalo y parte del dado. Hay que suponer que la continuación del neto y el coronamiento estaban labrados del mismo modo. El conjunto seguramente estaría revestido con estuco para cubrir las juntas de los bloques, así como para dar un aspecto más liso y noble a la granulosa superficie de la arenisca.

La cara frontal del neto presentaría el texto epigráfico, inscrito en una placa marmórea adosada para tal fin. Esta afirmación puede realizarse gracias al hallazgo de varios fragmentos de dichas placas en el interior del edificio. Algunos de ellos todavía conservan en su canto superior restos de las escarpas que las sujetaron verticalmente. Parece imposible que estuvieran expuestas en las paredes internas del edificio. La escasa distancia existente entre los zócalos, por tanto entre los pedestales y estatuas que se apoyaban sobre ellos, lo impide, ya que no quedaba el hueco necesario para que la placa fuera visible. Tales epígrafes marmóreos debían de estar fijados a las estructuras en arenisca. De hecho, éstas conservan en la parte inferior de la cara frontal del neto dos muescas destinadas seguramente a recibir las escarpas que las sujetaban.

Esta interpretación, totalmente acorde con los restos conservados en el edificio foral labitolosano, encuentra pocos avales en la literatura científica. Ciertamente, los estudiosos de la tipología epigráfica nunca han descrito un tipo de base semejante, ya que muy pocas veces una excavación arqueológica ha aportado los datos necesarios para hacerlo. Así, creemos que muchas de las denominadas placas honoríficas en mármol o en bronce, generalmente molduradas, pudieron cubrir el frente de un pedestal. Un texto epigráfico hispano describe así una base de estatua: *cuius basis lapidea aere clusa uetustate erat corrupta, statuam eius marmorea superposuit*.⁶³ La búsqueda de paralelos ha podido detenerse en Italia. El edificio de *Eumachia*, realizado en el foro pompeyano durante el reinado de Augusto, estaba decorado con estatuas situadas en *ædicula* y sobre bases cubiertas por placas molduradas.⁶⁴ De mismo modo fue realizada la base que sostuvo las estatuas de los *Spurinnæ* en el santuario del «Ara della Regina» de *Tarquinia*,⁶⁵ así como

⁶³ *CIL*, II, 4550 = *IRB*, 102.

⁶⁴ Sobre los textos y su situación en el monumento, A. DEGRASSI, *Inscriptiones Italiae*, vol. XIII: *Fasti et Elogia*, fasc. III: *Elogia*, Roma, 1937, pp. 68-69.

⁶⁵ Se trata de una gran base cubierta en el frente por varias placas de mármol con tres dedicatorias, correspondientes a las tres estatuas que eran sostenidas. M. TORELLI, *Elogia Tarquiniensia*, Florencia, 1975, pp. 25-20, lám. V. Fue realizada en época julio-claudia.

algunos pedestales de los *elogia Arretina*⁶⁶ o los hallados en el Véneto e Histria.⁶⁷

Basándonos en los ejemplos italianos y en los hallazgos labitolosanos, definiremos un nuevo tipo de pedestal epigráfico: aquel cuyo texto está inscrito en una placa adosada al frente del neto. La estructura de la base puede variar, aunque suele ser frecuente que ésta no esté realizada con elementos nobles —ladrillo, como en los ejemplos pompeyanos, o piedra granulosa, como en los labitolosanos—, ya que iba a ser recubierta. Es el caso de las dos bases de arenisca halladas en *Labitolosa*.

c. Los grandes zócalos formados por varios bloques de arenisca

Ya hemos citado las dos estructuras de arenisca que flanquean la puerta de la estancia. Están formadas por seis bloques y miden 2,10 m de ancho y 2,10 m de largo. A pesar de lo deteriorado de su estado, puede reconocerse la talla de sus superficies laterales. Siguiendo un orden ascendente, el perfil de dichas superficies es el siguiente: un plinto y una banda moldurada compuesta por un listel inverso, una cima inversa y de nuevo un listel invertido.

La forma es, por tanto, similar a la de los zócalos descritos en líneas anteriores, ya que como tales podemos denominar también a los ahora estudiados. Estaríamos delante de dos zócalos cuya función sustentante se hallaría relacionada con el conjunto escultórico que se exponía en el interior del edificio foral. Es bastante probable que fueran la parte de un pedestal pero no podemos describir con seguridad los elementos que sobre él reposaban. Dado su tamaño, pudieron estar cubiertos por uno o varios netos marmóreos o uno grande de arenisca cubierto por placas epigráficas de mármol.⁶⁸

— LOS TEXTOS EPIGRÁFICOS⁶⁹

a. Dedicatoria a Marco Clodio Flacco

(n.º 20 en la Fig. 4, Lám. 13)

Sobre uno de los zócalos situados junto al muro

⁶⁶ A. DEGRASSI, *op. cit.*, pp. 57-67.

⁶⁷ G. ALFÖLDY, *Römischen Statuen in Venetia et Histria. Epigraphische Quellen*, Heidelberg, 1984.

⁶⁸ En este último caso, presentaría una forma semejante a la base de *Tarquinia* anteriormente citada.

⁶⁹ Analizaremos a continuación algunas de las importantes inscripciones descubiertas en *Labitolosa*. No se realizará un estudio exhaustivo del soporte y de los pequeños fragmentos. La epigrafía labitolosana en su conjunto será el objeto de un trabajo posterior. No comenzaremos por el epígrafe principal, dedicado al Genio municipal y esencia del monumento, sino por otro erigido en honor de un labitolosano ya conocido, *Marcus Clodius Flaccus*. Tal orden está justificado por el interés cronológico de esta primera inscripción.

este del edificio por su pared interna, se yergue, aún en la misma posición en la que fue colocada originalmente, la base que sostuvo una estatua de *Marcus Clodius Flaccus*. El texto está inscrito en un dado de brecha caliza rosácea, al que se quiso dar la forma de un paralelepípedo rectángulo. Algunas deficiencias del bloque original, así como la falta de destreza del artífice, son la causa de las pequeñas irregularidades que se observan en la cara frontal: su forma general ligeramente trapezoidal y la de su superficie suavemente cóncava. Dimensiones: 92 cm de altura, 62 de anchura y 64 de grosor. El zócalo mide 34 cm de altura por 83 cm de anchura por 80 de grosor.

El campo epigráfico, rodeado por un marco moldurado, mide 73 cm de altura por 50 de anchura. Su texto está escrito en capitales cuadradas y desarrollado en doce líneas, en las que fueron destacadas con las letras más grandes la onomástica del dedicado y la mención de los dedicantes.⁷⁰ Los restantes renglones epigráficos ven reducida progresivamente su altura (desde los 4 cm de la línea 3 hasta los 2,5 de la línea 11).

M(arco)• Clodio / M(arci)• f(ilio)• Gal(eria)• Flacco, / Iluiro bis, flam(ini), / adlecto in quin(ue) / decurias ab Imp(eratore) / Hadriano Caes(are) / Aug(usto)•, trib(uno)• militum / leg(ionis)• IIII• Flauiae in / Moesia Superior(e), / ex test(amen)to / Corneliae Neillae, / heredes eius.

Traducción: A Marco Clodio Flacco, hijo de Marco, inscrito en la tribu Galeria, duumviro en dos ocasiones, flamen, introducido en las cinco decurias por el emperador Adriano César Augusto, tribuno militar de la legión IIII Flavia estacionada en Mesia Superior, por disposición testamentaria de Cornelia Neilla, los herederos de ésta (lo hicieron).

He aquí la tercera dedicatoria labitolosana en honor de Marco Clodio Flacco.⁷¹ El texto es semejante a los de las precedentes. Varía solamente el nombre de los dedicantes y la aparición de un nuevo

⁷⁰ Las líneas 1 y 2 miden 5 y 4,6 cm respectivamente; la mención de los herederos, presente en la decimosegunda línea, fue realizada con letras de 4 cm de altura.

⁷¹ Cf. nota 2, *CIL*, II, 3008 = 5837; M. NAVARRO CABALLERO, «La nueva dedicatoria a *Marcus Clodius Flaccus* y el status de *Labitolosa*», colaboración en *Labitolosa 1992*.

M(arco)• Clodio / M(arci)• f(ilio)• Gal(eria)• Flac/co•, Iluiro bis, / flami•, tri/buno• militum / leg(ionis)• IIII Flauiae, / uiro praestan/tissimo• et ciui / optimo• ob• plu/rima• erga• rem• p(ublicam) / suam• merita, / d(ecreto)• d(ecurionum).

Sólo destacaremos el elemento que diferencia la inscripción descubierto este año de las precedentes. Véase el estudio completo en P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN BOTAYA, M. NAVARRO CABALLERO, «El *municipium Labitolosanum* y sus notables: novedades arqueológicas y epigráficas», *A. Esp. A.*, n.º 68, 1995, pp. 107-130.



Lám. 13. La inscripción de *Marcus Clodius Flaccus*, todavía in situ.

titulus de Flacco: *adlectus in quinque decurias ab Imperatore Hadriano Caesare Augusto*. Algunos años más tarde, cuando la inscripción fue realizada, Adriano aún vivía (no aparece calificado como *diuus*),⁷² lo que nos lleva a afirmar que al menos el final de la carrera política de *Clodius* tuvo lugar bajo el mandato de Adriano, aunque bien pudo comenzar su *cursus* local durante el reinado de Trajano. Su inclusión entre los jueces y su ingreso en la lista de los caballeros del Imperio tuvieron lugar en vida de Adriano. Los ejemplos prosopográficos italianos y africanos muestran que entre ambas promociones podían pasar algunos años.⁷³ Clodio Flacco debía de

⁷² Al parecer, dada la adversidad que le rodeaba cuando murió, Adriano no fue declarado *diuus* inmediatamente después de su defunción, lo que para el caso que nos ocupa permite añadir unos meses a la fecha *ante quem* en la que concluyó su reinado (*SHA*, I, XXVII, 1-2).

⁷³ Un ejemplo con la datación imperial de ambas promociones en H.-G. PFLAUM, «Les juges des cinq décuries originaires d'Afrique», *Antiquités Africaines*, 2, 1968, n.º 26.

ser ya mayor cuando ejerció el tribunado, lo que implica que entre ese momento y su ascensión a las magistraturas locales, para cuya toma de posesión estaría capacitado a partir de los 25 años,⁷⁴ tal vez transcurrieron algunas décadas.⁷⁵ Por tanto, la prudencia obliga a considerar que su *cursus* local pudo comenzar entre el 110 y el 120 d. C.

Sea como fuere, lo cierto es que el pedestal descubierto en 1994 fue realizado durante el reinado de Adriano. Tal indicio cronológico es la principal aportación de la nueva inscripción de Flacco. De él puede inferirse la fecha de tres de los epígrafes siguientes, en los que aparece la misma dedicante que en éste, *Cornelia Neilla*.

b. Dedicatoria al Genio municipal

(n.º 13 en la Fig. 4, Lám. 14)

El espacio interior del edificio estaba presidido por la estatua del *Genius* del municipio. Insistimos en su posición ya que de ella se deriva la esencia del monumento. El *signum* estaba situado en el centro del muro norte, de forma que el eje longitudinal interno del edificio terminaba en él. La posición de la base que lo sostuvo indica que era contemporáneo a la elaboración de los muros.

La estatua ya no existe, pero se conservan los tres elementos que formaron su pedestal. El neto ha llegado hasta nosotros in situ, aún dispuesto sobre el zócalo que lo sostenía en la antigüedad. Mide 90 cm de altura, 77 cm de anchura y 72 cm de grosor y el zócalo sobre el que se apoya, 32 cm de altura por 98 de ancho y 90 de grosor. El coronamiento se halló a sus pies.

El texto se inscribe en la cara frontal del neto, rodeado por un marco moldurado. El campo epigráfico mide 69 cm de altura por 57 cm de anchura. Las letras son capitales cuadradas de excelente factura. La primera y la última línea son las más altas (miden



Lám. 14. La inscripción del Genio municipal. Obsérvese la forma *Labitulosani*.

7,2 cm de altura), las interiores (de la 2 a la 4) poseen un tamaño inferior (5 cm de altura).

Genio / municipi / Labitulosani, / M(arcus) Clodius / Flaccus.

Traducción: Al Genio del municipio labitulosano, Marco Clodio Flacco (lo hizo).

⁷⁴ 25 años es la edad mínima expresada por la rúbrica LIV de la *lex Malacitana* para asumir la edilidad, la misma que estaba indicada en la *lex provincial de Bitinia* otorgada por Pompeyo (Plin., *Ep.* 10, 79). Sin embargo, la cesariana *lex Vrsonensis*, rúbricas LXXXIX-XCI, indica que los candidatos debían tener al menos 30 años.

⁷⁵ E. BIRLEY, *Roman Britain and the Roman Army*, Kendal, 1953, pp. 137-153, ha estudiado la edad de los oficiales del ejército romano. Aunque generales y parciales, sus conclusiones siguen siendo indicativas de ciertos tipos de vida. Clodio pertenecería al tercero y último de sus grupos, esto es, al de los oligarcas locales que realizaron su primera milicia a partir de los 40 años: E. BIRLEY, *ibid.*, p. 139. Este mismo autor calcula (p. 139) que los notables municipales solían entrar a formar parte del *ordo iudicum* a los 35 años aproximadamente.

El texto permite plantear cuatro observaciones.⁷⁶ La primera concierne a la propia función del edificio: la estatua del *Genius municipalis* presidía el espacio interior del monumento. La segunda observación considerará al autor de la dedicatoria: fue *Marcus Clodius Flaccus*, el protagonista de la inscripción anterior, quien pagó la estatua del Genio y, probablemente, el edificio que debía albergarla. La donación pudo tener lugar al inicio de su carrera labitulosana,

⁷⁶ Estas sólo serán enunciadas. Véase su desarrollo completo en P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN BOTAYA, M. NAVARRO CABALLERO, *loc. cit.*, *A. Esp. A.*, n.º 68, 1995, pp. 107-130.

entre el 110 y el 120 d. C. aproximadamente,⁷⁷ aunque la posibilidad de que lo mandara construir ya siendo *equus romanus* no debe ser desechada por completo. Nuestro tercer comentario se referirá al *status* de la ciudad mencionado por este nuevo epígrafe: *municipium Labitolosanum*. Si nos atenemos a la datación de la figura de Marco Clodio Flacco, podremos afirmar que *Labitologa* fue promocionada políticamente con la concesión del estatuto municipal con anterioridad a la fecha propuesta de 110-120 d. C.⁷⁸ Destacaremos, por último, la variación gráfica presente en el nombre de la ciudad: *Labitologa* por *Labitolosa*. De su significado y utilización hablaremos en líneas posteriores.

c. Dedicatoria a Sexto Junio Silvino

(A en la Fig. 4, Lám. 16)

Junto al muro oeste apareció caído en el suelo otro de los bloques epigráficos que estaban expuestos en el interior del edificio. Es de brecha caliza rosácea. Su posición originaria debía de estar sobre uno de los zócalos sitos al lado de esa misma pared, quizás sobre el n.º 6, todavía sin exhumar. Mide 94,5 cm de altura por 62 de anchura por 62 de grosor. El campo epigráfico, que mide 78 cm de altura por 47 de anchura, está rodeado por un marco moldurado. Fue realizado en capitales cuadradas. Las más altas son las de la línea 1 (5,6 cm) y las más pequeñas las de la quinta (4,2 cm).

Sex(to)» Iunio / Siluino, / ex» test(amento) / Corneliae / Neillae, / hered(es)» eius.

Traducción: A Sexto Junio Silvino, por disposición testamentaria de Cornelia Neilla, los herederos de ésta (lo hicieron).

La fórmula dedicatoria, la dedicante y las características morfológicas de este epígrafe son similares al presentado en primer lugar, junto al que fue realizado durante el reinado de Adriano. El *cognomen* del dedicado permite suponer que se trata del mismo personaje al que se erigió la deteriorada base descubierta en 1991.⁷⁹

⁷⁷ Otra posibilidad es que hubiera ocupado ya alguna magistratura local, sin que tal circunstancia fuera expresada.

⁷⁸ Sobre este problema véase nuestro comentario *supra*.

⁷⁹ *Labitologa* 1991, pp. 247-249; gracias a esta identificación, el epígrafe descubierto en 1991 puede ser restituido del modo siguiente: [Sex(to) Iunio] / Siluino/ G(aius) Grattius / Senilis, amic[o].

Más datos en P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN BOTAYA, M. NAVARRO CABALLERO, *loc. cit.*, 1995, pp. 107-130.



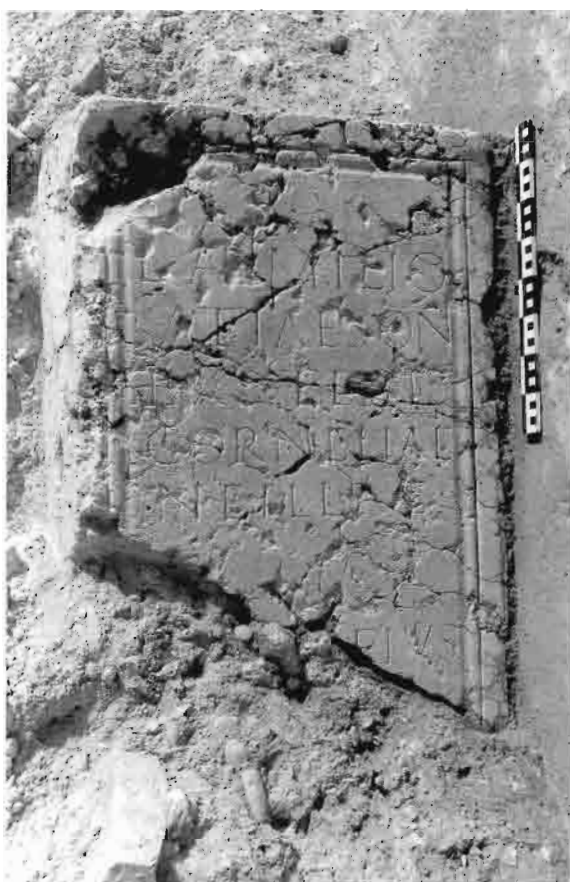
Lám. 16. La dedicatoria a *Sextus Iunius Siluinus* (A en la figura 4).

d. Dedicatoria a Lucio Emilio Attaeso

(B en la Fig. 4, Lám. 15)

El texto está inscrito de nuevo sobre un bloque de brecha caliza rosácea, que apareció desplomado junto al muro norte del edificio. Su ángulo inferior izquierdo había desaparecido, aunque pronto pudimos comprobar que se trataba del fragmento epigráfico que había sido exhumado durante la campaña de 1993, a poca distancia del lugar de aparición del presente pedestal.⁸⁰ La reunión de los dos fragmentos permite reconstruir el paralelepípedo, cuyas dimensiones son muy similares a las del precedente: aproximadamente 90 cm de altura por 55 cm de anchura y 44 cm de grosor. El campo epigráfico, de nuevo rodeado por un marco moldurado, mide 76 cm de altura por 44 cm de anchura. La factura (capitales cuadradas) y las medidas de las letras también son muy semejantes a las del epígrafe anterior, ya que ambos fueron realizados al mismo tiempo. La altura máxima se alcanza en la línea 1 con 5,3 cm y la mínima en las líneas 3 a 6 con 4,5 cm.

⁸⁰ *Labitologa* 1993.



Lám. 15. La dedicatoria a *Lucius Æmilius Attaeso*
(B en la figura 4).

L(ucio) Æmilio / Attaeso[ni], / ex test(amento) /
Corneliae / Neillae, / hered(es) eius.

Traducción: A Lucio Emilio Attaeso, por disposición testamentaria de Cornelia Neilla, los herederos de ésta (lo hicieron).

Otro habitante de *Labilosa*, llamado *Lucius Æmilius Attaeso*, recibió la dedicatoria *ex testamento* de *Cornelia Neilla*. El *cognomen* formado por la raíz *Atta* permite suponer que era un ciudadano romano de origen indígena,⁸¹ lo mismo que la dedicante, cuyo

⁸¹ *Atta*, *ata*, *atia* significa 'padre' en varias lenguas indoeuropeas, incluso en vasco (*aita*): cf. A. HOLDER, *Alt-Celtischer Sprachschatz*, I, col. 273-275; M. L. ALBERTOS FIRMAT, *La onomástica personal primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1967, pp. 39-42, sigue la teoría tradicional, que interpreta *Atta* como el balbuceo infantil de 'padre'. *Atta* fue utilizado como antropónimo simple o compuesto, esto es, añadiendo a la raíz *Atta* determinados sufijos. Obsérvese que el sufijo utilizado, *-aeso*, es idéntico al nombre de una ciudad no muy alejada de *Labilosa*, *Aeso*, hoy Isona, Lérida.

cognomen también podría proceder de una lengua local.⁸²

e. Inscripción de *Cornelia Neilla*
(C en la Fig. 4, Lám. 17)

Con el texto precedente, ya son tres las dedicatorias erigidas por los herederos de *Cornelia Neilla*, sin que en ninguna de ellas aparezcan inscritos sus nombres. Las personas que entraban en el edificio debían de poder conocer su identidad a través de otros pedestales epigráficos. Precisamente a uno de ellos pertenecía el fragmento que surgió justo delante del bloque epigráfico dedicado a Marco Clodio Flacco. He aquí el texto que puede leerse en el neto de brecha caliza rosada, que ha perdido la parte superior e inferior y, con ellas, respectivamente el inicio y el final del campo epigráfico. Las dimensiones del fragmento conservado son 47 cm de altura, 46,5 de anchura y 46 de grosor. Las letras, capitales cuadradas, alcanzan los 4,7 cm de altura máxima en las líneas 1 a 4. Las de la línea 5 miden 4,4. Marco molurado.

- / Corne[li]ae / Neillae, / Corne[li]us / Philemon /
et Clodia / [-]+++[-] / -

Traducción: — A Cornelia Neilla, Cornelio Philemon y Clodia [—] [sus herederos le dedicaron (esta estatua)].
Otra versión posible sería: [A [—], por disposición testamentaria] de Cornelia Neilla, Cornelio Philemon y Clodia [sus herederos (hicieron)].



Lám. 17. La inscripción fragmentaria de *Cornelia Neilla* (C en la figura 4).

⁸² A. MÓCSY *et alii*, *Nomenclator provinciarum Europae Latinarum et Galliae Cisalpinæ cum indice inuerso* (Dissertationes Pannonicae, III, 1), Budapest, 1983, p. 199.

Cornelius Philemon y *Clodia* [—] eran probablemente los herederos de *Cornelia Neilla*, encargados de erigir las estatuas de los notables labitolosanos anteriormente mencionados, en cumplimiento de las disposiciones testamentarias de la citada difunta. Ambos realizan conjuntamente la función de dedicantes y de *heredes* de la tan mencionada labitolosana, lo que hace suponer que entre ellos existió una fuerte unión, tal vez matrimonial.

Entre los escombros del edificio aparecieron numerosos fragmentos epigráficos pertenecientes a placas marmóreas o a dados. Entre todos ellos, destacaremos aquel sobre el que se puede leer la palabra *flamini*.⁸³ He aquí la segunda mención de un receptor de los honores locales labitolosanos. Recordemos que el primero y hasta ahora el único era Marco Clodio Flacco.

II. 6. La cronología: las dos construcciones sucesivas

II.6.1. El edificio del Genio municipal

La nueva inscripción en honor de *Clodius Flaccus*, descrita en líneas anteriores, aporta un importante dato cronológico que debe ser asociado con el monumento del Genio municipal. El citado personaje, autor de la dedicatoria al Genio, fue inscrito en la lista de jueces de las cinco decurias por decisión del emperador Adriano, tras ejercer una carrera municipal completa y antes de entrar a formar parte del orden ecuestre. Puesto que fue él quien ordenó erigir la estatua del Genio, es bastante probable que también mandara construir el edificio que la protegía. De todas maneras la posición del pedestal evidencia que la instalación de la estatua se efectuó inmediatamente después que la construcción del edificio. Si *Flaccus* realizó esta donación a comienzos de su carrera municipal, la obra podría datarse probablemente a finales del gobierno de Trajano o a comienzos del de Adriano. Sin embargo, no se puede descartar totalmente la hipótesis de una construcción posterior a su regreso del servicio en el ejército, es decir hacia final del reinado de Adriano.

El aporte epigráfico es muy útil ya que la estratigrafía del edificio no es enteramente satisfactoria. En primer lugar, el estrato correspondiente al final de

la primera ocupación (UE 07017) se detecta fácilmente en el vestíbulo, puesto que el suelo de *opus signinum* no existe; sin embargo, éste ha podido ser alterado por los agricultores modernos. Incluso no es del todo imposible que se produjera un arrasamiento con la consiguiente retirada de los últimos niveles antes de colocar el suelo del vestíbulo. Por otra parte, tenemos que tener en cuenta que los fósiles directores hallados no son muy numerosos y que, además, su cronología es algo imprecisa. Los materiales más tardíos recogidos en este estrato de arrasamiento anterior a la construcción del monumento (UE 07017) son una docena de fragmentos de cerámica *sigillata* hispánica pertenecientes a dos vasos, los dos probablemente de forma Drag. 37. Desgraciadamente, estas piezas tienen una cronología muy amplia, ya que las primeras aparecen en época flavia,⁸⁴ aproximadamente hacia el año 70 d. C., y continúan fabricándose todavía un siglo más tarde, durante la segunda mitad del siglo II d. C.⁸⁵ No obstante, la calidad de la pasta y del barniz y los temas decorativos no permiten atribuirles una datación posterior al primer cuarto del siglo II.

Las conclusiones extraídas de los restos arqueológicos se complementan con aquellas deducidas de los datos epigráficos. En líneas anteriores hemos propuesto a modo de hipótesis que la donación evergética de Clodio tuvo lugar a comienzo de su *cursus* municipal.⁸⁶ La excavación avala tal elección. Los fragmentos de las vasijas Drag. 37 que fechan la disposición del suelo en *opus signinum* del vestíbulo son probablemente muy anteriores al 125 d. C. La década 110-120 d. C. concuerda con los datos epigráficos y ceramológicos, de ahí que sea ésta la fecha que atribuyamos a la construcción del edificio labitolosano consagrado al Genio municipal.

II.6.2. La construcción anterior

Las unidades estratigráficas 07041 y 07042 corresponden a la fase inicial de ocupación del paraje. En este lugar existió en un principio un edificio cuyos muros estaban hechos con piedras y tierra (UE

⁸⁴ Debido a que los punzones que aparecen en las formas 37 los tenemos también en las formas 29 (tanto en piezas como en moldes), no hay que descartar el adelanto del inicio de su producción hacia los años 60 como afirma T. GARABITO, *op. cit.*, p. 44 y ss.

⁸⁵ F. MAYET, *Les céramiques sigillées hispaniques. Contribution à l'histoire économique de la Péninsule ibérique sous l'Empire romain*, Paris, 1984.

⁸⁶ Cf. *supra*.

⁸³ Sobre las características de dicho epígrafe, así como de otros fragmentos de inscripción, véase de nuevo P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN, M. NAVARRO, *loc. cit.*, 1995, p. 121.

07013, 07018, 07022 y 07023) y cuyos suelos recibieron varias preparaciones (UE 07016, 07020 y 07021). Su primer nivel de ocupación está representado por los estratos que reposan directamente sobre el suelo virgen (UE 07041 y 07042). La destrucción de esta primera y tosca construcción corresponde a un nivel rico en fragmentos de pintura (UE 07017).

El mobiliario arqueológico recogido es escaso, pero el hallazgo de algunos fragmentos de cerámica *sigillata* itálica en los primeros niveles (UE 07041 y 07042) permite considerar que este edificio fue construido en época augustea, posiblemente entre el 10 a. C. y el 10 d. C. en razón de la presencia de formas del servicio II de Haltern (Conspectus 19 y 22.1-3). Su ocupación duró aproximadamente un siglo puesto que, como se ha visto, fue arrasado hacia el 110-120 d. C. para edificar en su lugar el monumento al Genio municipal. Del resto del material poco se puede decir, si exceptuamos la presencia de un pequeño fragmento de la forma Mayet XXXIV o «cáscara de huevo», de similar cronología.

II.7. El edificio del Genio del municipio: ¿templo y curia?

Templum Genii municipii Labitulosani

En líneas anteriores hemos insistido en el hecho de que el pedestal que sostuvo la estatua del Genio municipal ocupa una posición preeminente dentro del interior del edificio: en el medio del muro posterior de cierre, culminación del eje longitudinal que se inicia en el centro de la puerta. Tal ubicación solía estar ocupada por la estatua cultural de un templo, lo que indica que la primera misión de la construcción labitulosana era la de albergar la efigie o *simulacrum* de la personificación religiosa de la ciudad.⁸⁷ Nos hallaríamos, por tanto, ante un templo en honor al Genio del municipio.

Desgraciadamente, pocos son los edificios con los que poder avalar dicha interpretación. Ciertamente existen numerosas dedicatorias al Genio de la ciudad,⁸⁸ descubiertas principalmente en las provincias africanas e hispanas, pero no se sabe, salvo muy escasas excepciones, el tipo de monumento en el que

estuvieron expuestas.⁸⁹ Sólo conocemos tres excepciones y ninguna de ellas es hispana: son las de Tizirt⁹⁰ y Timgad⁹¹ en el norte de África y la de Philippoi en Macedonia.⁹² Su originalidad se basa en el hallazgo de la dedicatoria al Genio de la ciudad dentro del propio monumento al ser exhumado.

Junto a estos paralelos arquitectónicos, debemos presentar ciertos epígrafes que, si bien no están arqueológicamente relacionados con un edificio, su texto alude a la construcción religiosa que estudiamos. Como lo hicieran las de Tizirt y Timgad, otras quince inscripciones aproximadamente mencionan un edificio consagrado al Genio bajo la denominación *templum* o *aedes*.⁹³ Todos los epígrafes excepto uno provienen de las provincias africanas, pero precisamente esa excepción es hispana, ya que apareció en la lusitana Bobadella.⁹⁴

Las referencias literarias al respecto son mucho más escasas: sólo se conocen dos alusiones de Amiano Marcelino sobre el templo del Genio de Alejandría.⁹⁵

Los datos arquitectónicos se completan con otros relativos al culto del Genio de la ciudad: dos

⁸⁹ A través de los *corpora* hispanos se pueden llegar a conocer alrededor de 15 inscripciones cuyo dedicado era el Genio cívico, pero su procedencia arquitectónica exacta es desconocida: *CIL* II, 401, 1060, 1346, 1356, 1362, 2006, 2034, 2069, 2186, 2193, 3228, 3408, 4071; 5068; *ILER*, 568; *AE*, 1950, 216, y *HEp.*, 2, 30.

⁹⁰ M. EUZENNAT, «L'histoire municipale de Tizirt. Rusuccuru colonia et municipium», *MEFR*, LXVII, 1955, pp. 139-141. *CIL*, VIII, 8995: *Genio Municipii Rusuccuritanii / C(aius) Iulius Rustici fil(ius) Quir(ina) Felix Rusuccuritanus / decurio ab ordine allectus praefectus pro Iluiris / atque ab ordine electus, Iluir(um) item Iluiru(m) q(uin)q(uennalium), / flamen Augg(ustorum III), augur perpetuus, deposita ad sollum domo sua ueteri templum et statuam sua pecunia fecit et dedica[uii].*

⁹¹ S. TOURRENC, «La dédicace du temple du Génie de la colonie de Timgad», *Antiquités Africaines*, 2, 1968, pp. 197-220: *Genio coloniae Aug(usto) sacrum / [M(arco) Luceio Tor]q(uato Bassiano leg(ato)) Aug(usti) [pr(o) pr(aetore) co(n)s(ule) des(ignato) pat(rono) / col(onia)] dedic(ante), ob honor(em) fl(amonii) perp(etui) M(arci) Publici(i) C(aii) fil(ii) Pap(iria) Candidi, C(aius) Publicius C(aii) fil(ius) P(apiria) Veranus frater eius super (sestertium decem millia) legit(imam) promissis amplius (sestertium uiginti millibus) ampliata pec(unia) ex (sestertium sexaginta quattuor millibus quingentis) aedem a solo cum statua fec(it).*

⁹² P. COLLARD, *Philippes, ville de Macédoine, depuis ses origines jusqu'à la fin de l'époque romaine*, Paris, 1937, p. 336.

⁹³ E. DE RUGGIERO, *op. cit.*, p. 472.

⁹⁴ *CIL*, II, 401: *Genio municipi templum / C(aius) Cantius Modestinus / ex patrimonio suo*. Esta inscripción ha sido objeto de un reciente estudio por V. MANTAS, «Evergetismo y culto oficial: o constructor de templos C. Cantius Modestinus», *Religio Deorum (Tarragona, 1988)*, Sabadell, 1992, pp. 227-250.

⁹⁵ *Amm. Marc.*, XXII, 11, 7, y XXIII, I, 6.

⁸⁷ Sobre la figura del Genio de la ciudad, su culto y su iconografía: J. TOUTAIN, *Les cultes païens dans l'Empire romain*, Paris, 1905; W. F. OTTO, *Genius*, *RE*, 7, 1910, col. 1155-1170; H. KUNCKEL, *Der römische Genius*, Heidelberg, 1974.

⁸⁸ E. DE RUGGIERO, *Dizionario epigrafico di Antichità romana*, Rome, 1961, s. v. *Genius*, III, pp. 469-473.

inscripciones halladas respectivamente en *Ostia* y en *Obulco*, ciudad de la Bética,⁹⁶ mencionan a los sacerdotes del Genio, ambos denominados *sacerdos*.

Evidentemente, la dedicatoria al *Genius* descubierta en la ciudad prepirenaica hispana no ofrece tanta información. A pesar de todo, creemos que las similitudes del edificio labitolosano y de dicha inscripción con los ejemplos citados en líneas anteriores permiten afirmar que los restos exhumados formaban parte del *templum* dedicado al *Genius municipii Labitulosani*.

Et templum ordinis

La estatua del Genio del municipio no debió de estar sola dentro del edificio. Recordemos la extraordinaria galería de retratos que se exponía adosada a sus paredes internas.⁹⁷ La presencia de dicho conjunto honorífico es la gran singularidad del edificio labitolosano, ya que no tiene parangón en los citados templos del Genio cívico descubiertos en Philippoi, Timgad o Tizirt. Para poder hallar dentro de una construcción romana un ciclo comparable, hay que buscar en el interior de las basílicas, curias y algunas galerías forales, aunque rara vez las estatuas y los pedestales descubiertos en el interior de dichos edificios alcancen el número de los del monumento estudiado.

Ciertamente, es extraño encontrar en el interior de un templo un ciclo honorífico como aquel ante el que nos hallamos. La sacralidad de dicho espacio no concuerda con la exposición pública de los homenajeados, que implica su posición en un lugar frecuentado. La solución, acorde con los paralelos descubiertos en otros edificios, es pensar que, además de su función religiosa, el templo del Genio municipal albergó diferentes tareas relacionadas con la administración de la ciudad, en las que podían estar implicados los personajes representados en las estatuas que lo decoraban. Nos referimos a las reuniones del consejo decurional.⁹⁸

⁹⁶ *CIL*, XIV, 373, y *CIL*, II, 2126 respectivamente.

⁹⁷ Cf. *supra*.

⁹⁸ Una hipótesis similar fue propuesta para explicar el ya citado templo de Tizirt: «le temple de Tizirt, dédié comme il convient au Génie local, est, en réalité, la curie du municipe de *Rusuccurru*», M. EUZENNAT, *loc. cit.*, pp. 139-140. Pero las reducidas dimensiones de su *cella* (la superficie interna es inferior a los 30 m²) dificultan tal interpretación. Además, la población exhumada en Tizirt era probablemente sólo un *pagus*: según J.-P. LAPORTE, *loc. cit.*, el centro político del municipio de *Rusuccurru* se hallaba en Dellys, a 20 km de la primera localidad mencionada; consecuentemente, el foro de la ciudad con su respectiva curia tenía que estar también en Dellys y no en Tizirt.

La sala principal del edificio labitolosano ofrece el espacio necesario para poder servir de *aula* donde llevar a cabo los consejos decurionales. El interior del edificio mide 100 m², de los que si eliminamos el espacio ocupado por los pedestales obtendríamos 60 m², en los que bien pudieron reunirse los aproximadamente sesenta decuriones que tendría la ciudad.⁹⁹ Una objeción a este argumento es la ausencia de restos o marcas de las gradas y de la tribuna. Pero estos elementos pudieron ser de madera y, por tanto, móviles, como en la curia de Timgad, donde tampoco hubo gradas laterales de obra.¹⁰⁰ A los pies del *Genius municipii Labitulosani*, que presidía la asamblea, podía colocarse un pequeño estrado de madera para el magistrado o el decurión que estuviera en el uso de la palabra; los decuriones se sentarían en hileras de sillas (tres a cada lado) que bordearían los pedestales de los muros laterales.

La planta y las dimensiones del edificio labitolosano se integran perfectamente en el modelo constructivo definido por J.-Ch. Balty y denominado *templum ordinis*,¹⁰¹ cuyo mejor exponente es la curia de Timgad. Tal construcción tiene la misma estructura que la de *Labitolosa* y, además, conserva en su interior seis pedestales honoríficos.

Creemos, por tanto, que el *ordo decurionum* de *Labitolosa* se reunía en el templo del *Genius municipalis* bajo la protección de tal alegoría cívica. El *templum Genii* se convertía así en el *templum ordinis*.¹⁰² Sin embargo, tal afirmación encuentra comparaciones divergentes: algunas ciudades tuvieron dos edificios diversos para albergar de forma independiente cada una de las funciones que atribuimos al de *Labitolosa*.¹⁰³

⁹⁹ La *lex Irnitana*, rúbrica XXXI, especifica el número mínimo de decuriones que debía tener la ciudad de Irni: 63 decuriones. J.-Ch. BALTU, *Curia ordinis. Recherches d'architecture et d'urbanisme antiques sur les curies provinciales du monde romain*, Bruselas, 1991, pp. 191 y 409, ha calculado la superficie de las salas que él interpreta como curias: 100 m² es la media.

¹⁰⁰ J.-Ch. BALTU, *op. cit.*, pp. 73-79

¹⁰¹ J.-Ch. BALTU, *op. cit.* Su mejor exponente es la curia de Timgad.

¹⁰² Recordemos que la curia nace en Roma como un *templum*, un lugar sagrado unido al *comitium*. Cf. P. GROS, M. TORELLI, *Storia dell'urbanistica. Il mondo romano*, Roma-Bari, 1988, pp. 34-35 y 83.

¹⁰³ En Philippoi, el *templum Genii* se halla en uno de los laterales del foro y la curia en otro; R. BARTOCCINI, «La curia di Sabratha», *Quad. arch. Libia*, I, 1950, pp. 43-45, identificó la curia. El argumento utilizado fue la presencia en su interior de un graderío, uno de los pocos que se conocen en el Imperio. J.-Ch. BALTU, *op. cit.*, pp. 42-47, adopta dicha interpretación. Esta separación es aún más radical en Timgad y en Tizirt.

Estos ejemplos obligan a ser prudentes y a considerar que, a pesar de las obvias diferencias existentes entre nuestra pequeña ciudad prepirenaica y las citadas colonias militares, bien pudo tener *Labitulosa*, como ellas poseyeron, dos edificios diversos: un *templum* al Genio municipal, el que ahora estudiamos, y una curia independiente.

La continuación de la excavación con sus consiguientes descubrimientos podría permitir un día afirmar que el edificio exhumado en 1994 sirvió al mismo tiempo de templo al Genio municipal y de curia. Pero, desgraciadamente, nunca conseguiremos conocer la estructura completa del foro. Su parte meridional — con ella los edificios públicos que la delimitaban por este sector — fue destruida en las labores agrícolas de aterrazamiento del Cerro del Calvario.

II.8. ¿El primer foro?

Los cuatro muros descubiertos bajo el vestíbulo del edificio del Genio pertenecen a dos piezas de largura similar. El muro que las cierra al sur tiene la misma orientación que el que habíamos descubierto en 1992¹⁰⁴ un poco más al este y es igualmente augusteo. De esta misma época son también un pilar¹⁰⁵ y otro muro que, al igual que el precedente, está construido en *opus quadratum*.¹⁰⁶ Por último, una explanada regularizada igualmente en época augustea fue parcialmente excavada en 1991.¹⁰⁷

No ha sido identificado ningún edificio, pues las citadas estructuras están aisladas unas de otras. Además, las diferencias de nivel presentes en sus suelos hacen que su interpretación sea difícil. Los de las estancias sitas bajo el vestíbulo están a 598,50 m de altitud, la explanada ubicada delante del muro este a 598,35 m y el suelo colindante al gran muro suroeste a 596,12 m. Sin embargo, la presencia de los dos poderosos muros en *opus quadratum*, diferentes a todos los otros de esta época, formados por sillarejos mal tallados trabados con tierra,¹⁰⁸ nos hace pensar en su pertenencia a dos grandes edificios del primer centro cívico y religioso de la ciudad. El primer foro de la ciudad debió de realizarse durante la primera organización y construcción urbana que tuvo lugar en época augustea.

III. EL MUNICIPIO DE *LABITULOSA*: CERTEZAS E INTERROGANTES

Al final de las cuatro campañas de excavación, el conocimiento de esta pequeña ciudad pirenaica ha cambiado por completo. Pero los extraordinarios descubrimientos realizados en 1994 nos obligan a plantear un buen número de nuevas cuestiones que debieran encontrar sus correspondientes explicaciones no sólo en las próximas campañas de excavación sino también en la prospección del territorio circundante.

III.1. Las aportaciones de la excavación: el municipio de *Labitulosa* y sus notables en la época de Adriano

Los hallazgos que se han producido gracias a las cuatro campañas de excavación han aumentado considerablemente el corpus epigráfico labitolosano. Cuando comenzamos nuestras tareas arqueológicas se conocían tres inscripciones. En la actualidad, el número se eleva a treinta y dos. Elementos diversos y variados de lo que fue la vida de *Labitulosa* aparecen ante nuestros ojos expresados en dichos textos, fundamentalmente en los epígrafes públicos. La conjunción de todos los datos que ellos expresan permite ampliar nuestro conocimiento sobre la historia y la organización política de la ciudad en general y sobre su *status* en particular. Destacaremos los descubrimientos epigráficos de 1994, que aumentan ostensiblemente la información existente sobre la elite labitolosana, antes reducida a cuatro nombres.

III.1.1 *Labitulosa* y *Labitulosa*

No podemos dejar de citar las dos variedades del nombre de la ciudad: *Labitulosa* y *Labitulosa*.¹⁰⁹ La versión *Labitulosa* nace del primer pedestal descubierto en el Cerro del Calvario.¹¹⁰ La segunda versión, *Labitulosa*, surge de la mención *municipi Labitulosani* inscrita en el pedestal del *Genius municipalis* descubierto este año. Evidentemente, se emplearon las dos grafías y, además, casi de forma contemporánea.¹¹¹

¹⁰⁴ *Labitulosa* 1992, p.1 00.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 100.

¹⁰⁶ *Labitulosa* 1991, pp. 250-257.

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 276-283.

¹⁰⁸ Por ejemplo al sudoeste, bajo las termas, y al sudeste (*Labitulosa* 1991, pp. 162-294).

¹⁰⁹ Sobre este tema, véase el estudio detallado en P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN BOTAYA, M. NAVARRO CABALLERO, *loc. cit.*, 1995, p. 126.

¹¹⁰ *CIL*, II, 3008 = 5837; cf. nota 2.

¹¹¹ La explicación lingüística y sus paralelos en P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN BOTAYA, M. NAVARRO CABALLERO, *loc. cit.*, 1995, pp. 126-127.



Lám. 18. La primera inscripción que menciona a *Labitolosa* (CIL, II, 3008 = 5837), custodiada en el Museo Provincial de Zaragoza (Foto: Museo de Zaragoza). La *O* de *Labitolosa* se conserva incompleta en la última línea.

III.1.2. La historia política de la ciudad

A la hora de reconstituir la historia de *Labitolosa*, junto a los datos ya sabidos debemos tener en cuenta los nuevos elementos conocidos gracias a la campaña de 1994: la identificación y cronología del monumento foral y contenido de los textos epigráficos. El descubrimiento en 1992 del segundo pedestal erigido en honor de Marco Clodio Flacco provocó nuestra primera reflexión sobre la evolución política de la ciudad en general y sobre su promoción jurídico-política en particular.¹¹² Los nuevos datos arqueológicos y epigráficos, si bien no resuelven de forma definitiva el problema, avalan con fuerza las hipótesis expuestas en el citado estudio.¹¹³

Sin cerrar totalmente la puerta a otras soluciones que pudieran ser aportadas por posteriores hallazgos, concluiremos diciendo que la mayoría de

¹¹² M. NAVARRO, *loc. cit.*

¹¹³ El análisis pormenorizado de las diversas fuentes ha sido expuesto en P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN BOTAYA, M. NAVARRO CABALLERO, *loc. cit.*, 1995, pp. 107-130.

los datos extraídos de las citadas fuentes parece indicar que *Labitolosa* recibió el derecho latino gracias a la donación general realizada por Vespasiano. La promoción política municipal pudo llegar más tarde, aunque debamos recordar que a comienzos del siglo II d. C. ya la poseía.

III.1.3. La elite labitolosana de la primera mitad del siglo II d. C.

Gracias a los textos descubiertos en 1994, unidos a los elementos ya conocidos, podemos recrear una pequeña porción de la sociedad de un municipio hispano de la primera mitad del siglo II d. C. Ciertamente, los personajes que aparecen en los epígrafes no eran los más desfavorecidos económica y socialmente.

Entre los notables labitolosanos de la época, se hallaban personas procedentes de familias que poseían la ciudadanía romana desde antiguo. Es el caso de Marco Clodio Flacco, inscrito en la tribu *Galeria*, que llegó a ser caballero romano. A partir de la época flavia, el *ius Latii* permitiría a otras ricas familias labitolosanas obtener la ciudadanía romana tras la recepción por parte de sus representantes masculinos de los honores locales. Los *cognomina* de *Cornelia Neilla* y, sobre todo, de *Lucius Æmilius Attaeso* parecen atribuir un origen indígena a sus poseedores. Hasta la esfera oligárquica de la ciudad emergieron también algunos libertos enriquecidos, que heredaron el prestigio y el dinero de sus *patroni*. Es el caso de *Cornelius Philemon* y *Clodia* [—].

La situación de sus estatuas dentro de la supuesta curia es una prueba del importante papel político que pudieron ocupar en la ciudad. Estos personajes, cuya dedicatoria se exponía junto a la personificación de la ciudad, serían decuriones y, tal vez, antiguos magistrados, ya que parece extraño que el consejo permitiera erigir la estatua de un simple privado en el lugar sagrado donde tenían lugar sus reuniones.¹¹⁴

III.2. Los nuevos interrogantes y la orientación de las investigaciones

Los interesantes resultados de las primeras campañas nos obligan a plantear nuevos interrogantes. El primero tendrá como objeto el plano del *forum*. La dificultad de la interpretación de las ruinas conocidas

¹¹⁴ Sobre estos personajes, P. SILLIÈRES, M. Á. MAGALLÓN BOTAYA, M. NAVARRO CABALLERO, *loc. cit.*, 1995, pp. 107-130.

se basa en dos particularidades del terreno: su pendiente y su aterrazamiento posterior para usos agrícolas. En efecto, si bien es cierto que la ciudad antigua estaba aterrazada, las transformaciones efectuadas en época moderna cambiaron totalmente la primitiva organización romana. Las nuevas terrazas agrícolas son más estrechas que las romanas. Esto hace que el intento de restitución de la disposición antigua sobre la que se fundamenta la disposición de las terrazas actuales sea complicado. Así, por ejemplo, la parte de la pendiente ocupada por las construcciones que se prolongan hacia el este del edificio del Genio ha sido reutilizada mediante tres terrazas modernas. La comprensión del plano del centro monumental y todo intento de restitución del foro imponen la búsqueda de los muros primitivos para determinar la amplitud de los espacios y, sobre todo, para precisar la altitud de las diferentes explanadas sobre las que se alzaban los edificios.

La cuestión del catastro urbano es otro de los temas que debe ser tenido en cuenta. En primer lugar, hay que comprobar si la aglomeración urbana fue implantada realmente respetando los mismos ejes ortogonales. Por el momento, no lo parece. Las direcciones ortogonales que proporcionan los muros conocidos muestran que existen diferencias evidentes en la orientación de los muros augusteos y en las construcciones posteriores, lo mismo que entre la zona de las termas y en el foro. Pero la orientación de las termas también es diferente a la del monumento al Genio del municipio. Parece bastante posible que, siguiendo un proyecto groseramente ortogonal cuyas direcciones aproximadas eran norte-sur/este-oeste, las orientaciones fueran ligeramente modificadas tanto en el tiempo, entre la época augustea y las posteriores, como en el espacio, entre una terraza y otra. La extensión de la excavación permitirá controlar y comprobar estas afirmaciones y precisar las primeras observaciones. Pero la investigación de los ejes de las calles también es indispensable para comprender la organización urbana. Será necesario por tanto estudiarlos lo antes posible.

La excavación de las termas ha traído consigo una nueva cuestión arqueológica: el modo como el agua llegaba a la ciudad, ya que ninguna fuente de importancia existe en los alrededores inmediatos del lugar. Para resolverla, habrá que preguntar al terreno sobre la existencia del trazado de un acueducto; de ahí que debamos emprender a este respecto una investigación inmediata al norte del edificio termal.

Por último, debe abordarse el problema de la muralla. No es del todo seguro que la ciudad tuviera un recinto amurallado, pero es indispensable contestar a esta pregunta con una prospección y una serie de sondeos en la zona periférica de la aglomeración urbana.

Además, la prospección pretenderá descubrir las fuentes económicas de la ciudad, sustento de las riquezas de sus notables. Tras un simple examen del paisaje actual, se pueden evocar las siguientes: la agricultura del trigo y vid en el somontano, es decir, en los valles del Ésera y del Cinca y en los valles internos como el de La Puebla de Castro; la ganadería, con la trashumancia hacia la montaña; la posible explotación de las rocas y de los minerales; es posible suponer también la existencia en la ciudad o sus inmediaciones de artesanos que trabajaran en las producciones cerámicas destinadas a la construcción y a las vajillas comunes, como por ejemplo las cerámicas engobadas, a las que ya nos hemos referido anteriormente. Incluso podemos hablar de salazones de carne, puesto que la sal abunda en la zona.¹¹⁵ En definitiva, el análisis del territorio circundante con una prospección sistemática será imprescindible para intentar descubrir los diferentes testimonios de las actividades que llevaron a cabo los antiguos labitulosanos y completar así los datos extraídos de la excavación.

¹¹⁵ Los estratos salinos son muy frecuentes al oeste de La Puebla de Castro y sobre todo en el valle del río Cinca. Una importante salada se halla además a los pies del Cerro del Calvario, la cual usaban los habitantes de La Puebla para extraer la sal hasta hace apenas medio siglo.

Excavaciones en el solar del Círculo Católico (Huesca): un fragmento de la ciudad sertoriana

M.^a Nieves Juste Arruga

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es presentar un avance de los resultados obtenidos en la última fase del trabajo de campo de las excavaciones efectuadas en el solar del Círculo Católico. Dada la amplitud de las excavaciones y las dificultades de índole económico para acometer el estudio global del yacimiento, en espera de que éste se efectúe, considerando el interés de los restos y la información disponible es posible presentar una primera aproximación al conjunto.

Este artículo se va a centrar de forma primordial en los niveles ibero-romanos y romano-imperiales del solar, con una visión más generalizada de las ocupaciones culturales restantes.

El denominado solar del Círculo Católico, de propiedad municipal, está situado en pleno casco antiguo de la ciudad de Huesca, en el interior del recinto amurallado medieval y en un entorno de gran trascendencia histórico-urbanística para Huesca, como es el ámbito de San Pedro el Viejo. Topográficamente ocupa la ladera media oriental del cerro donde se asienta la ciudad histórica y abarca gran parte de una manzana entre las calles Santos Justo y Pastor, Costanilla de Arnedo, Travesía de la Conquista y plaza de los Fueros.

Las excavaciones se iniciaron en 1991, mediante una primera campaña desarrollada entre 1991-1992, a cargo del Convenio de Excavaciones entre la Diputación General de Aragón y el Ayuntamiento de Huesca. En esta campaña los primeros restos descubiertos ya auguraban los importantes resultados que el solar encerraba (TURMO, 1992).

En 1993 se reanudaron los trabajos hasta su finalización. Se han desarrollado ininterrumpidamente entre 1993 y comienzos de 1995, financiados por el Ayuntamiento de Huesca y efectuados gracias a la acción conjunta de las Áreas de Cultura y Urbanismo. La trascendencia de los restos hallados (JUSTE, 1994) significó el compromiso del Consistorio de su salvaguarda e integración en el proyecto de urbanización, circunstancia por la cual tras la excavación fueron protegidos y cubiertos convenientemente para su correcta conservación.

I. ASPECTOS GENERALES HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICOS

Las fuentes históricas

Las fuentes estudiadas hasta la actualidad aportan algunos datos generales y concretos histórico-urbanísticos útiles para el encuadre del lugar y el estudio arqueológico. Las primeras menciones parten de las fuentes inmediatas a la reconquista, bien sea por la documentación cristiana o la referida por cronistas árabes como Al-Udri.

El ámbito se encuentra en el interior del recinto amurallado, al que se accede por la puerta de la Alquibla (calle Ramiro el Monje), que se irá configurando como un importante acceso a la ciudad, donde convergían distintos caminos y que conduciría al entorno de San Pedro el Viejo.

En época islámica, la zona que nos ocupa se integra probablemente, según documento del 1096

(HUESCA, 1797, p. 15; BALAGUER, 1946, p. 402), en el barrio mozárabe que se desarrolló en torno a la iglesia de San Pedro. Su existencia como iglesia visigótica, que contaba con baptisterio y cementerio, está documentada en el momento de la reconquista (BALAGUER, 1946, p. 402; NAVAL, 1980, p. 148). En las proximidades, las fuentes nombran otros enclaves específicos como una mezquita en el entorno de la plaza López Allué, citada en 1129 (DURÁN, 1965-1969, doc. 129; NAVAL, 1980, p. 121), o los baños de Albarel (BALAGUER, 1947, p. 29; NAVAL, 1980, p. 127; SÉNAC, 1990, p. 98).

A lo largo de la etapa medieval cristiana se configura con más claridad el barrio de San Pedro, una vez que se construye la nueva obra románica en el siglo XII, correspondiente a la fábrica actual, convertida en conjunto monacal benedictino dependiente de Saint Pons de Thomières. Cuenta entonces con las dependencias propias de su nueva función, con claustro levantado en 1158, necrópolis y otros servicios como un horno en la plaza (BALAGUER, 1946; DURÁN, 1965-1969, doc. 100; NAVAL, 1980, p. 416). En el entorno se establecen otras edificaciones singulares como la iglesia de San Salvador (calle San Salvador-Mártires) en el siglo XII (UBIETO, 1950, doc. 40; CASAS ABAD, 1883, p. 121; NAVAL, 1980, p. 426); la iglesia de San Vicente Bajo, en el siglo XII, probablemente sobre los restos de la mezquita citada antes (NAVAL, 1980, p. 485), o el mantenimiento de los baños de Albarel, al menos hasta mediados del siglo XII (BALAGUER, 1946, p. 29).

También se mencionan dos emplazamientos más relacionados con este solar: uno son las Tablas Altas (siglo XII) correspondientes al matadero y carnicerías de los cristianos, que parecen situarse en la calle Santos Justo y Pastor, con mucha probabilidad en este solar (DURÁN, 1956-1959, doc. 490; NAVAL, 1980, p. 454), cuyo edificio se mantuvo al menos hasta el siglo XIX. El otro enclave corresponde a la encomienda del Temple (siglo XIII), conjunto torreado compuesto por iglesia, cementerio y casa ubicado en la manzana oriental contigua al solar (DURÁN, 1965-1969, docs. 1348, 536, 575; CONTE, 1971).

Durante la etapa moderna las fuentes informan de diversas reformas en la iglesia de San Pedro, la de San Salvador, la encomienda del Temple, así como la reedificación de la iglesia del Espíritu Santo. También citan el establecimiento de nuevas edificaciones como la casa de Primicias de la catedral o de importantes casas solariegas como la de Otal o Vilanova (plaza de los Fueros) (NAVAL, 1980; NAVAL, 1981; HUESCA, 1797).

La etapa contemporánea supuso a finales del siglo XIX una intensa transformación urbanística de este ámbito por la remodelación del entorno de San Pedro y la apertura de la plaza López Allué, con la construcción del Mercado en 1871. Se derribaron las iglesias del Espíritu Santo, San Salvador y quizá, aunque no está suficientemente contrastado, la de San Vicente Bajo y a punto estuvieron de desaparecer los claustros de San Pedro. Entre finales del XIX y comienzos del XX se abrió la plaza de los Fueros derribando varias edificaciones y se subastó públicamente el edificio municipal del «macello» (Tablas Altas) en 1885, como circunstancias específicas que afectaron más directamente a este solar (NAVAL, 1980; CALVO, 1990).

Las fuentes arqueológicas

Precisamente es en el ámbito de la iglesia de San Pedro-plaza del Mercado donde se tienen las noticias historiográficas más antiguas sobre hallazgos arqueológicos. Así, los restos romanos de La Compañía-plaza del Mercado, entre ellos una gárgola de fuente romana (AYNSA, 1619; UZTARROZ, 1644; BALAGUER, 1955); el descubrimiento del sarcófago romano de Ramiro el Monje en la capilla de San Bartolomé de San Pedro (AYNSA, 1619) o los materiales romanos recogidos por V. de Lastanosa en la capilla de los Santos Justo y Pastor (UZTARROZ, 1644). Desde el siglo XVII hasta mediados del actual se van sucediendo noticias de diferentes hallazgos y descubrimientos con motivo de diversas obras en esta zona. Así, los enterramientos en sarcófagos en la plaza de San Pedro (UZTARROZ, 1643) o varios fustes de columna (CAÑARDO, 1909).

Cuando a partir de 1984 se inician las excavaciones sistemáticas en la ciudad, las actuaciones en este ámbito y sus proximidades permiten constatar la presencia de niveles arqueológicos de los primeros momentos de la ciudad.

La excavación del solar contiguo del Temple, al este del Círculo Católico, no sólo permite recuperar elementos adscribibles a la encomienda del Temple, como su necrópolis, sino que aporta niveles romano-imperiales, con la presencia de una gran cisterna pública (JUSTE, 1987; JUSTE y PALACÍN, 1989-1990). Las intervenciones en la iglesia de San Pedro permitieron constatar la existencia de un nivel romano bajo la capilla de los Santos Justo y Pastor y la documentación de la necrópolis medieval con sarcófagos en el atrio y parte de la plaza de la Iglesia, asentada sobre

nivel romano (TURMO, 1987, 1991). En las proximidades de este solar también se han documentado importantes hallazgos, de los que el más significativo es un muro de un edificio público de época ibero-romana de impecable construcción hallado en las excavaciones de la calle Desengaño-Doña Petronila (PALACÍN, 1991; JUSTE y PALACÍN, 1989-1990).

En conjunto, las actuaciones arqueológicas han venido a demostrar la extensión de la ciudad en este ámbito ya desde la etapa ibero-romana, así como un grado aceptable de mantenimiento de sus restos, que nos situaban inicialmente en el Círculo Católico ante amplias posibilidades arqueológicas.

II. LA EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA. ASPECTOS GENERALES

El solar del Círculo Católico abarca gran parte de la manzana determinada por las calles Santos Justo y Pastor, Costanilla de Arnedo, Travesía de la Conquista y plaza de los Fueros. Excepto en el lateral oeste y un tramo noreste, en el resto se halla exento y libre de edificaciones. El solar está orientado de norte a sur y cuenta con una superficie libre de 2.160 m². Este espacio ocupa topográficamente parte de la ladera meridional del cerro donde se asienta la ciudad, lo que le proporciona un amplio desnivel entre la zona norte y la sur de 3,60 m, circunstancia a la que se han adaptado las últimas edificaciones existentes.

El método arqueológico utilizado ha sido la excavación en área, teniendo como soporte inicial la cuadrícula parcelada en unidades de 2 x 2 m, para adaptar posteriormente este esquema a las diferentes unidades estructurales aparecidas. Previamente a la excavación manual se efectuaron sondeos mecánicos preliminares que, por las características topográficas del solar, delimitaron con bastante exactitud el área arqueológicamente fértil y demostraron un comportamiento heterogéneo del sustrato. El área fértil se documenta en la mitad norte; abarca un espacio aproximado de 900 m², que ha sido excavado en área a excepción de una banda de entre 2 y 3 m de anchura de protección de los edificios colindantes, algunos en mal estado.

Las zonas sur y sureste, coincidentes con las cotas iniciales más bajas del solar, que abarcan un área de 1.260 m², se han manifestado estériles; se ha documentado la aparición del suelo natural bajo las estructuras actuales. No obstante, ha sido sondeado completamente, hasta constatarse la presencia del suelo natural en toda su extensión.

Este comportamiento del solar es consecuencia de su configuración topográfica y de la instalación de los últimos edificios a varios niveles; cuentan además casi todos ellos con estructuras subterráneas de bodegas que provocaron en su día el desmantelamiento de los estratos arqueológicos anteriores, de forma parcial en la zona norte y total en la sur.

El área norte, donde se ha mantenido el contenido arqueológico, ha proporcionado una potencia estratigráfica media variable entre 2 y 3 m. Únicamente en el extremo sur de esta zona la potencia disminuye notablemente, entre 0,50 y 1 m. La completa secuencia estratigráfica manifiesta la ocupación continua de este solar desde la etapa ibero-romana a la romano-imperial, medieval y moderno-contemporánea. Los resultados obtenidos han sido notables, en particular respecto a los restos estructurales de la etapa ibero-romana, de gran trascendencia para la arqueología urbana oscense (Fig. 1).

III. LA OCUPACIÓN IBERO-ROMANA

Corresponde al momento inicial de la urbanización de este solar. Es el que ha aportado el núcleo arqueológico de mayor envergadura e interés de todo el conjunto (Fig. 1). Los restos cualitativa y cuantitativamente suponen una notable novedad en la panorámica de la arqueología oscense, de gran incidencia en el conocimiento del entramado y distribución urbana de esta época.

El conjunto arqueológico corresponde a una gran parte de una *insula*, limitada por tres calles, en cuyo interior se halla un edificio público identificado como un pequeño templo y una vivienda tipo *domus* (JUSTE, 1995) (Fig. 2).

Los restos se disponen abarcando de forma continua una superficie de unos 600 m² en la zona norte. A pesar de los deterioros sufridos por las sucesivas construcciones históricas, mantienen un núcleo suficientemente conservado para poder contar con una visión general del conjunto. La zona más deteriorada es toda el área oriental, donde los restos de esta época han desaparecido y quedan interrumpidos. En el sector norte y oeste los restos se introducen en el primer caso bajo la calle Santos Justo y Pastor y en el segundo bajo el testigo de protección y los edificios colindantes. En la zona sur alternan las áreas bien conservadas con otras desaparecidas o muy degradadas.

Las mayores afecciones del conjunto, aunque muy puntuales, se producen en la etapa medieval



Fig. 1. Vista general de la excavación, tomada desde el norte.

islámica por la reutilización o modificación de algunas de estas estructuras y posteriormente, en la ocupación moderno-contemporánea, por la práctica de construcciones subterráneas.

La *insula* descubierta se adapta grosso modo a los ejes norte-sur y este-oeste, teniendo en cuenta los intensos desniveles del terreno en ambas direcciones. Aunque se corresponden con una configuración reticular, ésta no es del todo regular, tendiendo a ampliarse en anchura al este. En la zona oeste cuenta con 19 m de ancho mientras que en el extremo este pasa de los 21 m, aunque por ser la zona más deteriorada no puede cuantificarse completamente. La longitud descubierta es de 18 m.

Los materiales que ofrecen los niveles fundacionales de estos conjuntos, así como las características constructivas, nos permiten datar su origen en la primera mitad del siglo I a. C., sin que podamos en este momento precisar más. Los resultados van apuntando con bastante similitud, tanto en materiales como en características constructivas, a los niveles estudiados en el solar de la Diputación Provincial de Huesca, datados en el primer tercio del siglo I d. C. (AGUILERA, 1987, p. 54). Sin perjuicio de que los

estudios detallados posteriores permitan fijar con mayor exactitud la cronología inicial de este conjunto, todo apunta a considerar este fragmento como perteneciente a la Huesca sertoriana.

Las calles

Se han descubierto tres, que limitan la *insula* por el norte, oeste y sur y que constituyen los primeros hallazgos viarios de la ciudad antigua (Fig. 2, A). Todas tienen en común el tratarse de infraestructuras de una gran calidad y esmero en la ejecución. La calzada se halla enlosada con grandes losas o bloques planos de caliza, que están bien ensamblados entre sí y sólidamente asentados sobre un lecho de gravas de 25 cm de potencia. Estas vías se adaptan a la configuración del terreno, que forma parte de la ladera baja meridional del cerro y que, aunque es la más suave, presenta una acusada pendiente en sentido norte-sur y este-oeste. Por ello, en los tres casos las calles manifiestan cierto desnivel con un grado de pendiente más o menos notable, circunstancia que a la vez favorecería la evacuación de aguas.

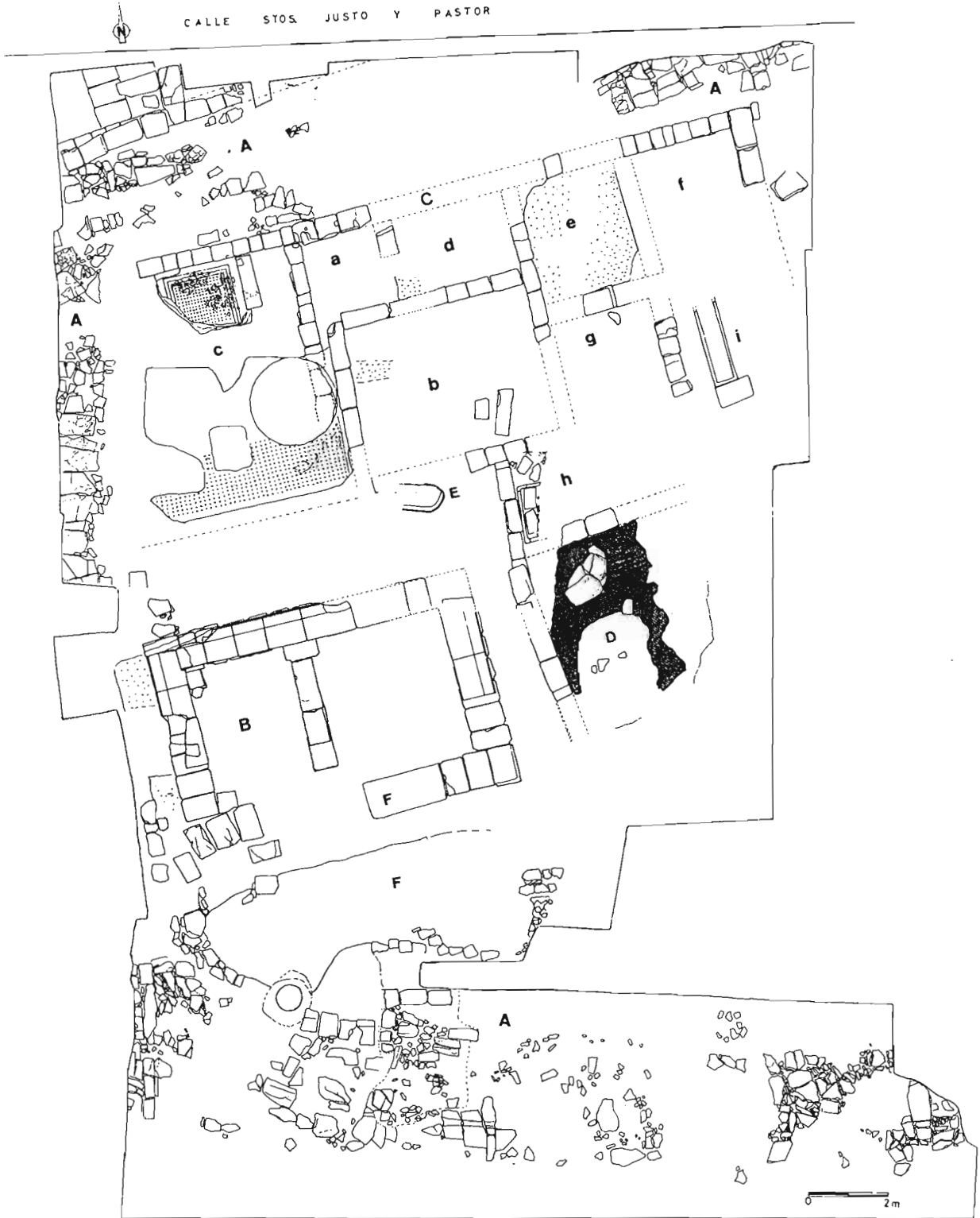


Fig. 2. Plano general de los restos ibero-romanos y romano-imperiales. A: Calles. B: Templo. C: Domus. D y E: Ampliaciones romano-imperiales. F: Cubetas romano-imperiales.

La orientación de estas calles coincide, aunque no con precisión, considerando la irregularidad del relieve, con los ejes norte-sur y este-oeste.

Teniendo en cuenta algunas características de cada uno de los viales, es posible asignar una función de vías principales a la Oeste y la Sur y secundaria a la Norte.

Calle Norte

Se encuentra en el extremo norte del solar y se introduce progresivamente bajo el corte y la calle actual de los Santos Justo y Pastor, en el sector oriental (Figs. 2, 3, 4, 5).

Discurre en sentido general este-oeste con una ligera desviación noreste-suroeste, confluyendo en la zona occidental con la calle Oeste. Esta calle circula entre la *domus* y otra vivienda, de la que se ha descubierto un extremo murario y que debe de desarrollarse bajo la calle actual. Se ha descubierto un trazado de 18 m; de ellos, los 7 m centrales han sido desmantelados por la instalación de una estructura moderna. En el sector occidental se conserva toda su

anchura de 3,25 m entre las viviendas. Se halla enlosada con losas calizas, que donde se han mantenido presentan gran variedad de tamaños, y no se aprecia la existencia de aceras. Esta calle es la que posee una mayor pendiente, al adaptarse a la ladera en sentido descendente este-oeste; presenta un desnivel entre ambos extremos de 1,20 m. En época islámica se superpuso un canalillo que en algunas zonas invade una parte de la calzada (Fig. 35).

Calle Oeste

Se halla en el extremo oeste del solar y en gran parte se encuentra bajo el corte y terreno de protección de los edificios. Discurre en sentido norte-sur, confluyendo con las calles respectivas Norte y Sur. En el área oriental esta calle bordea la *domus* y el pequeño templo (Figs. 2, 3, 4).

Se ha exhumado un tramo de 10 m de longitud, aunque puede seguirse un trazado de 20 m hasta confluir con la calle Sur. Sólo ha podido descubrirse una anchura máxima de 1,50 m, ya que por el oeste se introduce en el corte y en el extremo oriental ha per-



Fig. 3. Vista general de las calles Norte (tramo oeste) y Oeste bordeando la casa. Tomada desde el sur.



Fig. 4. Vista general de las calles Norte (tramo oeste) y Oeste bordeando la casa. Tomada desde el norte.

dido de forma generalizada una anchura en torno a los 80 cm.

En las zonas donde el enlosado de la calzada ha permanecido en buen estado se constata que es el de mejor calidad de las tres calles. Presenta grandes losas de caliza regulares que llegan a 1 m de longitud y entre 50 y 60 cm de ancho, perfectamente ensambladas entre sí. Se ha podido comprobar que éste es el único nivel de pavimento, incrustado sobre una capa de gravas asentadas sobre el suelo natural de arcilla. La calle presenta una ligera pendiente que desciende hacia el sur, con una diferencia de cota entre ambos extremos de 50 cm en el tramo continuo y se calcula de 85 cm en la confluencia con la calle Sur.

Por las características constructivas es posible que se trate de una calle principal.

Calle Sur

Se localiza en la zona centro-meridional del solar (Figs. 2, 6, 7). De todas ellas es la que parece detentar una función predominante, dados su intensi-

dad y prolongado uso. Discurre en sentido este-oeste, bordeando la *domus* y el templo, y en la zona occidental conecta con la calle Oeste. Se ha descubierto un tramo de 21 m, habiéndose perdido en el extremo este por el asentamiento de los últimos edificios existentes mientras que al oeste se introduce bajo el corte. Es una de las calles que más incidencia ha sufrido, fruto de las ocupaciones posteriores. En la zona oriental, en época islámica, se abrieron en la calzada un pozo y un aljibe (Fig. 37). En la etapa moderno-contemporánea las bodegas y estructuras subterráneas se han situado sobre la calzada, produciendo su desmantelamiento parcial, o a unos 25 cm por encima de ella, por lo que apenas tiene contenido estratigráfico que la cubra.

Con posterioridad a su construcción inicial esta calle fue objeto en etapa romano-imperial, como demuestran los materiales, de una importante remodelación, que supuso la superposición de un nuevo pavimento de características similares (Fig. 7). Esta circunstancia ha podido comprobarse debido a las destrucciones sufridas en algunos puntos que acabamos de citar. En las zonas mejor conservadas se documenta una anchura de 4 m, que debió de ser



Fig. 5. Detalle del pavimento de la calle Norte (tramo este).

mayor, dado que no se han mantenido ambos bordes de la calle. La vía se adaptaba a la configuración de la ladera donde se halla, presentando cierta pendiente en dirección oeste, inferior a la detectada en la calle Norte. En este caso la diferencia de cota entre ambos extremos es de 1 m.

El pavimento original está constituido, como en las anteriores, por grandes losas de caliza incrustadas en un lecho de gravas sobre grandes cantos rodados. En la zona centro-sur se conserva un tramo de 4 x 2,60 m que mantiene huellas de rodadas de unos 10 cm de profundidad (Fig. 8). Tras el tramo de rodadas, hacia el oeste, hay un núcleo con enlosado y bloques de areniscas, también con marcas posiblemente de rodadas y que se halla a una cota ligeramente inferior que las anteriores; puede corresponder al pavimento más antiguo y prontamente sustituido por el enlosado de caliza.

Las huellas arqueológicas en esta vía indican una intensidad de uso superior a la de las anteriores. Esta circunstancia hay que ponerla en relación con su situación en la zona baja de la ciudad y su orienta-



Fig. 6. Calle Sur. Vista general. Tomada desde el oeste.

ción, que permitiría considerarla como una de las vías de acceso a la población desde el este.

Algunas consideraciones

Como puede observarse por sus características y disposición, estas tres calles demuestran obedecer a un trazado vial bastante regularizado a pesar de las dificultades del relieve, que debieron de condicionar algunos tramos. De hecho, su configuración debe adaptarse a la morfología natural del cerro, que se dispone en sentido noroeste-sureste.

De las tres calles, la Oeste y la Sur son las que pueden considerarse como principales con respecto a la Norte. La prolongación de la calle Sur hacia el este conduce al entorno de la calle Cañellas, conectando con el acceso este a la ciudad y con las vías de comunicación orientales, cuya existencia se postula en la etapa romana (MAGALLÓN, 1987, pp. 72 y 99) y que en la actualidad discurren por la calle Ramón y Cajal (N-240). Esta circunstancia de que estemos ante una



Fig. 7. Calle Sur. Superposición de calzadas. Calzada inferior con el tramo de rodadas.



Fig. 8. Calle Sur. Detalle del tramo de rodadas.

vía de acceso es muy posible teniendo en cuenta el intenso uso documentado de esta calle y sus sucesivos acondicionamientos. Además, hay que reseñar que este espacio meridional es el área de menores pendientes y de acceso más suave hacia la cumbre del cerro, tanto en sentido norte-sur como este-oeste.

La calle Oeste en sentido norte continuaría su trazado entre la calle Alfonso de Aragón y la Travesía de Latre hacia el área de la catedral. Por el sur lleva hacia San Pedro. Este hecho es muy interesante, pues por San Pedro a partir de la época medieval se documenta una importante vía de entrada a la ciudad, por la puerta sur o de la Alquibla, donde confluían los principales caminos provenientes del sur y del oeste, continuando por la calle Ramiro el Monje y San Pedro hacia la catedral. Teniendo en cuenta la traza urbana actual, tradicionalmente se ha querido situar el *kardo* máximo por esta ruta, a través de la calle Alfonso de Aragón (MOSTALAC y AGUAROD, 1970).

En principio no estamos en condiciones de ratificar con rigor tales asociaciones, aunque sí apuntar similitudes en la orientación y considerar la pertenencia de la calle Oeste, por su cuidada construcción, calidad y regularidad, a una vía de al menos cierta importancia; posteriores excavaciones podrán clarificar su adscripción a dicho eje urbano.

El edificio público: el templo

Es por ahora el único edificio constatado plenamente como público de esta etapa de la ciudad. Además, sus características estructurales permiten reconocerlo como un pequeño templo, que constituye a su vez el primer ejemplar de este tipo.

El edificio está situado en la zona meridional del conjunto, en el sector oeste, en la confluencia de las calles Oeste y Sur y junto a la *domus*. Está dispuesto de forma general de este a oeste, con una ligera desviación noreste-suroeste (Figs. 1, 2, B).

En la zona meridional presenta un espacio libre (Fig. 14) entre el edificio y la calle Sur en torno a los 3 m, aunque no pueda calibrarse con exactitud ya que no se han conservado los bordes de la calle. En la zona este y norte se halla rodeado por la *domus*, que fue adaptándose a este edificio en su expansión dejando un espacio libre en torno a los 2 m en la parte norte y entre 1 y 1,50 m en la este.

El edificio ha sido objeto de diversas alteraciones por el uso de algunos de sus muros o la superposición de otros edificios.

Aspectos estructurales

El edificio corresponde a una estructura de gran calidad constructiva, de planta rectangular subdividida en dos estancias y construida en *opus quadratum* (Figs. 9, 10, 11, 12).

Las dimensiones de la planta son de 7,80 x 5,20 m, por lo que está en una relación de 1:1,5. Un muro transversal configura las dos estancias interiores, una oriental de tendencia cuadrada (3,60 x 3,25 m) y otra al oeste de forma rectangular (3,60 x 2,50 m). Conserva una altura máxima de 90 cm (Fig. 15).

El edificio ha mantenido la primera hilada (90 cm de ancho) en todos los flancos excepto en el sur, que ha perdido un tramo central de 4,60 m. En el ala norte y en la mitad de los lados este y oeste se mantiene la segunda hilada (80 cm de anchura), que cuenta con una moldura cóncavo-convexa que recorría todo el contorno del edificio (Fig. 16).

Está construido con sillares, con talla en espiga, unidos a hueso y dispuestos a tizón en la cimentación y a soga en la siguiente hilada del alzado y en el muro de separación de las estancias; se aprecia en algunos lugares el uso del engatillado. La ejecución y metrología de estos sillares en cuanto al acabado y regularidad diferencian ambas hiladas. La inferior consta de sillares de entre 80-90 cm x 54-60 cm x 60-62 cm. Presentan un almohadillado irregular en ambas caras, donde únicamente el reborde y la zona superior en contacto con la siguiente hilada detentan una talla cuidada. Todos los sillares se hallan bien escuadrados y ensamblados entre sí, sin fallos en la unión y con una gran regularidad en su disposición. La segunda hilada presenta una delicada factura. Se sitúa sobre la anterior retirada 1 cm del borde de ésta. La longitud de los sillares es muy variable (entre 80 y 120 cm) pero la anchura y la altura son totalmente regulares (80 x 30 cm). Están perfectamente tallados, alineados y ensamblados entre sí. En la cara exterior, abarcando una anchura de 28 cm y todo el frente, se talló una moldura de perfil cóncavo-convexo que recorría perimetralmente todo el edificio (Figs. 12, 13). En las zonas donde se ha conservado en buen estado manifiesta una extraordinaria regularidad y perfecta ejecución técnica, obra de experimentados canteros. Sobre los sillares de esta hilada se aprecia la marca de posición de la hilada superior, que al igual que ésta debió de hallarse a su vez retirada 1 cm y que presenta una regularidad lineal similar en cuanto a su trazado.

Adosado al muro oeste, algo más bajo de la base de la moldura y en el límite con el corte, se ha detec-



Fig. 9. Templo. Vista general del edificio desde el sureste. Al fondo, a la izquierda, calzada de la calle Oeste.



Fig. 10. Templo. Vista general del edificio desde el oeste (lugar de acceso al edificio).



Fig. 11. Templo. Vista general del edificio desde el suroeste.



Fig. 12. Templo. Vista general desde el norte.



Fig. 13. Templo. Detalle de la moldura en el muro oriental.



Fig. 14. Templo. Posición del edificio respecto de la calle Sur.

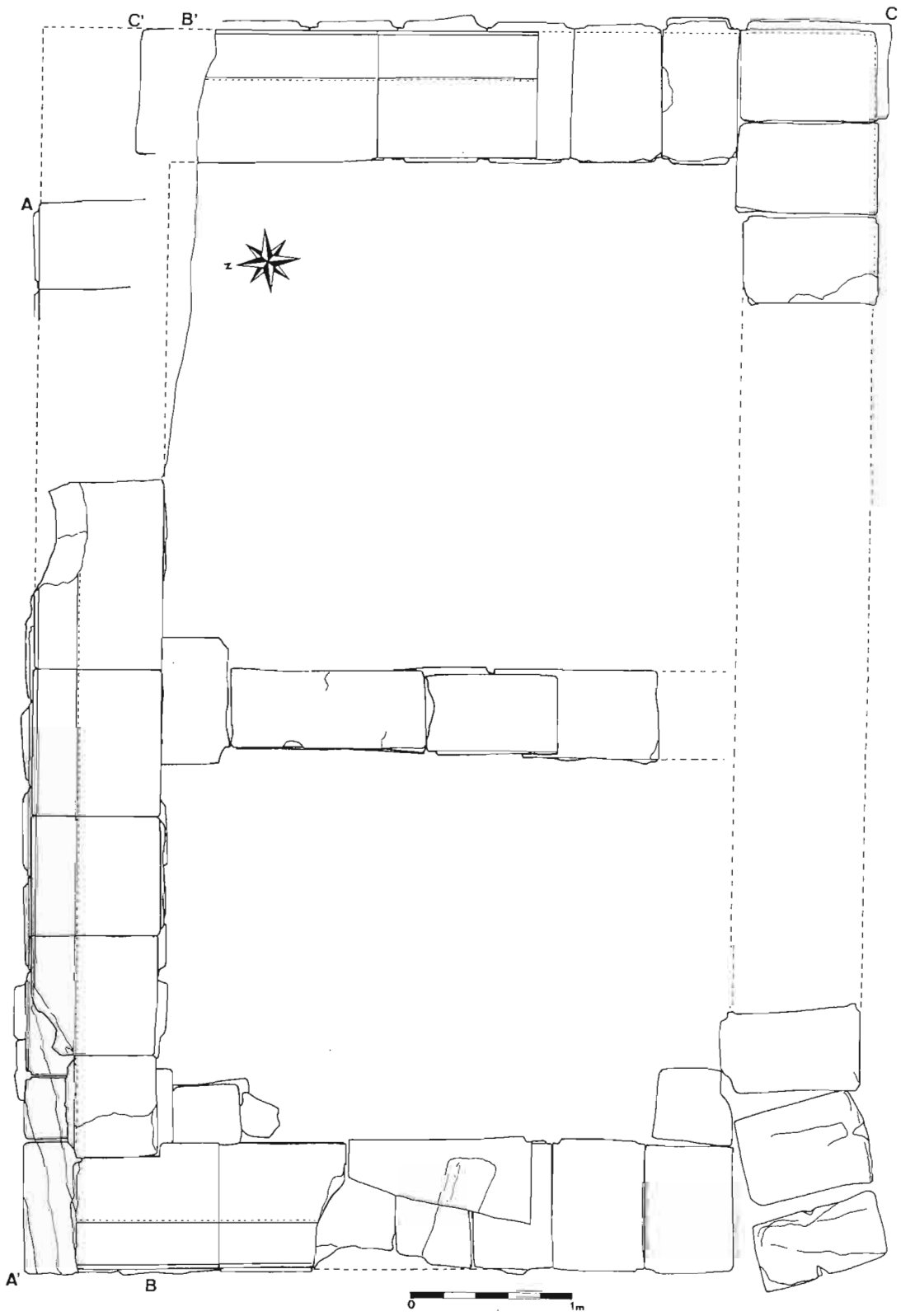


Fig. 15. Templo. Planta general del edificio.

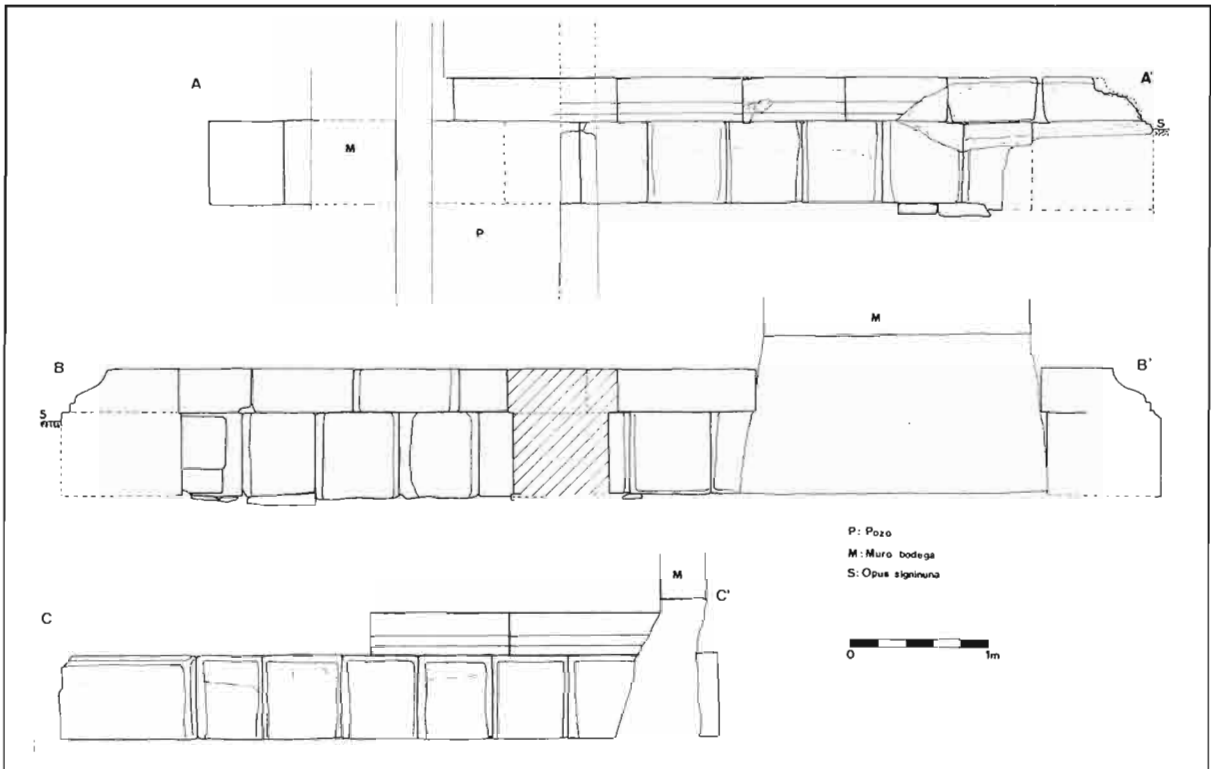


Fig. 16. Templo. Alzados de varios muros.

tado un pavimento de *opus signinum*, del que se aprecian unos 60 cm de anchura en ambos extremos, pues el centro lo ocupa un depósito contemporáneo. Está muy deteriorado. En el tramo oriental se observan algunas *tesellae* blancas dispersas y formando un signo lineal.

Estratigrafía

A pesar de las intervenciones de que fue objeto, el interior de la estructura ha mantenido contenido estratigráfico que ha permitido reconocer el estrato fundacional del edificio y que presenta la siguiente secuencia en sentido ascendente (Fig. 17):

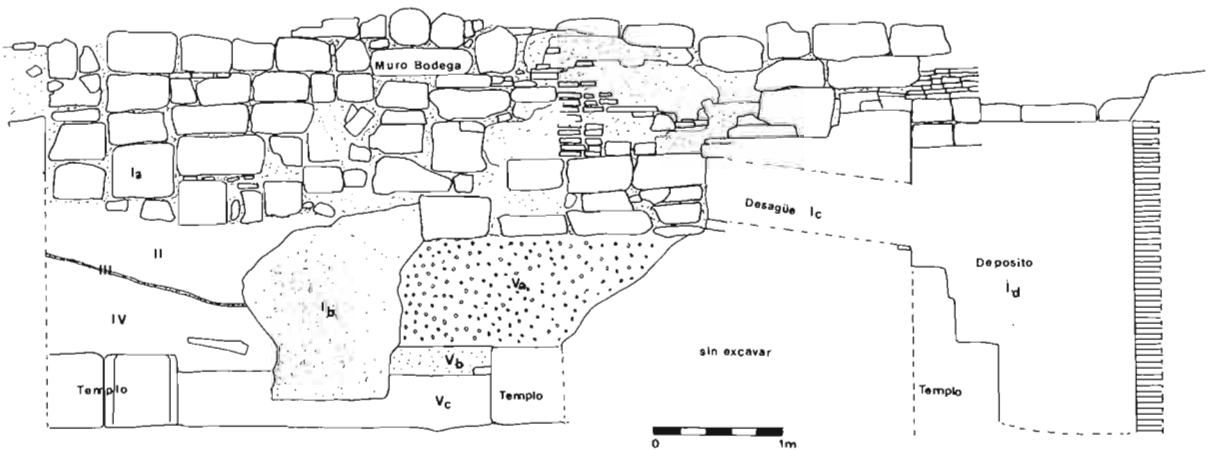


Fig. 17. Corte estratigráfico en el área sur del templo. Niveles: I, moderno-contemporáneo. II, revuelto (moderno, medieval, romano). III, arcilla estéril. IV, romano-imperial. V, ibero-romano. Estratigrafía interior del templo (Va, Vb, Vc). Estratigrafía exterior del templo (II, III, IV).

- Suelo natural de arcilla (salagón) sobre el que se asienta la primera hilada de la base del edificio.
- Nivel arcilloso (Fig. 17, Vc). De entre 60 a 65 cm de potencia. Se dispone de forma generalizada y abarca aproximadamente hasta el nivel superior de la primera hilada de sillares. Es un nivel fértil. Aunque es homogéneo, se aprecian en él algunas variantes en forma de lentejones o bolsadas. En este nivel se incrustan en el tramo central algunos bloques pétreos y en sentido ascendente algunos lentejones de carbones y de arenas que en el área centro-oeste llegan a abarcar hasta 20 cm (Fig. 17, Vb). La mayor densidad de materiales se documenta en el tramo central. Su tipología es muy variada, con una notable presencia de fragmentos de cerámica de técnica ibérica decorada (Figs. 18, 1-6 y 19, 1), gris ibérica (Fig. 18, 7), campaniense A (Fig. 18, 2) y B (Fig. 18, 3), cerámicas comunes, de almacenaje y en menor proporción cerámica a mano lisa y decorada (Fig. 18, 8), que en conjunto permiten situar este nivel en la primera mitad del siglo I a. C.
- Nivel de gravas (Fig. 17, Va). Se halla superpuesto al anterior y generalizado. Su potencia es muy variable, pues en algunas zonas ha sido desmantelado en gran parte y removido. Oscila entre 30 y 80 cm y cubre en algunas áreas la hilada superior de sillares; sólo sobrepasa el límite del edificio en las zonas desmanteladas. Se trata de un nivel prácticamente estéril que apenas ha entregado algún fragmento de campaniense o ibérica. Este nivel debe interpretarse como una capa de relleno constructivo y aislante del edificio.

A partir de aquí, cuando ha desaparecido el edificio en alzado, los niveles que cubre la estructura son variables. En algunos casos se superponen directamente las estructuras y niveles modernos (Fig. 17, I a, b, c), y en otros los niveles se hallan revueltos (medieval, moderno y romano).

En el exterior del edificio la situación estratigráfica es distinta: se constatan potentes niveles romano-imperiales (Fig. 17, IV) sobre un nivel ibero-romano revuelto. Esta situación puede comprobarse en el corte de la figura, donde por la situación de la cuadrícula puede observarse el tramo correspondiente a la zona interior del edificio y el situado en la exterior.

En el entorno del edificio, aunque en niveles posteriores que pueden considerarse de degradación del conjunto, se han localizado algunos interesantes elementos escultóricos de mármol que podrían aso-

ciarse a éste. Es el caso de un dedo de mármol blanco (TURMO, 1992, p. 221), un fragmento de tableta con decoración en relieve posiblemente floral y otro fragmento con decoración en relieve que podría pertenecer a un capitel.

Aspectos funcionales

Las características tipológicas y la planta de esta estructura, así como algunos aspectos derivados de su posición y cuidada ejecución, permiten identificarlo como el *podium*, sobre el que se alzaría un pequeño y sencillo templo *in antis* ubicado en el cruce de dos calles. Las dependencias interiores de la estructura se asociarían al *pronaos* la menor, en el extremo occidental, y a la *cella* la mayor, en la zona este. El acceso a este templo se efectuaría por el lado occidental, donde se hallarían los pies, desde la calle Oeste, a través del área donde está el pavimento de *signinum* de configuración todavía dudosa, instalado ligeramente más bajo que la base de la moldura perimetral y que podría formar parte de las escalinatas o plataforma de acceso. No podemos determinar con exactitud la cota a la que estuvo el suelo del templo, que pudo coincidir con el nivel superior del sillar de la moldura. Esta cota se encuentra entre 76 (extremo norte) y 86 cm (extremo sur) por encima de la calle Oeste, que discurre con cierta pendiente y que en todo caso representaría la altura mínima del *podium*. En ambos casos supondría que del alzado del muro estaría a la vista la segunda hilada y una parte variable de la primera. En el ala sur del templo existe un espacio entre éste y la calle Sur que quizá podría haber constituido una especie de plazoleta.

La morfología de este templo correspondería a la más sencilla dentro de los templos romanos de planta rectangular y ampliamente constatados en la arquitectura republicana romana de los siglos II y I a. C. (PENSABENE, 1991, pp. 20 y 24). El paralelo más próximo en cuanto a tipología general, dimensiones y cronología se halla en el templo de Azaila, también asociado a pavimentos de *signinum* (CABRÉ, 1925). En Pollentia, también existen los restos de un templo *in antis* de sillar de buena calidad con moldura bastante parecida, elevado 80 cm de la superficie y de dimensiones similares: 5,50 x 7 m (ARRIBAS y TARRADELL, 1987, p. 127).

La orientación de este edificio en sentido este-oeste es también coincidente con la orientación canónica de los templos romanos, aunque esto esté supeditado a determinadas condiciones topográficas.

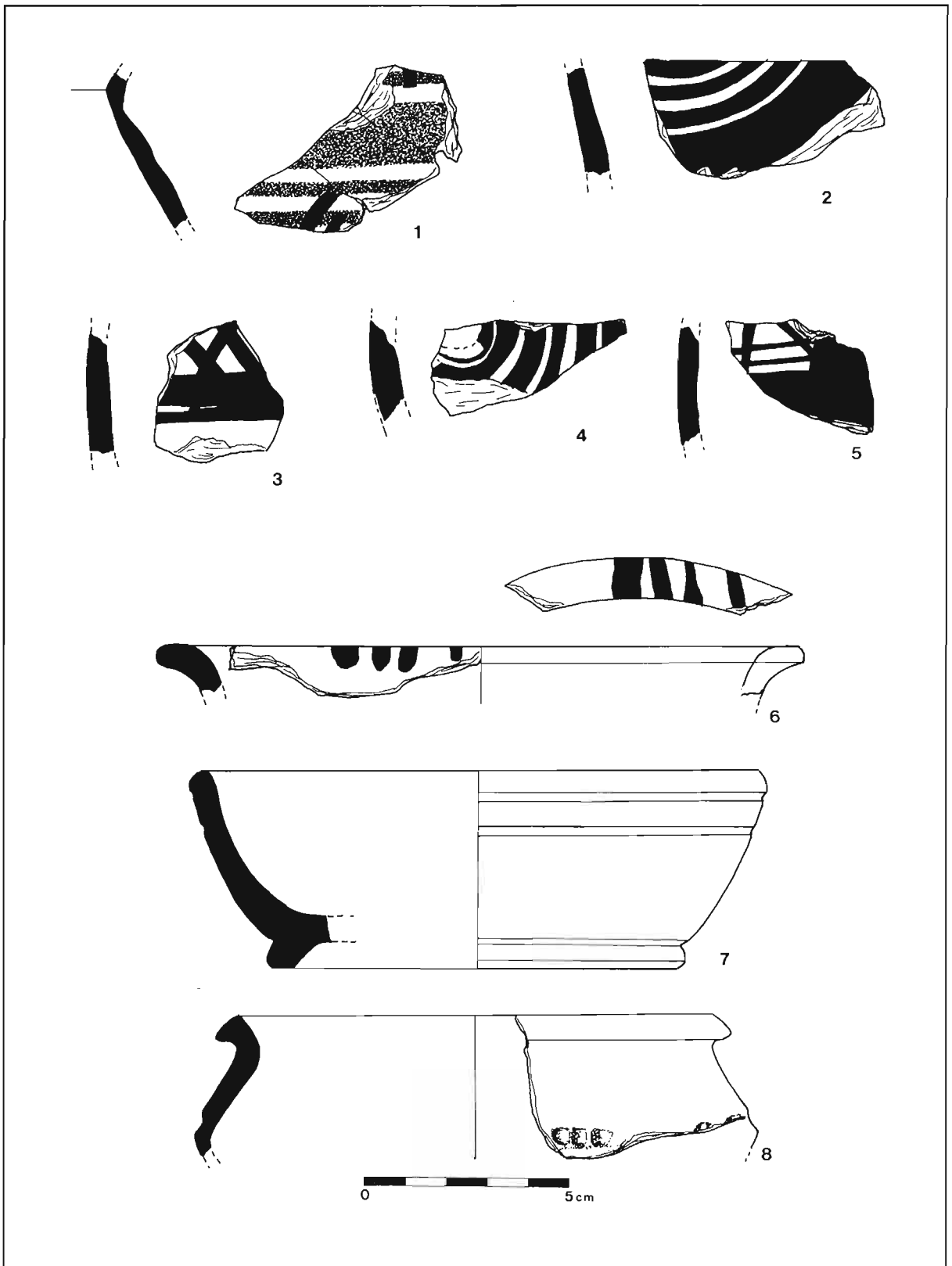


Fig. 18. Templo. Materiales arqueológicos del nivel arcilloso (Vc).

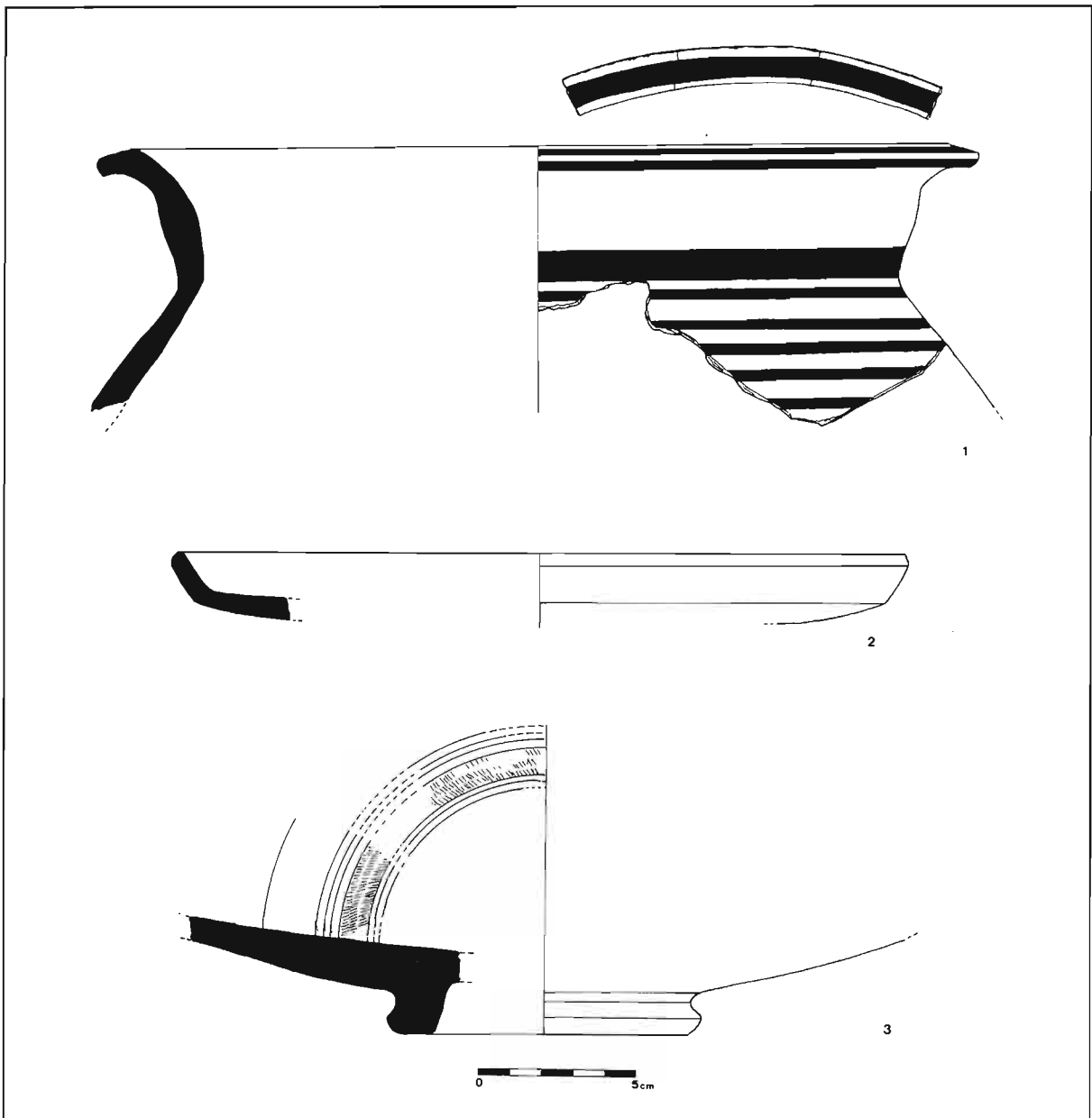


Fig. 19. Templo. Materiales arqueológicos del nivel arcilloso (Vc).

La posición en el cruce de dos calles que por los indicios parece que se trata de vías principales, en concreto una de posible acceso a la ciudad, es otro elemento que debe ser considerado en esta apreciación y que comparte con el templo de Azaila, instalado también en la bifurcación de la vía principal del poblado.

Respecto a la ubicación concreta en el conjunto urbano, estamos lejos de determinarla, pues desconocemos todavía en gran parte la configuración general

urbana de la Huesca de esta época, que cuenta con una amplia dispersión de restos (JUSTE y PALACÍN, 1990). No obstante, dada la versatilidad de ubicación de los templos (PELLETIER, 1982, p. 71), esta circunstancia es menos relevante.

En lo que atañe a la calidad y esmero en la construcción, por la presencia de algunos elementos decorativos característicos, como el tipo de moldura, similar a ésta, que ostentan los templos, aun los más sencillos, el de Huesca es un buen ejemplo.

La excavación también ha aportado algunos datos sobre la degradación de este edificio y su entorno, que se inician en la etapa romano-imperial avanzada, aunque no podamos en este momento matizarlo con mayor precisión. Entonces se debe desmantelar o estar ya en parte en ruinas, pues ha desaparecido parte del muro sur y se ha excavado en la base de los sillares de la *cella* una cubeta de 1,80 x 90 cm. Con posterioridad los restos del edificio son objeto de apoyo de otras estructuras o reutilizaciones. Así, en época islámica se tallaron unos canalillos destruyendo la moldura exterior de la esquina noroeste. En época moderna se adosó un pozo en el exterior del muro norte, retallando de forma circular los sillares. En época contemporánea se construyó en la mitad oeste un depósito de ladrillo sobre el muro, tallando la base de un canalillo en los sillares, y además varias bodegas (moderno-contemporáneas) han asentado sus muros en la zona sur y noreste, produciendo desmantelamientos parciales sobre los muros de ambos sectores.

Las viviendas: «La Casa de las Rosetas»

Se han constatado los restos de dos viviendas. Una está situada al norte de la calle Norte, integrada en otra *insula* a la que corresponden el muro longitudinal de 5 m que bordea la vía y otro transversal que se introduce en el corte y bajo la calle actual de los Santos Justo y Pastor. Pero el descubrimiento principal corresponde a una casa tipo *domus* que hemos denominado «La Casa de las Rosetas» por la decoración de uno de sus pavimentos.

Aspectos generales

Esta casa ocupa toda la parte norte del tramo de la *insula* descubierta. Se extiende entre la calle Norte, la Oeste, el templo y probablemente la Sur (Figs. 1 y 2, C). Su esquema se fue adaptando condicionado por el espacio definido por todos estos elementos; por ello, en algunos aspectos presenta irregularidades y ostenta una disposición en forma de «L» en sus últimos momentos. En la actualidad se aprecia una extensión total de 180 m², probablemente inferiores al área final del edificio, dado que en los laterales este y sur ha sido destruido, lo que impide confirmar la existencia de otras dependencias. A pesar de las alteraciones de las que ha sido objeto, todavía mantiene una gran parte de su planta y estan-

cias interiores. Se han podido constatar al menos tres fases de construcción en el edificio, las dos primeras producidas en el siglo I a. C. y la última, añadiendo algún departamento, en la etapa romano-imperial.

De los muros exteriores de la vivienda se mantiene el septentrional, que bordea la calle, únicamente desmantelado en la parte central, y la esquina con el muro este. Los tramos restantes meridional y occidental de la zona superior han desaparecido, aunque en parte puede seguirse su trazado por la posición de la calle Oeste y por la detección de las zanjas de cimentación donde se asentaron los muros.

Esta casa ha sido objeto de algunas destrucciones y alteraciones producto de la incidencia de las sucesivas etapas históricas. Los primeros signos de abandono y destrucción se producen en la etapa romano-imperial avanzada. La época islámica tuvo gran incidencia, pues se aprecian múltiples construcciones de hoyos y cubetas y algunos depósitos y canalillos sobre o excavando las estructuras romanas. Probablemente date de estas fechas la reutilización de algunos de los paramentos desaparecidos, teniendo en cuenta el relleno de las zanjas originales. En la etapa moderna ha sido fundamentalmente la construcción de estancias subterráneas la que en algunos puntos ha desmantelado áreas a veces amplias.

Fases de construcción

Se han podido constatar tres grandes fases de construcción de esta vivienda, que estuvo en uso al menos cerca de 300 años. Como se indicaba anteriormente, las dos primeras se producen en el siglo I a. C., probablemente como el templo en la primera mitad, mientras que la tercera se efectúa en la etapa romano-imperial. Será la segunda remodelación la que fijará el esquema final de la casa. Para la identificación de estas fases han sido de gran utilidad, además de los niveles arqueológicos en que se asientan, las características constructivas diferenciadas, la modulación de los sillares, la clausura bajo pavimentos de determinados tramos murarios y las características de los pavimentos y sus componentes.

La construcción inicial se inscribe en un rectángulo de 12 x 7 m, dispuesto en sentido E-W siguiendo la calle Norte, que mantiene un espacio sin edificar entre la calle Oeste y el templo. De este recinto inicial se conserva el muro exterior norte, la esquina con el muro este, gran parte del oeste —que quedó sepultado bajo el pavimento de otra habitación (Fig. 20) posterior— y sillares aislados del muro sur; no se



Fig. 20. «La Casa de las Rosetas». Sector oeste visto desde el sur, entre las calles Norte y Oeste. Estancia «c» (*tablinum*), con pavimento musivario. En el centro, primitivo muro exterior que se introduce bajo el mosaico.

puede determinar las estancias que contenía. En esta primera edificación se aprecia el uso de sillares de modulación grande, de formato alargado o cúbico, que proporcionan una anchura muraria de 60 cm.

La siguiente fase de remodelación se produce también en el siglo I a. C. Ésta es la más importante, pues es la que definirá el esquema de la casa, que comentaremos en el capítulo siguiente. Supondrá la ampliación de la vivienda hacia el oeste añadiendo la estancia principal y más lujosa de la casa, con pavimento de *signinum* decorado, que ocupa el espacio libre entre las calles y el templo. También en la mitad sureste se añadió un pequeño módulo alargado que respeta el entorno del templo y de forma específica se configura todo el espacio interior de la casa. El deterioro sufrido por la estancia principal permitió comprobar cómo absorbió y sepultó bajo su pavimento parte del que fue primitivo muro exterior occidental (Fig. 20); se aprecia muy bien la unión con el restante muro exterior norte que ahora se prolonga. Los muros de esta estancia se asentaron sobre el suelo natural, que aquí por la dirección de la ladera está más bajo. Para alcanzar la cota del resto se constata que el

pavimento se instala sobre un nivel bastante carbonoso de matriz arcillosa, que, aunque proporciona poco material, corresponde a un estrato coetáneo (cerámica campaniense, ibérica decorada, engobada, común, etc.). También en la composición del pavimento, como en los restantes de *signinum*, se han localizado fragmentos de cerámica ibérica pintada, campaniense B y otras comunes, circunstancias que ayudan a ubicar cronológicamente esta ampliación, que quizá no estuvo muy alejada en el tiempo de la primera definición. Esta ampliación, teniendo en cuenta el espacio donde se produce, debió de estar planificada desde el principio de la construcción. En esta nueva configuración se aprecian algunas diferencias constructivas en cuanto a la modulación de los sillares, que salvo algún caso obedece a una anchura inferior a los anteriores, en torno a los 40-50 cm.

La tercera remodelación se produce en la etapa romano-imperial probablemente, en los primeros momentos del Alto Imperio. Consiste en el añadido de al menos una estancia con pavimento romboidal, en el extremo sureste, y un hogar en la zona sur central (Figs. 30 y 32). En esta ampliación la casa se

aproxima algo más al templo, aunque todavía mantiene un tramo de separación. El suelo de esta habitación se asienta sobre un preparado en el que se han recuperado, aunque escasos, diversos materiales significativos del momento de su construcción: cerámica de *terra sigillata*, vidrios y algunas cerámicas ibéricas anaranjadas y grises.

La distribución del espacio

Nos ceñiremos al segundo momento de la vivienda, cuando se estructura definitivamente su composición, a cuya planta obedecen los restos descubiertos.

Como factor previo que debe considerarse en este caso aparece la peculiar posición de la casa junto al templo, que evidentemente condicionó su distribución y expansión e influyó notablemente en la configuración final. Tanto por su distribución como por sus características y elementos constructivos, corresponde a una casa romano-republicana, si bien resulta complicado reconocer algunos de sus espacios. Cabe conectarla de forma genérica con otras conocidas en yacimientos de este ámbito cultural como Azaila (BELTRÁN, 1991) o Botorrita (BELTRÁN, 1991), donde se aprecia la peculiaridad de la aplicación de los modelos itálicos en el ámbito indígena, mientras en otros asentamientos como La Caridad (VICENTE, 1991) se localizan viviendas exactamente regularizadas.

A grandes rasgos, aunque no pueda hablarse de una gran precisión en las medidas, se aprecia en su distribución un deseo de regularización y modulación de los espacios. El edificio consta de un rectángulo de 17,5 x 7 m, aunque el lado norte es algo menor, al que se le añade en la mitad sur otro módulo rectangular de 2,40 m, aproximadamente 1/3 de la anchura del anterior, alineado en su borde exterior con el templo (Fig. 2). Estas dimensiones se consideran sin perjuicio de que en la zona oriental, donde la casa está destruida, pudiera haberse extendido también la edificación.

El primer módulo se halla dividido en tres áreas transversales aproximadamente iguales. La parte oeste está ocupada por una única estancia (c); la central por tres, una (b) abarcando los dos tercios inferiores y las otras (a, d), de tamaño desigual, el tercio superior. La parte oriental, por los muros y pavimentos conservados, pudo estar dividida en cuatro estancias (e, f, g, i), mas no del todo iguales, o en tres (en ese caso una de ellas de doble tamaño que las anteriores). En cuanto al segundo módulo inferior (h), no puede determinarse si estuvo compartimentado.

En total se ha podido delimitar seis estancias, además de dos espacios alargados que no conservan subdivisiones y que podrían ampliar la nómina como máximo hasta diez. Aunque en algunos casos resulta difícil identificar la función de cada una de estas habitaciones, en principio es posible reconocer con más claridad las correspondientes a la vida social de la casa de las destinadas a un uso más íntimo o de las dependencias de almacenaje u otras actividades doméstico-artesanas.

La entrada principal a la *domus*, sin perjuicio de que pudiera contar con otros accesos, se hallaba en la calle Norte, cerca de uno de los extremos, en la esquina de lo que fue el recinto primitivo de la vivienda. En el muro exterior todavía se mantienen las muescas del apoyo de la puerta, por la que se accedía a un pequeño vestíbulo cuadrado (a). A la derecha de éste se hallaba la habitación más importante y suntuosa de la casa (c) (Fig. 20). Esta dependencia es la más grande de todas, ocupa aproximadamente un tercio del módulo superior y es la única que presenta un pavimento musivario de *opus signinum* decorado. Ostenta formato alargado, irregular, de forma trapezoidal, motivado por su adaptación al espacio disponible entre las calles y el templo. El interior de la habitación posee algunas peculiaridades en la disposición del pavimento. Así, el mosaico que decoraba el suelo de la estancia presenta dos partes diferenciadas: un primer recuadro de 2 x 2 m, que ocupa parcialmente el tercio norte de la sala y que está remarcado por sillares en la zona este configurando un pequeño espacio rectangular, y el resto del mosaico, que abarca los dos tercios inferiores completos. La decoración es similar en ambos casos. El motivo superior (Figs. 21, 22 y 29) consta de una orla lineal con tres bandas de *tesellæ* blancas, blancas y negras y blancas; en el interior, rosetas estilizadas de cuatro pétalos negros y el botón central blanco. El mosaico inferior es similar aunque con una única banda lateral de *tesellæ* blancas y las rosetas con los colores invertidos. Por sus características parece asimilarse a un uso de carácter social dentro de la casa y probablemente podemos identificarla como el *tablinum*. Esta habitación ha sido muy castigada con posterioridad. Ha perdido los muros este y sur, que corresponden a los exteriores de la casa, y gran parte del pavimento donde se practicaron zanjas y cubetas.

Frente al vestíbulo, nada más entrar, se halla una estancia rectangular (b), segunda en extensión de la casa, construida con sillares bastante regulares y que debió de contar, por los residuos, con pavimento de *signinum* (Figs. 23 y 24). Ocupa aproximadamente la

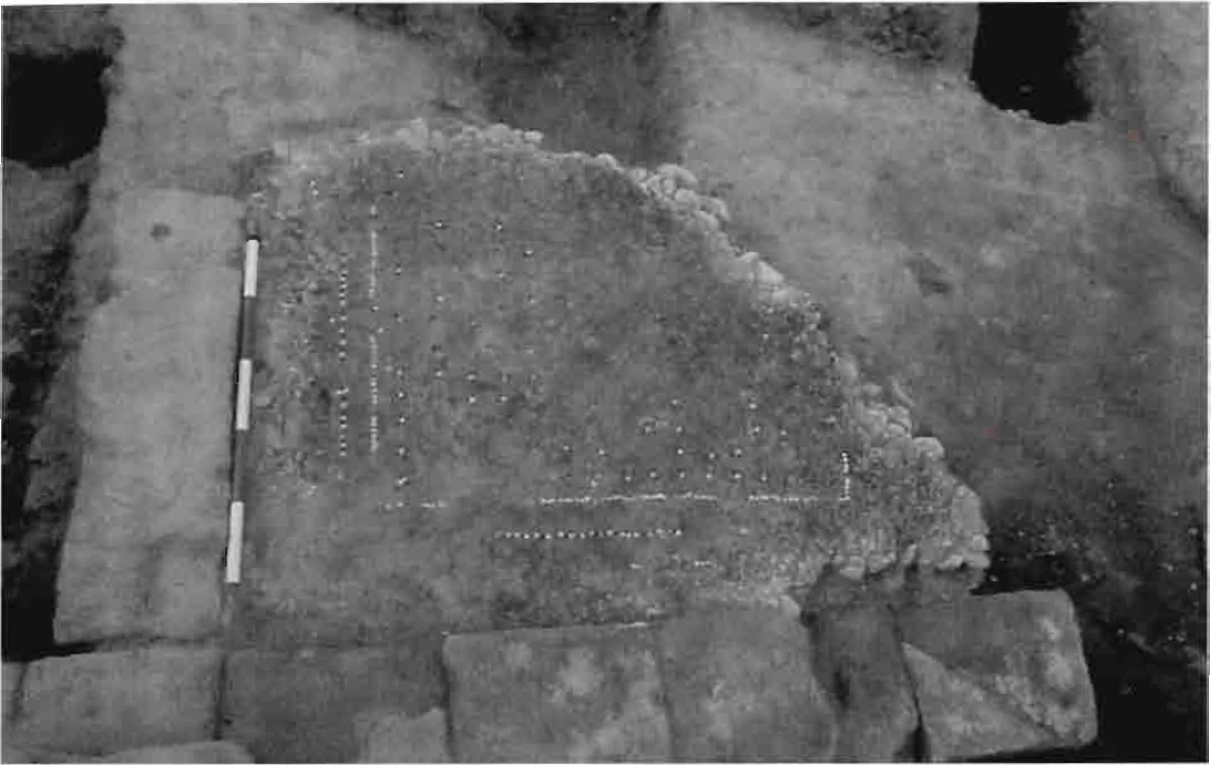


Fig. 21. Estancia «c» (*tablinum*). Detalle del pavimento musivario.



Fig. 22. Estancia «c» (*tablinum*). Detalle de la decoración del mosaico.



Fig. 23. Casa. Área occidental y central vista desde el norte. Estancias «a», «b» y «c».



Fig. 24. Vista general de la estancia «b» (atrio) tomada desde el sur.

zona central y desde ella se puede acceder a la mayoría de las restantes estancias (sólo quedan al margen las del borde este), por lo que ejerce la función de distribuidora del espacio, con atribuciones de atrio aunque no hayamos encontrado alguno de sus elementos característicos como el *impluvium*.

El resto de las habitaciones de la zona norte y este obedecen a dos tipos (Figs. 25 a 28). Un grupo estaría definido por estancias de pequeñas dimensiones de tendencia cuadrada o rectangular (d, e, f, g), algunas con pavimento de *signinum*, que pudieron corresponder a departamentos auxiliares o *cubiculae* como la «e», aunque no se descarta que alguna de ellas, como la «d», pueda corresponder a una pequeña *taberna* abierta al exterior. En todo caso mayoritariamente parecen pertenecer a los usos privados de la vivienda.

El segundo grupo corresponde a dos espacios alargados (h, i) (Fig. 26) que desconocemos si estuvieron compartimentados y que en cuanto a espacio abarcan entre ambos aproximadamente el área de las estancias anteriores. Su principal característica, que los unifica en la función, es la presencia de dos depósitos rectangulares de piedra. El de la estancia «h»

fue clausurado por dos bloques pétreos y su interior entregó algunas cerámicas engobadas y parte de una ibérica decorada. Estos espacios habrá que relacionarlos con estancias destinadas a almacenaje o bien con el ejercicio de actividades de índole doméstico-artesana. Desconocemos si esta casa contaba con *hortus* u otras dependencias, que en todo caso sólo pudieron desarrollarse en la zona este, donde el edificio está desmantelado, o en la sur, por donde se amplió después. De hecho, en los sillares de la esquina noreste se aprecia un rebaje que pudo corresponder a una puerta.

Aspectos constructivos

En la edificación de la casa está generalizada la obra de sillar dispuesto en *opus quadratum*, tal como se aprecia en los muros, que mantienen la primera hilada del basamento y en algunos puntos escasos dos hiladas. En general la construcción es buena, aunque de calidad muy inferior al edificio público. Los sillares se hallan unidos a hueso, generalmente bien ensamblados, con un mayor cuidado en los



Fig. 25. Casa. Zona central vista desde el norte. A la izquierda, pavimento de *signinum* de la estancia «d».



Fig. 26. Casa. Depósito de la estancia «h».

muros exteriores o en las estancias principales, y algunos conservan la talla en espiga. Existe una gran variedad en la modulación de los sillares, que sólo en algunos casos obedecen a las diferentes fases de la obra, tal como se ha explicado anteriormente. Los muros exteriores más antiguos tienden a contar con una anchura de 60 cm; se han utilizado sillares de tendencia cúbica o de formato alargado próximos a 1 m de longitud. Los muros exteriores, de cronología posterior, y los medianiles de las habitaciones por lo general son más estrechos (40-50 cm) y también presentan variedad en la modulación. Destacan en este conjunto los del atrio y de una parte del *tablinum* construidos con sillares diferenciados del resto, muy estrechos y altos, que sobrepasan 1 m, y con una acusada talla en espiga.

Los pavimentos conservados corresponden al tipo de *opus signinum* (d, e, b) simple y sólo en un caso, en el *tablinum* (c), hallamos decoración con motivos geométricos de bandas y rosetas en blanco y negro (Fig. 29). Ocasionalmente se ha detectado (e) alguna *tesella* blanca salpicando aleatoriamente el

pavimento en el primer grupo. Estos suelos se asientan sobre el terreno natural de arcilla cimentada, alisado previamente, o sobre una capa de tierra para igualar la cota inicial en zonas donde la configuración natural del terreno desciende (c), ya que la casa a pesar de las diferencias de cota del terreno se dispone en un único nivel. El pavimento de *signinum* consta de una primera capa en *opus caementicium*, de cantos rodados cimentados, sobre la que se superpone la capa de cemento que constituye el signino. En su composición se han detectado, además de trocitos de ladrillo, múltiples fragmentos de cerámica, entre ellos ibérica pintada y campaniense B, hallada en todos los pavimentos, que resulta de gran interés para su datación. Estas comprobaciones han sido posibles por las destrucciones y disgregación que presentaban algunos suelos. Además de éstos se han localizado elementos pertenecientes al acondicionamiento del interior de las estancias, como fragmentos de molduras y estucos decorados en colores diversos.

El material mueble

En todo el espacio ocupado por la casa y en las áreas próximas, se han documentado materiales de esta época aunque muy fragmentados. Además de los recuperados en los niveles fundacionales de la vivienda (preparado de pavimentos y asiento de la casa, áreas en torno a los muros, depósitos clausurados como el de la estancia «h», etc.), se han localizado en niveles revueltos de época imperial romana materiales de esta etapa que ratifican junto con los restos arquitectónicos el grado de urbanización y uso de este ámbito.

En el conjunto de materiales sobresalen las cerámicas. Entre las de técnica ibérica destaca un amplio repertorio formal: desde bordes de *calathoi* a pequeñas vasijas de perfil anguloso, cuencos y platos, jarras, vasijas globulares y de perfil bitroncocónico, etc. En la decoración pintada los ornamentos constatados se centran en motivos geométricos, como en el uso de bandas paralelas, círculos concéntricos, dientes de lobo o retículas. Entre la cerámica ibérica gris se documentan fragmentos correspondientes a pequeños cuencos, ollitas, platos, etc. Junto a todas éstas se han recuperado abundantes fragmentos de cerámicas comunes de cocina, mesa y almacén, de pasta anaranjada y algunas engobadas. Un interesante conjunto cerámico lo constituyen las vasijas a mano reductoras, cuyo mantenimiento se ha venido detectando en estos niveles, entre las que se



Fig. 27. Casa. Zona central y oriental vista desde el sur.

puede encontrar ollitas con decoración impresa, pequeñas vasijas con acabados espatulados e incluso algunas decoradas con acanalados.

Las cerámicas de importación están atestigüadas a través de diversos fragmentos de campanienses A y B, cerámicas de paredes finas, algunas de engobe rojo pompeyano y ánforas.

Además del material cerámico se ha hallado algunos fragmentos metálicos y monedas, que debido al deterioro causado por la humedad no han podido ser identificadas.

IV. LA OCUPACIÓN ROMANO-IMPERIAL

Está plenamente documentada en este ámbito y representada por varios niveles que en la zona noroeste llegan a alcanzar una potencia máxima de 1,50 m. En general las aportaciones urbanístico-arquitectónicas durante este período respecto al conjunto anterior serán mínimas. A lo largo de esta etapa, entre los siglos I-IV d. C., se aprecian situaciones ocupacionales distintas. En un primer momento, se mantiene en uso el conjunto estructural; posteriormente, se

detecta el inicio de su degradación y decadencia progresiva.

La delimitación cronológica de ambos procesos sólo puede encuadrarse a grandes rasgos en esta fase de la investigación, debiendo esperar a que el estudio completo de la excavación y de los materiales permita concluir dataciones más concretas.

El Alto Imperio

Al menos entre los siglos I y II el mantenimiento urbano de este ámbito es similar respecto a la funcionalidad y características que durante la etapa ibero-romana final. Así se deduce del uso de las estructuras anteriores y de las reparaciones o ampliaciones de que éstas son objeto.

Se detecta el pleno funcionamiento de todas las calles, que son mantenidas en buen estado. Un buen ejemplo lo constituye la calle Sur, en esta etapa objeto de una importante reparación (Fig. 7) que redunda en considerar esta vía como una calle principal de posible acceso oriental a la ciudad. La reparación consiste en la construcción de un nuevo pavimento



Fig. 28. Casa. Vista general de la zona este desde la calle sur. Estancias «e», «f», «g», «i».

sobre el anterior que oculta el tramo con rodadas citado con anterioridad. Esta reconstrucción se practica con la misma técnica que la construcción inicial de la calle, superponiendo una capa de grava sobre la primitiva calzada en la que se insertan losas y bloques de caliza que constituyen el nuevo pavimento. Entre la grava del asiento se han localizado pequeños fragmentos cerámicos (cerámica común, *sigillata* hispánica), así como fragmentos de vidrios que han permitido situar cronológicamente esta reparación en la etapa romano-imperial.

En relación con el templo, en principio no se detectan modificaciones atribuibles a este período, por lo que cabe inicialmente considerar su mantenimiento en condiciones similares.

Con respecto a la vivienda, no sólo continúa en uso sino que es objeto de algunas ampliaciones en la zona sureste (Fig. 2, D, E). Así, se ha documentado el añadido de una estancia en el sur de la casa, con la que se configura una disposición de la planta en «L». Este nuevo recinto se ubica entre la estancia «h» y el

templo, rodeando este último, con lo que es, aunque se separe de él, la que se halla más próxima. Se ha construido prolongando los muros de la estancia «h» y modificando ligeramente la trayectoria del muro oeste para no confluir con el templo. Se ha edificado con sillares en *opus quadratum*. La estancia conserva unas dimensiones de 4 x 5 m, teniendo en cuenta los muros y las huellas del pavimento o su preparado, aunque éstas no son las totales. Mantiene una gran parte del pavimento constituido por pequeños ladrillos romboidales, unidos con argamasa y bien ensamblados (Figs. 30 y 31). Este pavimento se halla dispuesto sobre un preparado inicial de tierra que constituye un nivel donde se ha hallado cerámica ibérica, común, *sigillata* y vidrios. El interior de la estancia estaba decorado con pintura de la que es muestra un fragmento en color rojo perteneciente al zócalo y conservado en la base de un sillar del muro norte. Su excavación proporcionó escasos materiales y muy fragmentados, como algunas *sigillatas*, cerámicas comunes, vidrios o huesos de animales. Refleja el momento de su destrucción, con la pérdida de una parte de la estructura y el hundimiento del suelo fruto del desplome de los muros, algunos de cuyos bloques caídos permanecen in situ. Además de esta estancia pudieron existir otras en este ámbito, dado que todavía queda bastante espacio hasta la calle Sur y considerando el desmantelamiento sufrido por la zona oeste, que ha hecho desaparecer los restos.

El otro elemento añadido fue un hogar de arcilla instalado junto al muro sur de la estancia «b» (atrio) (Figs. 2, E y 32). Se trata de una pieza de tendencia rectangular con un lateral redondeado y reborde exterior, con la arcilla enrojecida y endurecida por el fuego, en cuyo interior se halló una densa capa de carbones. Junto al hogar se detectaron restos de diversos bloques pétreos correspondientes a la configuración del entorno del hogar, junto a los cuales y en sus proximidades se recuperaron abundantes cerámicas de cocina y almacén, algunas bastante completas (morteros, ollas, etc.).

Los materiales procedentes de los niveles correspondientes a esta adscripción cultural son los habituales característicos de este período y, aunque muy fragmentados, salvo las excepciones anteriores, se documentan los tipos cerámicos comunes en este período, como la *terra sigillata* itálica, sudgálica o hispánica, cerámicas engobadas de cocina y mesa, comunes, oxidantes y reductoras de cocina, vasijas de paredes finas con decoración de barbotina, fragmentos de cerámica vidriada, lucernas, cerámicas de almacén y transporte como ánforas y *doliæ*, además

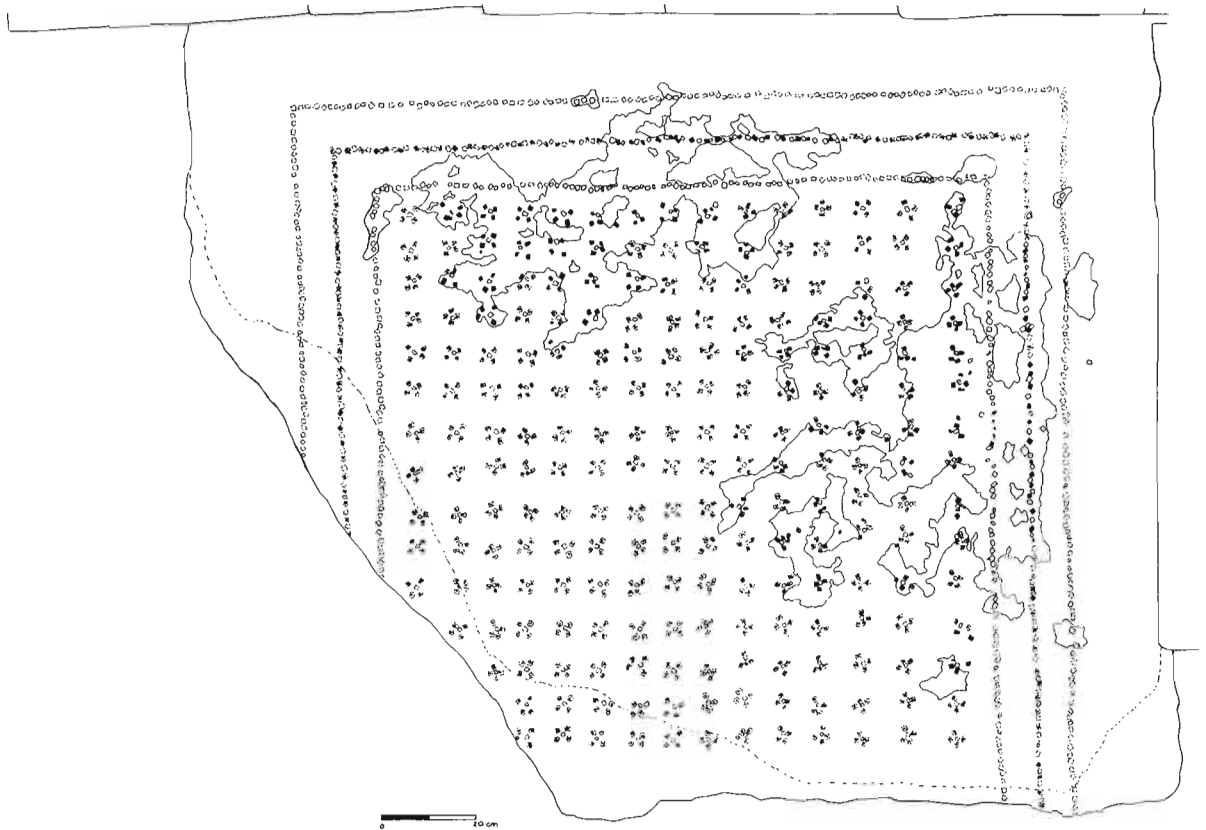


Fig. 29. Estancia «c». Pavimento musivario norte. Calco y reconstrucción.

de otros elementos como vidrios, algún metal, diferentes materiales constructivos y recubrimientos interiores (estucos, molduras, etc.).

El inicio de la decadencia

Los primeros indicios que marcan la decadencia y degradación de este entorno se manifiestan en esta etapa romano-imperial avanzada, a partir de los siglos II-III, sin que pueda en este momento datarse con mayor precisión. Así lo demuestran los niveles correspondientes a esta fase, detectados con mayor intensidad en la zona sur.

El templo y la casa serán los espacios donde se documentará la intensidad del deterioro de este ámbito, que será objeto de una ocupación residual con edificaciones muy deficientes, lo que contrasta notablemente con la calidad del conjunto anterior y documenta la pérdida de importancia urbana de este entorno. Sólo las calles manifiestan en principio, al menos, su continuidad.

La constatación principal es la destrucción que sufre el templo, cuyo muro meridional se halla en gran parte desmantelado. Precisamente en el trazado de este muro, junto a los sillares de la esquina sureste de la *cella*, se excavó en el salagón una cubeta rectangular (Figs. 2, F y 33). También la estancia sureste de la casa, con pavimento romboidal, es objeto de destrucción durante esta etapa, tal como demuestra su interior con los bloques caídos y los bordes meridionales de la casa.

En el espacio entre el templo, la casa y la calle Sur se aprecian las excavaciones de amplias cubetas en el salagón, sobre las que se instalaron diversos recintos o estancias de las que, salvo algunas partes del basamento, sólo se han mantenido los niveles de desplome de los muros, que en las partes no desmanteladas por las edificaciones modernas llegan a contar con 80 cm de potencia. Se trata de construcciones de muy mala calidad con reutilización de todo tipo de materiales: bloques irregulares de arenisca, fragmentos de diversos tipos de ladrillo, tejas, cantos rodados, etc. También se ha documentado la presencia de



Fig. 30. «La Casa de las Rosetas». Estancia con pavimento de ladrillo romboidal. Ampliación romano-imperial en la zona este.



Fig. 31. Detalle del pavimento de ladrillo romboidal.



Fig. 32. Hogar de arcilla instalado en la zona central.



Fig. 33. Cubeta excavada en el muro desmantelado del templo y niveles pétreos del derrumbe.

algunos suelos de arcilla apisonada y quemada junto a las calles sur y este. Formando parte de estos elementos constructivos se ha localizado un fragmento de mármol blanco con decoración en relieve que pudo corresponder a un capitel del templo. Entre los materiales fundamentalmente se han recuperado cerámicas de almacenaje (*doliae*, ánforas) y comunes o alguna *sigillata* entre los restos de los residuos murarios, así como abundantes residuos óseos de animales en áreas carbonosas.

Con esta ocupación deben relacionarse algunos residuos de pavimento de cantos y toscos muretes superpuestos a los restos de la casa en la zona norte (TURMO, 1994).

Esta línea de degradación y abandono parece ir en aumento; llega un momento en que afecta a la calle Sur, que será inutilizada como tal. De los resultados de la excavación parece inferirse que esta situación cubre un amplio espacio cronológico que arranca de la etapa romano-imperial y que quizás llegue hasta la época islámica, momento en que se aprecia una nueva ocupación del entorno. En este amplio espacio cronológico, sin que podamos precisar su adscripción cronológico-cultural concreta, se docu-

mentan tres enterramientos de inhumación aislados ubicados en diferentes puntos de las zonas oriental y sur. Son enterramientos en fosa dispuestos de oeste a este, en posición de tendido supino, con los brazos a lo largo del cuerpo, que no cuentan con elementos asociados a ellos. Uno de estos enterramientos está situado sobre las losas de la calle Sur (Fig. 34), con lo que se evidencia la pérdida en ese momento de la función propia de esta vía.

V. LA OCUPACIÓN MEDIEVAL

Además de los datos aportados por las fuentes históricas, que documentan la urbanización de este ámbito en el entorno de San Pedro, en el interior del recinto amurallado, la excavación arqueológica ha proporcionado ya desde la etapa islámica indicios suficientes que inciden en el amplio uso de este espacio entre los siglos X al XV. En esta apreciación hay que tener en cuenta el intenso desmantelamiento de que han sido objeto los estratos coetáneos a esta ocupación fruto de la construcción de dependencias subterráneas moderno-contemporáneas, que han invadi-



Fig. 34. Restos de un enterramiento sobre las losas de la calle Sur.

do los niveles intermedios, correspondientes a la etapa medieval. Esto ha supuesto que los indicios arqueológicos no se hayan mantenido con la misma intensidad ni de forma uniforme en todo el espacio. Los estratos correspondientes a esta época han llegado a alcanzar como máximo 1 m de potencia en las áreas mejor conservadas, aunque en muchas ocasiones se trata de niveles revueltos.

A pesar de los deterioros la ocupación mejor documentada es la correspondiente a la etapa islámica, mientras que la relativa a la medieval cristiana resulta mucho más difusa.

La etapa islámica

Aunque los restos de esta época no se encuentren generalizados en el solar, se han localizado con suficiente dispersión como para considerar un uso global de este espacio.

Entre ellos cabe diferenciar un conjunto de construcciones pertenecientes a canalillos, cubetas, pequeños depósitos, pozos o aljibes y otros correspondientes a estancias. Una gran parte de estas estructuras se han construido sobre los restos de las construcciones ibero-romanas, siendo responsables de una parte del desmantelamiento de aquellos restos.

Las estructuras

Desde el extremo este y en toda la zona norte se detectan los restos de un canalillo construido con lajas de arenisca que circulaba siguiendo la pendiente en sentido este-oeste y después norte-sur (Fig. 35). Este canal se instaló sobre la calle Norte ibero-romana, que fue parcialmente desmantelada, y probablemente también fue el causante de la destrucción del muro oeste exterior de la casa romana, cuya zanja contiene materiales de esta época. Relacionadas con este canalillo debieron de estar varias cubetas circulares excavadas sobre el mosaico ibero-romano de la estancia «c», sin ningún tipo de recubrimiento, así como un pequeño pozo bordeado con mampostería practicado en la calzada de la calle Oeste, en la confluencia con el templo, en cuyo borde también se talló un canalillo. En la zona este se constata la presencia de un pequeño depósito rectangular de 2 x 1,5 m, construido con mampuesto de arenisca e instalado sobre la esquina de varias estancias romanas (Fig. 36). También en el área oriental de la excavación se ha hallado algunos bloques pétreos aislados, en resi-



Fig. 35. Canalillo islámico sobre la calle Norte ibero-romana. Cubetas excavadas sobre el mosaico de la estancia ibero-romana.

duos de un nivel islámico que destruyó esta zona de la casa ibero-romana.

Más al sur de todas estas conducciones se localizan varios pozos y un aljibe (Fig. 37). Dos de ellos están excavados en el salagón sin ningún tipo de recubrimiento y más que pozos podría tratarse de cubetas profundas. Uno está ubicado en el área suroeste, cerca del templo ibero-romano, y otro en el extremo sureste. Al norte de este último y sobre la calzada de la calle Sur romana se construyó otro pozo de mampostería, cuadrado, de aproximadamente 1,20 m de lado, y un aljibe también cuadrado de 1,80 m de lado. Éste fue edificado con argamasa con el sistema de encofrado.

Al suroeste de este último, a unos 4 m, se hallan los restos de la única estancia constatada (Fig. 38). Se trata de una habitación subdividida en dos secciones que conserva un espacio de 6 x 3,5 m. Mantiene una parte del muro occidental y la esquina norte, mientras que han desaparecido los extremos este, norte y sur, destruidos por las construcciones moder-



Fig. 36. Depósito islámico instalado sobre un depósito y la esquina de las estancias «e», «f», «g», «e», «i» de la casa ibero-romana.



Fig. 37. Aljibe y pozo islámicos instalados sobre la calle ibero-romana Sur.



Fig. 38. Estancia islámica. Vista general.

nas. Está edificada sobre el salagón y construida con sillares de arenisca, de modulación variada, con longitudes entre los 60 y 75 cm, conservando hasta dos hiladas. El área principal de la estancia mide 3,5 m de longitud. El suelo está constituido por una capa de pequeños bloques de arenisca. Su interior proporcionó un nivel con vasijas en gran parte completas, superpuestas unas a otras, que constituye el mejor y más completo conjunto de los hallados hasta ahora en la ciudad (Fig. 39).

Además de ésta en la zona norte se localizaron en la primera campaña de excavación algunos restos de suelos y muros residuales, probablemente de habitaciones construidas con adobe, por la composición del nivel, de datación imprecisa islámica o cristiana (TURMO, 1992).

La adscripción funcional de este conjunto presenta algunas dificultades, dada la visión parcial de sus estructuras. El grupo de obras relacionadas con el transporte y almacenamiento de agua y su relación con estancias podría corresponder a usos domésticos, aunque tampoco puede descartarse que se tratase de algún establecimiento de tipo artesanal.

Los materiales

Son relativamente abundantes. Lo más destacado es la presencia, además de múltiples fragmentos, de un importante conjunto de vasijas completas procedentes de la estancia, de los pozos y bolsadas de la zona norte (Figs. 40 y 41). El conjunto se caracteriza por una gran variedad formal: atañeros de cubierta blanquecina y con manganeso bajo cubierta, botellas o redomas (Fig. 41, 3), jarritas de diferentes tipos, algunas decoradas con cuerda seca (Fig. 41, 1-2), jarros, fuentes, cazuelas, jofainas, tazas, ollas, orzas, candiles de cazoleta, arcaduces, tapaderas, etc. En cuanto al acabado y decoración, son muy variados, desde las simples oxidantes o reductoras a las cubiertas con vedrío, las decoradas con cuerda seca o manganeso bajo cubierta y las pintadas en rojo manganeso o decoradas con líneas incisas.

La ocupación medieval cristiana

Resulta mucho más difusa que la anterior y prácticamente testimonial. Es rastreada por la presencia de algunos restos cerámicos, generalmente en



Fig. 39. Estancia islámica. Conjunto de vasijas.



Fig. 40. Vasijas islámicas.

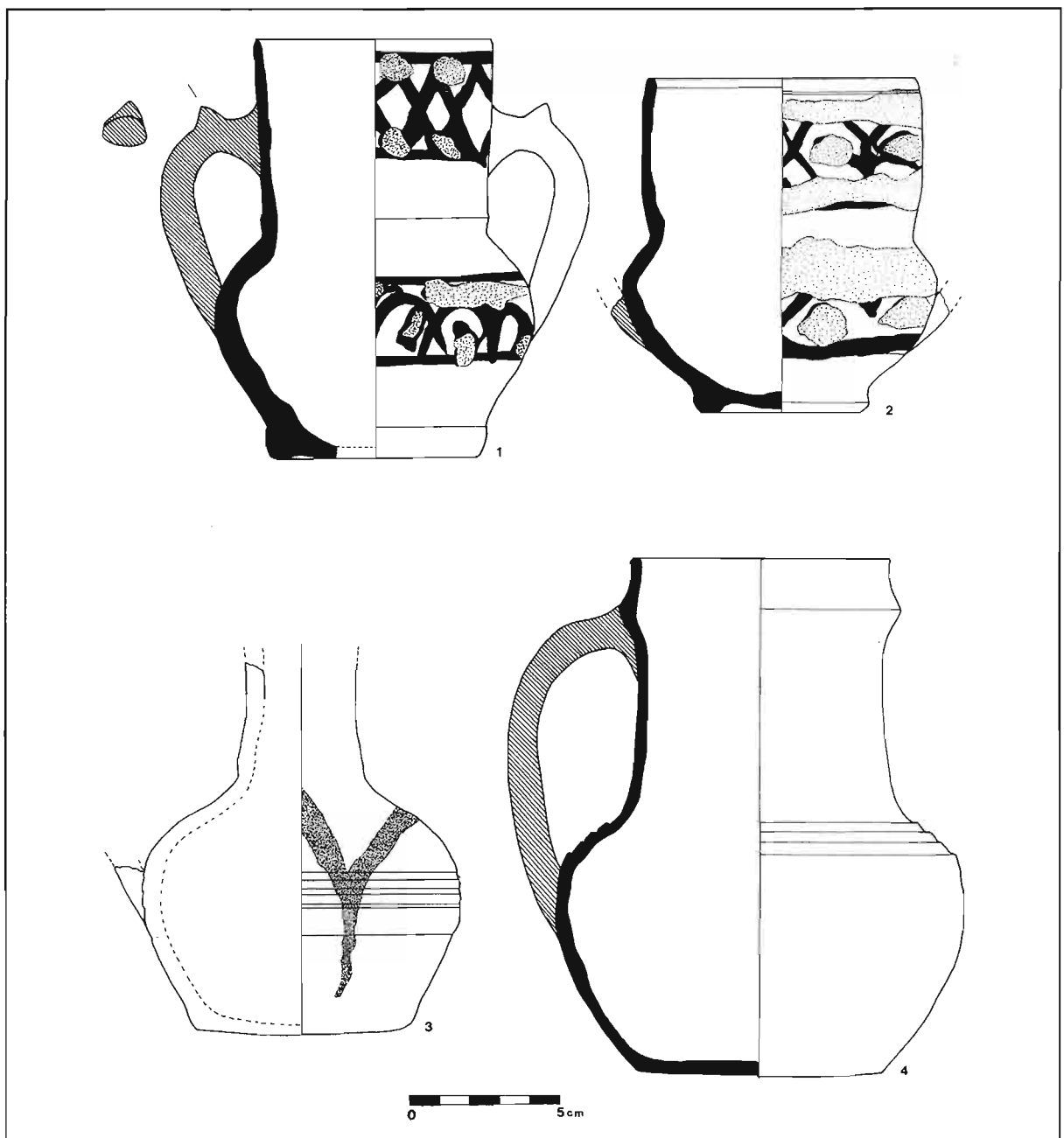


Fig. 41. Cerámica islámica procedente de la estancia.

niveles revueltos, pues no se han constatado estratos definidos de esta etapa. Quizá algunos de los restos estructurales muy dispersos y residuales localizados en la zona norte pudieran corresponderle, como se ha indicado anteriormente.

En contacto con la Baja Edad Media y comienzos de la Moderna pueden conectarse ciertas estancias subterráneas de que dispusieron algunas de las

casas de este solar, en particular la localizada en el centro-norte, que cuenta con un acceso con arco de medio punto bajo la calle Santos Justo y Pastor (Fig. 42); construida con sillar, su origen podría ser bajomedieval, aunque no existan elementos concluyentes. En este sentido hay que recordar la ubicación aquí o en sus proximidades del edificio de las Tablas Altas (mercado cristiano).



Fig. 42. Acceso tapiado en el edificio subterráneo central.

VI. LA OCUPACIÓN MODERNO-CONTEMPORÁNEA

Junto con la de la etapa ibero-romana, es la que ha mantenido la mayor entidad. La urbanización está generalizada en todo el solar y, aunque no vayamos a pormenorizar, es necesario indicar algunos aspectos. Todo este ámbito estuvo ocupado por varias casas, algunas de gran fuste. Contaban con dependencias subterráneas, algunas mantenidas en uso en las últimas viviendas, aunque el edificio en alzado haya sido posterior. Estas bodegas han recorrido el solar en sentido norte-sur y este-oeste.

Es posible que algunas de estas dependencias se erigieran en torno a los siglos XV-XVI y sobre todo durante el XVII. Están edificadas con sillar tendente a la modulación alargada, aunque también se aprecian diferentes materiales reutilizados, en general constituyendo paramentos bien contruidos. Algunas de ellas se han asentado sobre los restos ibero-romanos, desmantelándolos parcialmente o sustentándose en ellos, y en general han sido las responsables de la desaparición de los niveles medievales.

Varias de estas casas contaron con pavimentos enlosados de buena calidad, como la vivienda ubicada al este, en la que se halla un pozo cuadrado de sillar muy bien construido (Fig. 43). Precisamente en cuanto a pozos se han localizado cinco, todos ellos, excepto el anterior, de forma circular, contruidos con sillares o ladrillo. Otros restos de pavimentos como los suelos de morrillo o ladrillo, junto con desagües o pequeños depósitos, son muestras de la distribución de estas viviendas de la etapa moderna, últimos testigos de la organización urbanística de este ámbito.

VII. CONSIDERACIONES FINALES

De todo lo expuesto anteriormente se desprende el gran interés arqueológico que los resultados de las excavaciones en este solar han deparado. Ha quedado sobradamente demostrada la continua utilización de este entorno dentro del contexto urbano de la ciudad desde los primeros momentos de su constitución como tal hasta nuestros días.



Fig. 43. Pavimento enlosado y pozo de la casa oriental.

La secuencia cultural manifestada, así como el tipo de información proporcionada, permiten abrir nuevas vías en cuanto al estudio de la configuración y evolución de la ciudad antigua.

Sin menosprecio de los datos obtenidos en cada una de las épocas, son las informaciones relativas a la etapa ibero-romana las que han proporcionado las revelaciones de mayor calibre y novedad. La localización de la *insula* ibero-romana, cuya cronología nos apunta a la fase sertoriana de la ciudad, es significativa no sólo por su presencia sino por sus características estructurales, calidad constructiva y configuración, que reflejan en su urbanismo una ciudad construida al modo romano. Esos restos han venido a ratificar los hallazgos que en otras excavaciones apuntaban, aunque de forma fragmentaria, a una *Bolskan* ibero-romana de amplia magnitud (JUSTE y PALACÍN, 1990). La presencia del pequeño templo y las posibilidades de hallarnos ante dos vías principales de la ciudad, una de ellas de acceso desde el este, así como el grado de urbanización de un área en una

zona tan alejada de la cumbre, donde teóricamente se ha ubicado el centro, obligan a perfilar nuevos planteamientos más amplios al menos para esta primitiva etapa, además de poder encarar la organización interna urbana y los trazados viales sobre restos documentados. Aunque en estos momentos no estemos en condiciones de resolver las preguntas que se suscitan acerca de la posición y carácter urbano de este espacio en relación con la ciudad, suponen un punto de partida desde el que orientar las actuaciones que se realicen a partir de ahora en este entorno y otras áreas urbanas.

Otro aspecto destacable de los resultados de la excavación se refiere al indicio de la decadencia de este conjunto, que se inicia en la etapa romano-imperial, cuyo detallado estudio, si afortunadamente es posible, permitirá situar cronológicamente este hecho y conectarlo con el devenir histórico-urbanístico de la ciudad y sus reajustes urbanos hacia el final de la etapa romana, que hasta ahora no había proporcionado muestras.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILERA, I. *et alii*: *El solar de la Diputación Provincial de Huesca. Estudio histórico-arqueológico*, Huesca, 1987.
- ARRIBAS, A.; TARRADELL, M.: El foro de Pollentia. Noticias de las primeras investigaciones, *Los foros romanos de las provincias occidentales*, Madrid, 1987, pp. 121-136.
- AYNSA, F. D. de: *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiqüísima ciudad de Huesca*, Huesca, 1619.
- BALAGUER, F.: Notas documentales sobre los mozárabes oscenses, *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, II, Zaragoza, 1946, pp. 397-418.
- BALAGUER, F.: *Un monasterio medieval: San Pedro el Viejo*, Huesca, 1946.
- BALAGUER, F.: Las Termas de Huesca, *Argensola*, 23, Huesca, 1955, pp. 263-270.
- BELTRÁN, A.: Las casas del poblado de Contrebia Belaisca. Planteamiento de problemas y Estado de la Cuestión, *La casa urbana hispanorromana*, Zaragoza, 1991, pp. 181-197.
- BELTRÁN, M.: La Colonia Celsa, *La casa urbana hispanorromana*, Zaragoza, 1991, pp. 131-164.
- CABRÉ, J.: Los bronceos de Azaila, *Archivo Español de Arqueología*, I, Madrid, 1925, pp. 297-315.
- CALVO, M.^a J.: *Arte y sociedad: Actuaciones urbanísticas en Huesca, 1833-1936*, Huesca, 1990.
- CAÑARDO, J.: *Historia antigua de Huesca*, Huesca, 1908.
- CASAS, S.: *Huesca: su topografía médica*, Huesca, 1883.
- CONTE, Á.: La Encomienda del Temple, en Huesca, *Congreso Internacional hispano-portugués sobre las Órdenes Militares en la Península*, 1971.
- DURÁN, A.: *Colección diplomática de la Catedral de Huesca*, Zaragoza, 1965.
- HUESCA, R. de: *Teatro histórico de las iglesias del reyno de Aragón*, Pamplona, 1792.
- JUSTE, M.^a N.: El solar de El Temple (Huesca), *Arqueología Aragonesa 1985*, Zaragoza, 1987, pp. 189-192.
- JUSTE, M.^a N.: *Excavaciones arqueológicas en el solar del Círculo Católico de Huesca*, Informe preliminar, Huesca, 1994 (inédito).
- JUSTE, M.^a N.: *El Solar del Círculo Católico de Huesca. Actuación Arqueológica*, Huesca, Ayuntamiento, 1994 (informe inédito).
- JUSTE, M.^a N.: *Huesca: Más de Dos Mil Años. Arqueología Urbana, 1985-1995*, Huesca, 1995.
- JUSTE, M.^a N.; PALACÍN, M.^a V.: Arqueología Urbana en Huesca: Nuevas aportaciones para el conocimiento de la ciudad romana, *Cæsaraugusta*, 66-67, Zaragoza, 1989-1990, pp. 181-216.
- MAGALLÓN, M.^a Á.: *La red viaria romana en Aragón*, Zaragoza, 1987.
- NAVAL, A.: *Huesca. Desarrollo de su trazado urbano y de su arquitectura*, Madrid, 1980.
- NAVAL, A.; NAVAL, J.: *Inventario artístico de Huesca y provincia*, Madrid, 1981.
- PALACÍN, M.^a V.: Excavaciones en el solar de la calle Desengaño, esquina calle Dña. Petronila. Huesca, *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, Zaragoza, 1991, pp. 313-315.
- PELLETIER, A.: *L'Urbanisme Romain sous L'Empire*, Paris, 1982.
- PENSABENE, P.: Il Tempio della Vittoria sul Palatino, *Bollettin di Archeologia*, 11-12, Roma, 1991.
- SÉNAC, Ph.: La ciudad más septentrional del Islam. El esplendor de la ciudad musulmana (siglos VIII al XI), *Huesca. Historia de una ciudad*, Huesca, 1990, pp. 87-104.
- TURMO, A.: Iglesia de San Pedro el Viejo. Capilla de los Santos Justo y Pastor, Huesca, *Arqueología Aragonesa 1985*, Zaragoza, 1987, pp. 197-198.
- TURMO, A.: Informe provisional sobre la cata sondeo de urgencia realizada en el Atrio-Sacristía de la iglesia de San Pedro el Viejo de Huesca, *Arqueología Aragonesa 1986-1987*, Zaragoza, 1991, pp. 302-304.
- TURMO, A.: Excavación del Solar denominado «Círculo Católico» de Huesca, *Arqueología Aragonesa 1992*, Zaragoza, 1994, pp. 219-222.
- UBIETO, A.: *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*, Barcelona, 1951.
- UTRILLA, P.: Fuentes escritas y arqueológicas para el conocimiento de la Osca ibero-romana, *II Col-loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 1978, pp. 238-300.
- UZTARROZ, F. J. A.: *Monumento a los Santos Mártires Justo y Pastor en la ciudad de Huesca. Con las antigüedades que se hallaron fabricando una capilla para trasladar sus santos cuerpos*, Huesca, 1644.
- VICENTE, D. J. *et alii*: La Caridad (Caminreal, Teruel), *La casa urbana hispanorromana*, Zaragoza, 1991, pp. 81-129.



El comercio de la nieve en Huesca durante los siglos XV a XIX

A. Painaud - P. Ayuso

INTRODUCCIÓN

Para refrescar las bebidas, curar algunas enfermedades, conservar alimentos y hacer bajar la temperatura de las bodegas o de los baños, el hombre ha usado nieve en la montaña y hielo en zonas más templadas. Como el consumo se hacía principalmente en verano, era imprescindible mantener almacenados ambos elementos en fosas, en construcciones semienterradas o subterráneas.

Los testimonios más antiguos de las mismas aparecen recogidos en la antigua Mesopotamia a principios del segundo milenio antes de nuestra era. Más tarde, se han encontrado citas de esta índole en las civilizaciones griega y romana. A partir del siglo XVI, la documentación —hasta entonces bastante fragmentaria— se multiplica notablemente.

En este trabajo se pretende solamente, por el momento, poner en evidencia el uso de la nieve y del hielo en la ciudad de Huesca, así como en otras poblaciones más o menos cercanas a la sierra de Guara. Se trata, por lo tanto, del inicio de unas investigaciones necesariamente más amplias y de una aproximación al estudio de la comercialización de esas mercancías en la provincia de Huesca.

Varios problemas se plantean desde el inicio de esta investigación. De una parte, en el manejo de las fuentes informativas, tanto directas o testimoniales como documentales. En el primer caso, porque las gentes que han tenido una relación personal con el trabajo de la nieve o que lo han conocido a través de testimonios de transmisión oral son, desgraciadamente, cada vez menos numerosas. En cuanto al soporte documental, porque parte de lo recogido en los archivos municipales o religio-

sos, bien desapareció en el curso de la guerra civil española, bien ha sufrido una larga situación de abandono que se ha mantenido hasta nuestros días. Por otro lado, a dichos problemas hay que añadir el mal estado de conservación (cuando no la desaparición casi total) en el que se encuentran muchos neveros, sobre todo en la sierra de Guara, por deterioros debidos a diversas causas como construcción de pistas forestales, trabajos de reforestación, acción erosiva por su emplazamiento a la intemperie, etc. Finalmente, hay que señalar también el difícil acceso que imponen las condiciones naturales de la zona geográfica, las cuales pueden explicar en cierto modo tanto el relativo desconocimiento de su existencia como la falta de interés en la conservación de tan interesantes restos etnológicos.

La superación de estos obstáculos no hubiera sido posible sin las aportaciones y ayuda de toda una serie de personas que, a través de sus relatos, indicaciones geográficas, participaciones directas, etc., han permitido en buena medida que este estudio salga adelante. Por ello queremos, desde estas líneas, expresar a todas ellas nuestro agradecimiento por su desinteresada colaboración. De forma especial, agradecemos a M.^a Paz Cantero y Carmen Arduña su inestimable ayuda en materia paleogeográfica e histórico-artística.

LA CIUDAD DE HUESCA

Si bien el consumo de la nieve y del hielo en la ciudad de Huesca proviene de antaño, es sobre todo a partir del siglo XVI y hasta el siglo pasado —la aparición del hielo artificial provoca paulati-

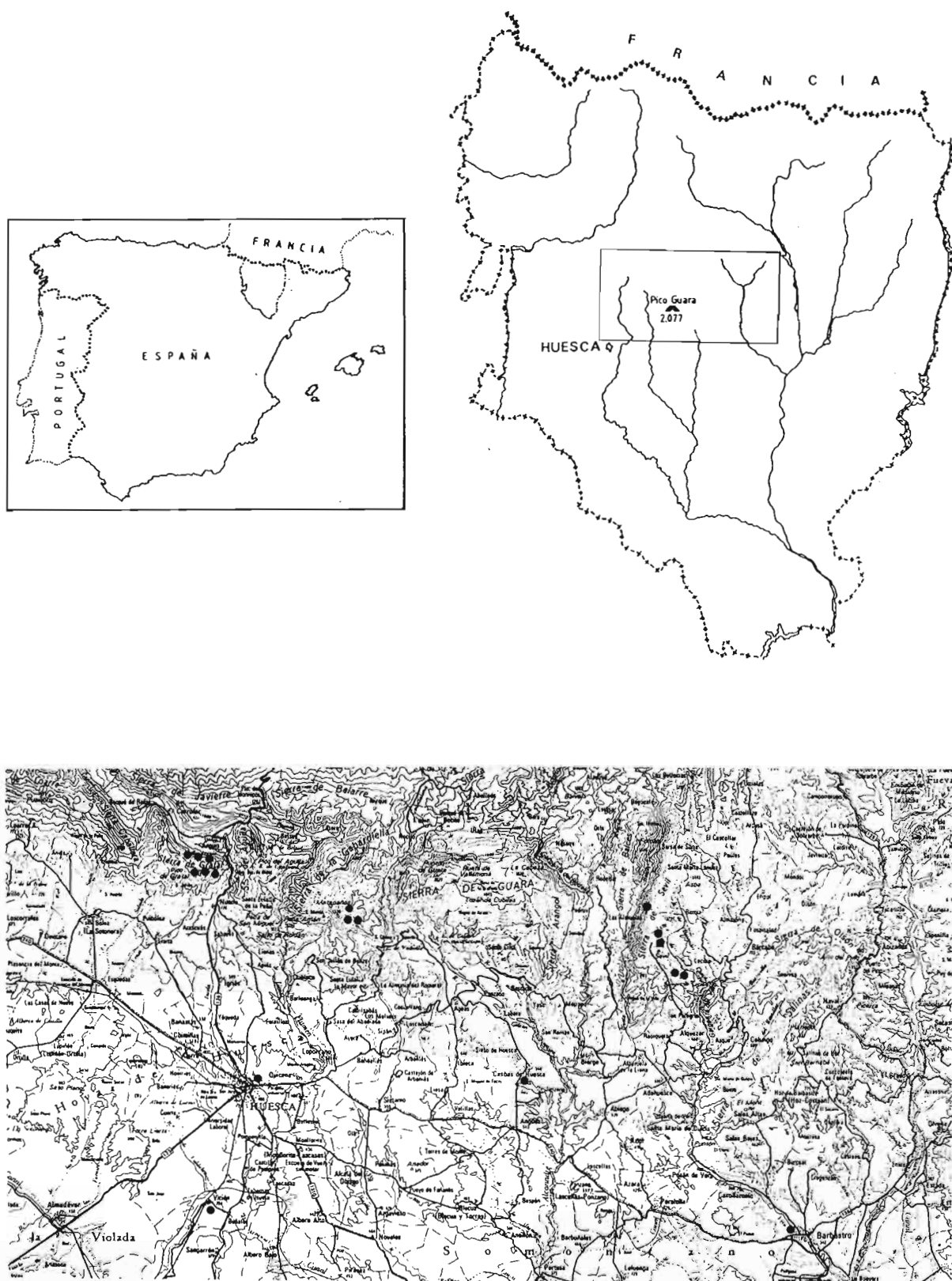


Fig. 1. Plano de situación de los pozos citados en este estudio.

namente el abandono del uso de ambos materiales— cuando hay mayor constancia del trabajo en los neveros y del comercio del hielo en la capital.

La sierra de Guara contiene la mayor cantidad de neveros, los cuales servían no solamente para el abastecimiento de la ciudad de Huesca, sino también para proveer de nieve a otras aldeas ubicadas en sus faldas o en los somontanos inmediatos.



Foto 1. Panorámica de la sierra de Guara.

Esta cadena montañosa, situada a unos 10 km al norte de Huesca, está separada de los Pirineos por una amplia depresión y forma parte del contrafuerte más meridional del Prepirineo ibérico, las Sierras Exteriores. Su áspero relieve y su clima variado hacen que esta barrera natural haya sido desde tiempos inmemoriales una zona de refugio dado su carácter de ciudadela natural (Fig. 1).

Descripción de los pozos

A. LAS CALMAS

En la sierra de Gratal, prominencia occidental de la sierra de Guara, en el paraje llamado *Las Calmas*, se han localizado seis neveros; tres en la vertiente septentrional y tres en la meridional.

Las construcciones de la zona norte están en bastante mal estado de conservación. En la umbría del valle la vegetación es densa y variada y entre las especies más corrientes cabe destacar: abetos (*Abies alba* Miller), pinos negros (*Pinus uncinata* Mirbel), hayas (*Fagus sylvatica*), acebo (*Ilex aquifolium*), cornejos (*Cornus mas*), avellanos (*Corylus avellana*). En esta ladera las nevadas son bastante abundantes en invierno y la media térmica invernal se sitúa entre 4° C y 2° C.

LAS CALMAS I (42° 17' 40" N, 3° 13' 40" E, Mapa del Instituto Geográfico y Catastral, escala: 1/50.000) (Fig. 2).

Este nevero, de un diámetro interior de 5 m, está ubicado en un ancho rellano en línea de cresta, a 1.400 m de altitud. Las piedras de la pared, en su mayoría sin labrar, tienen una anchura máxima de 0,40 m. En la actualidad se distinguen tan sólo las hileras superiores de la edificación.

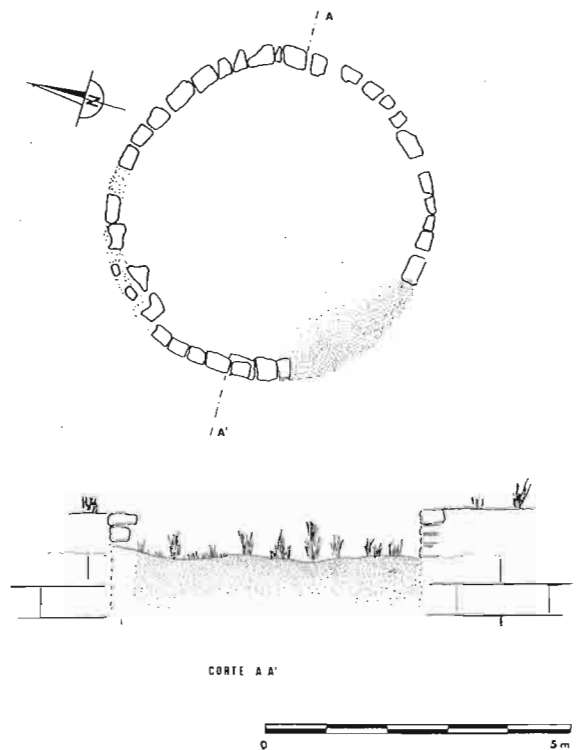


Fig. 2.

LAS CALMAS II (42° 17' 38" N, 3° 13' 48" E) (Fig. 3).

De un tipo muy similar al anterior, esta construcción está en gran parte destruida a causa del trazado reciente de una pista forestal. Situado en una ruptura de pendiente, a una altitud de 1.350 m, este pozo tiene un diámetro interior de 8 m.

LAS CALMAS III (42° 17' 30" N, 3° 14' 22" E) (Fig. 4).

En un collado herboso, a una altitud de 1.450 m, se observa una gran concavidad ovalada cuyo fondo se divide en dos hoyos cónicos de 8 m de diámetro cada uno. La disposición de algunas piedras de gran tamaño, visibles entre las hierbas en el

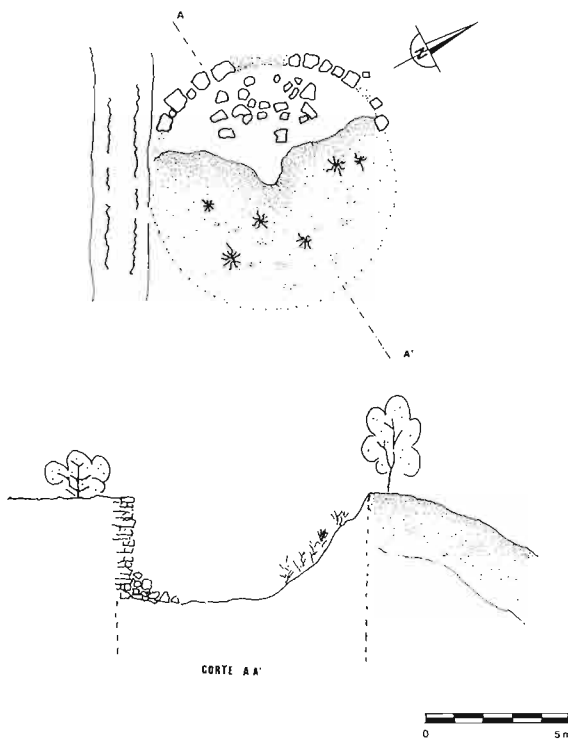


Fig. 3.

lado norte, y la presencia de montículos rodeando el agujero permiten pensar en la existencia de dos neveros gemelos. Podría ser interesante, por ello, efectuar unas excavaciones arqueológicas en esta zona en particular.

Desde este collado se inicia en dirección sur el sendero hacia el pueblo de Nueno y desde allí hacia la ciudad de Huesca. La senda empieza abriéndose paso en la ladera de un acantilado calizo de 200 m de caída y desde cuyo alto se divisa más allá de la Hoya de Huesca. A partir de ahí tuerce hacia el este, bajando por una pendiente pedregosa, y pasa muy cerca de tres neveros que se hallan en la vertiente.

En esta solana meridional, que se encuentra bajo la influencia de vientos más secos, se puede percibir un cambio notable de vegetación: boj (*Buxus sempervirens*), romero (*Rosmarinus officinalis*), jaguarzo (*Cistus salvifolius*), erizones (*Echinopartum horridum*), escobón (*Sarothamnus scoparius*), uva de oso (*Arctostaphylos uva-ursi*), escaramujo (*Rosa pouzini* Tratt). Estas plantas, propias de un clima mediterráneo, más seco en verano, han permitido una mejor conservación de los neveros.

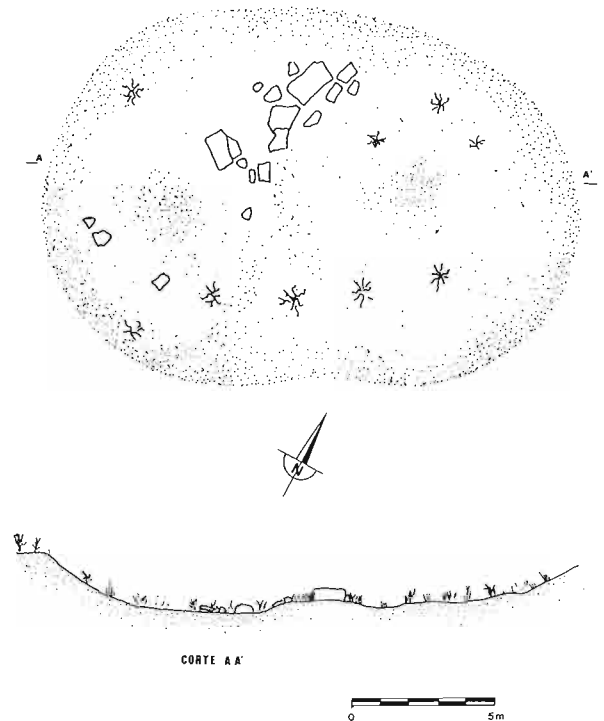


Fig. 4.

LAS CALMAS IV (42° 17' 20" N, 3° 14' 32" E) (Fig. 5).

Excavado a un centenar de metros del pie de la pared rocosa, a una altitud de 1.280 m, tiene un diámetro interior de 5 m. La profundidad actual es de 4 m y en el lado este se ve un posible arranque de cúpula.

Muy próximas se encuentran las ruinas de una construcción rectangular en piedra seca, con una cubierta en tejas árabes derrumbada en el interior. Este edificio debía de servir de refugio para los peones y los muleros que subían para la recolección de la nieve.

LAS CALMAS V (42° 17' 22" N, 3° 26' 49" E) (Fig. 6).

Bastante bien conservado, este nevero de 4,50 m de diámetro interior y de una profundidad de 5 m está a una altitud de 1.270 m. Esta construcción se encuentra en la ruptura de pendiente de la ladera, aproximadamente a 300 m al este del anterior.

LAS CALMAS VI (42° 17' 21" N, 3° 14' 50" E) (Fig. 7).

A una altitud de 1.250 m, este pozo tiene un diámetro interior de 4,60 m y una profundidad actual de 4,50 m. Edificado en el borde superior

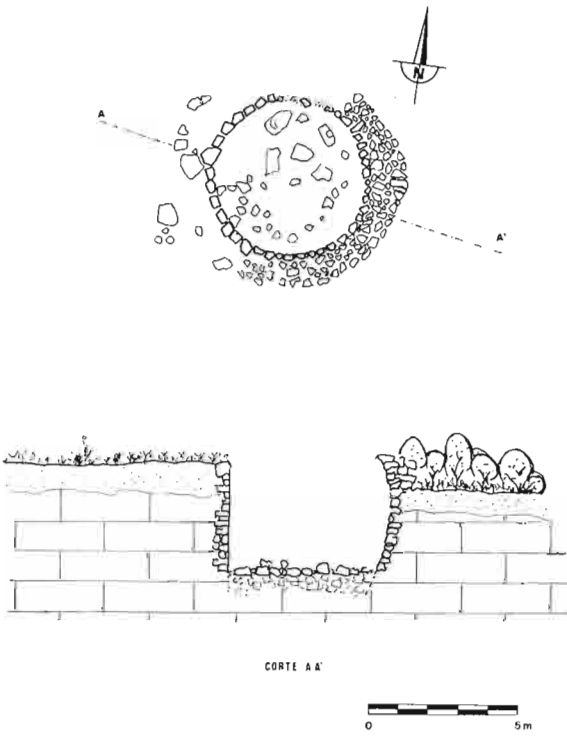


Fig. 5.

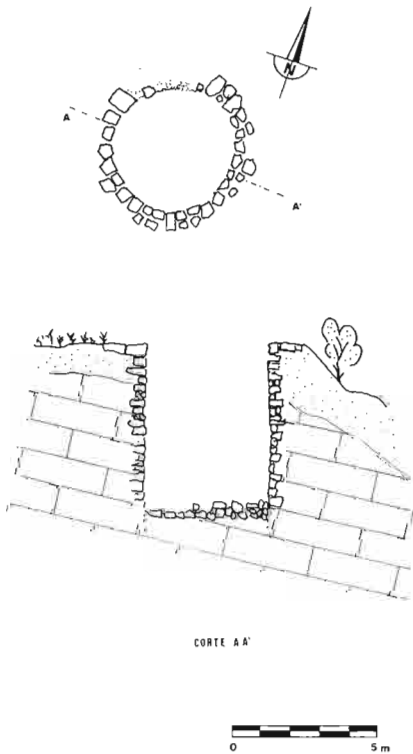


Fig. 6.

de un talud que rompe hacia el este, en su lado occidental está bordeado por una amplia pradera delimitada por matas de boj y de escobones.

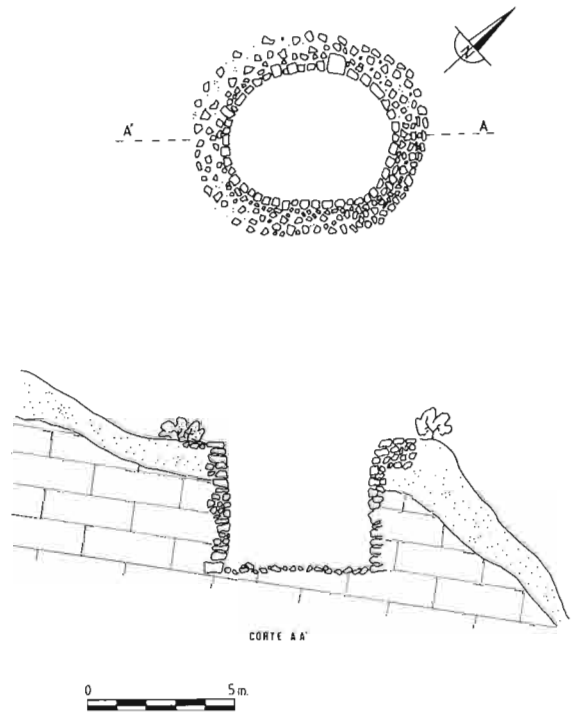


Fig. 7.

Estos neveros —cuya numeración es meramente convencional y con la única finalidad de facilitar su descripción— presentan todos una tipología bastante arcaica: están contruidos según la técnica de la piedra seca. Las paredes, a veces de bastante espesor, sobre todo las del lado de la pendiente, suelen tener un paramento interior algo más cuidado y se observa algún retoque en las piedras a fin de mejorar las juntas.

Este tipo de pozos de montaña, bastante corriente en la mayor parte de los países de influencia mediterránea, tenían, según las regiones, distintas formas de cierre. Algunos —como podría ser el caso en Calmas III y Calmas IV— estaban cubiertos por una cúpula de piedra (falsa cúpula en ambos casos); otros estaban recubiertos con ramas, paja, hojas de haya, de acebo o de boj, que resisten mejor la putrefacción, juncos o cualquier otro tipo de material aislante que se encuentre en la propia zona. Tampoco se ha podido determinar si en su fondo tenían desagüe o rejilla aislante, como es el

caso en otras regiones (Cataluña, Mediodía francés, Bélgica...).

B. CUELLO BAIL

En el collado de *Cuello Bail* (situado a unos 10 km al norte de Huesca, en la parte oriental del pico de Matapaños) se localizan dos neveros situados a 1.380 m de altitud. Estas construcciones, de factura más elaborada que las de Calmas, formaban parte de la red de distribución de la nieve de la ciudad de Huesca. Los testimonios recogidos de montañeros conocedores de la zona han permitido la localización exacta de ambos pozos. Algunos testigos, ya de edad avanzada, recordaban incluso cómo las mulas bajaban al alba cargadas con fardos de nieve, envueltos en tela de yute y paja, para dirigirse rápidamente al Hospital Provincial, donde entregaban su preciado cargamento.

CUELLO BAIL I ($42^{\circ} 15' 20''$ N, $3^{\circ} 22' 10''$ E) (Fig. 8).

Este nevero, semienterrado, ha sido reforzado por una enorme pared circular de más de 6 m de potencia en su base y de 3 m en su parte superior. En la construcción han sido empleadas piedras de tamaños muy variados, pero es, sobre todo, en la parte meridional del edificio (donde el relieve del terreno desciende en forma de cono hacia el pozo, configurando la entrada) en la que se encuentran los bloques más imponentes. Estos sillares podrían formar parte del dintel y de las jambas de la puerta, los cuales soportarían el peso de la cúpula, ahora derrumbada en el interior de la rotonda, de un diámetro interno de 6 m. El paramento interior está hecho de piedras regulares, parcialmente labradas para mejorar la calidad de las juntas.

Una pared de 3 m de largo y de 0,70 m de altura, adosada al nevero en el lado este, debía de sostener un tejado para resguardar a los obreros de la intemperie. Las tejas de tipo árabe encontradas en las cercanías confirman el hecho; sin embargo, no hay restos de las vigas de madera que soportarían la cubierta.

CUELLO BAIL II ($42^{\circ} 15' 20''$ N, $3^{\circ} 22' 10''$ E) (Fig. 9).

Edificado casi en medio del collado, las paredes de este edificio son menos espectaculares, pues sus dimensiones son más pequeñas que las del anterior (5 m de diámetro) y las piedras que componen su paramento presentan un tamaño más reducido. En el lado occidental y en la parte alta

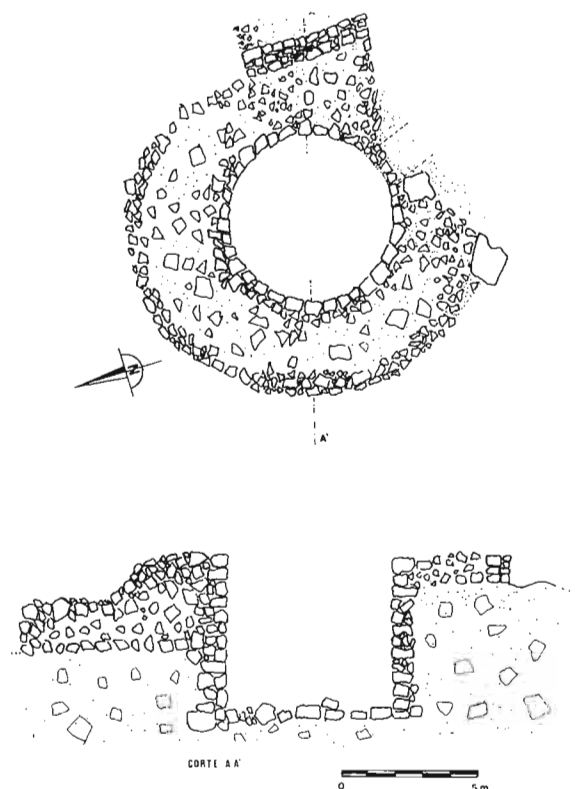


Fig. 8.

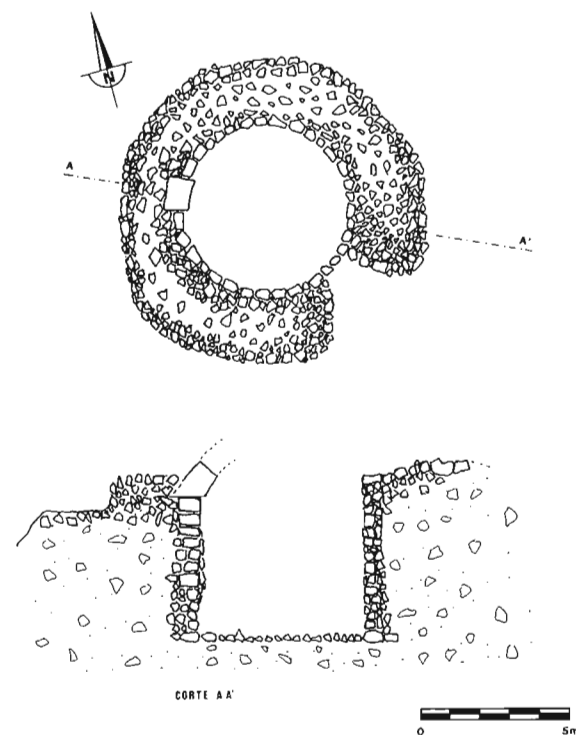


Fig. 9.

del nevero quedan restos de un arco. Se distinguen perfectamente los tres sillares de la jamba apoyados sobre el tambor y, sobre ellos, uno de los dos salmeres del arco. El resto de la cúpula está derrumbada sobre el interior y las paredes que restan en pie, como en el nevero anterior, se ven taladradas por las raíces de la vegetación que invade sus alrededores, especialmente alisos (*Alnus glutinosa* Gaertner). La puerta se abre hacia el sur dibujando una especie de embudo que afecta tanto al amontonamiento de piedras perimetral como al terreno inmediato.

Es muy posible que estos pozos tuvieran también una trampilla en el centro de la cúpula, siguiendo la tradición de gran parte de los neveros de la Península Ibérica. Estos edificios debían estar provistos de un sistema de desagüe y de agujeros cuadrados, colocados circularmente en la parte inferior de la pared, que podrían servir para el sustento de una rejilla de aislamiento hecha con piezas de madera. Esta rejilla permitía la evacuación de las aguas de fundición a través de un pequeño pozo central y de canalillos que comunicaban con el exterior o con un sustrato poroso. Dar salida a las aguas residuales era fundamental para evitar que se fundiera toda la masa de nieve.

CUELLO BAIL III (42° 16' 20" N, 3° 21' 55" E).

Siguiendo la pista de Matapaños un kilómetro más hacia el norte, se llega a un espolón rocoso y a una ancha planicie herbosa. A 50 m al oeste del espolón, en una zona reforestada con plantaciones en terrazas, se encuentran las ruinas de un nuevo nevero, destruido por las obras de roturación del terreno.

Esta construcción parece de factura más arcaica y podría haber tenido un diámetro de entre 6 y 8 m. Por el tipo de construcción carecería de cúpula, si bien todos estos extremos son muy difíciles de confirmar por motivo del estado ruinoso en el que se encuentra.

Documentación escrita

En la provincia de Huesca —y en gran parte de España— es a partir de finales del siglo XVI y a principios del siglo XVII cuando el consumo de la nieve y del hielo se populariza, si bien ambos elementos venían siendo de uso habitual en los hospitales, tanto en el tratamiento de algunas dolencias (migrañas, procesos inflamatorios, pirexias, epilepsia, etc.) como en determinadas intervencio-

nes quirúrgicas y en obstetricia (GONZÁLEZ BLANCO y otros, 1980). Sin embargo, la nobleza y el clero utilizaban el hielo y, sobre todo, la nieve desde hacía ya mucho tiempo. La costumbre de consumir frío y su consiguiente vulgarización dieron lugar a que el Gobierno de los Austria impulsara de manera inmediata una infraestructura recaudatoria y promulgara una legislación estricta sobre producción y venta de la nieve y del hielo, dando carácter estatal a unas reglamentaciones anteriores de ámbito estrictamente municipal.

Las cédulas reales de 1607, 1608 y 1631 someten el tráfico de la nieve y del hielo al control directo del rey: el soberano nombra un administrador que acapara los beneficios financieros originados por el comercio, a cambio del aprovisionamiento gratuito de hielo a la corte y a los embajadores. Tras múltiples problemas con su administrador y con sus herederos, en 1681 el rey Carlos II decreta un sistema de alquiler directo para la administración de los pozos y se queda como propietario exclusivo de los mismos. Todo ello pone de manifiesto un control cada vez más riguroso por parte del Estado a partir de finales del siglo XVII sobre el negocio de la nieve y del hielo.

En Aragón, los fueros y las propias leyes del reino permitieron a los Consejos municipales, de los cuales dependía directamente la legislación del mercado de la nieve y del hielo, beneficiarse de este aporte económico, muy provechoso para sus arcas.

Aunque en Huesca el primer testimonio está fechado a finales del siglo XII, es únicamente al acabar el siglo XIII cuando aparece plenamente organizado y jerarquizado el Consejo oscense. Este Consejo, constituido por el sistema de elección entre los caballeros y los ciudadanos, tenía un marcado carácter oligárquico y privilegiado; el resto de los habitantes (labradores, artesanos, pequeños comerciantes) estaban excluidos. Por eso, este Consejo era, en cierta medida, una especie de aparato político institucional y un operativo órgano de poder que eximía a sus miembros de determinadas cargas tributarias y les permitía controlar una buena parte de los asuntos económicos de la ciudad. Entre otros, regulaban los pastos y bosques comunales, fijaban los precios y los salarios, determinaban la jornada laboral, repartían las cargas fiscales e intervenían en el abastecimiento de la ciudad en pan, vino, pescado, zapatos y, evidentemente, en nieve y hielo (UTRILLA, 1990).

El Consejo de Huesca mantuvo el arrendamiento de la nieve entre los siglos XVI y XIX, siguiendo los trámites ordinarios y la correspon-

diente capitulación en la que se exponían las condiciones del alquiler. Los solicitantes eran generalmente señores, cuyos dominios eran, por su ubicación y sus características climáticas, especialmente favorables para la recolección de la nieve y para su posterior conservación durante los meses de verano. El Consejo concedía a uno de estos solicitantes el monopolio del abastecimiento de la nieve: los Urriés, señores de Nisano, Nueno y Arguis, y los Abarca, señores de Serué, fueron durante mucho tiempo los principales beneficiarios del mismo.

La nieve provenía entonces, en gran parte, de los neveros de la sierra de Guara. Los fardos se transportaban en mulas hasta la ciudad de Huesca, donde se descargaban en los almacenes de la calle de la Nevería para su consiguiente venta. Esta travesía existe todavía en Huesca, entre la Correría y el Alpagán. Los depósitos pertenecieron al Consejo de Huesca hasta el año 1851, en que fueron puestos en venta. Los fardos provenientes de Cuello Bail eran directamente llevados al Hospital Provincial, donde nunca podía faltar la nieve; sus entregas se hacían según normas muy estrictas y las faltas se castigaban con elevadas sanciones económicas.



Foto 2. Pasaje de la Nevería.

El Consejo de Huesca establecía unas reglas muy rígidas. La nieve, debidamente limpia de paja y de otras impurezas, se pesaba en una balanza agujereada; se vendía sin interrupción desde el domingo de Pascua hasta el día de Todos los Santos y con unos horarios de venta muy severos, excepto para el caso de los enfermos, para los que podía venderse día y noche. Los precios eran diferentes en función de que el comprador fuera residente o forastero y las multas sancionaban cualquier infracción de las leyes establecidas.

Con el propósito de facilitar el abastecimiento de hielo a la ciudad, el Consejo informa, en la

sesión del 26 de julio de 1665, de su intención de hacer construir un pozo de hielo en las afueras de la ciudad. Para sacar el mayor rendimiento a la futura nevera, el Consejo envía a un funcionario, Sebastián del Pueyo, a municipios que poseían ya pozos a su cargo de sus respectivos Consejos (Loporzano, Barbastro, Monzón, Lalueza, Zuera y Almudévar), con el fin de asesorarse y de realizar un proyecto con todas las mejoras posibles.

En 1671, el Consejo de Huesca incluye nuevamente una cláusula en las capitulaciones para la edificación de la nevera: no hubo solicitud alguna para proceder a la misma. Solamente el arrendador de nieve, don Antonio Abarca, señor de Serué, sin duda ante el temor de perder su monopolio, presenta una cédula en la que expone su opinión sobre las condiciones de la capitulación.

En ella, don Antonio muestra su agradecimiento ante el Consejo y, respetuosamente, señala cómo la crisis demográfica producida por la peste de 1652 ha incidido profundamente en la crisis económica que padece la ciudad; no le parece oportuno en esa coyuntura iniciar la construcción de dicho pozo de hielo. El señor Abarca insiste, por otro lado, en las cualidades curativas de la nieve y en lo poco aconsejable que resulta enfriar con hielo.

Finalmente el Consejo decide aplazar la edificación de la nevera, pero en 1679 fallece don Antonio Abarca y poco después se emprenden las obras de construcción. El pozo se sitúa en el extremo norte de la ciudad, frente a la sierra de Guara, y se dota de un ingenioso sistema de extracción del hielo. En 1682 se acaba el edificio y el 23 de julio de 1682 se entregan las cuentas de la obra: se había gastado en total (mano de obra, herramientas y pólvora para los barrenos) la cantidad de 30 libras, 7 sueldos y 8 dineros. El cantero Marco Sagarra ganaba 8 sueldos diarios, igual que su asistente; los peones cobraban solamente 3 sueldos y 4 dineros. Actualmente, debido a la expansión de la zona industrial de Huesca en esta dirección, la nevera ha desaparecido en su totalidad (BALAGUER, 1980).

Felipe V, primer monarca de la nueva dinastía borbónica, decreta la abolición de los fueros de Aragón en 1707; desaparecen con ello los Consejos y entra en vigor el sistema castellano de regidores nombrados por el rey. El monopolio municipal se mantiene, pero se crea una administración de la nieve que debe presentar sus cuentas a los conservadores de la ciudad. La nieve provenía,

como hasta entonces, de la sierra. Gracias a las cuentas de la administración de la nieve que se han conservado, se ha podido determinar las cantidades de nieve vendida, por ejemplo, en el año 1731.

Los tres primeros meses del año, la gente de Nueno vende en Huesca 111 arrobas y 18 libras, cobrando a 1 sueldo la arroba. Durante los nueve meses restantes del año, Miguel Fierro desciende a Huesca con 6.522 arrobas y 29 libras de nieve, recibiendo a cambio 825 libras, 7 sueldos, 6 dineros.

Las cuentas presentadas por el pesador Bartolomé Puyó al conservador de la ciudad Félix Rubiela permiten saber con exactitud la cantidad de nieve vendida mensualmente durante este año:

Enero	12 arrobas	33 libras
Febrero	7 arrobas	29 libras
Marzo	68 arrobas	30 libras
Abril	106 arrobas	23 libras
Mayo	329 arrobas	12 libras
Junio	693 arrobas	13 libras
Julio	1.032 arrobas	12 libras
Agosto	1.036 arrobas	33 libras
Septiembre	700 arrobas	26 libras
Octubre	447 arrobas	15 libras
Noviembre	130 arrobas	29 libras
Diciembre	11 arrobas	16 libras

A partir de este recuento anual, se puede apreciar cómo en los meses de invierno el mercado está casi paralizado y deducir que la nieve vendida en este período lo era, seguramente, para fines profilácticos. A medida que el tiempo se vuelve caluroso, se observa cómo el consumo de nieve aumenta de forma paulatina hasta multiplicarse por cien en el verano. Hacía falta, por tanto, *empezar* una enorme cantidad de materia prima en los meses fríos y, sobre todo, conseguir una buena conservación de la misma hasta el verano. Parece evidente que tratar con un material tan sensible a las fluctuaciones de temperatura era todo un arte que exigía un largo aprendizaje, el cual, sin duda, debía de transmitirse de padres a hijos.

Aun cuando todavía en la primera mitad del siglo XIX se mantiene el arrendamiento de la nieve en Huesca y Joaquín Mayoral pretende construir pozos en 1845, la aparición del hielo industrial se hace cada vez más presente. Finalmente, el derrumbamiento de la nevera del propietario del *Café Fuyola*, un mes de marzo del comienzo de siglo, pone fin a este comercio en la ciudad de Huesca.

EL PUEBLO DE CASBAS

A 30 km al este de la ciudad de Huesca y también al pie de la sierra de Guara, la villa de Casbas tenía pozo de hielo y el comercio del mismo dependía igualmente del Consejo local.

Descripción del pozo

CASBAS (42° 09' 00" N, 3° 32' 30" E) (Fig. 10).

Situado en el barranco de Cañeto y fechado en 1639. En el talud de la orilla izquierda del barranco, se excavó en la arenisca un pozo de 6 m de diámetro interior y 6 m de profundidad. Las partes inferior y superior se edificaron con piedras sin labrar, mientras la parte central del tambor quedó excavada en el estrato de piedra sin recubrimiento de ningún tipo. Una falsa cúpula en piedra seca cubre el pozo, en cuya cara sur un arco escarzano conforma la puerta que hace comunicar la parte superior del nevero con una inmensa pradera donde se recogía la nieve. El edificio está, en la actualidad, en un lamentable estado de conservación: la pared colindante con el arroyo está derrumbada en parte, la bóveda presenta un agujero en su centro y el arco de la puerta ha perdido su clave.

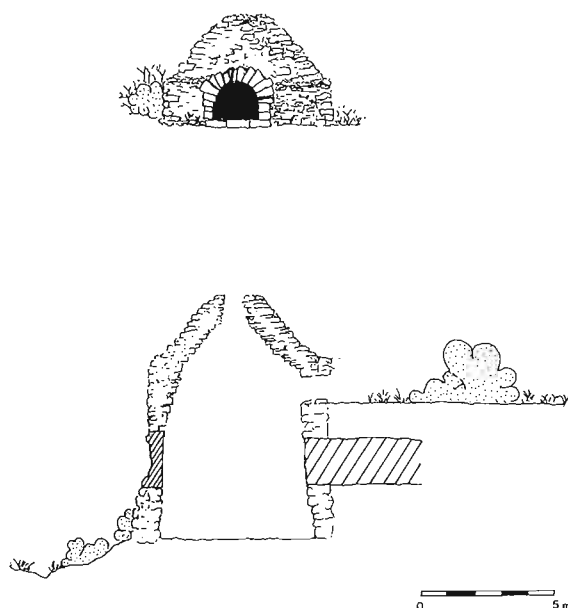


Fig. 10.

Documentación escrita

El 5 de marzo de 1172 la condesa de Pallás, hija de los condes de Urgel, recibe del obispo de Huesca, don Esteban, licencia para la fundación de un convento de monjas cistercienses en la villa de Casbas. El convento recibía visitas muy importantes, entre las que se encontraban las de la familia real de Alfonso II y su mujer doña Sancha. Las monjas solían entonces obsequiar a los visitantes, sobre todo en los meses calurosos, con refrescos o *enfriadas*. Coincidiendo con la celebración religiosa de su patrón san Bernardo, el 20 de agosto, las religiosas solían organizar festividades en las que se hacía también un gran consumo de hielo. Para tal efecto, enviaban a servidores del convento a buscar nieve en las grietas y en las dolinas de la sierra. El transporte se realizaba con mulos, por lo que el viaje era largo y difícil, máxime porque buena parte del mismo se hacía de noche.

En 1602 y después de la reclusión de las monjas, el servicio de la nieve pasa a la villa. En la capitulación de este mismo año, las condiciones de venta fijan un precio de 2 dineros la libra de nieve, desde el 1 de junio hasta el 31 de octubre. Es llamativo comprobar cómo en la capitulación de 1609 el precio se fija en tan sólo 1/2 dinero la libra para los enfermos y los convalecientes.

En 1639, la villa de Casbas encarga la construcción de un pozo de nieve y son los canteros del pueblo de Lascellas los encargados de su realización. El lugar elegido es el barranco de Cañeto, a poca distancia del pueblo.

Para el arrendamiento del pozo el Consejo emite una nueva capitulación, cuyo encabezamiento se transcribe íntegramente a continuación:

Arrendación.— Die octavo Mensis Maij, anno Domini MDCXXXVIIIj in villa de Casvas.

Eodem die et loco: Que ante la presencia de mí Diego Borruel, Notario, y de los abaxo nombrados testigos, parecieron personalmente constituidos Juan López, Infanzón y Pedro de Justes, vecinos y Jurados de la Villa de Casvas de la parte una. Y de la parte otra Jusepe Ferrer, los cuales dixeron que en y acerca del arrendamiento de la nieve de dicha villa que los dichos Señores Jurados han hecho con la capitulación y cabos siguientes habían sido tratados los cabos siguientes:

Capitulación con la qual los Señores Jurados del año presente de mil seiscientos treynta y nueve arriendan la nieve de la villa de Casvas.

La villa de Casbas concede el arrendamiento del pozo en ese año 1639 a Jusepe Ferrer y lo hace por la cantidad de 440 sueldos jaqueses. Los testigos son mosén Jayme Lubico, presbítero y habitante de Casbas, y Sebastián de Alén, herrero, vecino de Lalluenga, que se encontraba de paso por Casbas. Las condiciones del alquiler son las siguientes:

1. El precio de la nieve será para todos, vecinos y forasteros, de 2 dineros la libra (14 onzas).
2. El horario de venta se establece desde las 7 horas de la mañana hasta las 10 horas de la noche. Todo incumplimiento de una hora será multado con 5 sueldos jaqueses, la mitad para el acusador y la otra mitad para el hospital.
3. El arrendador se compromete a vender nieve desde el domingo de Pascua hasta el día de Todos los Santos, ambos incluidos.
4. Sólo se autoriza la venta de nieve al arrendador, fijándose una multa de 60 sueldos jaqueses a cualquier persona que pretenda venderla.
5. Si un vecino hace un encargo de nieve para una reunión, una boda, etc., deberá hacerlo con, al menos, dos días de antelación y el precio establecido será de 3 sueldos la arroba.
6. El arrendamiento tiene que pagarse en dos partes iguales. La primera mitad el 15 de agosto, festividad de la Virgen, y la segunda mitad el 29 de septiembre, día de San Miguel.
7. El arrendador tiene que pesar la nieve con *la balanza agujerada* y la nieve debe estar limpia de impurezas y paja.
8. El arrendador tiene que pagar dos fianzas fijadas por los señores jurados.
9. El arrendador puede ser multado con 5 sueldos por cualquier falta en el cumplimiento del contrato de arrendamiento.
10. Mientras haya nieve en la sierra de Guara, en Nocito o en el valle de Rodellar, el arrendador está obligado a vender nieve.

El comercio de la nieve debía de ser bastante rentable —a pesar de las condiciones de arrendamiento cada vez más drásticas que imponían los señores jurados (18 onzas para 2 dineros, 10 sueldos de multa por hora de retraso, venta desde las 5 horas de la mañana, etc.)—, porque en el año 1642 Orencio Panzano arrienda la nieve por 1.790 sueldos jaqueses. Los testigos de la capitulación fueron, en esta ocasión, mosén Juan Prezoro, de Bierge, y Miguel Cabrero, de Casbas.

Los libros de cuentas del Consejo recogen las del alquiler de la nieve hasta el año de 1705, pero en esta fecha ya no debía de ser tan rentable, pues-



Foto 3. Pozo de nieve de Casbas.

to que el precio del arrendamiento se fijó tan sólo en 14 escudos, cuantía muy inferior en relación con las de años precedentes.

Posteriormente, es en los libros de cuentas (libros de Bolsería) de las monjas donde se encuentran referencias sobre la utilización de la nieve. Para la festividad religiosa de su patrón, san Bernardo, que se celebra el 20 de agosto, las religiosas bernardinas hacían importantes gastos para obsequiar a los familiares de alto rango invitados a dicha celebración. Consta que en los años 1763 y 1764 las festividades fueron suntuosas, la víspera se tiraron fuegos artificiales y a los artificieros se les invitó a beber vino (4 cántaros, que costaron 4 sueldos).

Para el banquete de la gran celebración del día siguiente, las compras y los gastos fueron los siguientes: 6 perdices, 8 pollos, 4 libras de carnero, 4 terneras, 6 libras de azúcar, 1 cántaro de vino, 18 libras de chocolate, 44 docenas de huevos para el pan de leche y otros dulces, 1 arroba y media de azúcar para dulces y agua compuesta, 12 libras de almendras, 1 libra de canela para el refresco y 12 arrobas de nieve, a 4 libras la arroba.

En el año de 1790 la cantidad gastada fue de 13 libras y 5 sueldos, cantidad que fue disminuyendo poco a poco hasta que en 1800 aparecen solamente 2 libras y 11 sueldos gastados. Hasta 1808 las monjas bernardinas siguieron festejando su patrón, pero con el comienzo de la guerra de la Independencia las religiosas tuvieron que abandonar el real monasterio para refugiarse en los montes de Pedruel y de Rodellar. A partir de entonces, se abandona la costumbre de *empozar* nieve en Casbas, prueba de lo cual es que en el año 1918 ya nadie recordaba haber visto usar el nevero. El pozo sirvió posteriormente, durante mucho tiempo, para sepultar animales muertos y en la actualidad se utiliza como vertedero (LA HOJA CASBANTINA, 1918).

LA VILLA DE ADAHUESCA

A 12 km al este de Casbas, entre los valles de los ríos Isuala y Vero, la villa de Adahuesca se encuentra a una altitud de 616 m. Su toponimia es de origen ibérico y las primeras documentaciones sobre el pueblo aparecen ya en el año 1069. Consta documentalmente que fue señorío de Pedro Montes de Lizana en 1288 y que en 1381 el rey Pedro IV entregó el castillo de realengo al adahuescano Manuel de Entenza. En la villa fue muy importante la ermita de Santa María de Treviño, edificio fundado por los templarios, compuesto de una iglesia románica con tres ábsides, del que cabe destacar la portada con crismón de la puerta del claustro del siglo XII. Su conjunto monumental se completa con la iglesia parroquial, restaurada a lo largo de los siglos XVII a XIX.

Desde el punto de vista administrativo, la villa estuvo gestionada por un Consejo Municipal que tiene su origen en el siglo XIV. En el año 1541, hay constancia de la existencia de un hospital para pobres, peregrinos y enfermos, del que se ocupaba una hospitalera, el cual se mantuvo hasta 1785. Para abastecer al hospital del hielo necesario y para el consumo privado —que hasta finales del siglo XVI y comienzos del XVII estaba reservado sobre todo a los nobles y al clero— la villa poseía unos pozos de nieve que gestionaba el Consejo Municipal.

Descripción de los pozos

Sobre los terrenos municipales de la villa, en un punto equidistante entre el pico de Acreu al oeste y el pico de Sevil al este, en el lugar conocido como *Solano los Pozos* y a 1.360 m de altitud, se localizan dos pozos de nieve.

SOLANO LOS POZOS I (42° 14' 20" N, 3° 39' 40" E) (Fig. 11).

Situado en la ruptura de pendiente de un barranco, a 50 m al este de la pista que va del mesón de Sevil a la sierra de Vallés y Sarsa de Surta, se encuentra este nevero de tipo arcaico, levantado con piedras sin labrar y en gran parte destruido. Tiene actualmente una profundidad de 1,50 m y el diámetro mayor de su forma ovalada podría haber sido de más de 8 m. Observando con atención el lado este de la construcción, se puede deducir que la profundidad del pozo era superior a 5 m. La nieve se introduciría por el lado oeste y en la

parte oriental de su base debía de haber un canal de drenaje. Es muy posible, también, que se optara por una forma ovalada para facilitar la edificación de una falsa cúpula en piedra seca. La reciente apertura de un cortafuego paralelo a la pista ha contribuido, lamentablemente, a la casi desaparición del nevero.

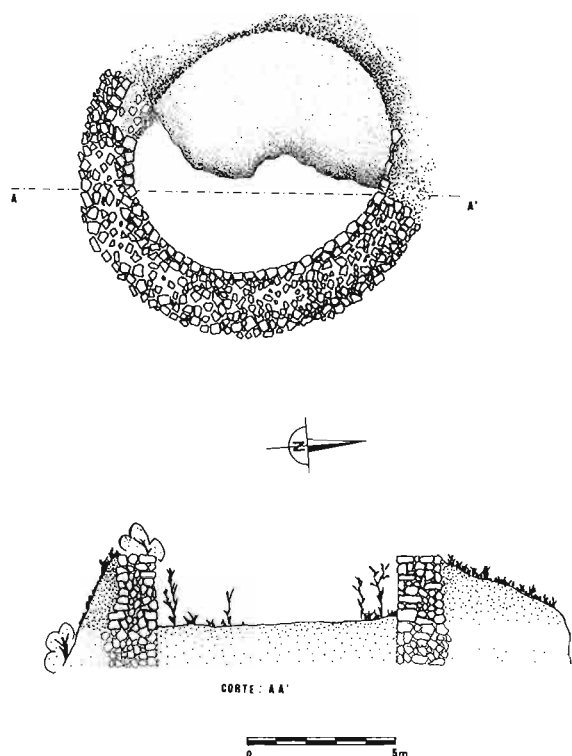


Fig. 11.

SOLANO LOS POZOS II ($42^{\circ} 14' 10''$ N, $3^{\circ} 39' 40''$ E).

Sólo una observación minuciosa del terreno permite determinar los restos de otro nevero situado a unos 50 m al sur del anterior. Su emplazamiento se localiza gracias a la densa masa de vegetación que cubre el lugar en el que se encontraba el pozo, el cual quedó sepultado a consecuencia de los trabajos de nivelación que exigió la apertura del ya referido cortafuego.

Los neveros de *Solano los Pozos* son, sin ninguna duda, los que el Consejo de Adahuesca decidió construir en 1602, conclusión que se apoya en el hecho de que las actas de su Consejo recogen siempre en plural los acuerdos y decisiones adoptados sobre este asunto de los pozos de nieve.

DINERETES ($42^{\circ} 15' 03''$ N, $3^{\circ} 39' 38''$ E).

A poco más de medio kilómetro al norte de *Solano los Pozos*, se encuentra otro nevero ubicado en la parte superior de la vertiente izquierda del río Balcés. Este pozo debió de ser el primero en construirse y, por lo tanto, sería anterior al siglo XVII.

Documentación escrita

En el libro de actas de 1593 a 1605 consta que, con fecha del 29 de agosto de 1599 y reunido el Consejo General de la villa de Adahuesca, se da a los señores oficiales el poder de arrendar la nieve y el deber de establecer la capitulación oportuna.

En el verano de 1602, seguramente a causa de la falta de nieve en el pueblo y de un verano muy caluroso, el Consejo General de la villa de Adahuesca decide la construcción de nuevos pozos de nieve. En diferentes y sucesivas reuniones de dicho Consejo, los señores jurados tratan las cuestiones relativas a ese proyecto y adoptan los acuerdos necesarios para su ejecución, tal y como consta en sus actas de sesiones.

- 19 de agosto de 1602: Que se busque en la sierra de Sevil el lugar conveniente para hacer los pozos y que éstos sean costeados por la villa.
- 30 de agosto de 1602: Se adjudica la construcción a Miguel Sanz, Joan Naja, Joan de Puente y Pedro Alastruey, alias Ribera.
- 8 de septiembre de 1602: Se destinan cien escudos para el pago de las obras y el trigo necesario para la alimentación de los obreros.
- 28 de septiembre de 1602: Nueva autorización para facilitar el trigo de *la cambra* que se necesita para la alimentación de los trabajadores.
- 19 de abril de 1603: Autorización para arrendar la nieve para la villa y fijación de sus precios de venta: en el caso de la villa, 2 dineros la libra de 16 onzas; para los forasteros, 2 dineros la libra de 12 onzas.
- 13 de enero de 1604: Acuerdo para llenar el pozo si hay nieve y establecimiento de sanciones para quienes no cumplieran esta labor.
- 20 de enero de 1605: Concesión de poderes para arrendar el pozo a los señores Antón de Arnal, Martín de Alastruey, Pascual Catalán y mosén Francisco Loscertales, así como para que, de acuerdo con los señores oficiales, fijen las condiciones del alquiler.

Desde 1605 y hasta 1616 no vuelven a aparecer en los libros de actas del Consejo de la villa de Adahuesca temas o acuerdos relativos a la explotación de los pozos de nieve.

- 3 de octubre de 1616: Arrendamiento del pozo de nieve a Benedeta Xillué en el período comprendido hasta la Navidad.
- 25 de agosto de 1617: Amonestación a Benedeta Xillué por no haber cumplido la obligación de llenar el pozo, advirtiéndose que si no lo hace se procederá al correspondiente litigio.
- 8 de septiembre de 1617: Renovación del arrendamiento de la nieve a Benedeta Xillué y establecimiento de las condiciones para los años 1618, 1619 y 1620.
- 26 de julio de 1643: Se recoge la última referencia municipal sobre los neveros y el arrendamiento de la nieve en la villa de Adahuesca (ARCHIVO MUNICIPAL DE ADAHUESCA, 1593-1646).

LA VILLA DE ALQUÉZAR

A 5 km al noreste de Adahuesca se encuentra la villa de Alquézar, cuyo conjunto urbano se extiende a partir del emplazamiento de su emblemática Colegiata. Su origen se sitúa a principios del siglo IX como una fortaleza construida por el jefe musulmán Jalaf ibn Rasid ibn Asad, leal al emir de Huesca Amrús ibn Yúsuf. En 1071 el rey cristiano Sancho Ramírez la reconquista y funda la abadía de Santa María, a la que concede el título de Capilla Real.

Entre los siglos XI y XVI, la Colegiata pasa por toda una serie de avatares que dejan sus huellas de abandono y, en algunos casos, de destrucción: la pugna entre las diócesis de Huesca y de Tortosa, las rivalidades episcopales por la dominación de la Abadía, las guerras y la peste de 1348. La edad de oro de la Colegiata coincide con el siglo XVII, gracias a la compenetración entre la villa y el Capítulo, lo que propicia la paulatina recuperación de los cuantiosos gastos ocasionados por la construcción de la nueva iglesia colegial.

En el curso del siglo XVI, la villa de Alquézar recobra su rango de cabecera comarcal y comercial, como lo atestiguan los importantes legados y las cuantiosas donaciones realizadas en beneficio de la iglesia de Santa María. En 1528, el emperador Carlos V concede a la villa el privilegio de celebrar los jueves un mercado semanal. El 4 de diciembre del mismo año, por un documento del

emperador otorgado en Toledo, se le permite la organización de una feria anual, que se celebraría desde el 1 al 15 de agosto. Cabe suponer que contribuyó a estas concesiones la calidad de algunos productos de la región, como el aceite de oliva y la sal, que provenía de las muy próximas salinas de Naval.



Foto 4. Bóveda del pozo «Campoluengo I».

Alquézar disponía también de un hospital dirigido por un médico, dotado de un cualificado personal de enfermería y gestionado por la junta municipal de beneficencia. La hospitalera formaba parte del personal auxiliar del Capítulo, se encargaba de dar la comida a los enfermos y de administrar los medicamentos prescritos por el médico.

También pertenecía al personal auxiliar del Capítulo el mozo de palacio. Su trabajo consistía en cuidar del edificio, convocar a Capítulo a los racioneros, recoger la lana por las aldeas, ayudar a los clavarios y, el día de la procesión a la ermita de Dulcis, *llevaba la nieve* (DURÁN GUDIOL, 1979).

Esta referencia a la nieve es la única que figura en los archivos de la Colegiata de Alquézar, actualmente depositados y custodiados en la Catedral de Huesca. Como en la mayoría de los municipios, los asuntos de la nieve y del hielo eran en esta villa también de incumbencia municipal, pero, por desgracia, los archivos de su Consejo han desaparecido por completo, probablemente durante la guerra civil y, sin duda, a causa de la situación de desidia y abandono en la que se mantuvo durante años tan importante legado documental.

Descripción de los pozos

A 5 km al noreste de Alquézar, en la denominada *Partida del Tito*, se ubican dos pozos de nieve.

Están a una altitud de 1.120 m en el lugar llamado *Campoluengo* (42° 12' 25" N, 3° 41' 40" E) y dominan la vertiente occidental del barranco de *Chimiachas*.

CAMPOLUENGO I (Fig. 12).

Emplazado en la ruptura de una pendiente, sólo una ligera elevación del terreno permite reconocer la presencia del nevero. Dos trampillas trapezoidales de 1,20 m y 0,70 m de base posibilitan el acceso por la parte superior de la construcción. La rotonda tiene un diámetro interior de 7 m y su parte inferior está excavada en la piedra caliza hasta una altura de 3 m. Sobre este tambor de piedra descansan, regularmente repartidas, las jambas de cuatro arcos de medio punto, que se cruzan en su centro para conformar la cúpula; los sillares que rellenan sus paños, al igual que las dovelas de los arcos, tienen 0,40 m de largo y 0,20 m de ancho.

El nevero alcanza una profundidad total de 7 m y en el lado septentrional de su suelo de guijarros se conserva, cubierto por tres piedras planas, un canalillo de 0,30 m de profundidad que servía de desagüe hacia el exterior para las aguas procedentes de la fundición de la nieve. El pozo muestra una esmerada ejecución y tanto las juntas como la talla de los sillares parecen ser obra de unos artesanos bastante cualificados.

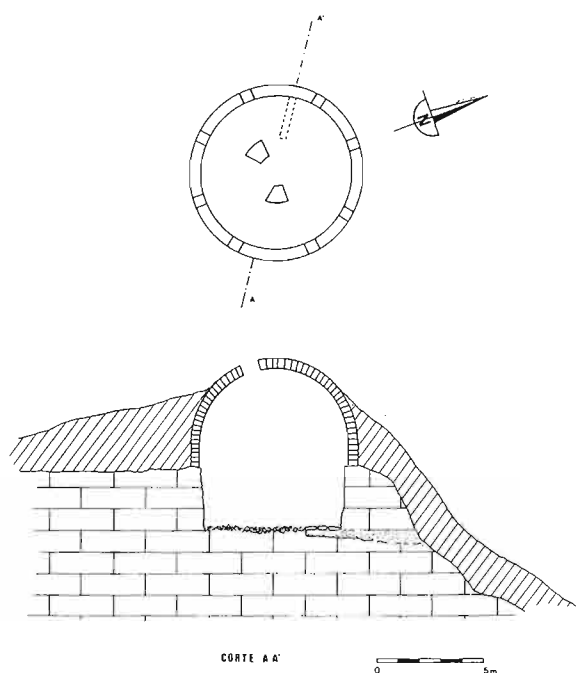


Fig. 12.

Podría deducirse que esta obra fue realizada en el siglo XVI, aprovechando el auge económico de Alquézar en esos momentos y también seguramente la presencia del arquitecto Juan de Segura, encargado de la construcción de la nueva iglesia de la Colegiata entre 1525 y 1532. El maestro en persona se encargaba de vigilar la extracción y el transporte de la piedra que provenía de la *Partida del Tito*, lugar donde está edificado el pozo de nieve. Si bien no se dispone de testimonios escritos que permitan documentar esta hipótesis, sí podría avalarla, en cierta medida, el hecho de que tan sólo a 50 m al norte exista otro nevero, aunque de características y factura bastante más arcaicas.

CAMPOLUENGO II (Fig. 13).

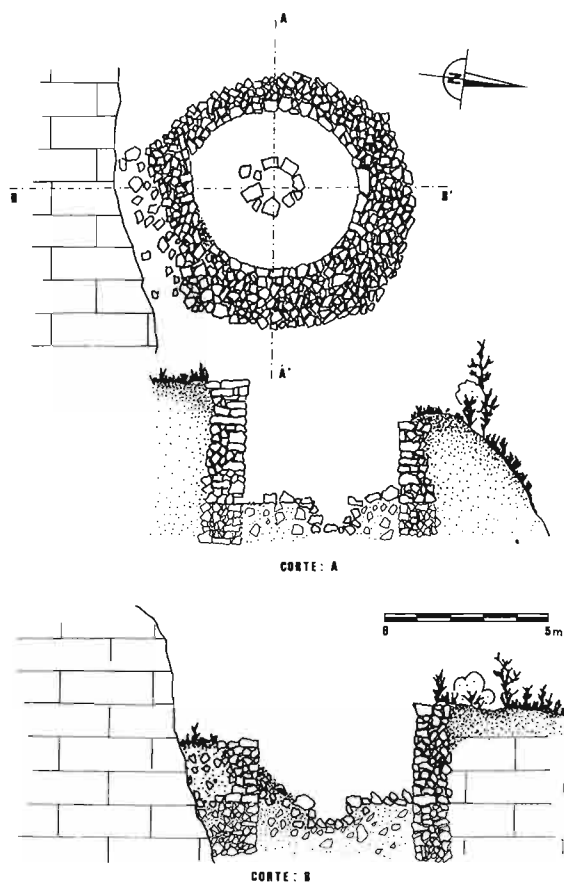


Fig. 13.

Este pozo de nieve está construido al Norte de una pared rocosa de 10 m de altura, cuya sombra lo protegía todo el día. Se trata de una construcción en piedra sin labrar de 5 m de diámetro y

que conserva en la actualidad una profundidad de 3,50 m. La cúpula que cubría el nevero se encuentra caída dentro del tambor, pero se distingue perfectamente en el centro la trampilla que servía para *empezar* la nieve. Unos huecos excavados en la roca de la pared pudieron servir para sostener los andamios durante la construcción de la cubierta o, simplemente, para apoyar las vigas de un cobertizo.

LA CIUDAD DE BARBASTRO

Desde Alquézar, siguiendo el curso del río Vero hacia las tierras bajas, se llega, a unos 25 km, a la ciudad de Barbastro.

Seguramente de origen islámico, Barbastro es en el siglo XI la frontera norte de la zona de ocupación musulmana en España. Aprovechándose de las aguas del río Vero, los árabes hicieron de estos parajes un verdadero vergel, gracias a la construcción de una compleja red de canales de irrigación. La presencia en la ciudad de un número significativo de familias judías permite dotarla de una importante actividad comercial y generar un núcleo burgués bastante sólido, que perdurará hasta el decreto de expulsión de 1492.

La ciudad mantiene una cierta estabilidad económica hasta la primera mitad de este siglo, en torno al comercio, la artesanía y la pequeña industria. Más tarde, la inversión de capitales extranjeros en ciudades vecinas hace que Barbastro caiga lentamente en una situación de letargo. A pesar de todo, su rango de capital administrativa del Somontano, el Sobrarbe y la Ribagorza le permite seguir siendo una de las ciudades importantes de la provincia de Huesca.

Descripción de la nevera (Fig. 14)

Al ser una ciudad de la tierra baja y por ello con poca nieve en invierno, Barbastro obtiene el hielo de las aguas del río Vero y lo almacena en un pozo cercano situado en el campo de San Juan (42° 02' 18" N, 3° 48' 25" E). Esta nevera está excavada en un montículo de arenisca orientado al norte; se trata de un edificio rectangular de 8,50 m de largo y de 7,70 m de ancho, cubierto con una bóveda de cañón construida en ladrillos árabes y reforzada en su centro con un arco perpiñaño; la altura total es de 11,50 m. El cierre de la parte norte lo forma una enorme muralla de 20 m de largo, 15 m de alto y un

grosor de 2,50 m, en *opus mixtum*. El acceso a la base de la nevera se hace a través de una apertura de 2 m de alto y 0,85 m de ancho, situada en la parte inferior de esa muralla. Una trampilla algo irregular, de 1 m x 0,50 m y abierta en el centro de la bóveda, permitía llenar de hielo el pozo. En el lado superior de la pared oriental, se abre un vano en arco abocinado de 2 m de alto, actualmente cegado, que debió de usarse para sacar el hielo por medio de una polea colgada de un gancho de hierro que todavía se conserva. En la pared occidental, una escalera de ladrillos de 2 m de altura permite el acceso a una apertura que comunica con una cueva colindante cuya boca está orientada al norte. Este abrigo rocoso, lo mismo que otro próximo, pudieron haber servido, bien de alojamiento para los obreros, bien como depósitos auxiliares para almacenar el hielo en años de mucha producción.

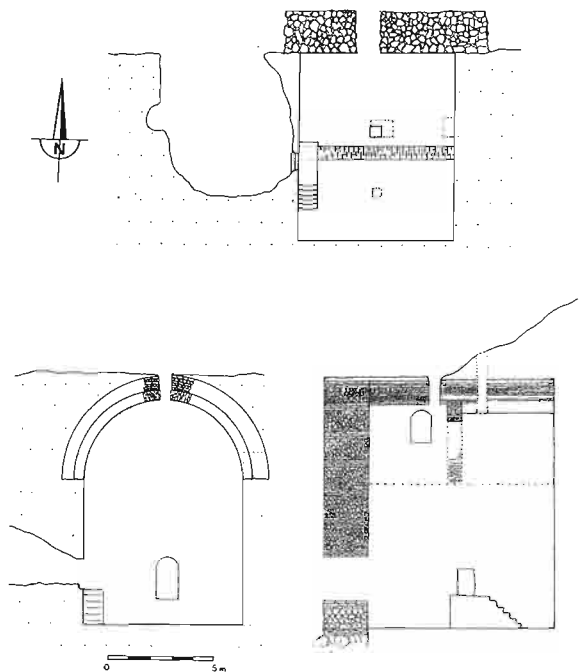


Fig. 14.

Documentación escrita

El 26 de julio de 1655, el Consejo de Huesca envía a Sebastián Pueyo a visitar el pozo de hielo de Barbastro al objeto de documentarse para después construir uno en la ciudad de Huesca. Esto prueba que la nevera de Barbastro estaba ya construida y en funcionamiento con anterioridad a esa fecha.

Algunos documentos conservados en el Archivo Municipal de Barbastro permiten conocer algunas condiciones sobre el arrendamiento del hielo en la ciudad (ARCHIVO MUNICIPAL DE BARBASTRO, 1692-1792).

En los años 1692 y 1693, el pozo de hielo es arrendado a Juan de Portería por la suma de 560 libras jaquesas, según consta en el cuaderno de cuentas de Juan Garcés, *administrador de todos los útiles cedidos por la ciudad de Barbastro a los conservadores de la Concordia*. Según el mismo cuaderno de cuentas, el arrendador en los años 1695 y 1696 es Juan de Alfaro y el precio pagado por el alquiler asciende a 693 libras jaquesas.

En las actas del Ayuntamiento del 16 de febrero de 1748, se acuerda que al siguiente domingo se proceda al arrendamiento del pozo de hielo, a las dos de la tarde, en el lugar acostumbrado, y que a tal efecto se publique el correspondiente bando.

En otra acta de 1748 se recoge que, previo pregón público, el abastecimiento de hielo se arriende, para la temporada que comienza el 1 de mayo, a Juan Porta por un precio de 208 libras jaquesas.

La Concordia entre la ciudad de Barbastro y los censalistas establece, en el acuerdo firmado en 1792, el derecho privativo para el arrendador del uso de las balsas, de los canales y de las estacadas, el derecho de llenar las balsas, de hacer hielo o de recoger nieve en la ciudad y *empozar* en la nevera. Se le autoriza también a traer nieve o hielo desde fuera si no hubiera en la ciudad y se prohíbe a cualquier otra persona vender hielo en la villa y los términos de Barbastro.

En un segundo apartado del mismo acuerdo, se obliga a los señores jurados a poner a disposición del arrendador los peones necesarios para *empozar* el hielo en los días y ocasiones precisos. Severas penas, pecuniarias o corporales, se aplicarían a quienes incumplieran esta obligación. Se reitera la prohibición, a cualquier vecino que no sea el arrendador, de recoger y vender nieve o hielo cualquiera que fuera la calidad del producto. El precio de venta del hielo se fija en 2 dineros la libra durante todo el año, excepto en el período comprendido entre las festividades de San Bartolomé (24 de agosto) y la Virgen de septiembre (24 de septiembre), durante el cual el precio de la libra ascendía a 3 dineros. Se señala, también, el lugar acostumbrado para la venta del hielo.

El hielo se vendía en una plaza de la ciudad antigua, cercana al río Vero, llamada entonces *Plaza del Matadero* y actualmente denominada *Plaza*

de la Diputación. El antiguo hospital de Barbastro, cercano a la iglesia de San Julián, y la Casa de Misericordia, actualmente desaparecida, eran también prioritarios lugares para la venta del hielo.

La producción del hielo en Barbastro fue, desde su inicio, un monopolio del Consejo Municipal, el cual poseía, igualmente en exclusiva, su derecho de venta. A partir de 1717, es la Junta de Censalistas la que, por medio de la firma de *La Concordia*, administra los bienes municipales y, consecuentemente, la que se encarga del alquiler de los pozos de hielo o nieve, de los canales, de las balsas y de los derechos de la venta del hielo. Los beneficios obtenidos por el arriendo de esta explotación eran, junto con el del almudí, los más beneficiosos para las arcas municipales y, por lo tanto, para la propia ciudad (BOSCH y NIETO, 1994).

Si bien el pozo de hielo se sigue conservando, no queda ningún rastro en la actualidad de las balsas y de los canales. Sin embargo, todavía en 1842 Madoz se refiere en el *Diccionario geográfico, estadístico e histórico de España a unas balsas construidas expresamente para hacer hielo: apenas se percibe su profundidad, y llenándolas en el invierno con agua del r., pocos días bastan para convertirlas en aquella especie*. Madoz localiza estas balsas en una pradera situada en el arranque de la cuesta de la peña del Sepulcro, cercanas a las ruinas del puente de Santa Fe. Las violentas crecidas del río Vero fueron, seguramente, la causa de la desaparición de las balsas después de su abandono. Aun cuando no se puede determinar con exactitud las fechas en que se dejó de usar el nevero, es razonable deducir que tal hecho se produjo asociado a la paulatina y progresiva aparición y empleo del hielo artificial.

EL PUEBLO DE VICIÉN

Situado a unos 9 km de la capital de Huesca, desde los 390 m de altitud del Tozal de Viñadero en el que está enclavado, Vicién domina la Hoya de Huesca. Documentos escritos del siglo XI atestiguan que el pueblo pagó *parias* al monasterio de San Juan de la Peña, pero en 1105, en el reinado de Pedro I, Vicién era de realengo.

El pueblo tuvo un elevado censo de población morisca, como lo demuestra que en el siglo XV el lugar reuniera 16 fuegos sólo musulmanes. La expulsión de los moriscos por el decreto de 1609 afectó a 19 casas y la aldea tardó mucho tiempo en reponerse de este negativo impacto demográ-

fico. La huella árabe ha quedado patente, no obstante, en la actual configuración del pueblo, en la que todas sus calles se distribuyen radialmente en torno a la plaza principal. A mediados del siglo XIX, Madoz consigna *50 casas, 45 vecinos y 279 almas (sic)*. En 1900, la población es de 356 habitantes y, en la actualidad, apenas alcanza los 143. Esta progresiva pérdida de población es una lamentable constante en muchos pueblos de la provincia de Huesca.

Descripción del pozo (Fig. 15)

En la parte septentrional del cerro de Viñadero y muy próximo a un cortado de 15 m de alto, hay excavado un pozo de hielo ($42^{\circ} 03' 18''$ N, $3^{\circ} 14' 45''$ E). La rotonda que conforma el nevero tiene una profundidad de 7,60 m y un diámetro interno de 5,70 m. El paramento interior del edificio está hecho de sillares regulares y muy bien labrados, en los que se conservan todavía las marcas de los canteros. El tamaño de las piedras, de 0,60 m \times 0,40 m en la base, va reduciéndose a medida que se cierra la cúpula hasta alcanzar la trampilla central de 1,20 m de diámetro. Esta apertura cenital servía para *empozar* el hielo y, en la actualidad, está cubierta por una enorme losa de piedra.

En el tercio superior de la construcción, a 4,90 m de altura, se abre un hueco de 0,70 m \times 0,50 m que afecta a la base de la cúpula y que comunica con el exterior a través de una bóveda de cañón abocinada, de una longitud de 3 m. Este vano servía para sacar la nieve del pozo, como puede deducirse a la vista de las hendiduras provocadas en la piedra angular de la repisa del ventanuco, debidas, sin duda, al arrastre de la cuerda utilizada a tal fin.

En la base del nevero y orientada al norte, se abre una puerta rectangular de 1,50 m \times 0,70 m, la cual da acceso a un corredor que comunica con el exterior, tras un recorrido zigzagueante de 13 m. Excavada debajo de un estrato de piedra arenisca, la galería está reforzada en cada lado por paredes de sillares; su techo se sostiene sobre pilares de ladrillo y toda la estructura se refuerza con viguetas de hierro para evitar los derrumbes de la piedra. Este techo descende hacia el exterior, donde un pilar de sección trapezoidal divide y obstruye parcialmente la apertura, posiblemente para evitar el recalentamiento en el interior del corredor. Por último, una cámara lateral que se encuentra en el

lado occidental de la galería debía de usarse para mantener todo tipo de productos en aceptable estado de conservación durante cierto tiempo. Esta práctica de conservación en cámaras interiores aparece documentada en neveras de la misma época que se encuentran en regiones del centro de Francia y en Inglaterra.

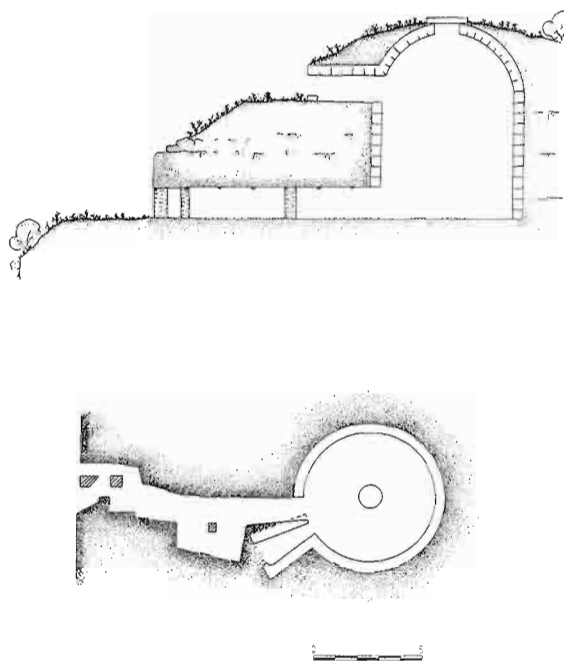


Fig. 15.

Una acequia cercana a la entrada inferior del pozo proporcionaba el agua necesaria para la fabricación de hielo. El agua era desviada a través de una gárgola, construida con tres bloques de arenisca, y caía directamente a las balsas de congelación que se encontraban a más de dos metros por debajo. Estas balsas —de las que en la actualidad se conservan sus cercados de piedra— debieron de utilizarse como huertos cuando perdieron su antiguo uso, aprovechando la facilidad de riego que proporcionaban esas instalaciones ya construidas.

La ausencia de documentación municipal escrita, debido sin duda a las mismas causas ya citadas con anterioridad a propósito de otros lugares, no permite dar ninguna información complementaria a propósito del nevero, de su construcción, del abandono de su utilización ni de las reglas municipales que regulaban el comercio del hielo en Vicién.

CONCLUSIONES

Como se recoge en la introducción de este trabajo, la utilización de hielo y, sobre todo, de la nieve se desarrolla fundamentalmente a partir del siglo XVI. Es cuando su uso, hasta entonces reservado a los estamentos privilegiados —nobleza y clero—, se populariza y cuando los Consejos municipales, generalmente propietarios de las neveras, emiten una gran parte de las capitulaciones que regulan los arrendamientos de los pozos y la venta del hielo y de la nieve. En Aragón las disposiciones que legislaban la organización comercial de la nieve y del hielo siguieron vigentes hasta la desaparición de esa actividad, como resultado de su inevitable desplazamiento por el nacimiento de la producción industrial de este producto.

En el tratamiento artesano de la nieve y del hielo, hay que distinguir dos fases bien diferenciadas. En una primera fase la producción se desarrolla principalmente en las zonas montañosas, donde las nevadas son lo suficientemente importantes para que la instalación de pozos de nieve sea una empresa rentable. Estos neveros pertenecen, en principio, a un terrateniente, que obtiene de los municipios el monopolio de comerciar con la nieve. El arrendador debe respetar, por su parte, las condiciones dictadas por los Consejos municipales, que pueden aplicarle sanciones económicas en caso de incumplimiento de las mismas. Toda la organización del trabajo, la recogida de la nieve, su transporte y venta, así como los costes de todo ello, corren a cargo del arrendador.

Una vez en la ciudad, la nieve y el hielo se almacenan para entrar en la segunda fase del proceso, que es la comercialización. El producto se distribuye entre los organismos prioritarios, que, como los hospitales, se benefician además de una reglamentación especial. La nieve y el hielo que provienen directamente de las neveras municipales se depositan en unos almacenes pertenecientes, por lo general, a la corporación local y donde los encargados de los arrendadores venden su producto bajo la vigilancia contable de un responsable municipal.

El proceso de fabricación del hielo en zonas de escasa nieve resulta algo más complejo, puesto que precisa de una infraestructura más elaborada: hay que organizar toda una red de canales y estacadas para llevar el agua hasta unas balsas en las que se realiza su transformación en hielo, el cual, posteriormente, ha de ser troceado para llevarlo al pozo y almacenarlo.

Si bien en un primer momento el trabajo de la nieve y el hielo puede parecer una actividad algo marginal, ya que se desarrolla en gran parte con los rigores del invierno y durante las noches del verano, los artesanos de la nieve y del hielo necesitaban una importante cualificación para poder desarrollar correctamente su oficio y el dominio de unos gestos precisos y seguros. En definitiva, unos conocimientos y una pericia que se alcanzaron después de años de esfuerzo y que se fueron transmitiendo de padres a hijos: la elección de los emplazamientos idóneos para los pozos, su construcción, *empozar* la nieve y congelar el hielo. Toda una serie de vidas y generaciones dedicadas a dar lo mejor de sí mismas para ofrecer el frío cuando el sol apretaba. Gentes que paulatinamente fueron quedando en el olvido para ser definitivamente postergadas como consecuencia de la producción y el uso generalizado del hielo artificial y de los modernos sistemas de refrigeración.

EQUIVALENCIAS

Unidades de peso:

1 arroba = 12,5 kg (Aragón) = 36 libras.

1 libra = 480 g = 12 onzas (Aragón) y 14 onzas (España).

1 onza = 40 g (Aragón).

Unidades de moneda:

1 escudo = 3 libras.

1 libra = 20 sueldos = 240 dineros = 2 pesetas y 67 céntimos.

1 libra «jaquesa» = 4 pesetas y 7 céntimos.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO MUNICIPAL DE ADAHUESCA:

Caja n.º 5/1. *Libro de Actas de 1593 a 1605*, pp. 65, 88, 89, 92, 98 y 102.

Caja n.º 5/1. *Libro de Actas de 1613 a 1646*, pp. 24, 37, 38 y 78.

ARCHIVO MUNICIPAL DE BARBASTRO:

Cuaderno de cuentas de Juan Garcés, administrador de todos los útiles cedidos por la ciudad de Barbastro a los conservadores de la Concordia, 1692 a 1693.

Cuaderno de cuentas de Juan Garcés, 1695 a 1696.

Actas del Ayuntamiento de Barbastro, 1748 a 1749. (2 documentos).

Concordia entre el Ayuntamiento de Barbastro y los censalistas, 1792, pp. 31-32.

- ACOVITSIOTI-HAMEAU, A. 1983. Les glaciers de Fontfrèze à Pivaut. *Cahier de l'A.S.E.R.*, pp. 1-27. Méounes-les-Montrieux.
- ACOVITSIOTI-HAMEAU, A. 1991. L'Artisanat de la glace en Méditerranée Occidentale. *Supplément n.º 1 du Cahier de l'A.S.E.R.* Méounes-les-Montrieux, 116 pp.
- AGUADO BLEYE, P. 1903. Documentos del Archivo Municipal de Huesca. Siglo XIII. *Revista de Huesca*, n.º 2, pp. 138-140. Huesca.
- ANDOLZ, R. 1987. Los pozos de hielo y nieve. *Cuadernos Altoaragoneses*, n.º 40. Diario del Altoaragón. Huesca.
- BALAGUER, F. 1980. Notas sobre pozos de nieve en el Altoaragón. *Argensola*, n.º 89, pp. 73-82. Huesca.
- BENITO, M. 1992. Industrias refrescantes. *Cuadernos Altoaragoneses*. Diario del Altoaragón. Huesca.
- BOSCH, J. R. y NIETO, J. J. 1994. La introducción de la nueva Planta y la fiscalidad borbónica en la ciudad de Barbastro (1707-1724). *Somontano. Revista del Centro de Estudios del Somontano de Barbastro*, n.º 4, pp. 139-158. Barbastro.
- CAPEL SÁEZ, H. 1969. Problemas de organización y transporte en el antiguo comercio de la nieve. *Geográfica. Revista de la Sociedad de Geografía de Lisboa*, pp. 78-89. Lisboa.
- CAPEL SÁEZ, H. 1970. Una actividad desaparecida de las montañas mediterráneas: el comercio de la nieve. *Revista de Geografía*, pp. 5-42. Barcelona.
- DURÁN GUDIOL, A. 1979. *Historia de Alquézar*. Guara Editorial. Zaragoza.
- GÓMEZ SAMITIER, D. 1993. *El Parque de la Sierra y los Cañones de Guara*. Ed. Pirineo. Huesca.
- GONZÁLEZ BLANCO, A. y otros. 1980. *Los pozos de nieve (neveras) de la Rioja*. Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja. Zaragoza.
- JARQUE MARTÍNEZ, E. y SALAS AUSENS, J. P. 1990. La quiebra de la Hacienda Municipal de Barbastro a finales del siglo XVIII. *Somontano. Revista del Centro de Estudios del Somontano de Barbastro*, n.º 1, pp. 103-110. Barbastro.
- LA HOJA CASBANTINA. 1918, Año XI, n.º 168. Edit. Tipografía de la Viuda de Leandro Pérez. Huesca. Casbas, 30 de marzo.
- MADOZ, P. 1842. *Diccionario Geográfico, Histórico y Estadístico de España*. 15 tomos.
- PAINAUD, A. y AYUSO, P. (en prensa). Les puits à neige de la Sierra de Guara (Huesca). *Actes de la Première Rencontre Internationale sur le commerce et l'artisanat de la glace (Brignoles 1994)*. *Supplément n.º 5 du cahier de l'A.S.E.R.*, Méounes-les-Montrieux.
- UTRILLA, J. F. 1990. Orígenes y expansión de la ciudad cristiana; de la conquista (1906) a la plenitud medieval (1300). *Huesca. Historia de una ciudad*, pp. 105-130. Ayuntamiento. Huesca.
- VIDAL CELMA, R. 1986. La nieve de Guara comercializada en la villa de Casbas. *Cuadernos Altoaragoneses*. Diario del Altoaragón. Huesca.
- ZAPATER, A. 1986. *Aragón pueblo a pueblo*. Ediciones Aguaviva. Zaragoza, 10 tomos, 2.730 pp.



Normas de publicación de la revista BOLSKAN

1. Las normas específicas de la revista *Bolskan* se inscriben en el marco más amplio de las normas generales de publicación del I.E.A., las cuales deberán ser tenidas en cuenta en la misma medida.
2. *Bolskan* publicará los trabajos que, en forma de artículos, se centren en una temática arqueológica y se refieran al ámbito geográfico de la provincia de Huesca.
3. Sólo en casos excepcionales se aceptarán estudios que atañan a otras provincias, siempre y cuando la edición de los mismos se justifique por razones de proximidad física o porque su contenido tenga una especial repercusión sobre cuestiones de la investigación arqueológica oscense.
4. La selección y aprobación de los diversos trabajos es competencia del Consejo de Redacción de la revista *Bolskan*, el cual actuará colegiadamente al respecto.

